JOSE DOCAVO ALBERTI

LAS TRES VIDAS DE SOFONISBA

LAS TRES VIDAS DE SOFONISBA

Jose Docavo Alberti

©2024 Jose Docavo Alberti

Título: Las tres vidas de Sofonisba

Diseño cubierta: Carlos Martí Alarcón

Primera edición. Septiembre 2024

A Beatriz, por una vida llena de momentos felices.

Bloque Génesis

3 de enero de 2009

The Times: Chancellor on brink of second bailout for banks

Satoshi Nakamoto

Dramatis Personae

Siglo II a.C. Cartago**.**

Sofonisba Giscón: noble cartaginesa, conocida también como Sofonisba de Cartago. Hija de Asdrúbal Giscón. Amante de Aníbal Barca. Esposa de Masinisa y Sifax.

Abartiagis: jefe de la escolta de Amílcar Barca.

Ahirom: sufete de Cartago partidario de Hanon.

Amílcar Barca: general Cartaginés. Padre de Aníbal Barca, Asdrúbal Barca y Magón Barca.

Aníbal Barca: general cartaginés, hijo de Amílcar Barca. Líder de los ejércitos púnicos durante la segunda guerra contra Roma.

Antípatro: filósofo griego afincado en Cartago.

Asdrúbal *el Bello*: Lugarteniente y yerno de Amílcar Barca. Acólito de Hanon. Ascendido a general tras la muerte de Amílcar.

Asdrúbal Giscón: comandante y general cartaginés. Padre de Sofonisba Giscón.

Arquímedes: polímata griego afincado en Siracusa, Sicilia.

Azmelqart Giscón: sobrino de Sofonisba Giscón, heredero de su leyenda.

Belshazzar: sufete de Cartago.

Bomílcar Fameas: hoplita, escolta de Sofonisba Giscón en su viaje a Sicilia.

Gaia: rey de los masilios, padre de Masinisa.

Goewin: madre de Sofonisba Giscón. Esposa de Asdrúbal Giscón.

Hanon: general cartaginés, enemigo de la familia Barca.

Imilce: esposa de Aníbal Barca.

Magón: sufete de Cartago. Sustituto de Ahirom.

Magón Barca: hermano de Aníbal y Asdrúbal Barca.

Maharbal: lugarteniente de Aníbal Barca.

Masinisa: Hijo de Gaia, rey de los masilios, una tribu del reino de Numidia. Esposo de Sofonisba Giscón.

Naravas: comandante de la caballería númida, aliado de Cartago.

Sifax: rey de los masesilos, otra tribu del reino de Numidia. Esposo de Sofonisba Giscón.

Sosilo: tutor de Sofonisba Giscón y Aníbal Barca.

Siglo II a.C. Imperio Romano.

Publio Cornelio Escipión, *el Africano*: cónsul romano que reconquistó Hispania y derrotó a Aníbal en la batalla de Zama. Hijo de Publio Cornelio Escipión.

Cayo Claudio Nerón: cónsul romano en el año 207 a.C. Se enfrentó con Asdrúbal Barca en la batalla del río Metauro.

Cayo Flaminio Nepote: cónsul romano en el año 217 a.C. Se enfrentó con Aníbal Barca en la batalla del lago Trasimeno.

Cneo Cornelio Escipión: Hermano de Publio Cornelio Escipión padre. Luchó en Hispania junto a su hermano contra Asdrúbal y Magón Barca.

Cneo Servilio Gémino: cónsul romano en el año 217 a.C.

Quinto Fabio Máximo: cónsul y dictador romano. Líder de la embajada enviada por Roma a Cartago en la que se declararon la guerra.

Marco Livio Salinator: cónsul romano en el año 207 a.C. Se enfrentó con Asdrúbal Barca en la batalla del río Metauro.

Publio Cornelio Escipión: cónsul romano en el año 218 a.C., padre de Escipión, *el Africano*. Luchó en Hispania contra los hermanos Asdrúbal y Magón Barca.

Tiberio Sempronio Longo: cónsul romano en el año 218 a.C. Se enfrentó con Aníbal Barca en la batalla del río Trebia.

Siglo XVI y XVII a.C. Italia, España.

Sofonisba Anguissola: famosa pintora del Renacimiento. Hija de Asdrubale Anguissola. Dama de compañía de Isabel de Valois.

Asdrubale Anguissola: padre de Sofonisba Anguissola. Aristócrata de Cremona, ciudad de Lombardía. Con el mismo nombre, hermano de Sofonisba Anguissola.

Bianca Ponzano: madre de Sofonisba Anguissola.

Broccardo Persico: acompañante de Sofonisba Anguissola en su viaje a la corte de España.

Carlos de Austria: nombrado como Don Carlos o príncipe Carlos. Hijo de Felipe II y María de Portugal, primera esposa de Felipe II. Príncipe de Asturias.

Fabrizio Moncada: primer marido de Sofonisba Anguissola.

Isabel de Valois: tercera esposa de Felipe II.

Luisa de Luna: cuñada de Fabrizio Moncada. Esposa del difunto Cesare Moncada.

Orazio Vecellio: escultor y amante de Sofonisba Anguissola.

Orazio Lomellino: segundo marido y gran amor de Sofonisba Anguissola. Capitán del galeón La Patrona.

Actualidad. Sicilia, islas Canarias, Madrid**.**

Sofonisba Malvezzi: escritora de la leyenda familiar de Azmelqart Giscón. Hija de Orazio Malvezzi.

Beatriz: esposa de Orazio Malvezzi. Madre de Sofonisba Malvezzi.

Bencomo Arúspice: joven tinerfeño descendiente del *mencey* de Taoro, de su mismo nombre.

Francesco Mancuso: transportista residente en el barrio de Brancaccio.

Lorenzo Vitale: miembro de la mafia. Padre de Vincenzo Vitale.

Luigi Nelco: investigador privado contratado por Sofonisba Malvezzi.

Matteo Messina Denaro: capo supremo de la mafia siciliana desde 2007 a 2023. *Capo di tutti capi*.

Michele Pertuso: *soldato* de la mafia convertido en *pentito*.

Orazio Malvezzi: padre de Sofonisba Malvezzi. Historiador.

Pietro Nelco: primo de Luigi Nelco.

Rodrigo Curbelo: amigo de Bencomo. Capitán de la Guardia Civil.

Salvatore Spadaro: *soldato* de la mafia.

Tomasso Rinaldi: *capomandamento* de la mafia.

Vincenzo Vitale: miembro de la mafia, compañero de Michele Pertuso.

Mapa segunda guerra púnica

Autor: YassineMrabet, Spanish translation made by Redtony. This file is licensed under the Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported, 2.5 Generic, 2.0 Generic and 1.0 Generic license.

Capítulo 1

El día en que la vida de Sofonisba se enrevesó más allá de lo que habría podido imaginarse, Europa se había despertado con las temperaturas más bajas de las últimas décadas. Desde primeras horas de la mañana, los medios de comunicación habían estado insistiendo en que no se saliera a la calle bajo ningún concepto, debido, en esta ocasión, a una gran borrasca procedente del ártico que en poco tiempo podría cubrir de nieve el continente. Por eso, la tarde anterior, huyendo del frío y de la tempestad, la chica había volado casi dos mil kilómetros. Y ahora estaba tumbada en una playa viendo cómo la blanca espuma rociaba a oleadas esa superficie de arena pulida y negrísima que tenía delante: playa del Abrigo, Fasnia, Tenerife, islas Canarias.

El calentamiento global, decían. Eso era lo que provocaba que el tiempo estuviera tan loco. Greta Thunberg y sus manifestaciones silenciosas de los viernes. Tanto daba. A Sofi todo aquello se la traía al pairo, aparte de sospechar que aquel asunto no era más que una cortina de humo para desviar la atención de otros problemas ambientales mucho más acuciantes. Adoraba la historia y, con tener un buen libro en el bolso, buenos alimentos en el frigorífico y una temperatura agradable para poder practicar algún deporte, ya le era suficiente. Vivir en la España peninsular mientras el clima no fuera muy extremo estaba muy bien, excepto por el hecho de que el país estaba repleto de palurdos. Por no hablar de políticos ineptos. Pero el resto del tiempo había que procurar largarse. Por suerte, a Sofi le encantaba viajar.

—Hola, ¿cómo te llamas? —le pregunta una voz masculina. Aunque en estos momentos está absorta en la lectura, la joven levanta la mirada y se encuentra con un chico de veintitantos años vestido de neopreno. Tiene cara de cromañón, pero por alguna razón le resulta atractivo.

—Hola —responde con cautela mientras evalúa al recién llegado —, me llamo Sofi.

—Un placer conocerte. Me estaba preguntado si te gustaría pillar algunas olas antes de que la marea acabe de subir —dice mirando de reojo a la tabla que descansa a su lado.

A Sofi no le gusta nada que la interrumpan mientras está leyendo, pero esta mañana, algo insólito en ella en los últimos años, está de buen humor.

—Ahora no me apetece, pero si quieres podemos darnos un revolcón detrás de aquellas rocas —le dice ella señalando el final de la playa mientras le clava una sonrisa que emana directa de sus ojos verdosos. A Sofi no hay nada que le divierta más que poner en apuros

a los hombres.

El chaval, que de nombre le habían puesto igual que a uno de los nueve *menceyes*[1] de la isla, al escuchar las palabras de la mujer se ha quedado sin habla, como si se hubiera convertido en una de las estatuas de bronce erigidas en la mismísima plaza de su pueblo.

Cuando la había visto llegar, hacía ya más de una hora, lo primero que pensó fue que sería fantástico ligársela, aunque ahora que se había acercado no le parecía ninguna belleza, pero ni por asomo se habría imaginado una respuesta como aquella a las primeras de cambio.

—Eh…, yo me llamo Bencomo —acierta a decir el joven tras casi medio minuto de reflexión. Gotas de agua salada se escurren por los rizos de su media melena y a través de todos los poros de su traje. Sin él darse cuenta, bajo sus pies se ha formado ya un charco considerable que amenaza con mojar las pertenencias de su interlocutora—. Me parece una idea estupenda —sigue diciendo una vez recobrado el calor en sus venas—, pero metido en este mono de goma sería complicado. Si quieres…

—Sí, claro, eso me parecía —zanja ella antes de que fuera a decir alguna tontería sobre lo de ponerse a hacer impudicias a la vista de todos—. Igualmente estaba de broma. Venga, vámonos al agua, así me ahorro tener que descubrir dónde se encuentra el mejor *spot*[2] de este lugar.

Bencomo, que además de por la primera contestación se había quedado impresionado por las faraónicas napias que ostentaba la chica, respira aliviado y le tiende el brazo para ayudarla a ponerse de pie. Una vez levantada, el muchacho casi se cae de espaldas, pero no por haber perdido el equilibrio, sino por haberse percatado del pedazo de cuerpo que tenía. «Quién dijo nariz, esta tía está más buena que una pella de gofio[3]», piensa mientras se pasa la mano por la frente.

Aunque la tarde anterior el vuelo de Sofi había sufrido un retraso considerable y no llegó a la isla hasta pasadas las doce de la noche, al día siguiente había madrugado para ir a la compra. Aparte de la consabida selección de libros y de un generoso surtido de hortalizas orgánicas, se había agenciado una tabla de surf de las cortas, un traje de buceo, unas gafas de tubo, aletas, escarpines y una sombrilla. Suponía que con eso y con lo que traía en la maleta tendría bastante para el tiempo que pensaba quedarse por allí. El resto de la mañana lo pasó recorriendo el paseo marítimo y las pocas calles que tenía el Puertito de Güímar, lugar donde había reservado un apartamento de dos habitaciones. A eso de las doce se sentó a comer en una de las terrazas que había junto al muelle. Desde allí se podía contemplar una hermosa laguna creada al resguardo de un espigón en ele y, mientras

saboreaba un delicioso pescado a la parrilla, se dejó hipnotizar por sus aguas transparentes e inmóviles. Después de pagar al camarero, se fue a dar una cabezada y a informarse acerca de la gran tormenta que supuestamente se estaba cerniendo sobre Europa: "aunque hace un frío de pelotas —había dicho el presentador de forma sorprendente—, al parecer no será tan virulenta como habían previsto y hasta ahora apenas han caído unos copos de nieve". —Qué raro que se hayan vuelto a equivocar, ¿o será que le han cogido el gusto a encerrarnos en casa? —se dijo Sofi meneando la cabeza pero contenta al fin y al cabo de que no se le hubieran congelado esas partes pudendas.

Cuando terminó de reposar, se subió a su Audi de alquiler y tomó la autopista en dirección al sur. A los veinte minutos aparcaba en la playa del Abrigo, situada en el pueblo de Fasnia. Tras coger sus cosas y cerrar el vehículo, bajó hasta el mar y buscó con la mirada un lugar en el que pudiera extender la sombrilla y tumbarse a leer. A continuación, recorrió descalza el trecho de arena que le separaba de un grupo de rocas puntiagudas que formaban una especie de *tagoror*[4]. Era un martes de mitad de noviembre y apenas habría media docena de personas. Las nubes, que en un principio cubrían parcialmente la costa, la habían abandonado empujadas por una suave brisa y ahora se amontonaban alrededor de las faldas del Teide. Al cabo de una hora, un chico la invitó a meterse en el agua y, como mal que bien supo responder con cierta elegancia a una de sus preguntas, aceptó con mucho gusto su propuesta.

A estas alturas de la tarde el sol reluce todavía con un fulgor intenso. A lo lejos, la negra silueta de Gran Canaria contrasta con el tono azulado del océano. Sofi y Bencomo se mecen sentados encima de sus tablas. El espray salado de olas les cae sobre la cara como si fuera una lluvia invernal. Después de una larga sucesión de simples subibajas, se recorta por fin en la distancia una cresta que pone sus cuerpos en tensión. Bencomo se tumba en su *shortboard*, contrae todos sus músculos y cuando llega el momento empieza a remar como un endemoniado. Sofi intenta seguirle el ritmo, pero enseguida se da cuenta de que va retrasada y de que si se descuida la ola le va a romper encima de sus inmensas napias. Lleva meses sin meterse en el agua y sus reflejos aún están algo torpes. Pero eso no significa que esté dispuesta a pasar un mal trago. Por ello, justo antes de que una fuerza descomunal la engulla sin remedio, empuja la punta de su tabla y se sumerge tan hondo como puede. Por el rabillo del ojo ha visto de pie a Bencomo surfeando un tubo que lo ha llevado en volandas hasta la misma playa. Después de un buen puñado de intentos fallidos y un conato de éxito, la chica decide que para el primer día ha sido suficiente.

—Ha estado muy bien, pero estoy empezando a tener frío y prefiero salirme —dice Sofi mientras se recoge el cabello para escurrirse el agua.

—Vaya, qué lástima. Yo también lo he pasado genial, ¿eh?, aunque, si te soy sincero, me arrepiento de no haber aceptado tu oferta nada más escucharla. Pero qué porras, seguro que te hubieras rajado.

—Me temo que eso ya nunca lo sabrás —le responde ella con una gran sonrisa. Y luego se aleja manoteando encima de su tabla.

Cuando Bencomo sale del agua media hora más tarde y termina de recoger sus bártulos, se acerca al lugar donde la joven está de nuevo sumida en la lectura y le tiende un trocito de papel.

—Aquí tienes mi teléfono. Si mañana estás libre, puedo llevarte a visitar la cueva de mis antepasados. Seguro que te gusta. Hasta lueguito. *Ahul*[5].

Sofi acepta el papel y hace un mohín de reconocimiento pero no dice nada. Al cabo de pocos segundos, antes incluso de que el muchacho haya hecho el gesto de marcharse, simula que vuelve a estar centrada en su libreta. No puede negar que, primero el nombre de Bencomo, después su habilidad en el agua y su cuerpo nervudo y, por último, la sibilina mención de la cueva y sus antepasados, le han hecho tilín en su ya de por sí excitable alma de exploradora. A la sazón tiene un doctorado en Antropología y un segundo en Historia, por no hablar de su licenciatura en Filosofía y Letras.

Sofonisba Malvezzi no entiende por qué a la gente le impresiona tanto que a sus treinta años acumule toda esa retahíla de diplomas. Su único logro, y quizás ni siquiera sea atribuible a ella sino a su amado padre, fue el de comenzar a leer la historia de Roma cuando apenas levantaba metro y medio del suelo. Después de eso ya no pudo o supo parar y, dos millones de páginas después, le entregaron, sin en su opinión haber hecho ningún mérito especial, esos papeles que le permitían enseñar en cualquier universidad del mundo y consultar los secretos guardados en las más afamadas bibliotecas. No es que poseyera una inteligencia superior a la media, aunque tal vez podría afirmarse que sí, sino que tenía un apetito voraz por todo aquello que contuviera letras dispuestas en el orden preciso que se requiere para conferir a un texto, no sólo un sentido profundo, sino también una belleza perdurable.

Safo, Aristóteles, Euclides, Hipatia, Virgilio, Sulpicia y ese largo etcétera no eran hombres y mujeres, eran héroes, conciencias cósmicas insertadas en tiempos pretéritos, faros de luz proyectados hacia el futuro que permitían que el ser humano actual se guiara por ellos en medio de una creciente oscuridad. Ocho mil millones de ánimas

habitando un planeta cuyas aguas eran a cada segundo más impuras, cuyo aire se enturbiaba cada día con miríadas de metros cúbicos de gases perniciosos, cuyas tierras se emponzoñaban cada año con trillones de toneladas de residuos tóxicos y sustancias dañinas. Ocho mil millones de seres, cada uno con un dispositivo móvil en las manos, escribiendo a toda velocidad palabras abreviadas, informándose de fuentes raramente fiables, pensando sólo en cómo obtener unas cuantas migajas del eterno festín en el que vivían instalados unos pocos pudientes. No, Sofonisba ya había dejado de engañarse. La humanidad se dirigía irremisiblemente hacia el abismo de la exterminación, y ella, habiendo tomado plena consciencia de este hecho, lo único que pretendía era seguir leyendo y disfrutar de su efímera vida.

Hacía doce años, en lo que a ojos vistas fue un claro golpe de la diosa fortuna, sus hados personales la animaron a hacerle un trabajo a una compañera de la facultad que intentaba seducirla a cambio de quinientos *bitcoins*[6]. No valían nada, pero le hizo gracia la vehemencia con la que aquella chavala, que según contaba se dedicaba a minar[7] la moneda, afirmaba que sería el único dinero que tendría valor. Y mira tú por dónde que dos lustros después se habían empezado a cumplir sus pronósticos y, Sofonisba, gracias a ello, ya no tendría que volver a las aulas por un salario indigno. Y sin otro pensamiento en su cabeza, aunque con la invitación de aquel muchacho todavía flotando en el borde de su imaginación, se dispuso, bajo el templado sol de esa tarde que ya declinaba y el arrullo melancólico del mar, a revisar por enésima vez el manuscrito que estaba preparando y en el que se contaba la verdadera historia de la persona que dio a luz a su nombre.

Capítulo 2

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

Amílcar Barca estaba exultante y a la vez preocupado. Exultante debido a que había logrado aplastar la revuelta de los veinte mil mercenarios que, tras la capitulación firmada ante Roma, habían regresado a Cartago procedentes de Sikelia[8] siguiendo las instrucciones del comandante cartaginés de la isla, Asdrúbal Giscón. Y preocupado porque, después de tres años con las rutas comerciales bloqueadas, sin haber obtenido ningún botín del enemigo y teniendo que pagar cuantiosas soldadas y una fuerte indemnización a los itálicos, las arcas del Estado se habían quedado completamente exhaustas. Aunque el comercio fluía otra vez con regularidad, Amílcar era consciente de que sin disponer de oro tardarían siglos en volver a ser la gran nación de Cartago. Y esa era la razón por la que el general, que en un principio había pensado retirarse después de haber derrotado a los amotinados, se había convencido de que lo mejor para el pueblo púnico sería ir a Hispania y continuar derramando un poco más de sangre.

Tras arduas y prolongadas deliberaciones, el Consejo de los Ciento Cuatro[9] había tomado la decisión de que fuera el propio Amílcar Barca quien encabezara una falange de quince mil soldados, dos mil jinetes númidas liderados por Naravas, veinte elefantes de guerra y la exigua flota de la que disponían, con la que tendría que apañárselas de algún modo para cruzar el mar Ibericum y llegar a Gadir[10], única plaza que conservaban en aquel territorio.

Aunque el general había aceptado de buen grado la misión, antes de hacerlo había tenido que enfrentarse duramente a los sufetes, que pretendían invocar el *molk*[11] para ahuyentar las maldiciones de los dioses. Según ellos, las deidades malignas los habían llevado a la ruina y esa oblación era lo único que podría apaciguar su cólera. Por el contrario, sacrificar a los niños primogénitos de las mejores familias de Cartago, era, en opinión de Amílcar, una completa aberración, y por el mismísimo Baal Hammon[12] que él no participaría en esa insensatez. De ningún modo pensaba entregar a su hijo Aníbal, que apenas contaba nueve años, para que unos sacerdotes gordos y espantadizos llevaran a cabo ese rito nefando, traído hasta allí por los padres fundadores procedentes de Tiro hacía más de seis siglos.

—Querido Asdrúbal, ¿qué te trae por aquí? —le pregunta Amílcar a su subordinado mientras se alza de su mesa de trabajo en la residencia del almirantazgo del puerto militar de la ciudad de Cartago. Es un hombre espigado y enérgico que impone respeto con su sola presencia —. ¿No pensarás hacer méritos para ir a Hispania en mi lugar? Quizás me harías un gran favor. Tengo tres hijos varones y tres hermosas niñas y mi mayor deseo sería que crecieran aquí. Ellos para que

siguieran la carrera política, y ellas para forjar nuevas alianzas una vez desposadas. Por Tanit[13] que lo necesitamos. El bando de Hanón está haciéndose demasiado poderoso y se requieren nuevas voces en la Asamblea del Pueblo.

—¿Méritos para ir a Hispania? ¡Qué ocurrencias tiene, mi general! —contesta Asdrúbal Giscón dando un paso al frente para hacer el saludo de rigor. A pesar de las grandes diferencias de rango y edad, Amílcar y Asdrúbal podían considerarse amigos.

»Además, aunque esa fuera mi intención, los miembros de la Gerusía[14] no confían en mí. No calibré bien lo que podría pasar enviando a esos veinte mil hombres a casa con las manos vacías. Dejarlos en Sicilia hubiera sido más prudente, se habrían sublevado contra los romanos en vez de en contra nuestra.

Con un gesto de su mano, Amílcar le indica que entre ellos no hacen falta tantas formalidades y lo invita a sentarse.

—No hiciste más que cumplir con las órdenes. Estoy seguro de que si hubieras obrado de otro modo, el cónsul Lutacio habría acabado reclutándolos y nuestro problema hubiera sido aún mayor —responde Amílcar tratando de ser condescendiente. Él había intentado convencer al Senado de que fueran trasladados a Hispania a seguir combatiendo, pero influenciados por Hanón y temerosos de la reacción de Roma, los ancianos pensaron que sería mejor repatriarlos para afianzar su poder en el norte de África.

—¿Un problema mayor que tres años de guerra? —le contesta Asdrúbal con pesar, declinando a la vez su ofrecimiento para que se sentara. No había día en que no se arrepintiera de haberles hecho el caldo gordo a los dos magistrados—. Malditos haraganes —masculla en voz baja por temor a la presencia de posibles espías.

—En cualquier caso, eso es agua pasada. Vuelvo a preguntarte, ¿qué te ha hecho salir de tu morada? He oído que últimamente apenas te dejas ver.

—Has oído bien —dice Asdrúbal mirando en dirección a los dos miembros del Batallón Sagrado[15] que velan en todo momento por la seguridad del general. Antes de atravesar el puente que daba acceso a la isla central del puerto en la que estaba situada la residencia del almirantazgo, Giscón había sido despojado de sus armas por los centinelas que custodiaban el paso en la parte de tierra. Sus dos escoltas tampoco habían podido proseguir. Ser un comandante cartaginés no le otorgaba ningún privilegio en aquel recinto militar. Amílcar entendió su preocupación e indicó a los soldados que los dejaran solos.

»Se trata de Sofonisba, mi primogénita —continúa diciendo Asdrúbal cuando los guardias abandonan la sala—. No me fío de que, cuando te vayas de Cartago, Hanón no convenza a los sufetes para

invocar el *molk* y pidan que mi hija sea quemada viva en el templo de Eshmún[16].

Amílcar contempla al comandante, quince años más joven que él, y no lo reconoce. Percibe un miedo cerval en su voz y ve más sudor empapando su túnica que cuando fue hecho prisionero por Spendios. No le cabe duda de que su reciente paternidad ha terminado trastornándolo.

—¿Y qué pretendes que haga? Sería inútil dejar una guarnición en frente de tu casa. Yo tampoco me fío de esos bastardos. Tal vez deberías marcharte a Útica[17] con tu esposa y tus siervos, allí estaríais seguros.

Llegado este punto de la conversación, Asdrúbal se pasa un pañuelo por la frente y toma asiento en un robusto taburete hecho con el tronco de un árbol. Está muy grueso para ser un soldado, pero siempre ha sido temible manejando la espada.

—¿Huir a Útica? —responde cuando ha acabado de secarse el sudor—. Los tentáculos de Hanón son más largos que las afiladas *sarissas*[18] de los persas, por todos los dioses. Útica está a tan solo un día de camino. He venido a pedirte un favor —sigue diciendo Asdrúbal inclinando su gran torso hacia delante—: que te lleves contigo a Sofonisba. Te daré todo lo que desees y dejaré que te acompañe Sosilo. Siempre has querido que ese griego se ocupara de la educación de Aníbal. Sabes muy bien que un buen guerrero necesita tener una amplia cultura. Yo me reuniré con vosotros en cuanto consiga restituir mi nombre.

Amílcar continúa de pie y desde su posición elevada mira el ancho rostro de su amigo con una mueca de estupefacción. No se puede creer que haya oído lo que acaba de oír. ¿Transportar en un viaje lleno de peligros a una niña de un año? ¿Acaso no era consciente de las implicaciones que tenía mover un regimiento de tales proporciones?

—Tienes un gran sentido del humor, no hablarás en serio, ¿verdad? —le pregunta a Asdrúbal a punto de perder la paciencia.

—Por supuesto que sí. Estoy desesperado. Por favor, necesito su ayuda, mi general —suplica el subordinado volviendo a adoptar el tratamiento militar.

Amílcar se da la vuelta y rodea su mesa. Tiene muchas cosas que planificar y desea terminar cuanto antes con esa pantomima.

—No puedo hacerlo, mi ejército no ha luchado todos estos años para tener ahora que arrogarse el papel de niñera. Fue una satisfacción poder rescatarte con vida de las garras de los insurgentes y que gracias a ello pudieras reunirte otra vez con tu esposa y tener una hija, pero lo que demandas no es digno de ti —sentencia el general dando por finalizada aquella discusión.

Después de escuchar estas agrias palabras y viendo la pétrea expresión del que creía su amigo, Asdrúbal se levanta y decide jugárselo todo a una última carta.

—Tienes razón, no debí haber venido a pesar de que te salvé la vida en el monte Erice cuando aún era un joven oficial de dieciocho años. El *pilum*[19] que lanzó aquel romano desde más de veinte pasos de distancia y que iba a atravesarte, terminó partiendo en dos mi escudo e hiriéndome en el hombro. Con esto no quiero decir que esa cuenta no haya sido saldada, pero creo que al menos debes darme la oportunidad de mostrarte algo que a buen seguro hará que cambies de opinión —le espeta Asdrúbal con la misma dureza con la que anteriormente había sido amonestado.

Consciente de que el hombre que tiene frente a él ha dicho la verdad, Amílcar guarda unos segundos de silencio. Mientras se mesa la poblada barba, dirige su mirada hacia los grandes ventanales del edificio de cuatro plantas en el que se encuentra su puesto de mando. Desde esa imponente altura se divisan los míseros cinco navíos, tres trirremes y dos quinquerremes, que en breve los acompañarán en su viaje a Hispania. Están atracados en las dársenas de un gran puerto circular interior de más de seiscientos codos de diámetro que daba también cabida a los antiguos astilleros de Cartago. Antes de la derrota ante Roma, la flota púnica constaba de más de trescientas galeras y la actividad allí era siempre frenética. Contra todo pronóstico, en aquel pequeño rincón de África se construían los mejores barcos de todo el mundo conocido y se ensamblaban con maestría a una velocidad sin parangón. Sin embargo ahora, después de haberse visto obligados a destruir la mayor parte de su armada, o lo que era incluso peor, a tener que entregársela a los cónsules romanos, los astilleros estaban desiertos y no contenían ni un solo cargamento de madera. Apenas unas pocas cuadernas podridas se apilaban contra la pared de uno de los amplios hangares. Aquella visión a Amílcar le producía una honda tristeza. Pese a ello, aún creía que los dioses serían benevolentes y que Cartago, más pronto que tarde, recuperaría su antiguo esplendor. Y como sabe que para conseguirlo necesitará en un futuro próximo a los mejores hombres, decide en ese instante que Asdrúbal puede con gusto mostrarle aquello que afirma que le hará cambiar de parecer.

—¿Y bien?, ¿adónde vamos ahora?

Al oír estas palabras, Asdrúbal relaja los músculos debajo de su túnica, que como bien había advertido el general no estaba empapada de sudor debido al calor incipiente de aquella primavera, sino a su propio estado de zozobra. Está convencido de que muy pronto su colega compartirá sus mismas inquietudes. Deben preservar la vida de su hija a cualquier precio, no sólo por el bien de los cartagineses, sino

porque tiene el presentimiento de que quizás esté también en juego el futuro del mundo.

—A mi casa —responde al fin—, vamos a mi casa.

Amílcar Barca llama entonces a sus escoltas y les ordena que dispongan todo lo necesario para hacer un recorrido por el centro. Tres años de luchas intestinas habían convertido a la ciudad en un sitio no solamente sucio, sino además bastante peligroso.

A continuación, tras colgarse la espada al cinto, ponerse la coraza, encasquetarse el yelmo y pedir que le devolvieran sus armas a Giscón, la comitiva, compuesta por un general, un comandante venido a menos, ocho miembros del Batallón Sagrado y los dos hoplitas al servicio de Asdrúbal, cruza el puente que conecta la isla con la dársena exterior y enfila hacia el ágora. Una multitud de mercaderes, muchos de ellos tullidos, levantan la voz para hacerse oír por encima del incesante balido de las cabras, del exasperante ronquido de los dromedarios y del agudo chillido de los monos mientras rebuscan comida entre la pestilencia. Excrementos de oveja, orines de caballo, plumas de ave, vísceras de pescado y toda suerte de inmundicias tapizan el otrora reluciente empedrado de la plaza y hacen que sea imposible atravesarla sin pringarse los pies.

Abriéndose paso a empellones entre los tenderetes, el grupo llega al cruce donde se yergue el templo en honor de Reshef[20]. A partir de ahí, giran a la derecha por la calle Ibn Chabaat hasta encontrarse de frente con la muralla vieja. Resiguiendo lo que antes había sido el foso, ascienden hacia la colina sagrada de Byrsa, al pie de la cual se extiende el barrio residencial donde habitan las familias burguesas. Lo conforman un puñado de manzanas separadas por anchas calles ortogonales, embellecidas muchas con hileras de adelfas y palmeras. Mientras lo recorren, los esclavos que baldean los bulevares se echan a un lado con pavor, como si aquella patrulla de soldados fuera portadora de una peste maligna. En el cielo no hay nubes, pero la humedad que satura el ambiente le imprime a su color azul una pátina turbia. Al doblar un recodo se cruzan con unos mercenarios que custodian tres carros atiborrados de odres de vino, cestas de higos, carne de cerdo en salazón, pasteles de miel, erizos de mar y otro sinfín de comidas exóticas. Con certeza esa mercadería será destinada a llenar los estómagos de los adinerados mientras que el pueblo llano no encuentra nada para echarse a la boca. Amílcar sabe que esa situación no podrá mantenerse durante mucho tiempo. Por eso quiere marchar con su ejército a Hispania, para que, a pesar de las grandes diferencias sociales, dentro de pocos meses haya suficiente alimento para toda esa gente.

Pronto llegan al pie de un edificio en cuya fachada principal se enclava una puerta de madera maciza. Asdrúbal da una orden y la

puerta gira sobre sus goznes. Con un gesto decidido, el dueño de la casa le indica a Amílcar que penetre en el atrio. Antes de que eso ocurra, el jefe de su guardia reacciona y bloquea el umbral. Amílcar lo tranquiliza levantando la mano.

—Está bien, Abartiagis, no hay por qué preocuparse, sólo será un momento. Esperad aquí afuera. —Y según dice esto, da tres pasos y se adentra en la estancia.

El patio de la vivienda tiene forma rectangular. En una de las esquinas, próximos a la boca del aljibe que recoge las aguas pluviales, se apilan varios toneles de distintos tamaños. A su derecha se encuentra el horno de barro que se utiliza para cocer el pan. Al fondo hay un pórtico que da acceso a lo que parecen ser las cocinas y las habitaciones de la servidumbre. Un rosario de macetas con diferentes tipos de flores se desperdiga por todos los rincones, colmando el lugar de colores y exquisitas fragancias. Aunque Amílcar es un guerrero hosco, no por ello deja de percibir que aquellos aromas son el fruto de una presencia femenina en la casa. En efecto, la esposa de Giscón, una hermosa mujer de facciones suaves, los recibe al pie de las escaleras que llevan a la primera planta.

—¿Tienes preparada a la niña? —le pregunta el marido tratando de sonar seguro de sí mismo.

—Sí, tal como convinimos —contesta ella con determinación. Sabe que la única forma de salvar a su hija pasa por aquel hombre.

Asdrúbal entonces le indica a Amílcar que suba y mire dentro de la habitación que le queda a su izquierda. El general no entiende por qué tanto misterio, pero cansado ya de perder un tiempo precioso que necesita para continuar con los preparativos de la próxima guerra, hace lo que le dicen. Impulsado por su fornido cuerpo de treinta y ocho años, sube de dos en dos los catorce escalones y, una vez alcanzado el rellano, descorre la cortina de la habitación en la que según le han informado se encuentra Sofonisba. No obstante, al abrir el tapiz advierte que eso no puede ser verdad. Aquella niña minúscula, que lo interpela en griego mientras levanta la mirada de la tablilla en la que ha estado escribiendo hasta hace un segundo, no puede haber salido hace menos de un año del vientre de su madre.

Capítulo 3

—¿Es eso cierto, padre? ¿Sofonisba era capaz de hablar en griego y de escribir con ni siquiera un año? ¿De verdad Asdrúbal Giscón le pidió a Amílcar Barca que se llevara a su hija? ¿No correría más peligro de ese modo que dejándola en Cartago? ¿No hubiera sido mejor escapar con ella a algún lugar remoto? ¿Cómo es que…?

—Ya basta Sofo, ya basta. Te he dicho mil veces que no hagas tantas preguntas a la vez. Me es imposible contestarte a todas de golpe —le dice tiernamente Amilcare Anguissola a su hija Sofonisba de once años mientras la tiene sentada encima de sus rodillas artríticas. No hacía ni media hora que había vuelto llorando del taller de pintura. Al parecer, el resto de los alumnos, todos ellos varones, habían vuelto a incordiarla para que dejara una actividad que se consideraba solo propia de hombres. A Amilcare, que ya había hablado del asunto con el maestro Campi en varias ocasiones, le hervía la sangre cada vez que pensaba que unos chicos mucho menos dotados para el arte que su propia hija se habían confabulado contra ella para desanimarla. Por eso hacía tiempo que entre él y su esposa Bianca habían tomado una resolución: Sofonisba no solamente tomaría clases de pintura, sino que también, a escondidas de todos, se formaría en el arte del combate y la lucha. Ya estaban hartos de que esos abusones se salieran siempre con la suya, y como su padre no podía protegerla a todas horas por estar ocupado, sería mejor que ella misma fuera capaz de defenderse. Y precisamente por aquella razón, para convencer a su indomable pero todavía frágil primogénita de que debía aprender a pelear, había llegado a la conclusión de que era el momento adecuado para contarle una parte de la verdadera historia, no la que habían tergiversado el griego Polibio y sus adláteres romanos durante tantos siglos, de su ilustre antepasada Sofonisba de Cartago, mujer fuerte y bella allí donde las hubiera, valedora a ultranza de su patria, astrónoma brillante, calculadora y fría, conquistadora del corazón de reyes, pero sobre todo, conductora sin igual de su propio destino.

Capítulo 4

Sofonisba Malvezzi cierra su cuaderno satisfecha, se sacude la arena de las piernas y comienza a recoger sus cosas. El sol está a punto de ocultarse detrás de las montañas y se ha quedado fría. Mientras estaba inmersa en el manuscrito, había vuelto a perder la noción del tiempo y de sí misma. El trocito de papel que Bencomo le había ofrecido un par de horas antes era ya un lejano recuerdo. Tiene hambre, puesto que la manzana que se ha comido a media tarde hace mucho rato que ha sido asimilada por su cuerpo. En la playa ya no queda ni un alma. La marea ha bajado y apenas se escucha el rumor de las olas. Las sombras alargadas que proyectan las rocas parecen los fantasmas reencarnados de los antiguos guanches.

Descalza sobre la arena, desanda el camino hasta el coche y conduce de vuelta al Puertito de Güímar. En cuanto acaba de ducharse y ponerse el pijama se prepara la cena. Primero rebusca entre los cajones de la cocina y, cuando encuentra el delantal, se lo cuelga y se lo ata a la espalda. No hay cosa que más odie en el mundo que mancharse la ropa. Por eso, una de las tres únicas preguntas que le hizo a la dueña del apartamento después de ver las fotos en la web, fue que si había un mandil en buenas condiciones; la segunda fue que si el fogón funcionaba con gas; la tercera que si el colchón era de viscoelástica o algo similar. Quien la tratara a menudo sabría muy bien que al mismo nivel que el tema de las manchas estaba su aversión a los malos colchones y a la vitrocerámica.

Pero esas no son sino pequeñas muestras de sus incontables obsesiones. Tiene muchas más, y sabe que por eso, (y también por su personalidad disociativa), le resultaría imposible compartir su vida con cualquier otro ser, al menos durante un lapso de tiempo que sea superior a una semana. Por períodos más cortos es capaz de aguantar algo de suciedad si la contrapartida resulta sugestiva, por lo que nadie podría decir que Sofonisba no fuera una chica que hasta cierto punto no supiera amoldarse. Prueba de ello es la cantidad de amantes que acumula en su agenda, aunque, todo hay que decirlo, el asunto no sea recíproco, pues ninguno tiene su número de móvil, o para ser más precisos, ninguno tiene un número que siga operativo. Sofi es muy celosa de su privacidad y siempre lleva un segundo terminal con tarjeta prepago, por aquello de que, si conoce a alguien que le gusta, poder darle una forma de contacto sin que parezca que está al margen de la tecnología. Y cuando las cosas se enfrían, o se tuercen, o llega el momento de partir por estar de viaje, se deshace de la *sim* y dice adiós definitivamente. Muy pocas personas tienen su número privado, diez o doce a lo sumo. Además, Sofonisba nunca da su verdadero nombre. Siempre usa el apelativo de Sofi y dice que procede de Sofía. Y como

apellido utiliza el que le viene de parte de su madre, un López que es bastante común.

Sofonisba tampoco es usuaria de las redes sociales. No tiene cuenta en ninguna de ellas; ni Facebook, ni Twitter, ni Instagram ni nada de nada. No sube fotos ni explica sus vivencias. No acude a bodas y mucho menos a despedidas de soltera. La poca familia que le queda aparte de sus padres, una tía y un primo lejano, perdieron el contacto con ella hace ya muchos años. Así que ahí está, en un apartamento escondido, ataviada con un delantal que lleva el dibujo de un perenquén verde, el emblema de la isla, y dispuesta a prepararse una sabrosa cena. Lo primero que hace es abrir la nevera y sacar unos huevos. Del cesto de las verduras coge un calabacín, una cebolla, un diente de ajo y un manojo de habichuelas. A continuación pela y trocea todas las hortalizas y las rehoga en un wok con un chorrito de aceite de oliva y un poco de *tamari*[21]. Mientras todo esto se termina de saltear, bate los huevos en un cuenco y a la mezcla le añade una pizca de bebida de arroz. También prepara una ensalada con lechuga, tomate y un poco de pepino. Mientras el wok se enfría, pone un mantel y dos platos en la mesa. Su padre desapareció hace tres años y la policía piensa que ya ha abandonado el mundo de los vivos, pero ella se resiste a aceptarlo y colocar un segundo cubierto es la manera que tiene de no desmoronarse, de pensar que cualquier día puede entrar por la puerta y ponerse a comer junto a ella haciendo sus espantosos ruidos, aunque ahora mismo nadie más sepa que se encuentra en una isla perdida en medio del Atlántico.

Cuando el rehogado ha perdido calor, lo mezcla con los huevos batidos y en una sartén pequeña prepara una tortilla. Después se sienta a la mesa, sirve dos copas de vino y se come muy despacio buena parte de lo que ha cocinado. Mientras mastica lentamente se acuerda de que en el fondo de su bolso hay un trocito de papel con el teléfono de un chico que le había prometido enseñarle una cueva. Y por eso, tan pronto como termina de recoger y de fregar los platos a conciencia, coge una de sus *sim* de prepago, la instala en su segundo terminal y le envía a Bencomo un mensaje para quedar mañana. La respuesta no tarda en producirse. Él vive en Candelaria y se ofrece para ir a buscarla. Sofi le dice que ni hablar, que primero pueden quedar a tomar algo y conocerse. Tiene una máxima que no deja nunca de cumplir: jamás se sube en el coche de un hombre sin que antes haya resistido uno de sus exámenes. Está cansada, pero cuando acuerdan el lugar y da la conversación por terminada, se tumba en el sofá y se aplica de nuevo a leer su libreta.

Capítulo 5

Amilcare Anguissola recibió su nombre de su padre Anibale, quien a su vez lo recibió de su madre Anaida, quien a su vez lo recibió de su madre Sofonisba, quien a su vez lo recibió de su padre Asdrubale y, recitando de esta manera, si hubiera sido capaz de memorizar tal cantidad de apelativos, habría podido seguir con su árbol genealógico hasta remontarse a la época en la que Cartago fue arrasada por Roma, hecho que acaeció en el año 146 a.C.

Una década antes de ese aciago suceso, un mercader perteneciente a la burguesía cartaginesa de nombre Azmelqart realizó un breve viaje a la capital del país itálico, donde tuvo la oportunidad de escuchar las palabras de un influyente senador romano llamado Catón. Al oírle clamar con singular vehemencia delante de los trescientos *patres conscripti*[22] que Cartago debería ser aniquilada, el comerciante se convenció de que, a la larga, aquella alocución sólo podría conducir al desastre.

Al noble y preocupado Azmelqart, no fue tanto lo que había salido de la boca de Catón, sino la posterior algarabía que se había formado en torno a su propuesta, lo que le persuadió para que, al volver de su viaje, solicitara una comparecencia ante el Consejo de los Ciento Cuatro; deseaba informar cuanto antes de las supuestas intenciones de Roma.

Cuando declaró ante los dignatarios, los sufetes y el resto de los ancianos parecieron escuchar sus palabras con suma atención, pero en cuanto terminó de explicar su experiencia, le dijeron que estaban hasta el gorro de oír siempre la misma cantinela. Sus fuentes, es decir, los espías que llevaban años financiando, les habían asegurado que ese tal Catón, el Viejo, como era apodado por sus compatriotas, no representaba un peligro real. Y después dieron por concluido aquel asunto y pasaron a discutir la siguiente cuestión, según ellos mucho más importante, que trataba de las aspiraciones del nuevo rey de Numidia[23], Micipsa, sucesor de su padre, Masinisa, de anexionarse un territorio que les pertenecía.

Azmelqart salió de aquella audiencia cabizbajo. No esperaba que sus advertencias hubieran caído en saco roto con tal celeridad. Mientras regresaba a su casa, se le cruzó por la imaginación que quizás podría explicarse de nuevo delante de la Asamblea del Pueblo, pero conociendo como funcionaba la política en aquellos momentos de incertidumbre, desechó la idea y siguió caminando hacia su hogar. Fue durante ese revelador trayecto cuando llegó a la conclusión de que lo más adecuado para él sería marcharse de la metrópoli que le había visto crecer y prosperar. «Y qué mejor sitio para afincarme que los dominios de aquellos que pretenden destruir mi país», se dijo

Azmelqart para sus adentros mientras recorría las polvorientas calles de la ciudad de Cartago.

A los pocos meses, después de haber liquidado todas sus posesiones y de haber adquirido el barco mercante más grande que encontró, cargó su nave con ánforas del mejor aceite de la región y tres cofres de oro, y partió sin mirar atrás hacia la isla de Sicilia. Un año más tarde, Azmelqart, que había contraído matrimonio hacía una década, tuvo tardíamente un hijo al que llamó Bomílcar, que a su vez tuvo un hijo al que llamó Asdrúbal, que a su vez tuvo una hija a la que llamó Anaid, que a su vez tuvo un hijo al que llamó Amílcar, y así sucesivamente durante diecisiete siglos hasta que uno de sus descendientes concibió en Génova a Amilcare Anguissola.

Aunque había renunciado a su patria, Azmelqart Giscón jamás renunció a su identidad cartaginesa y, como consecuencia de ello, se aseguró de que su hijo Bomílcar conociera su historia y se encargara de trasmitirla a su vez a su propia descendencia. También le dijo que, para que no olvidaran sus raíces, deberían darles a sus primogénitos nombres cartagineses. Y tal fue su convencimiento al transmitir estas consignas, que habían llegado vivas hasta la época en la que Amilcare Anguissola nació. Durante todo ese intervalo de tiempo, el apellido y el lugar de residencia de la estirpe de Azmelqart había cambiado muchas veces, pero lo que siempre se mantuvo inalterable fueron los dos pilares sobre los que se edificó su fuerte identificación con la cultura púnica.

Azmelqart tenía sesenta y cinco años cuando, en 155 a. C., partió de Cartago. En aquella fecha, su tía Sofonisba Giscón, posteriormente conocida como Sofonisba de Cartago, llevaba muerta cincuenta y siete años. Se había suicidado ingiriendo una copa de vino envenenada con tal de evitar convertirse en esclava. Mucho antes de este infausto acontecimiento, cuando contaba apenas ocho años de edad, Azmelqart había tenido la fortuna de poder escuchar de su propia boca los sucesos que marcaron su extraordinaria vida. Y aquella historia, la verdadera historia de Sofonisba de Cartago, fue la que pervivió en el seno de esa familia a la que, lleno de orgullo, pertenecía Amilcare. Y ahora, presto a cumplir la antigua promesa de sus antepasados, por fin estaba empezando a contársela a su hija Sofonisba en ese crudo invierno de 1544 en la insigne villa de Cremona, después de que, una tarde, la niña volviera llorando del taller de pintura de su maestro Bernardino Campi.

El matrimonio formado por Amilcare Anguissola y Bianca Ponzone, pertenecientes ambos a nobles familias genovesas venidas a menos, tenía una visión muy mercantilista de la vida. Viendo que desde muy pequeñita su hija mayor mostraba un gran interés por la pintura,

habían concluido que quizás no sería una mala idea fomentar esa temprana vocación. Buscando un heredero, antes de finalmente concebirlo en 1551, la providencia les había regalado cinco niñas que debían casar y cuyas dotes, muy elevadas por causa de su nobilísima alcurnia, no iban a ser capaces de reunir, debido entre otras cosas a la incapacidad manifiesta que el marido mostraba en los negocios. Además, dado el carácter rebelde de Sofonisba, tenían claro que no podrían enviarla al convento. Como miembro del Consejo de los Decurioni, Amilcare tenía un empleo público en las fábricas del Duomo y de la abadía de San Sigismondo, donde trabajaban a sus órdenes distintos tipos de artistas y algunos pintores cremoneses, como era el notable caso de Bernardino Campi, circunstancia que aprovechó para pedirle amablemente que enseñara a su hija.

En un primer momento, al escuchar la extravagante petición de su patrón, el maestro trató por todos los medios de escurrir el bulto presentando todo tipo de excusas. Sin embargo, Amilcare, inflexible en su determinación, bajo el pretexto de que tenía una larga lista de candidatos esperando, no tardó en convencerlo de que aceptarla sería lo mejor para todos.

De cara a salvaguardar la buena reputación de la familia y accediendo en parte a las exigencias de Campi, los padres de Sofonisba habían dispuesto que no compartiera el mismo espacio que los alumnos varones del pintor y que además fuera a las clases acompañada de su hermana Elena. No obstante, a pesar de esta precaución, la joven Sofonisba, impulsada por una curiosidad ya entonces desmedida, a la primera ocasión que se le presentó se introdujo subrepticiamente en los dominios prohibidos de los jóvenes mozos.

A las pocas semanas de comenzar las clases, con la obligada aquiescencia de Elena, un día que Campi y su señora esposa se ausentaron para hacer un recado, Sofonisba se escabulló a toda velocidad por las escaleras y se ocultó detrás de un gran lienzo, para desde allí espiar todo el trajín que se desarrollaba en la planta de abajo y que por su condición de mujer se le tenía vedado. Dos muchachos se afanaban trabajosamente en preparar una tela con una mezcla de cola de animal y carbonato cálcico. Un tercero se inclinaba sobre un pesado mortero de piedra para moler minerales de distintos colores y después mezclarlos con aceite y linaza. Al fondo, en la zona más alejada del taller, cerca de un tubo procedente de la cocina que caldeaba a duras penas el lugar, entre el olor a trementina y a sus propios efluvios corporales, los novicios dibujaban al carboncillo el cuerpo semidesnudo de un adolescente. La visión inédita de aquel musculoso mancebo en calzoncillos, cuyo rostro no estaba ni mucho menos exento de belleza, aceleró el corazón de Sofonisba hasta tal

punto que parecía que sus propios latidos iban a delatarla. Y en efecto, tal fue su turbación que al tratar de recular hacia las escaleras se pisó la basquiña y cayó de bruces en medio de la sala. El estruendo que produjo al arrastrar y romper una vasija repleta de pinceles fue tan sonoro como el silencio sepulcral que se instaló después en el taller. Pero luego, en cuanto esa caterva de muchachos se apercibió de la extraña presencia femenina, que por otro lado ya conocían por haberla visto en compañía del maestro, comenzaron a increparla y a dirigir hacia ella gruesos insultos y voces malsonantes. Mientras el adolescente terminaba de vestirse, Sofonisba, morada como una berenjena, se recogía el vestido y salía disparada hacia el piso de arriba. Una vez allí, sin que la barahúnda de la planta de abajo se hubiera ni por asomo terminado, se encontró con la cara de espanto de su hermana menor, quien, después de muchos ruegos, le prometió que no lo contaría a cambio de que le dejara comerse su ración de *marubini*[24] de ese fin de semana. Felizmente para Sofonisba, el maestro Campi, que le había tomado cariño por su gran valía y su espontaneidad, cuando al regresar fue avasallado por las furibundas quejas de sus pupilos, se limitó a advertir a su discípula que aquello no podría repetirse y decidió no informar a sus padres. Desde ese día, los aprendices la tomaron con ella y cada vez que la veían le regalaban todo tipo de afrentas y la conminaban a dejar de pintar. Y fue a partir de entonces, cuando la joven Sofonisba empezó a volver a menudo del taller con los ojos empañados en lágrimas y planteándose que tal vez sería mejor dedicarse a tocar la espineta, como había sido el caso de esa tarde de finales de enero de 1544 al llegar a su casa.

—Perdóneme padre, es que si no hago todas las preguntas a la vez tengo miedo de que acabe olvidándolas —le dice su regordeta hija a Amilcare Anguissola después de que éste la hubiera regañado.

—Ya lo sé preciosa, pero tienes que aprender a no soltar de golpe todo lo que se te pasa por tu linda cabeza. Ten por seguro que si no lo haces, cuando seas mayor esa actitud te acarreará problemas —le contesta Amilcare a su primogénita. Aunque ya ha dejado de llorar, todavía se sienta encima de sus delicadas rodillas. En el Ducado de Milán aquel invierno estaba siendo especialmente riguroso y las articulaciones de Amilcare, que había padecido unas fiebres reumáticas cuando era pequeño, se resentían sobremanera con el frío. Había nacido en Génova, pero su familia se trasladó a Cremona cuando apenas tenía cuatro años. Aunque había cumplido cuarenta y siete, todavía recordaba que en sus tiempos de mozalbete los inviernos en la región eran bastante más suaves. Éste era un tema recurrente en las conversaciones de los nobles, que solían reunirse en sus palacios por las tardes al calor de una buena chimenea. Se decía que el clima

estaba cambiando de manera alarmante. Desde hacía unos diez o quince años había que comprar mucho más carbón para calentar sus enormes viviendas y, en el caso concreto de la familia Anguissola, con recursos limitados, ni siquiera les alcanzaba para templar las estancias de la planta inferior.

—Está bien, padre, entonces contésteme sólo a una: ¿cuál fue la reacción de Amílcar Barca cuando vio que Sofonisba era capaz de hablar griego con tan solo un año, se la llevó a la guerra de Hispania? —le replica su hija, provocando con ello una gran carcajada de su progenitor.

—¡Qué lista eres!, has juntado varias de tus preguntas para sonsacarme, bravísimo. Enseguida te voy a responder, pero antes debes contarme qué has aprendido hoy en clase de pintura. Y olvídate ya de esos petimetres que te fastidian, lo hacen por pura envidia al ver que tienes más talento que ellos.

Al escuchar las animosas palabras de su padre, Sofonisba, que hacía ya tiempo que se había enjugado las lágrimas por estar fascinada con la historia que Amilcare le estaba relatando, se levanta y va a su habitación a buscar sus bocetos.

—Mire, hoy hemos copiado dibujos de Boccaccino. Me ha dicho el maestro que no están nada mal —dice la niña mientras le muestra orgullosa dos páginas repletas de palmas, dedos y falanges.

—Son una maravilla. Ves cómo tengo razón, te tienen tirria porque les das mil vueltas, pero te aseguro que muy pronto van a dejar de molestarte. —Y en el rostro de Amilcare, sin que su hija se dé cuenta de ello, se perfila una sonrisa retorcida. —Y ahora voy a contestar a tu pregunta…

Capítulo 6

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

Sofonisba Giscón lleva ocho años en Hispania. Recuerda que, cuando todavía era un bebé, su padre, Asdrúbal, le contó que debía marcharse con Amílcar por temor a que si la dejaba en Cartago fuera sacrificada por los sacerdotes en un ritual perverso. A la joven cartaginesa, acostumbrada como está a la guerra y a las constantes pérdidas, esa remembranza no es algo que la turbe. Recuerda también con frecuencia a su madre, que la acompañó durante el primer lustro de su vida hasta que murió víctima del ataque de un oso, cuando un día de primavera se adentraron en el bosque en busca de plantas medicinales y comida.

A sus nueve años de edad, además del púnico, el númida, el latín y el griego, ya domina todas las lenguas que se hablan en aquellos parajes: íbero, celtíbero, lusitano, oretano, vacceo, astur e incluso la extraña lengua de los vascones del norte. Las ha aprendido de mercenarios de distintos orígenes que sirven en el ejército comandado por Amílcar Barca, que ha ido, durante toda la duración de esa larga campaña, primero progresando por la costa, desde Gadir hasta Abdera[25], para luego adentrarse en el valle del río Betis y conquistar las plazas de Corduba, Urso, Munda, y Orongis[26], haciéndose con el control de las minas argentíferas y las granjas de toda la región. Los minerales, el aceite, la carne y el grano producido en esas fértiles tierras habían comenzado a fluir hacia su patria y las noticias que les llegaban de Cartago eran alentadoras. La población ya no pasaba hambre y casi no había altercados dentro de la ciudad. Un suntuoso barrio con imponentes edificios públicos, así como un nuevo tramo de muralla para protegerlo, habían sido erigidos al este del ágora. La estatua del dios Reshef había vuelto a cubrirse con su manto de oro y pedrerías. Un innovador sistema de canalizaciones, junto a la recogida sistemática de excrementos y otros tipos de basura, hacían de la ciudad un lugar mucho más habitable. Amílcar estaba satisfecho. Aunque se rumoreaba que algunas tribus hispánicas habían enviado emisarios a Roma para quejarse de las acciones militares de los púnicos, que en virtud del acuerdo de paz no podían siquiera reclutar un ejército, hasta el momento sus ruegos no habían encontrado respuesta. Al parecer, las legiones estaban muy ocupadas tratando de contener en la región cisalpina las revueltas de los galos, que pretendían reconquistar las valiosísimas llanuras del Po.

El año anterior, en sendas batallas sangrientas contra los caudillos celtíberos Istolacio e Indortes, tras derrotar a sus huestes con la ayuda inestimable de sus elefantes, Amílcar atrapó, torturó y crucificó a sus líderes delante de los diez mil prisioneros que había capturado. Después les dio a elegir entre unirse a su ejército o marcharse lejos de

aquellas tierras, bajo la amenaza de que, si regresaban y volvían a combatir contra él, terminarían, igual que sus propios cabecillas, clavados en una cruz para servir de alimento a los buitres y a las bestias noctívagas. Casi todos aceptaron su oferta y se unieron a las filas de un general que, sin que nadie pudiera sospecharlo, se encontraría muy pronto con la muerte.

Sofonisba a todo esto, siempre en la retaguardia junto a la propia familia de Amílcar, estaba siendo instruida por su tutor Sosilo de Lacedemonia[27], nacido en Esparta, que también se ocupaba de la educación de Aníbal Barca, hijo del general y diez años mayor que ella. Aníbal era un joven guerrero que cada vez que le era permitido acompañaba a su padre al campo de batalla. A sus diecinueve años ya manejaba las armas con destreza y montaba su caballo sin silla como un verdadero númida. Naravas, comandante de la caballería cartaginesa, se había ocupado de aleccionarlo bien y, el muchacho, de poderosos músculos y sagaz inteligencia, había realizado con éxito varias escaramuzas y participado con valentía en las duras batallas contra los turdetanos.

No obstante, en todo lo referente a su educación pedagógica, Aníbal era siempre el segundo de la clase. Mientras que Sofonisba era capaz de recitar de memoria los dieciséis mil versos que componían las veinticuatro rapsodias de la Ilíada, en los que se narraba lo ocurrido en el último año de la guerra de Troya, Aníbal tenía que conformarse con recordar los combates de Aquiles en su afán de vengar a Patroclo. Después de nueve años con la niña, Sosilo, que había sido vendido como esclavo en Siracusa al padre de Sofonisba, ya no tenía nada más que enseñarle. Desde el primer momento, cuando a los tres meses de edad comenzó a barbotear palabras en su idioma, el espartano se quedó obnubilado con la recién nacida. Nunca antes había oído hablar de un caso parecido y, cuando así se lo comunicó a su padre, Asdrúbal Giscón, ambos se confabularon para lograr que se convirtiera en la mujer más culta de su época.

Aparte de transmitirle el extenso conocimiento albergado en su mente, durante todo este tiempo, Sosilo se había ocupado de que Sofonisba pudiera leer cuanto rollo o tablilla estuviera a su alcance. Utilizando la influencia que tenía sobre su hijo Aníbal, había convencido a Amílcar Barca para que sufragara los gastos de una expedición a Atenas. Así había obtenido copias de valiosos textos de Heródoto, ensayos de Platón y Aristóteles, poemas de Calímaco y Filico de Córcira, epopeyas de Homero, tratados matemáticos de Pitágoras y Euclides, escritos de astronomía de Aristarco de Samos y Eratóstenes, y un largo etcétera que la joven había devorado con pasión y que era capaz de reproducir con una prodigiosa exactitud.

Obsesionado como estaba por el gran estratega Alejandro Magno,

Aníbal no descansó hasta conseguir una copia de la crónica que había escrito Calístenes de la campaña militar que llevó a cabo durante ocho años y en la que conquistó grandes extensiones de Asia Menor, todo el Mediterráneo, Egipto, Persia y una parte de Asia Central hasta llegar a la frontera con la India. El tutor griego, deseoso también de leer de primera mano sus hazañas, hizo que Amílcar enviara un mensajero a Alejandría con una bolsa de monedas de oro para conseguir ése y otros codiciados volúmenes. Al cabo de seis meses llegó la recompensa. Aníbal era ya para entonces el mayor admirador de Sofonisba y la invitó a que leyera junto a él las formidables gestas del gran general macedonio, que tuvo la poca fortuna de morir con sólo treinta y dos años, cuando la vastedad de su Imperio superaba con creces a la de cualquier otro que hubiera habido en la faz de la Tierra.

Sofonisba, que también idolatraba a Aníbal, estaba entusiasmada con la idea. Quería aprender a combatir y sabía que sus conocimientos, tarde o temprano, le servirían de moneda de cambio. Hasta el momento Aníbal se había negado a enseñarle a utilizar la espada. Argüía que era demasiado pequeña y que podría lesionarse o sufrir algún mal, pero Sofonisba era consciente de que en realidad le estaba dando largas por el hecho de estar encerrada en el cuerpo de una débil mujer. Pese a que Tanit era ampliamente venerada en la cultura púnica como diosa de la fertilidad y de la guerra, las mujeres cartaginesas nunca formaban parte del ejército. Aunque las leyes no prohibían su participación en la defensa de la propia ciudad o en las largas campañas militares, se consideraba que la presencia femenina, incluso en tareas auxiliares como eran las cocinas o el abastecimiento, traía mala suerte. Una cosa era acarrear esclavas para el disfrute personal de los oficiales y, en menor medida, de la soldadesca, y otra muy distinta era dejarles tomar parte activa en un campo que durante siglos había sido exclusivo de los hombres.

Por eso, aunque sólo tenía ocho años cuando regresó el mensajero que habían enviado a Alejandría, hacía ya tiempo que Sofonisba había comenzado a ejercitarse. Se levantaba más temprano que nadie y durante más de una hora corría como una gacela alrededor de todo el campamento. Al principio había tenido problemas con los centinelas de los puestos de guardia, pero pronto se fueron acostumbrando a su presencia; a fin de cuentas era la protegida de su general y nunca molestaba. Además, para fortalecer sus escuálidos brazos, levantaba una y otra vez odres llenos de agua y vasijas que ella misma rellenaba de piedras. Y de esa forma, día a día, con una perseverancia que emanaba directamente de su testarudez, su cuerpo fibroso, aunque todavía pequeño, se fue convirtiendo en una poderosa amalgama de tendones y músculos.

Mientras todo esto tenía lugar en Hispania, Asdrúbal Giscón, que estaba al corriente de los progresos de su hija a través de su frecuente correspondencia con Amílcar y Sosilo, intentaba hacer en Cartago una labor de contrapeso al poder de Hanón. La noticia de la muerte de su esposa, por la cual sentía devoción, había generado en él un gran abatimiento. Se culpaba a sí mismo por haber aceptado sus insistentes ruegos para que le dejara acompañar a Sofonisba, aunque sabía que, de no haberlo hecho, la separación la habría acabado matando de tristeza.

Pese a todo, incluso habitado por esa desazón, Asdrúbal se las había ingeniado para neutralizar la propuesta que el general Hanón había presentado ante el Consejo para que Amílcar fuera destituido y obligado a volver. Aunque las arcas estuvieran repletas gracias a su labor, estando tan lejos del Senado y teniendo enemigos tan poderosos, Amílcar no podía confiarse. Y por esa misma razón, a espaldas de todos excepto de su hijo mayor, estaba elaborando un plan junto con su buen amigo Asdrúbal Giscón: tan pronto como Sofonisba se convirtiera en mujer, la enviarían de vuelta a Cartago, donde gracias a su inteligencia y a su belleza, conseguiría, sin duda con gran facilidad, maniobrar para que su padre y algún otro de sus fieles fueran designados como nuevos sufetes. De esta forma tendrían el control absoluto del Consejo y, si lo consideraran oportuno, podrían aprovechar la circunstancia para declararle la guerra a los romanos.

Hanón por su parte, partidario de que Cartago no se enemistara con Roma y dedicara sus esfuerzos a consolidar sus territorios en el norte de África, al perder la votación y verse amenazado, presentó otra moción en la que proponía que uno de sus acólitos, Asdrúbal *el Bello*, fuera enviado a Hispania como lugarteniente de Amílcar. Así mismo, para asegurarse su lealtad, éste tendría que entregarle como esposa a una de sus tres hijas y convertirse de esa forma en su yerno. Siempre proclive a equilibrar la balanza del poder, el Consejo de los Ciento Cuatro aprobó la propuesta. A partir de entonces Amílcar tendría que vigilar sus pasos. Lo quisiese o no, la sombra de Hanón estaría siempre detrás de sus acciones.

Meses después de haber terminado de leer las crónicas de Calístenes, en 229 a.C., teniendo ella nueve años y Aníbal diecinueve, Sofonisba todavía no había logrado convencerlo para que le enseñara a manejar la espada. Por aquel entonces, el ejército púnico se había replegado hacia la costa y avanzaba en dirección al norte. Los romanos habían reaccionado enviando una delegación de protesta al campamento cartaginés, pero Amílcar, haciendo gala de grandes dotes diplomáticas, se había disculpado alegando que esas conquistas eran absolutamente necesarias. ¿Cómo si no podrían pagarles los diez mil

talentos euboicos de la indemnización de guerra con la que habían sido sancionados?

Unas semanas después de aquel episodio, Amílcar ordenó construir una fortaleza a la que denominó Akra Leuké[28], y en la que estableció su cuartel general. Allí ubicó arsenales, almacenes de grano, caballerizas y establos adecuados para los elefantes. Tras ultimar los trabajos a finales de año, se lanzó a la conquista de la ciudad celtíbera de Heliké[29]. Su hijo Aníbal lo acompañaba al mando de una *turma*[30] de caballería. Sofonisba, junto con las tres hijas del general y los dos hermanos menores de Aníbal, Asdrúbal y Magón, se había quedado en la ciudadela con la parte de las tropas comandada por Asdrúbal *el Bello*.

Aquel fatídico diciembre, al verse rodeados por las falanges cartaginesas, aprovechando la oscuridad de la noche, los habitantes de Heliké pidieron auxilio a su vecino Orisson, rey de los oretanos. A su llegada al día siguiente, el líder de los íberos se valió de una estratagema para penetrar en las filas de sus adversarios y sembrar el caos en su retaguardia. Y fue durante esta refriega, mientras cruzaba un arroyo a lomos de su corcel, cuando Amílcar Barca fue lanceado hasta encontrar la muerte. Advertidos de que el general de los cartagineses portaría un yelmo dorado, veinte jinetes enemigos se abalanzaron sobré él y no lo dejaron escapar. Un poco antes de sucumbir, consciente de que para él todo estaba perdido, ordenó al jefe de su escolta, Abartiagis, que obligara a su hijo Aníbal, que ya cabalgaba hacia su posición, a dar media vuelta y dirigirse hacia su fortaleza.

Capítulo 7

Sofonisba Malvezzi se ha quedado dormida. Estaba terminando de corregir lo que había escrito sobre la batalla de los ejércitos cartagineses contra las tropas de Orisson en la ciudad de Heliké, cuando ya no pudo soportar el peso de sus párpados. Había sido un día muy largo; primero las compras matutinas, después el paseo por el pequeño pueblo, luego la comida, a continuación descubrir las falacias sobre el temporal, conducir hasta la playa, surfear un rato y volver a revisar el manuscrito mientras tomaba el sol, regresar al apartamento, prepararse la cena y continuar leyendo hasta pasadas las doce de la noche.

Cuando ha abierto los ojos y se ha visto tumbada en ese sofá aterciopelado que no reconoce, lo primero que ha hecho ha sido repasar las vivencias del día anterior para asegurarse de que no está soñando. A veces se despierta en medio de la noche y no es capaz de discernir si su pasado reciente pertenece al ámbito de su imaginación o si por el contrario forma parte de su vida real. Aunque existe una tercera posibilidad que también se plantea: ¿no será que estoy viviendo la vida de otras personas aparte de la mía? ¿No será que habito de forma simultánea en tres cuerpos distintos? No sabe por qué, pero lleva teniendo ese extraño pálpito desde que era pequeña, no recuerda exactamente desde cuándo, pero en cualquier caso mucho antes de que su madre decidiera que Australia estaba lo bastante lejos como para no tener la tentación de volver al lado de su padre y de su agobiante panoplia de rarezas.

Ahora que ha cumplido treinta años, Sofonisba tiene la certeza de que escribir sobre esa mujer que existió en épocas remotas es como una especie de terapia que podría ayudarla a entender la verdad. Aunque de ningún modo es esa la razón principal, ya que en realidad Sofonisba escribe por mandato expreso de su padre.

Ω

Orazio Malvezzi desapareció en circunstancias nunca aclaradas en Palermo. Estando Sofonisba en su domicilio de Madrid, unas horas antes de marcharse, su padre la había llamado por teléfono para decirle que había encontrado una posible pista. Orazio se pasaba los días escudriñando las redes sociales de los palermitanos y, según le contó, en una foto publicada por un padre de familia en la que se veía un cuadro colgado en el salón de su humilde vivienda, le había parecido reconocer el particular estilo de Sofonisba Anguissola, que había pasado en la ciudad los últimos diez años de su vida. Si aquello fuese cierto, podría tratarse del lienzo en el que quizás estuvieran escondidos los documentos de la pintora que Orazio llevaba tres

décadas buscando.

El padre de Sofi era descendiente directo del hijo que, Orazio Lomellino, último marido y gran amor de la artista, había tenido de una relación anterior. Como el hermano menor de Sofonisba Anguissola era un auténtico papanatas, se había negado a continuar con la tradición que había instaurado su lejano antepasado Azmelqart. Por lo que le decía a cada rato a su hermana, Asdrubale, veinte años más joven que ella, no estaba dispuesto a tener que revivir en la memoria de sus descendientes toda esa estupidez sobre la historia de Sofonisba Giscón. Ante tamaño desplante, al no tener hijos propios, Sofonisba había convenido con su marido que fuera su familia la depositaria de la leyenda que recogía las singulares peripecias de la cartaginesa. Y para que la continuidad del árbol genealógico no se viera truncada, había adoptado legalmente a Giulio Lomellino, el hijo único de su jovial esposo.

Según los indicios que Orazio Malvezzi había recabado, al parecer, Sofonisba Anguissola había escrito unas notas relativas a la historia familiar para posteriormente esconderlas en el bastidor de un cuadro que representaba a la Virgen María. Obrando de esa forma, la pintora había querido asegurarse de que sus anotaciones no cayeran en manos de la Santa Inquisición, puesto que su contenido podría considerarse herético.

Y ahora, aun habiendo transcurrido más de tres años desde aquella llamada y de un posterior mensaje de texto que había recibido, Sofi seguía sin tener noticias de su padre. Aunque había viajado a Palermo en varias ocasiones, no había sido capaz de descubrir lo que había pasado con Orazio. Unos días después de su partida, tras haber intentado localizarlo a través de su móvil más de cincuenta veces y comprobar que se había marchado del hotel, decidió que había llegado el momento de denunciar su desaparición. Cuando a las pocas horas explicó su situación en la comisaría del distrito de Chamberí, le dijeron que la avisarían en cuanto pudieran ponerse en contacto con las autoridades italianas, pero que al tratarse de una persona adulta y no poder facilitar ningún dato que indicara que había habido un crimen, la respuesta tardaría semanas en llegar. Y acto seguido la acompañaron amablemente a la salida.

Sofi, que había entrado en el edificio temblando de desesperación debido a la ansiedad de los últimos días, salió de allí al borde de un ataque de nervios. Mientras caminaba por la calle Almagro camino de su casa con los ojos enrojecidos y sus enormes narices a punto de explotar, su estado de ánimo fue cambiando de una pena absoluta a una furia salvaje. A medida que veía pasar las losetas grises que formaban la acera, tenía la sensación de que su ropa y zapatos se iban haciendo cada vez más pequeños, como si estuviera metida en el

cuerpo del mismísimo Hulk. Pero gracias al cielo esta vez se trataba de una alucinación y no terminó transformada en un monstruo.

Ante la descorazonadora conducta de la policía española, después de llegar a casa y de haber pasado la noche sin dormir, Sofi decidió que sería ella misma quien se ocuparía de la investigación. Lo primero que hizo esa mañana al levantarse, fue sorberse su propia pesadumbre y escribirle un correo a la decana de la universidad. Quería decirle lo que llevaba ya meses queriéndole decir; que le encantaba dar clases pero que con la miseria que cobraba no podía llegar a fin de mes, y que al día siguiente ya no iría al trabajo. Ocupaba una plaza de interina en la Autónoma y, como el valor de un bitcoin, aunque había llegado a cotizar por encima de los quince mil euros, aún superaba los tres mil ochocientos, resolvió que ya era hora de empezar a gastarlos. Lo segundo que hizo fue algo que jamás se habría imaginado que tendría que hacer; invadir la sacrosanta privacidad de su adorado padre.

Cuando una hora más tarde llegó al domicilio de su progenitor, después de recorrer las cuatro habitaciones y comprobar que todo estaba en orden, se sentó en la silla de su despacho y encendió su ordenador de mesa, cuyos sistemas de seguridad habían sido configurados por la propia Sofi. Tras introducir las claves pertinentes y buscar entre los directorios, accedió a sus carpetas de Palermo. Los archivos más recientes mostraban una serie de fotografías familiares tomadas en el interior de distintas viviendas. La nomenclatura de las mismas indicaba una fecha seguida de lo que parecían ser apellidos de origen italiano. En varias de aquellas imágenes se veía algún cuadro. En esos casos, su padre los había ampliado para luego guardar una foto del recorte. De uno en particular existían treinta y seis variantes. Se correspondían con una cuadrícula de seis filas y seis columnas en las que había dividido la imagen de un lienzo que representaba a la Virgen María. Parecía que Orazio tenía la firme sospecha de que esa imagen religiosa había sido pintada por Sofonisba Anguissola. La foto original estaba grabada bajo el siguiente nombre:

04-01-2019 – Mancuso

A continuación, Sofonisba se introdujo en los perfiles de las redes sociales de su padre. No tardó mucho tiempo en identificar la publicación que había dado origen al mencionado archivo. Se trataba de una fotografía tomada en el salón de la casa de Francesco Mancuso, en la que aparecía una familia sonriente celebrando la Navidad. Por las reducidas dimensiones de la estancia y los escasos muebles, estaba claro que se trataba de una vivienda humilde. Detrás de un grupo familiar de seis integrantes, sentados en un sofá de escay emperifollado de guirnaldas, se veía el cuadro que Orazio tenía

grabado en el ordenador.

Cuando se cumplieron diez días desde que tuviera noticias de su padre por última vez, una soleada mañana de mediados de marzo, Sofi compró un billete de avión y se dispuso a viajar hasta Palermo. Habiendo descartado trasladar sus averiguaciones a la policía española, mientras esperaba en la puerta de embarque de su vuelo, la joven hizo una búsqueda en internet y guardó los contactos de tres detectives privados diferentes que residían en aquella ciudad. Después de aterrizar, coger un taxi y acomodarse en el hotel San Paolo, el mismo en el que su padre había formalizado su reserva, se entrevistó con los tres candidatos y eligió a uno llamado Luigi Nelco. A pesar de su cabeza apepinada y su aspecto desastrado, le pareció el más despierto y sobre todo el más honesto de los tres. Además, estaba emocionado por la idea de cobrar en bitcoin. Por lo que decía, nunca había confiado en los bancos y prefería ser él mismo el custodio de su propio dinero.

El despacho de Luigi se encontraba en el tercer piso de un edificio decrépito del barrio de Guadagna. La fachada tenía desconchones, los balcones habían sido precintados y una maraña de cables se distribuía de forma ininteligible por las distintas plantas. Al entrar en el portal, la humedad era tal que parecía que hubieras aterrizado en la selva amazónica, y las escaleras tan angostas que, en caso de declararse un incendio, los bomberos no podrían subir. No obstante, a pesar del tufo a tabaco y del desorden, Luigi se las había apañado para hacer de su oficina un sitio acogedor.

Con los zapatos empapados por haber metido los pies en un charco al bajarse del taxi, Sofonisba se acomodó en una silla y procedió a informar al detective de todos los pormenores de su caso. Cuando terminó de escuchar su historia, tras unas preguntas y unas breves consideraciones, Luigi se puso en movimiento. Lo primero que tenían que averiguar era si el referido cuadro continuaba en el mismo salón. La dirección de los Mancuso la había obtenido Sofi a través de su perfil de Facebook. Vivían en el cuarto piso del número tres de la vía Giulio Sarmiento, en el conflictivo barrio de Brancaccio, que según las malas lenguas estaba bajo influencia de la mafia. La facilidad con que la había conseguido volvió a reafirmarla en su determinación de no abrirse nunca un perfil en las redes sociales.

—*Signorina* Malvezzi —le dijo Luigi Nelco en italiano soltando a la vez una gran bocanada—, si vamos a ese lugar y tocamos la puerta de Francesco, es muy posible que los Mancuso nos reciban con una gran sonrisa, nos dejen pasar y nos inviten a comer *arancini*[31]. En ese caso saldríamos de dudas en menos de un minuto. Ahora bien, cabe la posibilidad de que esa familia tenga algo que ver con la desaparición

de su querido padre, en cuyo supuesto…

—Me hago cargo, señor Nelco, esa es la razón por la que he contratado sus servicios —respondió Sofonisba con un perfecto acento genovés, lugar de procedencia de su abuelo paterno—. Entonces, ¿qué sugiere que hagamos? —dijo espantando el denso humo que flotaba en el aire mientras Luigi apagaba su tercer cigarrillo.

—Por casualidad tengo un primo que vive en ese mismo barrio. No creo que cueste mucho convencerlo de que les haga una amable visita a sus vecinos —replicó el detective mostrándole un fila de dientes del color del café—, pero descuide, ese gasto ya está contemplado en nuestro presupuesto.

—Me alegro de saberlo —contestó Sofi, que se había levantado tosiendo a abrir una ventana—. ¿¡Verdad que no le importa…!? —dijo después. Llevaba los calcetines mojados en la mano y ningunas ganas de entablar una negociación.

Efectivamente, dos días más tarde se reunieron con la persona que afirmaba ser el primo de Nelco. Con la excusa de que vivía cerca y de que había escuchado que Francesco se dedicaba a hacer portes con una furgoneta, se había presentado en su piso para solicitar que le hiciera una oferta. Como había previsto, Mancuso, que lo conocía de vista, le permitió pasar al salón y le ofreció un refresco. Aunque olía a comida, el transportista no hizo ningún amago de sacar un plato de *arancini*. Mientras el pariente de Nelco, de nombre Pietro, le explicaba con cierto titubeo en qué consistía la mudanza, no le quitaba ojo al cuadro que estaba colgado justo encima del sofá, que no era otra cosa que una acuarela que representaba una típica marina siciliana. Como quiera que su vecino no se chupaba el dedo, quizás por aquello de vivir en un barrio de gánsteres, se dio cuenta enseguida de que aquel tipo no tenía ninguna intención de contratarlo. Y entonces, antes de que Pietro pudiera reaccionar, las dos grandes zarpas que Francesco tenía por manos le tenían sujeto del pescuezo. Ni que decir tiene que, desde ese mismo momento, el primo de Nelco no tuvo otra opción que cantar la Traviatta. Cuando cinco minutos más tarde Mancuso acabó de escuchar el relato del pobre recadero, finalmente se relajó y aflojó sus manazas.

Según le había contado después el propio Francesco mientras él se masajeaba el cuello dolorido, una persona que se había identificado con el nombre de Orazio Malvezzi había estado en ese mismo salón dos semanas atrás y le había ofrecido quinientos euros por dejarle inspeccionar el cuadro que después se llevó. De acuerdo a su versión de los hechos, tenía ese óleo desde hacía dos años. Se lo había dado un tipo al que le había hecho un porte y que no disponía de dinero, afirmando que valía al menos cuatrocientos euros, más del doble del

coste del servicio que le había prestado. Al tratarse de un hombre confiado por naturaleza, Mancuso aceptó el intercambio. Pocos días después llevó el lienzo a una casa de empeños que regentaba un antiguo amigo de la infancia. El dueño del negocio le dijo que, pese a que su valor sí que podría rondar esa cifra, por tratarse de una pintura del siglo XIX no podía comprársela. El mercado estaba saturado de obras como aquella y no sería sencillo colocarla. Y por eso acabó colgada en su salón, bueno, por eso y porque a su señora esposa Francesca y madre de sus hijos le gustaba muchísimo. Cuando el señor Orazio apareció con dinero contante y sonante y les ofreció primero quinientos euros por inspeccionarlo y después otros quinientos por llevárselo prestado, hasta que pudiera comprobar si era obra de una antepasada suya, no dudaron en decirle que sí, aceptando también la acuarela que les había traído para sustituirlo. Tras aquel encuentro, Francesco había intentado contactar con él en el número de móvil que aparecía en su tarjeta de visita, pero estaba siempre fuera de cobertura. Y ahora se enteraba, después de pensar que habían vuelto a timarle por fiarse demasiado de la gente, que el susodicho Orazio había desaparecido y que su hija estaba intentando por todos los medios encontrarlo. Cuando a los pocos minutos Pietro quiso despedirse después de haber apurado su refresco y encontrándose ya mucho mejor de su gaznate, el bonachón de Francesco le pidió disculpas por haberle agarrado de esa forma y se ofreció a ayudarlo en cualquier cosa que pudiera ser de utilidad, incluso transportando enseres de forma gratuita.

—¿Pero mi padre no le dijo al señor Mancuso dónde pensaba ir? —exclamó Sofonisba agarrándose al borde de la mesa sobre la que habían depositado las bebidas.

—Lo único que le dijo es que iría de vuelta al hotel tan pronto como encontrara un taxi; al parecer, su anfitrión no podía llevarlo porque tenía la furgoneta averiada —repuso Pietro, que sujetaba su vaso con fuerza por miedo a que la mujer acabara tirándolo. Para la reunión, se habían acomodado en uno de los extremos de la cafetería del hotel en el que estaba alojada Sofi.

Durante el día anterior, mientras esperaban el resultado de las pesquisas de su primo, Luigi y Sofonisba intentaron reconstruir los pasos que había dado su padre desde su llegada al aeropuerto de Palermo. Sabían que tenía una reserva de cuatro días en el San Paolo Palace, pero según habían podido averiguar sólo pasó dos noches. A la tercera mañana, empaquetó sus cosas, se dirigió al mostrador de recepción y pagó la cuenta con dinero en metálico. Una buena propina había obrado un milagro en la corta memoria del conserje, que de pronto se acordaba muy bien de aquel señor con andares de pato y pelo gris que le había pagado con un billete de quinientos. A partir de

ahí no fueron capaces de saber adónde se había dirigido. Las cámaras situadas en el exterior registraron esa misma mañana a Orazio acarreando una maleta y lo que parecía ser el envoltorio de un cuadro mientras atravesaba el amplio hall acristalado, salía a la calle, enfilaba el portón principal y se perdía en las ruidosas anchuras de la via Messina Marine. Otra propina había ayudado a que el responsable de la seguridad del hotel encontrara la grabación y se la mostrara sin tener que pedir permiso al director.

—*Signorina* Malvezzi —dijo Luigi Nelco cuando terminó la interlocución de su apreciado primo—. Creo que lo mejor será que vuelva a España y contacte de nuevo con las autoridades de su país. Cuénteles lo que hemos averiguado y trate de obtener una orden judicial que nos permita acceder a los registros del móvil de su padre. Si fuera una empresa de telefonía italiana, yo podría conseguirlos a través de otro de mis primos, pero siendo española no puedo hacer nada. Entretanto, seguiré investigando por mi cuenta.

Sofonisba no había escuchado la sugerencia que Luigi le había hecho sobre ir a Madrid. Hacía rato que su mente estaba absorta en algún lejano pensamiento. En el exterior, el cielo se había cubierto de nubes y había comenzado a lloviznar. Desde su mesa, a través de dos grandes ventanales, se divisaba la bocana del puerto. Mientras miraba como los ferris se alejaban hacia la inmensidad azulada del mar Tirreno llevando en su interior las vidas de cientos de pasajeros que no conocía, se preguntaba tristemente dónde estaría su padre. Las revelaciones que acababa de escuchar de aquel residente de un barrio miserable no habían hecho otra cosa que confundirla más. Por un lado, saber que había salido del hotel por su propio pie y que su cara no mostraba ningún signo evidente de preocupación, la habían tranquilizado, pero por otro, llevar casi dos semanas sin tener noticias y sin haber recibido ni una sola llamada, la mantenía en un estado de profunda congoja. Aunque se comunicaban con frecuencia por teléfono y se veían cada vez que podían en Madrid, había habido veces que por un motivo u otro habían estado más de un mes sin hablarse. Aun así, nunca había permanecido tanto tiempo sin coger el teléfono o con la línea fuera de cobertura. Además, estando de por medio un cuadro que en teoría podría valer millones, mucho se temía Sofonisba que su padre estuviera metido en un enredo del que sin ayuda no podría salir.

—No quiero abandonar Palermo, señor Nelco, pero creo que tiene razón, tengo que conseguir la orden o buscarme un pariente en España con buenas influencias —dijo Sofonisba sin ningún atisbo de ironía después de salir de su ensimismamiento—. ¿Y qué va a hacer usted?

Antes de contestar, Luigi mira de reojo a su primo Pietro haciéndole ver que es mejor que se vaya. No sería prudente que

conociera más detalles del caso.

—Tengo que revisar todas las cámaras que haya disponibles y seguir el trayecto de su padre. En algún momento tuvo que abordar un vehículo y, si tenemos suerte, podremos rastrearlo. Por otro lado, y siento mucho tener que decir esto, continuaré investigando en todos los hospitales y morgues de la isla. Hasta ahora no ha habido coincidencias, pero es algo que no podemos descartar.

—No se preocupe, es mejor que nos aseguremos. Imagino que no se lo creerá, pero estoy convencida de que sigue con vida —dijo la chica, más para insuflarse ánimos que para tratar de persuadir al detective. En ese momento, Sofonisba no podía sospechar que en el buzón de su casa de Madrid le esperaba una carta que le había sido enviada en nombre de su padre.

Ω

Cuando Sofonisba, todavía tumbada en ese sofá aterciopelado que no reconoce, abandona al fin sus ensoñaciones y determina que todo aquello pertenece a su vida real, se levanta, se estira la camiseta del pijama y se dirige al baño. Quiere lavarse la cara antes de volver a acostarse, esta vez en la cama. A media mañana ha quedado con Bencomo y no le gusta que la vean con bolsas en los ojos. Después de echarse agua por el rostro, Sofonisba, que peca de presumida, se mira largamente en el espejo. Lo primero que ve es esa nariz prominente que tiene entre los ojos. Sabe que cuando alguien se acerca a ella lo suficiente como para discriminar con exactitud lo que desde la distancia es todavía una simple sospecha, siempre detecta un sobresalto. Pareciera como si sus napias fueran una especie de sima que se tragara no sólo las miradas sino también la escasa inteligencia de la gente. Eran pocas las personas que en el momento de conocerla podían mantener su vista y su conversación al margen de ese accidente geográfico que tenía en medio de la cara. Y no por casualidad eran esas normalmente con las que congeniaba. Sin embargo, para ella misma su gran nariz es el alimento basal de una parte irrenunciable de su personalidad. Y mientras se mira en el espejo y se reafirma, se fija en el resto de sus bellas facciones: sus ojos verdes; el pelo moreno y lacio al estilo de sus antepasados; su boca grande; los labios finos pero a la vez carnosos; su figura esbelta, fibrosa, esculpida a base de carreras para compensar las mofas infantiles recibidas por su enorme nariz; sus pechos, redondos, firmes, del tamaño exacto de un melocotón, suficiente como para ser deseados y no tan grandes como para que la gravedad ejerza su influencia. Para contemplarlos en detalle decide desvestirse. Los pezones, oscuros, turgentes, con forma de dedal, se le han erizado al enfrentarse a su propia visión. El vientre plano. La línea que sólo se adivina del vello

de su sexo, que palpita como una mariposa a punto de desplegar sus alas, que es capaz de llevarla a las alturas y de hacerle pensar que vive en un universo de metáforas, de sueños a punto de cumplirse, de caricias y palabras repletas de magnanimidad. Y luego, plenamente satisfecha de ego, vuelve a ponerse la ropa y se va a descansar a una cama con un colchón de látex, situada en un apartamento con fogones de gas, en medio de una isla alejada de heladoras tormentas.

A la mañana siguiente, Sofonisba se levanta descansada y fresca como una mandarina. Desayuna una tostada de pan con aceite y un café y, en cuanto termina de ducharse, puesto que aún le quedan un par de horas antes de acudir al encuentro con Bencomo, se pone otra vez a corregir sus textos.

Capítulo 8

—¿**E**s eso cierto, padre? ¿Sofonisba sabía todos esos idiomas y era capaz de memorizar todos aquellos libros? ¿Y qué pasó con Aníbal después de que a Amílcar lo mataran? ¿Pudieron refugiarse todos en el castillo?

—Ya basta Sofo, ya basta. Acabo de decirte que no hagas tantas preguntas —le dice Amilcare Anguissola a su hija Sofonisba, contento de que el relato que le está contando produzca el resultado que había deseado—. Para empezar, no se trataba de un castillo, era simplemente un fuerte militar. Pero sí, Abartiagis y Aníbal llegaron a su campamento con una gran parte de las tropas que se habían desperdigado por el efecto de la treta que había urdido el astuto Orisson.

—¿Una treta?, ¿como cuando yo me escondo detrás de una cortina para darle un buen susto, padre?

—Sí, más o menos se trata de lo mismo, pero con consecuencias mucho más dolorosas.

—Claro, papá, tan dolorosas como morirse —responde la pequeña Sofonisba, que para sus once años estaba ya bastante espabilada—. ¿Y qué hizo ese odioso Orisson?

—No tan rápido niña, que es casi la hora de la cena y luego tienes que descansar.

—Pero, padre, no podré dormir si me deja a mitad de la historia, por favor se lo pido…

—Nada, nada, venga, ve a la cocina a ver si Cornelia tiene la comida preparada, y si tu madre anda por ahí dile que quiero verla. Te prometo que mañana, cuando regreses del taller de pintura, te seguiré contando.

—Jo, papi, eso no es justo. Pero bueno, desde ahora mismo voy a empezar a ejercitarme. Yo también quiero aprender a manejar la espada, ya verá como les doy su merecido a esos mequetrefes que no saben pintar —añade la muchacha mientras da golpes en el aire con los puños cerrados.

La familia Anguissola ocupaba una vivienda de dos plantas que estaba situada a poco más de cinco manzanas de la Platea Maior, lugar donde se erigía el magnificente Duomo de la ciudad y el famoso campanario Torrazzo di Cremona, que con sus quinientos dos peldaños y sus doscientas cincuenta *braccia*[32] de altura era la construcción de ladrillo más alta de todo el Ducado de Milán.

Siendo comisario de los trabajos de decoración del interior de la Catedral, y especialmente de la ampliación de los frescos que Boccaccio Boccaccino había pintado en la nave central a principios de siglo, cuando llegaba la canícula y los gruesos muros de la gran iglesia

servían como refugio del intenso calor, Amilcare se hacía acompañar por su hija mayor, que las primeras veces no contaba siquiera cinco años. Desde muy pequeñita, la muchacha de rosados mofletes se encandiló con aquellos artistas. Los veía preparar sus pinturas y subirse a los altos andamios anclados en los pilares cruciformes, para desde allí dibujar complejas escenas religiosas y colorearlas después con pinceles de todos los tamaños. La actividad era siempre febril. Los maestros impartían sus órdenes a voz en cuello y los sonidos reverberaban en las bóvedas góticas para regresar mezclados con el chirriar de las poleas y el golpeteo metálico de los cinceles al esculpir la piedra. Grandes pebeteros de aceite iluminaban aquel espacio fantasmagórico con apenas ventanas y producían en el corazón de la niña emociones intensas, muy alejadas de lo que era su vida entre las cuatro paredes de su casa. Mientras su padre departía con los orfebres, Sofonisba se sentaba en el suelo enlosado y trataba de reproducir alguna figura con los trozos de lápiz que encontraba a su paso. Uno de aquellos días, cuando el calor del mes de julio hacía imposible salir al exterior, Bernardino Gatti, que estaba terminando de pintar una resurrección en uno de los ábsides, se acercó hasta el lugar en el que se arrodillaba Sofonisba y vio la copia de la cara del Cristo que él mismo estaba dibujando. Gatti, asombrado por la habilidad de la tierna muchacha, le acarició la cara y le dijo que estaba muy bien hecho. Cuando Amilcare vio que aquel boceto improvisado había llamado la atención del maestro, empezó a pensar que tal vez aquella cualidad fuera algo que debía explotarse, como así sucedió unos años después, cuando convino con su esposa que sería bueno para la familia llevarla a clases de pintura.

Aquella noche, cuando Sofonisba se recogió en su habitación, fue la primera vez que sintió con claridad un tipo de calor que no provenía de una fuente visible, una llama que no necesitaba de ningún combustible para seguir ardiendo y que desde hacía pocas semanas anidaba en su pecho y la reconfortaba, como lo haría, según le gustaba imaginar a ella, el amor de una madre que de verdad la amara. Al año siguiente, el padre de Sofonisba comenzó a llevarla también a la abadía de San Sigismondo, a distancia de una legua de su casa, para lo cual disponían de un coche de caballos cedido por el Consejo que hacía las delicias de la niña.

En su recorrido hacia el monasterio tenían que cruzar la vía Mercatelli, donde una plétora de vendedores ofrecía los mejores productos de la célebre gastronomía lombarda: *marubini* rellenos de pescado, *malfatti* de espinacas y queso, *torrone* de almendras y limón, salamis y una variedad sin fin de lo que constituía el principal sustento de aquella población de más de treinta mil personas. A continuación enfilaban la calle que daba acceso al barrio de las

Domorum Novarum, donde la pujante clase de los comerciantes hacía construir sus pomposas viviendas. Al final de la vía, junto al baluarte de la muralla llamado de San Michaelis, se encontraba la Porta Nova, que atravesaban a galope tendido tan pronto como el capitán de la guarnición les franqueaba el paso. Y entonces, ante la extasiada mirada de Sofonisba, se abrían las fértiles tierras de cultivo de la gran llanura cremonesa. La visión de aquella verde inmensidad, flanqueada al sur por los oscuros meandros del silencioso Po, producía en la niña una suerte de vértigo, como lo que se imaginaba que sentiría si alguna vez reuniera el valor suficiente para subir al Torrazzo y asomarse a la balaustrada de su último piso, donde las cigüeñas hacían sus nidos en la primavera, y donde las campanas tañían sus notas cargadas de solemnidad.

Tras recorrer una legua a pleno galope entre campos de cebada y ajonjolí, llegaban finalmente a la abadía, erigida en el lugar donde antes se encontraba la iglesia en la que, en 1441, se celebró el matrimonio entre Bianca Maria Visconti y Francesco Sforza, posterior duque de Milán y gran estratega, del cual se decía que era capaz de doblar una barra de hierro con las manos. En 1543, un siglo después de aquel fausto connubio, con el edificio principal del templo ya terminado, Camillo Boccaccino había iniciado un fresco en el que se representaba a Jesús con sus doce discípulos en la última cena. Sofonisba, que tenía once años, en una de sus visitas se acercó al pintor y le tendió un dibujo que acababa de hacer en un trozo de tela que había encontrado por ahí. Y entonces le dijo algo que conmovió al artista de treinta y nueve años:

—Maestro, ¿podría usted con sus pinceles convertirme en niño? Yo quiero ser pintora, pero todos me dicen que me falta esto. —Y con las mismas le entregó el dibujo de unos testículos que había copiado burdamente de la estatua de un ángel.

Desde unos meses antes, por mor del espíritu mercantilista de su padre, la niña acudía todos los días al taller de pintura de Bernardino Campi, donde los demás aprendices no paraban de meterse con ella. Esta circunstancia, que se produjo después de que la pillaran espiándolos, al principio no le preocupó. Lo único que deseaba era que su madre no se enterara del asunto, pero con el paso de los días las mofas y los insultos comenzaron a afectarla en grado sumo, hasta tal extremo que su pasión por la pintura estaba decayendo y empezaba a cuestionarse si su anhelado sueño de convertirse en pintora no se acabaría transformando en una espantosa pesadilla. Pero ahora, habiendo escuchado aquella misma tarde de boca de su padre el comienzo de la historia de su antepasada, tenía la certeza de que, al igual que su homónima Sofonisba de Cartago, podría llegar a ser

cualquier cosa que se propusiera. Y por esa razón, a la mañana siguiente, haciendo caso omiso del intenso frío que imperaba en las calles de Cremona, se levantó más temprano que nunca, se vistió con las prendas de ropa más ceñidas que consiguió encontrar y se dirigió al Torrazzo. Una vez allí, a la luz grisácea de aquel brumoso amanecer, miró para el cielo y se convenció de que su destino estaba ahí arriba y, sin dudarlo un instante, comenzó a subir los quinientos peldaños de sus escaleras. Quería fortalecer primero sus piernas. Después haría lo mismo que la cartaginesa, levantar cántaros de agua hasta que tuviera unos brazos fuertes. Y por último, aprendería a luchar y les daría una buena tunda a esos ignorantes que decían que, para ser pintor, había que ser hombre y tener cojones.

Unas horas más tarde, extenuada por el ejercicio y con las piernas llenas de agujetas, cuando por fin regresó del taller, Amilcare le contó a su hija el ardid del que se había valido Orisson para poner en fuga al ejército del general cartaginés y cobrarse su vida.

Capítulo 9

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

Sofonisba Giscón, de nueve años, abraza a Aníbal Barca mientras éste llora desconsolado por la reciente muerte de su padre. Están en la intimidad de su tienda en la ciudadela fortificada de Akra Leuké, al abrigo de las miradas indiscretas de sus subordinados.

—No sé cómo pudimos confiar en ese malnacido, pero te aseguro que el traidor de Orisson me las va a pagar caras —dice Aníbal limpiándose las lágrimas y apartando a Sofonisba de su lado. El hijo de Amílcar sólo tiene diecinueve años, pero luce ya un cuerpo de adulto y una mirada que haría retroceder a cualquier enemigo. Sin embargo, todavía no es consciente del dolor que implica llevar una vida consagrada a la guerra.

Al oír la voz quebrada por la contrariedad de ese hombre al que admira, Sofonisba siente como si dentro de ella se hubiera roto algo. Nunca hasta entonces había podido estrechar aquel cuerpo fornido con sus brazos de niña, y ahora, habiendo oído latir su corazón a través de su pecho, se da cuenta del inmenso océano de sentimientos que ha estado reprimiendo desde que abandonó Cartago.

Su padre tuvo que enviarla muy lejos para evitar que fuera asesinada en un ritual obsceno. Su madre, que le había enseñado los secretos del bosque y el poder sagrado de las plantas, había perdido la vida por su culpa. De origen galés y conocida por el nombre de Goewin, le había dicho infinidad de veces que cuando se adentraran en aquella espesura no se alejara mucho, pero ella, siempre dispuesta a desobedecerla, aquel día se escabulló entre los pinos y se encontró con una osa que estaba dando de mamar a sus crías. Lo siguiente que recuerda fue el grito pavoroso de su madre al interponerse mientras ella corría y, al darse la vuelta, los zarpazos terribles del animal mientras la devoraba.

Después de tan penosas pérdidas, ahora se percataba de que, de modo inconsciente, había intentado reemplazar a sus progenitores con la figura del fascinante Aníbal, pero también de que había fracasado sin remedio. Porque según acababa de descubrir mientras lo rodeaba con sus pequeños brazos, en realidad lleva enamorada de él desde que leyeron juntos las crónicas que había escrito Calístenes sobre Alejandro Magno.

Sofonisba, que se sabe de memoria las obras completas de Sócrates, Platón y Aristóteles, que creía conocer a sus nueve años todos los recovecos del espíritu humano, se enfrenta de pronto y a la par, como si hubiera sido impactada sin previo aviso por dos rayos gemelos, a toda la vastedad de su ignorancia y a la crudeza irremisible de su soledad. Pero por fortuna para ambos, la muchacha, que posee una inteligencia prodigiosa, intuye a pesar de su propio dolor que ha

llegado el momento de ser fuerte.

—Amílcar sabía que eras imprescindible para Cartago. En varias ocasiones me dijo que sólo tú serías capaz de librar esta guerra que tarde o temprano nos enfrentará una vez más con la implacable Roma. Es tu destino, Aníbal, pero a partir de hoy mismo debes obrar con máxima cautela, tus enemigos no están sólo en el bando contrario —dice Sofonisba poniendo en palabras lo que él ya sospecha—. Ahora será mejor que me largue de aquí, no deben vernos juntos en estas circunstancias o pensarán que te dejas influir por una mentecata. —Según acaba de murmurarle estas revelaciones, desaparece en la noche por una de las aberturas de la tienda.

Mientras la niña se evapora delante de sus ojos, Aníbal contempla su figura. La jovencita está creciendo rápido. Aunque su pecho todavía no despunta debajo de su túnica, se queda hechizado una vez más ante su porte elegante y sus largas y estilizadas piernas. En muy poco tiempo, su rostro aún redondeado adquirirá las facciones de una bella mujer. ¿Qué sucederá entonces? Hasta la fecha, se había visto atraído por sus conocimientos e incomparable mente, pero si fuera sólo eso, ¿por qué razón su corazón a veces se acelera cuando la ve reír? A Aníbal le gusta pensar que está cumpliendo en cierto modo el papel de sus padres, el uno intrigando en la lejana Cartago, y la otra destripada en un bosque de enebros y pinsapos. Sin embargo, ahora, en la soledad insondable de su tienda, desgarrada su alma por la pérdida, le gustaría que continuara abrazándolo, como si se hubieran intercambiado los papeles y fuera él quien necesitara de su fuerza.

—Basta ya —se reprende a sí mismo—, por Baal Hammon y Tanit que ese íbero y sus cómplices pagarán con su vida. —Y con unas energías renovadas sale de su aposento y se va en busca de los supervivientes del Batallón Sagrado, que en esos momentos deliberan sobre quién será el nuevo líder que dirija esa guerra.

Al cabo de unas horas, en un emotivo ritual mortuorio, los oficiales del ejército cartaginés nombraron un nuevo general. Fue en torno a una gran pira funeraria que habían encendido a la orilla del mar. Las mujeres plañían mientras los hombres hacían entrechocar sus armas y danzaban alrededor del fuego. Y de pronto, en esa noche estrellada que hasta entonces había sido calma, se levantó un remolino que arrojó millones de pavesas hacia la oscuridad, iluminándolo todo con una lluvia fastuosa de luz incandescente. Parecía que los dioses se habían manifestado y aprobaban la decisión de los oficiales del Batallón Sagrado. Su nuevo líder sería el que fuera lugarteniente y yerno de Amílcar, Asdrúbal *el Bello*. La primera decisión que tomó, que tuvo a bien anunciar mientras aún caía del cielo esa luz milagrosa, sería la de vengar la muerte de su suegro.

Asdrúbal todavía recordaba como Orisson, siguiendo las instrucciones que le había hecho llegar a través de uno de sus espías, se había dirigido al campamento de Amílcar aduciendo que venía a apoyar el asalto de la ciudad de Heliké. Y, para que el general no desconfiara, el íbero le había entregado a uno de sus hijos como rehén, tras lo cual había penetrado con sus hombres hasta la retaguardia de los cartagineses.

Cuando pasadas unas horas, los celtíberos abrían las puertas de la ciudad azuzando una manada de novillos con las astas untadas de brea y prendidas en llamas, entre el desconcierto de las tropas púnicas y la desbandada de los elefantes que habían entrado en pánico, el reyezuelo aprovechó para, después de liberar a su primogénito, lanzar un ataque por la espalda que cogió desprevenido a Amílcar. De esta forma, Asdrúbal *el Bello* había aprovechado la primera ocasión que había tenido para deshacerse de su suegro, cumpliendo así con los deseos del general Hanón.

Siguiendo escrupulosamente con la farsa, cuando los fríos del invierno tocaron a su fin, Asdrúbal primero realizó los sacrificios preceptivos de bueyes y carneros, después oró pidiendo el auspicio y el favor de los dioses y, por último, viendo que todos los augurios le eran favorables, reunió a sus tropas y marchó contra Orisson, único testigo de su abyecta traición. Unas semanas después, su ejército había sido aniquilado, sus pueblos calcinados, las mujeres violadas y los niños cremados en rememoración del ritual del *molk*.

En aquella campaña, Aníbal Barca obtuvo parte de su venganza, pues fue el filo de su propia espada el que segó la cabeza del hasta entonces orgulloso rey de los oretanos. Todavía le faltaba cobrarse la vida del que sospechaba era el verdadero artífice de la muerte de Amílcar: su cuñado Asdrúbal, el traidor más repugnante que jamás hubiera servido en las filas de los cartagineses.

Un año más tarde, en 227 a.C., Asdrúbal *el Bello* fundaba Qart Hadasht[33], la Nueva Cartago, que pronto se convirtió en su centro de operaciones en Hispania. La ciudad disponía de un puerto natural fácilmente defendible y de una extensa llanura, donde además de minerales, se producía comida en abundancia.

Gracias a ello y a los pactos alcanzados con las tribus vecinas, en pocos meses una ingente cantidad de riqueza fluía hacia Cartago. El Consejo de los Ciento Cuatro y los sufetes estaban satisfechos, muy al contrario que las colonias griegas del noreste de Hispania, que habían vuelto a quejarse ante el Senado de Roma por el constante empuje de los cartagineses. En 226 a.C., Roma por fin reaccionó y envió una embajada. Ante la amenaza de una guerra que el bando de Hanón no quería, Asdrúbal *el Bello* firmó con los romanos el tratado del Ebro,

por el cual se comprometía a no traspasar la frontera natural formada por las aguas del caudaloso río.

Durante los siguientes años, aprovechando la relativa calma que existía en Nueva Cartago y la libertad de movimientos de la que Sosilo, protegido por Aníbal, disfrutaba dentro de sus murallas, el griego fundó una biblioteca en la que poder instruir a Sofonisba y a los otros hijos de Amílcar Barca; Asdrúbal y Magón.

Y fue allí, rodeada de los rollos de papiro que habían acumulado desde sus primeros años en Hispania, donde el verdadero potencial de Sofonisba comenzó a florecer. Tras un estudio exhaustivo de las obras de Euclides y Pitágoras, se interesó en los argumentos que habían seguido, primero Anaxágoras y después Aristarco de Samos, para plantear un modelo heliocéntrico del mundo aplicando los principios de la geometría al ámbito astronómico.

Según las aseveraciones del primero, la Luna era una esfera de roca sin luz propia y como consecuencia, habiendo observado lo que sucedía durante los eclipses, fue capaz de deducir dos cosas:

a) En los eclipses totales de Sol, es la sombra de la Luna la que tapa completamente al astro, por lo que se infiere que el Sol está más lejos de la Tierra que la Luna. b) Observados en el cielo desde la Tierra, la Luna y el Sol tienen aproximadamente el mismo tamaño, pero si el Sol está más lejos que la Luna, entonces por fuerza el Sol ha de tener mayor tamaño que la Luna.

Aunque Anaxágoras fue expulsado de Atenas por impío debido a sus afirmaciones, para Sofonisba sus razonamientos sonaban a música celestial, toda vez que un siglo más tarde, aplicando los axiomas de Euclides, Aristarco de Samos fue capaz de calcular que el Sol debería estar al menos diecinueve veces más lejos que la Luna. Por lo tanto, según las afirmaciones de Aristarco, sería más lógico que la Tierra, de mucho menor tamaño, girara alrededor del Sol, y no al revés como defendía la escuela aristotélica.

A la luz de estos descubrimientos, Sofonisba se preguntaba cómo era posible que toda una generación de astrónomos, entre los que se incluía el célebre Eratóstenes, responsable en aquellos mismos días de la Biblioteca de Alejandría, hubiera podido desechar estas ideas tan obvias y se empeñara en que la Tierra estaba en el centro del Sistema Solar. Y por esta razón se prometió a sí misma, a la corta edad de sus catorce años, que de alguna manera encontraría las pruebas que harían que los planteamientos de Anaxágoras y Aristarco pudieran demostrarse.

En los años siguientes, con el apoyo incondicional de su tutor, trabajó sin descanso para obtener cientos de mediciones de la posición de cada uno de los cinco planetas. Para ello se valió de dos cosas: la

primera era un nuevo calendario que se ajustaba mejor a los solsticios y equinoccios que el calendario griego utilizado en la época; y la segunda, un aparato de precisión denominado astrolabio que había inventado un coetáneo de Sosilo y que era capaz de determinar la posición de cualquier astro en el cielo. Sofonisba estaba convencida de que, una vez representado el modelo en un plano, se podría probar que era la Tierra la que giraba alrededor del Sol.

Paralelamente a todos estos hechos, sintiéndose en deuda con Sofonisba por el apoyo que le había brindado a la muerte de su querido padre y pese a sus renuencias por tratarse de una mujer, Aníbal accedió por fin a enseñarle a luchar. Pensó que haciendo algo con ella sin que Sosilo estuviera presente, quizás el estado de confusión en que vivía sumido con respecto a sus sentimientos podría clarificarse. Como cualquier otro soldado, visitaba de cuando en cuando el lupanar destinado a la tropa para saciar sus deseos carnales, pero aunque estuviera con la más bella de las esclavas y llegara varias veces al orgasmo, no podía decir que aquellas experiencias fueran satisfactorias. En su fuero interno, a veces intuía que el sexo podría contener algo más que lujuria, pero luego, como siempre había alguna batalla que luchar o algún enemigo al que abatir, se olvidaba del tema. Él había nacido para guerrear y las demás cosas eran sólo sucedáneos sin ninguna emoción, pálidos reflejos del inigualable paroxismo que implicaba enfrentarse cada día a la muerte.

—Venga listilla, a ver qué eres capaz de hacer ahora que Sosilo no puede protegerte —le dice Aníbal a Sofonisba la primera vez que le entrega una espada de madera y una rodela y se van a practicar fuera de las murallas, en un claro del bosque donde nadie los ve.

El silencio es espeso. Las abubillas han dejado de trinar y los jabalíes hace tiempo que huyeron. Sólo se escucha a lo lejos el rumor de un arroyo que discurre por un cauce escondido. Los rayos oblicuos del sol del otoño apenas logran incidir en ese terreno resbaladizo y alfombrado de hojas. La niña, que a base de carreras y levantar barriles es más rápida que una lagartija y más fuerte y flexible que la rama de un árbol, ataca sin pensárselo y le da un espadazo a Aníbal en toda la espinilla. Lleva años imaginando esa situación y no está dispuesta a dejarse tratar como a una débil hembra.

—¡Ay!, con que esas tenemos, traidora. Por Eshmún que acabas de firmar tu sentencia de muerte —grita un Aníbal impasible mientras da un paso lateral para recuperarse. El dolor es tremendo, pero se ha enrabietado de tal forma que lo único que siente son ganas de aplastar a esa mocosa y darle una lección.

Sofonisba no se inmuta. Se planta firme ante él con el pie izquierdo adelantado, el escudo en ristre y la espada en alto mientras

lo desafía.

—Vamos grandullón, que no se diga que tienes miedo de una simple chiquilla.

Entonces Aníbal, que no sale de su asombro por la osada desfachatez de su pupila, toma una decisión: «con esta niña no van a servir los paños calientes, pero bueno, quién dijo que aprender a luchar no fuera doloroso». Y sin mediar palabra le da tal golpetazo con su espada al escudo de Sofonisba que lo parte en pedazos. La muchacha, que esperaba algún tipo reacción pero que ni en sus peores pesadillas se había imaginado la fuerza de ese primer mandoble, ve primero como su rodela se desintegra delante de sus ojos para justo a continuación sentir un dolor agudísimo en el brazo y oír el chasquido de un hueso al romperse. Lo siguiente que alcanza a recordar es caerse redonda de dolor mientras oye la risa estentórea del hombre al que ha desafiado. Cuando vuelve en sí, Aníbal le coloca el hueso en su lugar, le entablilla el antebrazo con la madera de una de las espadas y unas tiras de cuero del zurrón, la monta en su caballo y la lleva de vuelta a la ciudad. No dice ni una palabra. Sabe que Sofonisba dispondrá de algunas semanas para reflexionar.

Durante los siguientes cuatro años, Sofonisba y Aníbal continuaron saliendo con frecuencia a aquel claro del bosque. Se alojaban en el palacio que Asdrúbal había ordenado construir en el promontorio que dominaba la ciudad. El general conocía sus recelos y quería tenerlo bajo supervisión. Dejarlo vivir en el campamento junto a la tropa hubiera sido un riesgo. Se imaginaba que con su carisma y su fama de buen guerrero le sería fácil instigar un motín. Pero no era eso lo que Aníbal quería. Lo que él deseaba era primero torturarlo hasta que confesara y después cortarle la cabeza, deseos que pasados varios años sabía que no podría cumplir. Asdrúbal estaba protegido a todas horas por su guardia personal y no comía ni bebía nada que no hubiera sido probado un día antes por su grupo de esclavas. Así que tendría que buscar otra forma, y para ello no dejaba de pensar en que quizás Sofonisba pudiera ser de ayuda.

Pero Aníbal no era el único que pensaba en la joven. A Asdrúbal le preocupaba sobremanera que una mujer tuviera tantos conocimientos, especialmente si estaba del lado de la familia Barca. Aquello sin duda no era nada bueno y, en el futuro, podría traer consecuencias nefastas. Además, a sus dieciséis años, la belleza de la muchacha había florecido sin contemplaciones y atraía de tal modo la mirada de sus oficiales que estaba empezando a convertirse en un problema grave.

Y por si fuera poco, cada vez que cruzaba las murallas cabalgando junto a Aníbal, los soldados hablaban por lo bajo y hacían

aspavientos. Su supersticiosa mentalidad los había convencido de que la presencia de una mujer entre sus filas no podía concitar el favor de los dioses. Había pasado mucho tiempo, pero aún tenían fresca en la memoria la muerte de Amílcar y se rumoreaba, no sin razón, que lo habían visto departir con ella en las horas previas al combate.

En efecto, antes del amanecer de aquella aciaga mañana, Sofonisba se había presentado en la tienda de Abartiagis para decirle que tenía algo urgente que comunicarle al general. El lugarteniente de Amílcar, que, como era de esperar, antes de una gran batalla no estaba para frivolidades, le dijo que no era buen momento y le indicó que volviera otro día. Sofonisba, ignorándolo, no se movió de allí y empezó a proferir amenazas en los más de veinte idiomas que sabía: «ten por seguro que si no le dices al general que necesito verlo, van a rodar cabezas, y es muy posible que la tuya sea una de las primeras». Y fue tal el jaleo que montó que, el propio Amílcar, alertado por los gritos de furia de la niña, le ordenó que pasara a su tienda y bajara la voz; no podía permitir que se extendiera el rumor de que una mozuela tenía tanta influencia sobre su comandante.

—A ver, qué es eso tan urgente que tienes que decirme —resopla Amílcar mientras pone en jarras sus poderosos brazos al tiempo que con la mirada busca dónde ha puesto su arma. Por un instante piensa que esa estúpida criatura en la que Asdrúbal Giscón ha depositado todas sus esperanzas se merece la muerte. Pero cuando localiza su espada y da un paso al frente para recogerla, Sofonisba le susurra algo que primero lo paraliza y después le ocasiona un ataque de risa.

—Si hoy marchas sobre Heliké, morirás en mitad del combate. Deja que sea Asdrúbal *el Bello* el que mande las tropas y nada te ocurrirá —dice Sofonisba más seria y más tiesa que un poste de madera.

—Ja, ja, ja —ríe Amílcar después de unos segundos de confusión —, eso es justo lo que necesitaba oír para tener más ganas de acabar con los íberos. Creo que voy a perdonarte la vida, hacía tiempo que no escuchaba algo con tanta gracia. —Y luego continúa riéndose de manera forzada. Cuando decide terminar con su teatro, se sienta en un sencillo taburete y agarra una copa para echarse un buen trago de vino. Aunque aún es temprano, lleva puesto el *linothórax*[34] y las grebas de cuero. Un grueso manto de lana blanca le protege del frío. Mientras las antorchas chisporrotean e iluminan aquella amplia tienda de campaña recubierta de pieles de león, Sofonisba lo mira con incredulidad y trata de explicarse.

—Mi general, esta noche mi madre me ha visitado en sueños y me ha advertido del peligro que corres —dice en voz baja pero con una fiereza que asombra a su interlocutor.

Amílcar suelta un eructo y con su mirada le hace ver que está a

punto de perder la paciencia.

—Si le prestase atención a los sueños no me atrevería a salir de mi tienda. Lárgate de aquí antes de que tenga que contarle a tu padre que has muerto por una nadería. —Acto seguido le ordena a Abartiagis que se lleve a Sofonisba y que la tengan custodiada durante todo el día. No quiere que unas habladurías hagan que decaiga la moral de sus hombres.

Entonces Sofonisba, que desde el principio se había temido una reacción así, ya que en sus sueños su madre le había avisado que conocer el futuro no implicaba que pudiera alterarse, se da la vuelta y a regañadientes se deja conducir hasta una caballeriza, donde la tuvieron recluida hasta el día siguiente.

Cuando la pequeña desaparece de su vista, Amílcar se levanta del taburete y se mesa la barba. Su rostro curtido por el sol reluce a la luz titilante de las velas. Una profunda arruga se dibuja en su frente. Tiene cuarenta y siete años y no cree en supercherías, pero aunque haya fingido delante de la niña para no extender el miedo entre sus hombres, su visita no le ha gustado nada. «A la vuelta ya me encargaré de darle su merecido», piensa mientras pone de nuevo el foco en el combate que tienen que librar esa misma mañana.

Un día y medio después, Aníbal regresó con la terrible noticia de que su padre había fallecido. Cuando Sofonisba supo tristemente que se habían cumplido sus presagios, decidió que en adelante guardaría aquellas cosas para sí. Si el futuro no podía cambiarse, entonces sería mejor quedarse con la boca cerrada.

Siete años después de aquel trágico suceso, Asdrúbal *el Bello* veía cada vez con peores ojos la relación entre su ambicioso cuñado y Sofonisba. Su plan había sido que Orisson, no sólo acabara con Amílcar, sino también con su hijo mayor. Después hubiera sido fácil encargarse del resto de la familia. Pero con Aníbal vivo y teniendo serias sospechas de que su padre había caído en una trampa orquestada por él, todo se había complicado. Además, Naravas había muerto hacía poco debido a una mordedura de serpiente y Asdrúbal no había tenido más remedio que nombrarlo comandante de su caballería. Por ese motivo, antes de que la situación se le fuera de las manos, escribió una misiva a Hanón para que se ocupara del tema desde Cartago.

Asimismo, los continuos choques entre ambos, que llevaban teniendo lugar desde la muerte Amílcar, se estaban multiplicando debido a la diferencia de enfoque que tenían sobre la manera de encauzar esa guerra.

Según la opinión del joven oficial de veinticinco años, la táctica de las alianzas ya no daba más réditos y era necesario ampliar las conquistas. Sosilo había conseguido que le enviaran desde Alejandría

el tratado militar que había escrito Pirro y Aníbal tenía la aspiración de poner en práctica todo el conocimiento que había acumulado. Para ello también contaba con la ayuda que Sofonisba pudiera proporcionarle gracias a su inmensa memoria y sus buenas dotes para las matemáticas. En los últimos tiempos, había plasmado en varias tablillas algunas de sus ideas para construir maquinaria de guerra, como era el caso de una catapulta que era capaz de disparar seis lanzas a la vez a casi un estadio de distancia. Además, la joven, terca como una mula, estaba haciendo muchos progresos con la espada, tantos que una vez incluso lo pudo derrotar.

—Vamos, renacuaja, atácame sin vacilar —le dice Aníbal a una Sofonisba cuyos pechos ya bien formados se aplastan detrás de la coraza y a la que le había entregado por primera vez una espada de hierro. —¿O es que pesa demasiado para una mujer? —continúa, provocándola intencionadamente.

Aunque unos meses antes su carácter impetuoso hubiera propiciado que cayera en la trampa, las dolorosas lecciones que había recibido hacían de Sofonisba una luchadora mucho más peligrosa. Con la espada de madera, los últimos combates con frecuencia terminaban en tablas. A pesar de la mayor potencia de los golpes de Aníbal, la velocidad de Sofonisba no tenía parangón y era capaz de esquivarlos con gran facilidad. Pero sus contraataques terminaban indefectiblemente impactando en su escudo. Tan sólo una vez fue capaz de arrearle un sablazo que lo hizo caerse. Fue entonces cuando le dijo que ya estaba preparada para la verdadera lucha. Y ahora tenía una espada de hierro en sus manos y, aunque no tenía filo, era cierto que pesaba un quintal, pero ella era fuerte y ya había practicado con anterioridad sobre sacos de paja, así que, aunque tenía miedo de hacer daño a la persona que más le importaba, empezó a calcular cuál sería la mejor manera de arremeter contra esa bestia humana que tenía delante.

En el claro del bosque se escucha la voz aflautada de las abubillas, que hace tiempo que se han acostumbrado a verlos batirse. Los demás animales contienen la respiración porque intuyen que el de hoy es un día importante. El murmullo del arroyo es más alto que nunca. Entonces Sofonisba se acuerda de Aquiles y de las añagazas que había utilizado antes de encontrarse cara a cara con Héctor y, sin pensarlo más, da un paso al frente y espera el mandoble de Aníbal con el escudo en ristre en vez de esquivarlo como ella solía. El hombre, que cuenta con golpear el aire allí donde antes se encontraba la joven, se topa en su lugar con la dura rodela y debido al impacto se desequilibra, no mucho, quizás apenas una fracción de codo, pero lo suficiente como para que la muchacha, que ha girado más rápida que

una centella para atacarle por el flanco contrario, le golpee con su pesada espada, que de haber tenido filo sin duda le habría herido gravemente en el hombro.

Después de este lance, un sonriente Aníbal se da por vencido y se despoja de la coraza y las grebas. No quiere que el brazo se le ponga morado, y como el arroyo que baja directo desde las montañas no se encuentra lejos, camina unos cientos de pasos entre las coníferas y se quita la ropa para darse un baño.

Sofonisba, que ha hecho lo propio con sus armaduras, lo sigue de cerca y, cuando ve desnudo el colosal y velludo cuerpo del hombre al que ama desde que leyera las crónicas de Alejandro Magno, se arranca la túnica y entra con él en las transparencias de ese frío cauce que estaba escondido entre los abetos y los altos cedros. Cuando la bella muchacha se acerca hasta él, Aníbal, aún dolorido y cubierto hasta el cuello por el agua helada, la abraza con fuerza y besa su boca como nunca antes había besado a ninguna hembra. Después la coge en volandas y la lleva delicadamente hasta la pradera, donde por primera vez en su vida descubre que el sexo es más que lujuria y, donde Sofonisba, que lleva esperando desde que recuerda a que la penetre con su duro miembro, por fin saborea lo que conocía solamente de haberlo leído en las obras griegas.

Pocos meses después de aquel precioso atardecer, llegó la respuesta que Asdrúbal había estado esperando. El Senado ordenaba que Sofonisba embarcara en la primera expedición que saliera hacia Cartago. Hanón había aconsejado a los sufetes usar a la muchacha para fortalecer sus lazos con los monarcas númidas, con los que en el último año había habido conflictos. El imberbe e impetuoso Masinisa, hijo del rey Gaia[35] y de la misma edad que la cartaginesa, se divertía atacando a las caravanas púnicas que se adentraban en sus dominios sin que nadie pudiera detenerlo. Para aplacar su ambición, el Consejo había decidido entregarle a Sofonisba Giscón en matrimonio. Ya habían oído rumores de la gran belleza e inteligencia de la joven, pero al confirmarlos por la carta de Asdrúbal, se convencieron de que cuando la vieran, ni el rey Gaia ni su hijo querrían desdecirse.

A todo esto, Asdrúbal Giscón, que tras la muerte de Amílcar había perdido mucho poder, pensó que quizás la decisión del Senado podría ayudarlo a recobrar la iniciativa. Oponerse a la boda hubiera sido inútil, pero como progenitor tenía derecho a ser compensado por el matrimonio y lo que pidió fue ser ascendido a general. Con ese rango y con la presencia de Sofonisba en África quizás podría alterarse el tablero de juego. Por lo que Sosilo le había relatado, su hija se había convertido en una mujer extremadamente persuasiva, tal como se habría de confirmar en los siguientes meses.

Capítulo 10

Sofonisba Malvezzi se da cuenta de repente de que se le está haciendo tarde para acudir a su cita con Bencomo. Ha tenido que corregir bastantes párrafos del último capítulo y el tiempo ha pasado más deprisa de lo que imaginaba. Mientras termina de arreglarse, pone la radio para escuchar las últimas noticias.

Por lo que contaban, la tormenta Celia no estaba siendo ni mucho menos tan virulenta como habían previsto. Parecía ser que la clase política de toda Europa intentaba de nuevo desviar la atención de los temas candentes, como por ejemplo de la corrupción que imperaba en las instituciones y de las guerras absurdas que provocaban ellos mismos para sus propios fines. A pesar de lo evidente que resultaba para ella, Sofi creía que sólo una hecatombe de grandes proporciones haría que la gente se diera cuenta de lo grave que era la situación. Paradójicamente, el ser humano sólo podría tomar conciencia de lo errado que estaba cuando se viera tendido en una guillotina y su verdugo estuviera a punto de accionar la palanca. Y eso era algo sobre lo que Sofonisba llevaba reflexionando durante varios años. Y si nadie se decidía a actuar al margen de las autoridades y de la hipocresía que dominaba el mundo, entonces sería la propia naturaleza la que se encargaría de acabar con nosotros. Y Sofi, aunque lo único que pretendía era vivir su vida disfrutando de las cosas que el progreso ponía a su disposición a un precio que podía pagar, también intentaba a su manera revertir la insostenible situación en la que se encontraba en estos momentos la civilización. Y por eso estaba escribiendo la historia que su padre, en una carta, le había pedido que escribiera, porque, según él, cuando regresara podrían darse a conocer hechos extraordinarios que cambiarían las motivaciones por las que la especie humana, desde hacía milenios, vivía sometida a la violencia instaurada por el patriarcado y de espaldas a su propia bondad.

—Entonces, ¿qué tiene de interesante la famosa cueva de tus antepasados? —pregunta Sofi después de haber pedido las bebidas. Está sentada con Bencomo en la terraza de un bar del pueblo de Candelaria, no muy lejos del Puertito de Güímar.

—Lo cierto es que nada, es sólo un sitio maloliente y lleno de basura. Te lo dije para ver si picabas. —Y le guiña uno de sus ojos de ogro mientras levanta la cerveza que acaban de traerles.

Sofi frunce el ceño simulando un enfado. La brisa marina revuelve sus cabellos y el sol centellea en sus iris del color del océano.

—Me imagino que eso me pasa por haber bromeado con lo del revolcón —dice ella aceptando su brindis—. De todas formas me interesa la historia de los guanches, estudié el tema en la facultad pero nunca había venido de visita, ¿de verdad eres su descendiente?, ¿o es

otro de tus vaciles?

—¿Pero no has visto la cara de cavernícola que tengo? No podría mentirte aunque quisiera. Soy descendiente directo de Dácil, la hija de Bencomo, el que fue el *querebi*[36] y *mencey* de Taoro en la época en la que vinisteis los godos[37] a joder la marrana —responde el joven con firmeza pero sin acritud. Bencomo se siente guanche y al único dios que adora es a *Magec*[38], pero no alberga resentimiento por algo que había sucedido varios siglos atrás. Al fin y al cabo le gusta el surf y no va en taparrabos por la calle.

—Oye, sin ofender, que soy mitad italiana y los romanos no pisaron las islas.

Bencomo sonríe con sus gruesos labios y su boca de mero. La chica le gusta y hasta sus napias ahora le parecen hermosas. Tiene una risa franca, un cuerpo atlético, es capaz de beberse una caña de un trago y por lo visto conoce la historia de los guanches. Lo cierto es que está emocionado ante la perspectiva.

—¿A qué te dedicas para haber estudiado a nuestros aborígenes en la universidad? No me apuesto nada, ¿eh?, pero yo diría que tienes aspecto de maestra.

Sofonisba lo mira con intensidad pero guarda silencio. El chico es listo y parece que se ha olvidado pronto de su nariz. Le gusta su piel oscura y sus ojos marrones, y también la dureza de los músculos que se adivinan debajo de la ropa. Lo había visto con el traje de goma, pero no era lo mismo. «Quizás en la cama valga también la pena», aunque en eso Sofi suele ser pesimista. Según su experiencia, para desgracia de la mitad femenina del mundo, gran parte de las veces, los hombres no saben sacarle provecho a eso que tienen metido entre los pantalones.

—Soy profesora retirada, para ser más exactos —dice después de pedir otra caña. La primera no le ha durado nada—. Ahora me dedico a escribir. Y tú, ¿no vivirás del surf?, ¿o es que eres un niño pijo que no quiere salir de casa de sus padres?

Ahora es Bencomo el que no le responde. Adora la lucha canaria y su conversación le está recordando a un combate feroz.

—Jabones.

Sofi levanta las cejas como si fueran dos signos de interrogación. Es más de mediodía y el tráfico de la calle se ha vuelto más intenso. Dos vehículos pugnan por aparcar en un hueco que ha quedado vacío y se escucha una bulla de cláxones.

—¿¡Cómo que jabones!?, ¿¡eso es algún insulto en estas latitudes!? —alza la voz Sofi para que Bencomo pueda oír lo que dice.

—En absoluto. Me dedico a fabricar jabones artesanos con sosa de barrilla —contesta Bencomo cuando cesa por fin el ruido de los coches.

Sofonisba se queda estupefacta. «Este chavalito es toda una caja de sorpresas». —¿Y eso de qué se trata?

—¿Pero es que sólo sabes responder con preguntas? Mejor dime tú primero por qué has dejado de enseñar, seguro que es más interesante.

—¿Te apetece algo de comer? —dice Sofi soltando una carcajada. Ha dado en el clavo. Le encanta hacerle preguntas escabrosas a la gente.

Desde la terraza del bar en la que están sentados, se divisan los puestos de color azul donde los pescadores venden la mercancía que han obtenido durante la faena: camarones, potas, pulpos, chicharros, y quizás también samas y bocinegros. Justo detrás se halla la ensenada del puerto, con barcos pesqueros de todos los tamaños flotando en medio de sus aguas. Más allá, la enormidad del mar, ligeramente encrespado por las rachas de un viento que sopla paralelo al paseo marítimo.

Después de pedir una ración de morena frita con papas arrugadas y media de queso asado, ambos platos sugeridos por Benco, como le ha dicho que lo llaman en casa, le explica de forma exhaustiva el asunto del jabón de barrilla.

—Antes del año 1789, toda la sosa cáustica, compuesto indispensable para la fabricación de jabón y para otros muchos procesos industriales, provenía de la ceniza de la madera y de algunas plantas ricas en sales minerales. Tal era el caso de la suculenta conocida en Canarias con el nombre de barrilla, que crecía en abundancia en zonas cerca del litoral, donde los suelos salinos propiciaban su veloz desarrollo.

»Durante los siglos XVII y XVIII, debido a la gran expansión de la industria del vidrio, del jabón y del papel, la demanda de sosa orgánica, (no existía la sintética), se multiplicó de tal forma que su precio se encareció muchísimo. Esta circunstancia fue aprovechada por los terratenientes canarios, que dedicaron grandes extensiones para el cultivo de la valiosa planta.

Bencomo hace una pausa y entrecierra los ojos. Le ha parecido ver delfines no muy lejos de la línea de costa. Después se da cuenta de que es un efecto óptico y posa de nuevo su mirada en Sofi. La ve tan cómoda recostada en su silla que decide seguir con sus explicaciones.

—Para obtener la sosa se excavaba un gran agujero en que se calcinaba la barrilla deshidratada al sol. El proceso podía durar dos o tres jornadas, consumiendo varias toneladas de planta para producir una sola piedra de sosa de un peso de entre cincuenta y cien kilogramos. Esta tarea requería de mucha experiencia, y a las personas que la realizaban los llamaban *maestros barrilleros*.

»A mediados del siglo XVIII, el archipiélago era la primera

potencia mundial en producción de sosa de barrilla y mucha gente vivía del negocio. Un poco más tarde, en el mencionado año 1789…

—Perdonen, ¿necesitan algo más para beber? —pregunta el camarero mientras deja las raciones encima de la mesa.

Sofonisba escudriña el rostro de Benco y al verlo asentir pide dos cañas más. Según ven marchar al empleado, el campanario de cuarenta y cinco metros de altura de la Basílica de Nuestra Señora de la Candelaria, virgen por excelencia de las islas, toca la una de la tarde. Desde el lugar que ocupan, apenas ven la parte de arriba de la torre, pero Sofi sabe, porque lo ha leído en el avión, que en su interior se encuentran diez campanas cada una con un nombre distinto.

—¿Te parece que comamos antes de proseguir? —dice el chico pasándose la mano por el mentón a medio rasurar—. Viéndote beber, estoy seguro de que si me entretengo no dejas ni las raspas.

Sofi se desternilla de la risa. El acento canario suaviza de tal manera las ofensas que es imposible tomarse a mal nada de lo que dice.

—Como prefieras —responde llenándose la boca con un trozo de morena y un cachito de pan—. ¡Guau!, esto está delicioso, pura grasa animal.

Sofonisba sólo compra alimentos orgánicos y a ser posible todo vegetariano, pero cuando sale por ahí se pone las botas con todo lo que pilla. Cuando terminan de relamerse, Bencomo continúa con su disertación.

—Como te decía, los precios de la sosa eran ya tan altos que Luis XVI, el entonces rey de Francia, quiso tomar cartas en el asunto y, en 1789, ordenó a la Academia de las Ciencias que ofreciera una jugosa recompensa a aquellos que lograran sintetizar la sosa de una forma mucho más económica. Y como ya sabemos que en esta sociedad capitalista el dinero lo arregla casi todo, el científico Nicholas Leblanc consiguió hacerlo ese mismo año a partir de sal marina y ácido sulfúrico. Por desgracia, lo que fueron fantásticas noticias para el rey francés, resultaron desastrosas para la economía canaria, que vio como su negocio boyante se hundía más rápido que un bergantín cañoneado por una carabela de piratas.

Sofi alucina con el tipo de lenguaje que utiliza el muchacho. Por lo que ha oído, tiene más cultura de la que aparentaba.

—Vaya, muy sugestivo. No sabía nada de todo eso. Está claro que hasta un imberbe como tú puede enseñarme algo, ¿cuántos años tienes? —dice cuando Benco ha terminado con sus explicaciones.

—Según el calendario godo, veintisiete. Según la sabiduría del Magec, justo los necesarios para haberme encontrado contigo —replica Bencomo sin dar la impresión de decirlo desde el engreimiento. No se considera humilde, pero tampoco uno de esos

machos alfa que van dando lecciones cuando no se las piden.

Sofonisba no sabe qué decir. Es la primera vez en mucho tiempo que un hombre la deja sin palabras. Está empezando a sentirse a gusto de verdad y reza para que la conversación no decaiga enseguida. Es de las que se aburre pronto de charlas intrascendentes y sin chispa. Por eso nunca consigue estar más de una semana con la misma persona. Bueno, por eso y porque a veces se le va la pinza y le da por ponerse agresiva.

—No está mal hilado eso del Magec. ¿Y cuánta gente se dedica a fabricar jabones de barrilla? No creo que sea muy rentable.

—Si mis informaciones son correctas, sólo yo. Tuve que investigar mucho para replicar la técnica de los grandes maestros. Y rentable sí que es, tengo toda la producción vendida de antemano. A mucha gente con dinero le gusta lavarse sus rincones con jabones de lujo —dice, esta vez sí, en un tono orgulloso.

Sofi aplaude entusiasmada. Lleva una camiseta sin mangas de color turquesa contra la que resalta la piel morena de sus brazos. El resto de su ropa consiste en unos vaqueros rotos que le van como un guante y unas zapatillas blancas que parece que le están demasiado pequeñas.

—En eso desde luego que te doy la razón: el mundo está lleno de pijos —responde la chica mirándose a sí misma. Luego le indica al camarero que les traiga la cuenta—. ¿Te apetece que nos demos un baño? Lo prefiero mil veces a visitar tu cueva maloliente.

—¡Buena idea! —responde Benco chocándole la mano—. Sólo espero que no tengas reparos en subirte a mi coche.

—De eso nada, majo, por muy espabilado que parezcas y aunque estés protegido por tu Dios, aún no estoy convencida. Mejor cada cual en el suyo, total, lo de las emisiones de CO_2 no es más que una excusa para subir impuestos. Mientras nos cobran a la gente de a pie, los prebostes de la Unión Europea hacen turismo en aviones privados. Por cierto, ¿qué te parece la que pretendían liar con la tormenta Celia?

Bencomo, en efecto, había seguido las noticias y estaba asombrado por el hecho de que al final apenas hubiera caído nieve. No entendía cómo, teniendo a su disposición decenas de satélites, los meteorólogos no hubieran acertado. Fuera como fuese, por sus propias razones el joven estaba seguro de que, más pronto que tarde, asistiría al naufragio de una civilización que a su vez había exterminado a infinidad de pueblos, entre los que se incluía el pueblo de los guanches. Y si aquella tormenta en particular no se convertía en el pistoletazo de salida para tal ocurrencia, cualquier otra catástrofe lo haría.

Una vez que Sofi ha pagado la cuenta, se dirigen al aparcamiento a recoger sus respectivos coches. No obstante, dado que la playa que

ha propuesto Bencomo está en dirección contraria al Puertito de Güímar, al final acepta subirse con él en su Megane. Después de todo no le parecía un tipo peligroso.

Durante el trayecto, el muchacho le acaba de contar que había estudiado Ciencias Químicas y que gracias a eso y a un secreto que no podía desvelarle, tuvo la idea de resucitar la antigua técnica de los *maestros barrilleros*, para lo cual reconvirtió una antigua nave agrícola que su familia poseía en Arafo, un pueblito ubicado también en el valle de Güímar, donde, después de dos años de investigación, calcina la barrilla que él mismo recoge en terrenos costeros. Además, había llegado a un acuerdo con la almazara de Arico para comprarles parte de su producción de aceite de oliva virgen, con el que produce los mejores jabones de las islas, o tal vez incluso del país, los cuales vende a un precio astronómico a gente caprichosa.

—Y ahora me niego a seguir contándote mi vida, ¿eh? —le dice Bencomo cuando aparcan enfrente de La Nea, la playa más extensa de la localidad de Radazul. A esas horas está casi vacía.

Sofi hace un mohín de decepción y luego le pregunta qué desea saber. Ella no lo percibe, pero siempre que habla de sí misma lo hace con ademanes de profunda aflicción. Todo le recuerda a su padre y, aunque en su carta él le prometió volver lo antes posible, han pasado ya tres años sin recibir ni una sola noticia. Según la policía, al cabo del primero podría solicitar el estado de ausencia legal para empezar a tramitar la herencia y, pasados tres, le aconsejan que deje de torturarse y que acepte de una vez que Orazio ha dejado de pertenecer al mundo de los vivos. Pero aunque a veces caiga en la desesperanza, sabe que volverá. Por eso se empeña en poner dos platos en la mesa y en servir dos copas de vino cada vez, porque cualquier día puede ser el día en que su padre venga por fin a cumplir su promesa.

—Me gustaría saber por qué dejaste la docencia.

Sofi agradece que no le haya preguntado por ningún tema íntimo, y también que le haya descrito con tanto detalle a lo que se dedica. Por ese motivo decide contarle en profundidad lo que a ella le ha costado varios meses de estudio.

—¿Sabes algo de Bitcoin? —dice con una energía renovada. De repente, su penosa añoranza se ha tornado en euforia—, pero primero me quiero dar un baño. —Y sin darle oportunidad de contestar, coge la bolsa con su ropa, se acerca hasta la playa, se pone el bikini sin molestarse en usar una toalla para que no la vean, y luego se zambulle en el agua del mar de noviembre. Está que cruje, pero Sofonisba es una chica de contrastes y los necesita para sacudirse la melancolía. Si no fuera por eso no podría vivir.

Bencomo, que ha hecho lo propio con su bañador, la sigue de cerca, se mete también en el agua helada y antes de pensar, en un

arrebato inconmensurable de temeridad, se lanza a por ella y pega su boca con fuerza a la suya sin que su nariz pueda hacer nada para interponerse. Sofi, que al principio se sorprende un poco, lo besa con ansias y se abraza a él; no hay nadie en la playa y quiere saber de una vez por todas si ese chico guanche que vende jabones a precio de oro sabe hacer lo que muchos hombres no saben hacer. Pero como aquel era un sitio público y tampoco tenían a mano ninguna medida de protección, se aplacaron mutuamente las ganas y lo pospusieron para más adelante.

—Qué rica está el agua —dice Benco mientras terminan de secarse y ponerse la ropa. Tras un rato largo de besos y caricias se habían quedado fríos—. Y bien, ¿qué me decías de Bitcoin? Precisamente acabo de comprar algunos céntimos, pero no entiendo casi nada del asunto y he oído que hay un montón de estafas.

Desde que había empezado a subir el precio de los quinientos *bitcoins* que le habían pagado por hacer un trabajo hacía varios años, Sofonisba se había informado a fondo de todo lo relativo a la criptomoneda, tan a fondo que, no sólo se había convertido en una defensora acérrima de la filosofía que se escondía detrás, sino que, además, trataba de convencer a todo el que se pusiera en su camino y tuviera interés en escucharla, como aparentemente era ahora el caso de Bencomo, de que invirtiera parte de sus ahorros, sin decir nunca que ella poseía una gran cantidad.

—¿Me imagino que sabes cómo empezó todo?, ¿o prefieres que te cuente el principio? —ambos se han sentado en la arena y miran en dirección al mar.

—No tengo prisa. Como hasta el mes de julio no hago la cosecha, mañana no trabajo —replica Benco mientras se abriga con una chaqueta que ha cogido del coche y le pasa la suya a Sofonisba. El viento del norte ha traído algunas nubecillas y la temperatura baja mucho cuando ocultan el sol, pero a pesar de ello deciden no moverse, porque mientras que otros sufren las consecuencias de un temporal sin nieve, ellos tienen la suerte de poder estar al aire libre y disfrutar de una visión magnífica: un espejo de arena pulida y negrísima que hasta ese momento sólo había sido hollado por sus pies.

—En noviembre de 2008 —comienza a relatar Sofi—, Satoshi Nakamoto, una persona o grupo de personas desconocidas, envía a una lista de correo de expertos en criptografía el protocolo para la creación de la primera moneda digital descentralizada. El concepto en sí mismo es revolucionario, ya que se trata de un sistema de pagos basado en una red *peer to peer*[39], similar a la que ya se venía utilizando en aquellos tiempos para compartir contenidos audiovisuales.

»No sé cuáles son tus conocimientos de informática —prosigue Sofonisba buscando alguna reacción en los ojos de su interlocutor—, pero por si lo ignoras, este tipo de redes entre iguales tiene la característica de que no depende de un sistema central en el que esté almacenada toda la información, es decir, los archivos que se distribuyen, sean o no de carácter legal, se guardan en los ordenadores personales de cada usuario, que es libre de decidir si quiere compartirlos.

Dado que Bencomo no dice nada y sigue su prédica con atención, Sofi continúa perorando. El viento sopla ahora con más intensidad y trae gotas saladas que les mojan los labios y les saben a mar.

—Por lo tanto, lo que planteaba Satoshi Nakamoto en su protocolo, era una moneda de acuñación digital limitada cuyo sistema de contabilidad estaría almacenado en los miles o millones de ordenadores de todas las personas que idealmente la usaran. En palabras llanas, eso significa que cuanta más gente la utilice más seguro se volverá el sistema.

—Es lo que se llama el *blockchain* o cadena de bloques, ¿no es verdad? —pregunta el joven. Hasta ahora no se ha perdido ni una sílaba de su discurso, ni tampoco deja de pensar en los dulces besos que acaba de obsequiarle.

—Exacto. La cadena de bloques es una copia de toda la contabilidad de Bitcoin, desde los cincuenta primeros que el propio Satoshi minó al crear el bloque génesis en 2009, hasta cualquier transacción que se esté realizando mientras tú y yo hablamos. Dicha cadena se va alargando cada día con nuevos bloques, a razón de uno cada diez minutos aproximadamente. Como se guardan copias idénticas de toda la *blockchain* en los ordenadores de cientos de miles de personas, el sistema resulta incorruptible. Gracias a ello, se puede afirmar sin ningún género de dudas que se trata de una moneda descentralizada que no depende de los bancos ni de ninguna otra institución financiera. En resumidas cuentas, lo que Nakamoto creó, y esta es su esencia fundamental y revolucionaria, fue el primer sistema de pagos que no está respaldado por una fuerza militar. Si te fijas bien, a lo largo de la historia, sólo los pueblos con un gran ejército han sido capaces de acuñar monedas ampliamente aceptadas; tal es el caso del dracma griego o el áureo romano y, por supuesto, el del dólar y el euro, apoyados ambos en la fuerza bruta de la OTAN.

—¡*Ñosss*![40], nunca lo había visto desde esa perspectiva —dice Bencomo emocionado. Mientras escuchaba, había ido horadando la arena con los pies y ha acabado enterrándoselos.

—Pues ahora viene lo mejor. Contrariamente a esas monedas que acabo de mencionar, llamadas fiduciarias por razones en las que ahora no quiero entretenerme, el código de Bitcoin tiene la particularidad de

que sólo se pueden acuñar veintiún millones de unidades. En el caso del euro, por ejemplo, el Banco Central Europeo imprime, según palabras de uno de sus propios presidentes, todo el dinero que haga falta para atajar las crisis. Te recuerdo que ese banco es privado, y que toda la pasta que sale de sus arcas equivale a una deuda, que es la deuda mastodóntica que recae sobre los bolsillos de todos los ciudadanos.

Aunque tiene una empresa, Bencomo no posee cultura financiera y está flipando con todos esos datos.

—Pero según dicen los medios, las criptomonedas son una estafa y consumen cantidades enormes de energía. Eso no parece una idea muy revolucionaria en los tiempos que corren, ¿no crees? —objeta con la muda esperanza de obtener una respuesta que invalide esta argumentación. A estas alturas, con lo que acaba de contarle Sofonisba, está a punto de convertirse en un fervoroso seguidor.

Sofi sonríe con sus dientes de anuncio y le pide a Benco que se abrace a su espalda. La tarde empieza a languidecer y los pocos rayos de sol que logran atravesar las nubes no consiguen calentarla por dentro.

—Esos medios de comunicación que mencionas están financiados con dinero gratis fabricado por los bancos centrales. No son de fiar. Y en cuanto al gasto de energía, es cierto. Mantener al día la contabilidad de una moneda infalsificable implica cálculos matemáticos que son realizados por miles y miles de computadoras que consumen millones de vatios de electricidad. Lo que no te cuentan, es que el dinero fiduciario también necesita de un sistema contable que se realiza en las entidades financieras y que comparativamente es mucho más intensivo en recursos. Imagina lo que cuesta tener abiertas todas las sucursales bancarias y pagar a todas las personas que trabajan en ellas. Te aseguro que Bitcoin es mucho más barato.

—Ni más, con eso terminaste de *engolarme*[41]. Pero, ¿qué tiene que ver el bitcoin con el hecho de que hayas abandonado la docencia? ¿Es que acaso eres dueña de una gran fortuna como cuentan de esas familias que lo vendieron todo para invertir en la criptomoneda?

Entonces Sofonisba, que había prometido llevarse su secreto hasta la tumba, que tenía un teléfono prepago asignado a cada hombre que se había ligado porque no se fiaba de ninguno, de forma incomprensible para ella pero a la vez quitándose un gran peso de encima, le dice que todavía le quedan cuatrocientos y pico.

—¡¿Cuatrocientos *bitcoins*?! —exclama Bencomo sin terminar de creerse lo que acaba de oír—. ¡Eso debe de ser un pastizal! ¡Ahora entiendo que hayas querido jubilarte! —dice tratando de hacer cálculos de la cantidad astronómica a la que esa cifra equivaldría en

euros.

Después de su confesión, Sofonisba no sabe qué pensar.

—Bueno, en realidad ese no es el motivo —le contesta al fin con cierta reticencia. Por una parte se ha sentido aliviada, pero al mismo tiempo una gran picazón ha empezado a roerla por dentro.

—¿Ah…? ¿Y entonces cuál es? —pregunta el muchacho. Aunque siguen sentados en la arena, la espalda de la chica se ha tensionado y ya no la tiene recostada en su pecho.

—No sé, ahora no quiero seguir hablando del asunto —se escabulle Sofi. Hay algo en sus tripas que la perturba, una especie de calor familiar y rampante que amenaza con abrirse camino para arrasarlo todo.

—*Okey*, sólo espero que no estés enfadada.

—¿¡Enfadada, yo!? ¿¡Y por qué habría de estarlo!?

—Bueno, tranquila, no hay ninguna razón para ponerse así... —dice el pobre Bencomo, que empieza a barruntar el vendaval que se le viene encima.

—¿¡Cómo que tranquila!? —ruge ya Sofonisba. Mucho se teme que a estas alturas le va a ser imposible dominar a la bestia. Desde que a sus quince años su madre desapareció de su vida, a veces, cuando experimenta emociones intensas, una furia inexplicable se apodera de ella y no puede frenarla.

—La verdad, no entiendo a santo de qué ese cambio de humor —responde Bencomo, que de pronto siente un repentino impulso de pirarse de allí. Sin embargo, la muchacha ya ha perdido el control y, al tener los pies enterrados en la arena, no puede levantarse.

—¡Ni falta que hace! Tú lo único que tienes que entender es que si te vas de la lengua la estirpe de los guanches se acabará contigo —termina explotando Sofi para a continuación darse la vuelta y saltar sobre él. Una vez se ha colocado encima, la joven le hinca una rodilla en sus partes y comienza a apretar—. ¿Te ha quedado claro, chavalín…? —añade mirándolo con unos ojos que parece que se le fueran a salir de las órbitas. La versión femenina del increíble Hulk ha conseguido salir de su escondite y campa ya a sus anchas.

Aun siendo practicante de lucha canaria, la reacción de Sofi le ha pillado a Bencomo completamente imprórvido. Viéndose a su merced, cuando nota la creciente presión sobre sus gónadas, le hace ver que la broma ya ha llegado muy lejos.

—Sí, sí, como el agua —responde cuando la mujer le deja de clavar la rodilla.

—Genial. Entonces podremos ser amigos —replica Sofi saliendo de golpe de su trance. Su mirada ha vuelto a la normalidad y una preciosa sonrisa ilumina su cara. Parece ser que la depravada Ms. Hyde se ha retirado a las profundidades.

Después de este extraño episodio, en el que ninguno de los dos sabe muy bien lo que ha sucedido, recogen sus pertenencias, se calzan las zapatillas y un tanto azorados se dirigen al coche. Una vez han entrado en el vehículo, Sofonisba le dice a Bencomo que no se encuentra bien y que necesita irse a descansar. Aunque el joven en un principio se había hecho ilusiones de poder acabar lo que había comenzado con un arrebato de temeridad, ahora no lo tiene tan claro. Le duelen sus partes y ha comprobado que esa chica puede ser peligrosa. Así que, sin tratar de convencerla de que se vaya con él a su apartamento, la lleva a Candelaria a recoger su Audi y allí se despiden.

Cuando Sofonisba llega a su casa media hora después, se mete en la cama y se duerme al instante. Y como quizás era de esperar, esa misma noche sueña con su padre, cuando, estando en Palermo, fue visto por última vez transportando un cuadro que se había llevado del salón de casa de un tipo muy noble que vivía en un barrio de dudosa fama.

Capítulo 11

Orazio Malvezzi acaba de aterrizar en el aeropuerto de Falcone e Borsellino, a unos treinta y cinco kilómetros al oeste de Palermo. Sólo lleva una maleta de mano y, al salir al exterior, después de pasarse un buen rato en la cola de los taxis, se sube al que le han asignado y se dirige al hotel San Paolo, donde tiene reservada una habitación doble para cuatro noches. Viene en busca de un cuadro que ha visto en la cuenta de Facebook de un padre de familia llamado Francesco Mancuso. Después de haberlo analizado en detalle desde su casa en España, había llegado a la conclusión de que podría ser obra de Sofonisba Anguissola, una pariente lejana cremonesa que vivió en el siglo XVI. Aunque Orazio carecía de formación específica sobre la pintura del Renacimiento, de tanto estudiar a la autora, se había convertido en un verdadero especialista y había sido capaz de identificar un par de lienzos suyos que no estaban firmados y que pertenecían a dos familias de origen siciliano. Pero lo que él buscaba no eran sus obras, ni tampoco la fama y el dinero que significaban sus descubrimientos, sino unos supuestos escritos de la gran artista que podrían estar ocultos en el bastidor de uno de sus cuadros.

Como depositario de la leyenda de Sofonisba de Cartago, que desde los tiempos inmemoriales de su antepasado Azmelqart se había ido transmitiendo a lo largo de generaciones hasta llegar a su propia persona, Orazio también había tenido acceso a parte de un diario privado de la insigne pintora. Al leer varios fragmentos en profundidad, en los que se mencionaba a alguien con el extraño nombre de Baumwächter, le pareció entender que contenían insinuaciones veladas, probablemente con el fin de que pasaran inadvertidas a cualquier tribunal eclesiástico que las examinara, sobre el lugar en el que la mujer había ocultado pruebas de que la vida de la cartaginesa había sido muy distinta a la que contaban los historiadores griegos y romanos.

Según su señora esposa, que cansada de todo se había trasladado a la ciudad de Sídney, Orazio había alimentado esa paranoia durante quince años. Aunque para ella lo peor de todo no había sido eso, sino que a medida que iba haciéndose mayor se volvía más loco. Al principio de conocerlo, como suele ocurrir, le hicieron gracia sus excentricidades y se obnubiló por su porte elegante, su labia italiana y el cuento aquel de la antepasada cartaginesa, que se había beneficiado a Aníbal Barca en un río escondido en las proximidades de lo que hoy se conoce con el nombre castellanizado de Cartagena.

A Orazio lo conoció al terminar un ciclo de conferencias que él impartía en la Universidad Complutense sobre la historia del Imperio romano y de la República que lo precedió. Era profesor en la

Universidad de Milán y aquel verano había elegido, quizás ingenuamente, asfixiarse con los cuarenta grados de Madrid. Los programas de intercambio entre las dos instituciones eran frecuentes y se había presentado voluntario para un tema que dominaba y que, además, seguía entusiasmándolo después de casi dos décadas de estudio. A sus treinta y cinco años, no había cosa que más lo excitara que bucear en textos escritos hacía muchos siglos en idiomas antiguos. Dominaba el griego y el latín y, estando en Italia, aunque había nacido en Barcelona de padres genoveses, tenía acceso a una cantidad ilimitada de documentación que a veces llevaba siglos sin ser consultada por ningún estudioso.

Al dar por concluida la última conferencia, una chica menuda, hermosa, y quizás de una edad parecida a la suya, eso sí, con unas narices que ya le habían llamado la atención desde la tribuna, se presentó ante él para preguntarle que de dónde demonios se había sacado que Publio Cornelio Escipión, *el Africano*, el único general que había sido capaz de derrotar a Aníbal, era homosexual.

Cuando Orazio escuchó la pregunta, lo primero que pensó es que había oído mal. Sin embargo, la cara tan seria de la joven y la intensidad con que lo estaba mirando con sus ojos verdosos, le hizo convencerse de que efectivamente había oído bien. ¿Publio Cornelio Escipión homosexual? En su vida había pronunciado tal afirmación, y menos delante de una audiencia de trescientas personas, que en el mejor de los casos al escucharla lo hubieran crucificado como Poncio Pilatos hizo con un tal Jesús de Nazaret. Entonces, ¿qué pretendía esa mujer de tan inmensas napias que parecían a punto de estallar? O era una loca, o estaba gastándole una broma. Y si así era, ¿por qué permanecía callada con los labios sellados como si les hubieran echado pegamento?

Orazio continuaba haciéndose preguntas sin parar mientras la señora permanecía impasible. Y entonces, justo cuando la situación estaba a punto de ponerse violenta, la mujer prorrumpió en una carcajada tan sonora que todas las personas que aún estaban en el aula se quedaron de piedra, mirándolos sin entender qué es lo que había pasado que fuera tan jocoso.

Lo siguiente que sucedió es que Beatriz, pues tal era el nombre de la dama, se disculpó muerta de vergüenza aduciendo que una amiga suya la había retado a que le preguntara esa ridiculez, a lo cual no se pudo negar porque ella era una mujer que siempre estaba por encima de las adversidades.

El bueno de Orazio, que aunque era un erudito tenía buen talante, también se hartó de reír y aprovechó la circunstancia para invitarla a tomar un café. Beatriz aceptó encantada y no tardó en confesarle aquella misma noche en el hotel que había ido sola al ciclo de

conferencias y que lo de su amiga era otra broma de las muchas que gastaba a lo largo del día. Y con las mismas empezó de nuevo a reírse moviendo de forma ostensible las quijadas.

Después de aquello, se vieron muchas veces en Milán y otras tantas en su casa de El Pardo, hasta que una mañana le dijo que estaba embarazada y que no estaba dispuesta a estar todo el día metida en un avión con un bebé, y que tampoco pensaba abandonar España. Así que Orazio pidió una plaza en la Complutense y se fue a vivir a la casa que Beatriz había heredado de sus padres.

Durante varios años ella fue muy feliz viendo crecer a su hija Sofonisba, nombre extraño que había aceptado sin reparos por amor a su esposo. Mientras Orazio compaginaba su actividad docente con su afición a visitar museos dedicados a épocas pretéritas, Beatriz conciliaba a duras penas su labor de madre con su profesión como decoradora. A pesar de ello, debido a su locuacidad y buen humor, no se quejaba y llevaba su vida con la alegría de saber que era el pilar que sustentaba su pequeña familia. Un poco después, a medida que su hija crecía, se fue dando cuenta de que la niña apenas había heredado de ella su gran nariz y sus ojos verdosos. En todo lo demás era clavadita a su padre, incluyendo en su afición desmedida a leer tomos y tomos de la historia de Roma. Cuando Sofonisba cumplió diez años casi no hablaba con su madre. Se pasaba la vida en el cuarto devorando sus libros y como consecuencia era la más adelantada del colegio. Cuando su hija llegó a los quince y Beatriz comprobó que allí ya no pintaba nada, se buscó un empleo en Australia. Dominaba el inglés por descender de una madre galesa y, con el corazón partido, se fue para allá para ver si estando tan lejos era capaz de olvidarse de ambos y recobrar su optimismo perdido.

Así que a partir de entonces Orazio tuvo que apañárselas solo para llevar la casa y cuidar de su hija. Como sus obsesiones seguían creciendo y no estaba por la labor ni de la limpieza ni de dedicarse a preparar comidas, fue Sofonisba la que tuvo que hacerse cargo del asunto. Y de esta manera pasaron nueve años hasta que Sofi, aunque adoraba a su padre, al cumplir los veinticuatro también lo abandonó y se fue a vivir a un barrio del centro de Madrid.

Orazio echaba mucho de menos a su mujer, pero nunca tuvo propósito de enmienda y tampoco era capaz de reunir el arrojo necesario para ir a Sídney a pedirle que volviera con él. Su ofuscación iba de mal en peor, y no hacía otra cosa que seguir investigando sobre el paradero de los papeles que Sofonisba Anguissola había presuntamente escrito y después escondido. Y entonces, en el mes de marzo de 2019, localizó el cuadro en casa del señor Mancuso y, en cuanto se convenció de que podría ser la respuesta a sus tribulaciones, se fue a Palermo a entablar con él una negociación.

Como uno de los principales defectos o virtudes de Orazio, según como se mire, era la ingenuidad, a la mañana siguiente de su llegada llamó a Francesco y se presentó como lo que era, un aficionado al arte que por casualidad había visto la foto de su familia celebrando en casa la Navidad, en la que aparecía un cuadro de la Virgen María sentada sobre una caja de madera sosteniendo en sus manos a Jesús. A continuación le preguntó si le dejaría echarle un vistazo para determinar si fue pintado por una antepasada suya del siglo XVI, a cambio de lo cual le pagaría una cierta cantidad de dinero aún por determinar. Ese día, Francesco estaba de un humor de perros porque se le había estropeado la furgoneta y la reparación le iba a costar un ojo de la cara, así que en principio le dijo a Orazio que el cuadro ya había sido examinado por un experto y que no tenía ganas de recibir visitas. Pero cuando le habló de los quinientos euros, el rostro y el estado de ánimo de Francesco al otro lado del teléfono cambiaron por completo, y entonces le dijo que podía ir enseguida y que estaría esperándolo.

Lo que sucedió después ya se lo había contado el primo de Luigi Nelco a Sofonisba. Orazio fue al piso de Mancuso, le dio los quinientos euros antes de examinar el cuadro y tras quedar satisfecho le ofreció otros quinientos a cambio de llevárselo prestado. El compromiso era devolverlo a los dos o tres días, tiempo que necesitaba para hacerle unas pruebas y saber con certeza si era una obra de Sofonisba Anguissola, aunque Orazio no le especificó el nombre de la artista. Una vez hubo acuerdo, Orazio le dio el resto del dinero, una acuarela barata que había comprado en un bazar para ocupar el espacio del cuadro y una de sus tarjetas. Luego envolvieron el lienzo primorosamente, ya que Francesco era un especialista del empaquetado, y se despidieron con un fuerte apretón de manos a la puerta de casa.

Orazio sale del portal de los Mancuso con mil euros menos en la cartera pero con una expresión de júbilo en su rostro. Cree haber encontrado una pista importante sobre lo que lleva décadas buscando. Se imagina que el perito de la casa de empeños al que se lo había llevado Francesco, según le había explicado durante la visita, no supo valorar bien la obra. Estaba clarísimo que no era del siglo XIX, y también que había sido pintado por Anguissola. Quizás lo que le llevó a dar ese diagnóstico erróneo fue el estilo poco elaborado del marco, que podría con facilidad datarse de esa época. Probablemente, el original habría sufrido algún daño y fue sustituido por uno más barato. En cualquier caso a Orazio eso ya le da igual. Lo que tiene en sus manos es, sin duda, un estudio de mucho menor tamaño que la gran tabla dedicada a la Virgen de Itria que la autora había donado a

los Padres Franciscanos Conventuales del principado de Paternò, a poca distancia de Catania.

Orazio camina jubiloso por la calle Palomes con el paquete debajo del brazo mientras escucha el traqueteo de un tren que pasa por una vía de las inmediaciones. El barrio tiene fama de conflictivo y, aunque había ido andando desde el hotel, no quiere arriesgarse y según desemboca en la calle Brancaccio, para el primer taxi que pasa por delante. Una vez de vuelta a la seguridad de su habitación en el San Paolo Palace, deshace el envoltorio, coloca el cuadro sobre la mesa apoyándolo en la pared y lo contempla con satisfacción. No tiene un doble bastidor como él había imaginado, y tampoco esconde documentos ocultos, pero lo que sí tiene, y esta es la causa de su excitación, son dos palabras junto con varios números grabados a fuego en la parte posterior de la madera:

San Giorgio, I 2s4g7d2S

Ha visto la inscripción en casa de Francesco, pero no ha querido hacer mención de ella ni tomar una fotografía. En vez de eso, ha preferido pagar otros quinientos euros y llevarse la obra, que, por otro lado, puede valer millones. No hace falta decir que Orazio no tiene ninguna intención de quedarse con ella, tan solo pretende disponer de algunos días para descifrar el mensaje que, está seguro, contiene esa ristra de números. Tan pronto como lo consiga hará público su descubrimiento y la familia Mancuso podrá gozar por fin de una vida con menos estrecheces.

En cuanto a las dos palabras, conoce muy bien su significado. Se trata de la iglesia de San Giorgio dei Genovesi, donde existe una lápida colocada en 1632 a instancias del segundo marido de Sofonisba Anguissola, Orazio Lomellino, para conmemorar los cien años del nacimiento de su querida esposa. En la actualidad, y esto Orazio lo sabe hace tiempo porque está al tanto de todo lo relativo a la pintora, la iglesia, que hacía años había sido desacralizada para convertirla en una sala de exposiciones, se encuentra en proceso de remodelación y, lo que es incluso más conveniente para él, con las obras paralizadas debido a la falta de recursos.

Ese mismo día por la tarde, después de comer en la cafetería del hotel unos *fetuccini ai fungi*, se va a echar un vistazo al edificio, en el que ya ha estado en otras ocasiones y que dista unos dos kilómetros y medio a través de una ruta paralela a la costa. Así que sin pensárselo dos veces, se cambia los zapatos por unos mocasines que le dan mayor comodidad y le permiten disimular un poco sus andares de pato, y se lanza a la calle. Primero coge la vía Messina Marine para continuar luego por la Ponte di Mare hasta llegar a la Porta Felice, antiguo acceso del recinto amurallado de la ciudad. Desde ahí tiene una

amplia panorámica del puerto deportivo de La Cala. Un poco más lejos, se distinguen los atracaderos de los ferris que conectan con la Italia continental y la costa de África. Justo en ese momento un crucero de gran calado cruza con lentitud la bocana del puerto. Orazio piensa en los pasajeros, ajenos todos al devenir extraño de su vida. En ocasiones le gustaría ser otra persona, olvidarse por completo de la leyenda familiar y reconstruir la relación con su mujer, de la que apenas sabe nada, excepto que lleva quince años en Australia y que después de casarse nuevamente se volvió a separar. Quizás, si su investigación llega pronto a su fin, aún pueda recuperarla, pero hasta ese momento no tiene otra solución que apechugar con lo que el destino quiso caprichosamente depararle. Orazio sigue caminando mientras ahuyenta con un gesto inconsciente esos pensamientos que lo afligen y no tarda mucho en llegar a la iglesia.

El edificio tiene una planta basilical de cruz latina dividida en tres naves y la fachada es de estilo renacentista, aunque en estos momentos está tapada por unas grandes lonas. Orazio alza la mirada y contempla por un instante el esplendor azulado del cielo que preside la tarde. Luego, cuando se ha cerciorado de que no hay ningún transeúnte por allí, rodea el inmueble con cautela, se aproxima al andamiaje y se cuela por un agujero que hay en la mitad inferior de uno de los toldos. Desde su nueva posición ve las tres puertas de acceso a la iglesia, una grande central y otras dos más pequeñas a los lados. Cuando intenta abrir la principal, se da cuenta enseguida de que está bloqueada. Por fortuna para él, uno de los accesos laterales ha sido forzado y cede en cuanto ejerce un poco de presión. Orazio penetra en la iglesia, pero como todo está en penumbra y apenas se ve nada, echa un vistazo rápido a la nave y decide que volverá a la mañana siguiente con sus cosas, una linterna y algunos útiles que necesitará para acampar allí. No piensa abandonar ese edificio hasta que descubra el secreto que esconde.

Lo que Orazio no sabe todavía es que desde que salió de la casa de Mancuso, un joven lo ha seguido con su moto y ha estado vigilándolo. Un joven ambicioso que por casualidad ha visto lo nervioso que estaba al salir del portal, y que por pura intuición ha pensado que quizás ese señor con canas que cargaba lo que suponía era algún tipo de cuadro, sería su pasaporte para que lo aceptaran por fin como un *hombre de honor*[42] en la poderosa Cosa Nostra de Palermo.

Ω

Sofonisba Malvezzi, que tampoco conocía todos estos detalles y que incluso a día de hoy aún no ha podido averiguarlos, ha pasado la tarde con Bencomo antes de volverse ella sola a su apartamento para después caer rendida en la cama y soñar con su padre.

Cuando se despierta no sabe qué hora es y se encuentra confusa. Ayer le contó a un chico desconocido de veintisiete años un secreto que había jurado no contar y, aunque ella por naturaleza no se fía de nadie excepto de sí misma, a pesar del arrebato de cólera que tuvo, ahora se siente extrañamente en paz, como si la hubieran absuelto de una condena a cadena perpetua después de haber pasado tres años en la cárcel. No le habló de su padre, ni tampoco está más cerca de resolver el misterio de su desaparición, pero de alguna manera intuye que se ha abierto una brecha a través de la cual una realidad diferente empieza tomar forma, como si en un teatro de sombras hubieran levantado la pantalla y ahora fuera capaz de ver a los actores. Por eso, después de tomarse un reconfortante desayuno consistente en dos huevos cocidos y una rebanada de pan untada con *tahini*, se pone de nuevo manos a la obra con su manuscrito. Tiene la sensación de que cuanto más avance más cerca estará de volver a encontrarse con su entrañado padre.

Capítulo 12

—¿Es eso cierto? ¿Fue Sofonisba la que tuvo que consolar a Aníbal después de que mataran a su padre? ¿De verdad le enseñó a combatir a pesar de ser una mujer? ¿Y qué es eso de que la madre la visitó en sus sueños para advertirle del destino que le esperaba a Amílcar? ¿Y después volvió a Cartago para casarse con el príncipe númida Masinisa?

—Ya basta Sofo, no empieces otra vez… —la reconviene Amilcare con un gesto de enfado. Lo que no le ha revelado a su hija, porque no quiere llenar su cabeza de ideas románticas ni perturbar su inocencia de impúber, es que Sofonisba Giscón se había enamorado de Aníbal cuando todavía era sólo una niña. Y mucho menos que cuando tenía dieciséis años fornicó con él en una pradera junto a un río de transparentes aguas—. Claro que es cierto, preciosa, por eso te lo he contado, para que sepas que una mujer, aunque nunca podrá equipararse con un hombre, también puede aprender a defenderse.

—Sí, padre, yo también quiero ser capaz de pelear. De hecho, esta mañana he empezado a hacer ejercicio para ser más fuerte —le dice la niña, que tiene unas agujetas terribles en las piernas.

—Ya he hablado con el capitán de la guarnición de la Porta Nova y desde la semana próxima, sin que nadie lo sepa y sin que nadie os vea, te enseñará a utilizar los puños. Muy pronto podrás valerte por ti misma, al menos para poder ahuyentar a esos malandrines que están en el taller.

Amilcare Anguissola, sin considerarse a sí mismo como un hombre moderno, era un firme defensor de que las mujeres no fueran sólo objetos con los que comerciar a la hora de casarse y destinados a la procreación. Pensaba que habían sido dotadas por Dios con una inteligencia a veces incluso superior a la de cualquier hombre, y que tenían el derecho y la obligación de cultivarla. Además, la publicación en 1528 de la obra Il Cortegiano de Baldassare Castiglione, ampliamente difundida en toda Europa y tomada como modelo a seguir, realzaba en su tercer libro lo importante que era para una dama su formación en todas las artes: la música, la poesía, la pintura y las letras. Eso sí, en cuanto a su papel con relación al hombre, una mujer debía ser recatada, fiel a su esposo y proclive a la maternidad, valores que Amilcare compartía como buen cristiano y exigía a sus hijas. Y por esa razón, el padre de familia, carente en aquellos años de un heredero varón, ya que su hijo Asdrubale nació cuando Sofonisba tenía veinte años, le estaba contado a su primogénita una versión censurada y resumida de la historia de Azmelqart, al menos (pensaba él) hasta que se hiciera mayor y contrajera santo matrimonio.

—Por otra parte, hija mía, tengo una mala noticia que darte:

quiero que comprendas que todavía eres muy pequeña para oír el resto de la historia de nuestra antepasada. Hay muchos aspectos de lo que queda por narrar que tratan de política y otros temas que no son para niños. Pero te prometo que en cuanto estés en edad de casarte y formar tu propia familia, la retomaremos.

Emocionada como estaba después de haber escuchado durante dos días seguidos las aventuras de su homónima cartaginesa, Sofonisba no puede creerse que su padre vaya a castigarla de esa manera tan cruel.

—Pero, padre, yo ya soy mayor. Y además soy muy lista y entiendo muchas cosas. Haré cualquier tarea que me pida, incluso ayudar a Cornelia en la cocina —protesta la chiquilla haciendo unos pucheros tan grandes que llegan a asustar a su padre: mucho se teme que en breve arranque con una de sus llantinas imposibles. Entonces Amilcare, que ya estaba preparado para tal contingencia, le dice que tiene algo más pensado para ella.

—Todavía te falta mucho que aprender, Sofo. Desde el mes que viene, tu hermana y tú, además de ir al taller todas las mañanas, por la tardes tendréis un profesor que os enseñará arte, literatura, lenguas clásicas, etiqueta y todo lo que una mujer noble necesita saber para poder ser una pintora de verdad. No sólo consiste en coger un pincel y saber dibujar.

Aunque aún no había cumplido doce años, la niña era lo bastante inteligente como para entender que su padre tenía razón. No podría llegar lejos si era una zopenca y, aunque sabía leer, escribir y tocar la espineta, porque su madre les había enseñado a ella y sus hermanas, necesitaba conocer muchas otras materias para llegar a ser una verdadera dama, condición que intuía esencial para ser aceptada como pintora de la corte o en la casa de un noble. Por eso, aunque refunfuñando, aceptó que su padre pospusiera la narración de la vida de la mujer que ya era su heroína personal y, para compensarlo, se dijo a sí misma que seguiría por su cuenta poniéndose fuerte y aprendiendo a luchar, primero con los puños, y después, si fuera necesario, también con la espada.

Y fue así como Sofonisba Anguissola, desde aquel día, puso todavía más empeño si cabe en subir todas las madrugadas al Torrazzo y en aprender las técnicas que luego le enseñaría el capitán de la guarnición de la muralla, que incluían cómo defenderse de un hombre armado con un barrido de piernas y una fuerte patada en los testículos. El invierno siguiente, cuando ya se sentía segura de sí misma, desafió a uno de los botarates que tenían la mala costumbre de insultarla y, ante lo que primero fue una algarabía de risotadas por su atrevimiento y después un silencio vergonzoso, le metió tal vapuleo que lo dejó con un ojo amoratado, un dolor tremebundo en la

entrepierna y muy pocas ganas de volver a enojarla.

En lo que respecta a la pintura, Sofonisba siguió con su aprendizaje en el taller de Bernardino Campi hasta que éste, en 1549, se trasladó a Milán por requerimiento de Ferrante Gonzaga, que era el gobernador de la ciudad. A partir de esa fecha continuaría su formación, ya sin encontrar impedimentos por culpa de su género, con el maestro Bernardino Gatti, que también había sido empleado por Amilcare Anguissola para la decoración de la abadía de San Sigismondo. Fue en esta época cuando una joven Sofonisba de diecinueve años empezó a destacar por sus retratos pintados al natural, como el que realizó de su hermana Elena, en el que aparecía vestida con hábitos de monja por haber ingresado en el convento de San Vincenzo de Mantua hacía algunos meses. [Foto 1]

A partir de ese año de 1551 es cuando comenzó de verdad su producción pictórica, que incluía retratos de su padre, de su madre, de sus cuatro hermanas y numerosos autorretratos suyos en distintas poses y distintos formatos. [Foto 2]. Obsesionado con que Sofonisba consiguiera un empleo de pintora que lo ayudara a escapar de sus propias penurias, Amilcare regalaba sus obras a personajes ilustres que, mediante su influencia, pudieran dar un empujón a la carrera de su hija mayor. La cuestión de la dote de Lucía y Europa, que iban haciéndose mayores, seguía siendo para él un tema de gran preocupación. En cuanto a Sofonisba, después de todo lo que había invertido en su carrera, no podía consentir que una boda echara todo su esfuerzo por la borda. Por esa razón, aunque estuviera en edad núbil desde hacía ya tiempo, había desechado la idea de casarla. Por otro lado, los constantes elogios que recibía sobre los retratos que enviaba, le hacían albergar esperanzas de que Sofonisba pudiera ser reclamada por la corte del Ducado de Mantua, que visitaban con asiduidad para ver a su hija Elena en el convento.

—Hija mía, tienes que pintar con más celeridad. Tengo un motón de nobles esperando —le decía su padre con frecuencia, mientras su madre se lamentaba de todo el dinero que habían gastado en comprar materiales. —¿Y qué haremos si nadie quiere contratar a una mujer artista? Esta niña va a ser nuestra ruina —solía decir Bianca en voz baja pero asegurándose de que Sofonisba fuera capaz de oírla. Después del gran sacrificio que habían hecho por ella, ahora le tocaba su turno, y si tenía que pintar veinte horas al día y no dormir, tendría que aguantarse.

Debido a estas presiones exteriores y a su propia exigencia, a sus veinte años Sofonisba vivía instalada en un sobreesfuerzo permanente. Sus grandísimos ojos negros, que en sus cuadros refulgían como luceros, se estaban apagando y mostraban unas ojeras que se veía

obligada a camuflar. Hacía mucho que ya no subía al Torrazzo ni se ejercitaba, y su cuerpo, propenso a engordar, se estaba resintiendo. Muchas veces le dolía la espalda, y de tanto sostener los pinceles tenía calambres en el hombro derecho. Era muy joven, y así lo reflejaba en sus autorretratos, donde aparecía con cara rolliza y piel lozana, nariz respingona y labios carnosos, mostrándose casi como una mujer pero siempre manteniendo la inocencia de niña.

En esta tesitura, agobiada por la responsabilidad, sus incontables quehaceres le habían hecho olvidar la historia que su padre comenzara a contarle cuando tenía once años, y ya no recordaba lo bien que se sentía cuando subía al Torrazzo, ni la seguridad que irradiaba después de las clases que había recibido del capitán de la Porta Nova durante varios meses. Y por eso, pese a su natural talento para el arte, la desmotivación estaba haciendo mella en su carácter y pensaba a menudo en dejar de pintar, y si no lo hacía era porque temía defraudar a sus padres, y porque la situación económica de la familia era cada vez más precaria.

Aunque Amilcare siempre encontraba una razón ajena a su persona para explicarle a su mujer las causas de un negocio fallido, resultaba obvio que carecía de las habilidades necesarias para dedicarse al comercio. Por otra parte, su salario de empleado público apenas le daba para mantener a flote a su familia, y llegó un momento en que las deudas eran tan abultadas que tuvo que rehipotecar la casa que había heredado de su padre. En 1553, los Anguissola atravesaban una situación desesperada; o de alguna forma obtenían ingresos por los trabajos de Sofonisba, o se verían obligados a casarla con cualquier don nadie que aceptara una mujer sin dote. Y fue en ese momento, estando al borde del desahucio, cuando la red de contactos que había tejido Amilcare con su obsequiosidad empezó a dar sus frutos.

Entre los nuevos ricos de Cremona, que habían surgido al albur de la expansión de la industria del jabón y del vidrio, se corrió la voz de que en la ciudad había una mujer que hacía retratos fidelísimos. Ávidos de subir algunos peldaños de la siempre tortuosa escalera social, estos aspirantes a aristócratas querían ser los primeros en apuntarse a la modernidad. Y habiendo oído hablar de que muy cerca había una mujer artista y virtuosa, requirieron los servicios de Sofonisba; muy pronto sus obras colgarían de las paredes de sus ricas mansiones. Aunque una dama no podía cobrar dinero porque iba contra las normas del decoro, como representante de su hija, Amilcare se encargaba de aceptar las numerosas dádivas que obtenía a cambio de sus cuadros. Cuando los nuevos ricos veían reflejados sus rostros en el lienzo, dulcificados siempre por la genialidad del pincel de la autora, se les inflaba el ego, y entonces eran muy proclives a aflojar el bolsillo.

Durante los años siguientes, con su fama extendida más allá de Cremona, Sofonisba realizó numerosos viajes, en los que, para infortunio suyo, iba siempre acompañada por uno de sus padres, que velaban a todas horas para que no cayera en las redes de algún casanova sin escrúpulos. La nobleza producía una gran cantidad de vagos que andaban a la caza de mujeres pudientes y, aunque Sofonisba no perteneciera a una familia adinerada, su incipiente popularidad le aseguraría al marido una fuente duradera de ingresos.

Pese a no poder disfrutar de una vida al margen de este séquito forzoso, gracias al reconocimiento y a que la economía familiar había prosperado, ahora se le permitía dedicar más horas al descanso. Esta circunstancia se tradujo enseguida en una mejoría de su salud y en el renacer de su gran pasión por la pintura que, a falta de un amor carnal por el que en muchas ocasiones suspiraba, la colmaba de dicha. Además, pronto comenzó otra vez a ejercitarse y a subir al Torrazzo cada vez que podía y, cuando su padre estaba de buen humor, le pedía que le siguiera contando la leyenda de Sofonisba Giscón, a lo cual, dicho sea de paso, él siempre se negaba.

Cuando tenía veintidós años, en uno de sus viajes a Roma, conoció en persona al gran artista Miguel Ángel, a quien Amilcare le había enviado varios dibujos como muestra de su buena aptitud. Buonarroti, que ya era un anciano de ochenta y tres años, percibió su talento y le ofreció valiosos consejos para pulir su técnica.

En 1556 recibió el encargo de retratar al duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo, que ostentaba el título de virrey de Nápoles, otorgado en el mes de enero de ese mismo año por Felipe II, siendo ya rey tras la abdicación de Carlos I en su persona. El duque quedó muy satisfecho con el cuadro y en 1559, gracias a su consejo, Sofonisba fue requerida como dama de compañía de Isabel de Valois, la que pronto sería la tercera esposa del monarca español.

La respuesta de Amilcare Anguissola ante tal petición, como tutor de su hija a falta de marido, no se hizo esperar. A los pocos días remitió una carta al duque de Sessa, que había actuado como intermediario, aceptando tan altísimo honor y deshaciéndose en halagos hacia su excelentísima, cosa que por otra parte era muy habitual en su correspondencia. Después de tanto tiempo dedicado a la promoción de su talentosa hija, Amilcare había logrado su objetivo. Y su objetivo llegó además con una recompensa que resolvió de una vez para siempre sus problemas económicos; le fue otorgada una renta anual de doscientos ducados sobre el impuesto del vino de Cremona. Amilcare, que siempre había sido un incompetente para los negocios, alimentando la pasión de Sofonisba por la pintura y empeñándose en dar a conocer su valía, había hecho por fin el gran negocio de su vida.

—Hija mía, todo nuestro trabajo ha tenido su justa recompensa. Nada menos que la corte española. Tenemos que celebrarlo con una fiesta memorable.

Sofonisba está ilusionadísima con su partida a España. Durante toda su vida ha obedecido a su padre sin rechistar y tiene muchas ganas de poder vivir sin su tutela. Sin embargo, dejar su ciudad, tener que aprender un nuevo idioma y verse obligada a adaptarse a unas costumbres que, según ha oído, son mucho más estrictas es algo que le produce una vívida angustia. Ha viajado mucho y está acostumbrada al protocolo, pero emigrar a un lugar tan lejano y tener que abandonar a su familia, en especial a su hermana Minerva, a quien está enseñando a pintar, le desgarra el alma. Tanto es así que incluso tiene dudas de quererse marchar. Y de esa manera, no sin gran dificultad, se lo expresa a su padre, que en ese momento se queda anonadado.

—Niña, eso es una locura, un disparate, un completo desatino. Si no aceptas estamos acabados. Tú no serás la primera pintora de la corte de un rey, y yo seré el hazmerreír de toda Lombardía —responde Amilcare visiblemente contrariado.

Al oír tan duras palabras, Sofonisba rompe a llorar como una Magdalena. Hace lustros que no lo hace delante de su padre, para ser más exactos desde que se metían con ella en el taller de Bernardino Campi. Después aprendió a pelear y se hizo una mujer fuerte en todos los sentidos. Aunque durante un tiempo no lo haya hecho, en los últimos años jamás ha dejado de pensar en Sofonisba de Cartago ni de subir al Torrazzo cada vez que ha podido. Siempre que ha albergado dudas o tenido dificultades y pese a su soledad, ya que su entera dedicación a la pintura y la estrecha vigilancia de su padre le han impedido conocer el amor, ha recurrido al recuerdo de la cartaginesa para reponerse de sus tribulaciones.

—Perdóneme, padre, todo es fruto de la tensión, claro que aceptaré —dice cuando consigue refrenar sus sollozos. Quiere a Amilcare, pero una vez más se da cuenta de que no la deja respirar y de que tiene que alejarse de él—. Pero tengo una condición: sólo lo haré si termina de contarme la leyenda de nuestra antepasada Sofonisba Giscón.

A lo largo de todos esos años Sofonisba se lo había pedido en muchas ocasiones, pero Amilcare siempre invocaba algún tipo de excusa: al principio era su edad, después el nacimiento de su hermano Asdrubale, que según él era el único que tenía derecho a conocer la historia, más tarde el poco tiempo de que disponía al estar siempre ocupándose de la promoción de su carrera. Pero la verdadera razón era que Amilcare empezaba a tener serias dudas de que los contenidos pecaminosos del relato no fueran a causarles problemas. El Concilio de Trento ya estaba en marcha para oponerse a la Reforma protestante,

que según sus propias convicciones era la causa de los muchos males que aquejaban a la sociedad. Como consecuencia de ello, la Santa Inquisición estaba redoblando su actividad y el temor de Amilcare a que el relato llegara a oídos poco convenientes se había exacerbado.

Viendo la cara ceñuda de Sofonisba y temiendo una de sus temperamentales reacciones, en vez de negarse en rotundo desde el principio, Amilcare reflexionó durante unos minutos. Cuando ya estaba a punto de endilgarle un nuevo pretexto, se acordó de lo que su propio padre había hecho con él. Amilcare era hijo de una relación extramatrimonial y tenía un hermano menor al que habían llamado Lazzaro. En su lecho de muerte, arrepentido de no haber continuado con el mandato de Azmelqart, su padre Anibale convocó a sus dos hijos y, con sus últimas fuerzas, les narró de un tirón la increíble crónica que ahora Sofonisba reclamaba saber.

—Está bien, preciosa —le dice recordando el trato que solía dispensarle cuando era pequeña. Y entonces Amilcare Anguissola le cuenta a su hija todos los pormenores del resto de la fabulosa vida que vivió hacía muchos siglos Sofonisba de Cartago.

Capítulo 13

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

Sofonisba Giscón está fuera de sí. El Consejo de los Ciento Cuatro ha resuelto que debe regresar a su patria y casarse con el príncipe númida Masinisa, pero ella está enamoradísima Aníbal y no quiere de ninguna manera acatar esas órdenes.

—Mi amor, ¿qué podemos hacer? El traidor de Asdrúbal y su jefe Hanón no deben salirse con la suya. Si tú te opones no podrán obligarme.

En el claro del bosque, las abubillas cantan canciones con su voz atiplada. Intuyen que el combate que se va a dirimir es el más peligroso de los que han presenciado.

—No es tan sencillo —responde con frialdad Aníbal—. Lamentablemente hay cosas que todavía ignoras. Creo que ha llegado el momento de que te cuente lo que sucede en Cartago.

Sofonisba está sentada en el tocón de un árbol. Lleva puesta la coraza y a su lado descansa una espada de doble filo que ella misma ha mandado forjar a su medida.

—¿Lo que sucede en Cartago? ¿Piensas que soy estúpida? —replica acariciando el arma—. Sé lo que planeaban tu padre y el mío desde que era una niña: confabular contra Hanón utilizándome, hacerse con el poder, y a continuación declararle la guerra a los romanos.

Es verano, el calor es asfixiante y el zumbido de los insectos apaga cualquier otro ruido que provenga del bosque. Aníbal permanece de pie, siempre en guardia porque sabe que sus enemigos moran entre sus propias filas. Mientras se seca el sudor que le resbala por la poblada barba, se pregunta cómo era posible que Sofonisba conociese los planes secretos de su progenitor.

—Entonces, si ya lo sabías, ¿qué pensabas responder cuando pidieran tu colaboración? —dice el que muy pronto se convertirá en el nuevo general de los cartagineses. Sabe que a esa mujer no hay que dejarle tomar la iniciativa.

—La cuestión no es esa, la cuestión es qué harías tú si tu padre aún viviera.

El primogénito de Amílcar hubiera preferido no tener que dar explicaciones, pero al igual que nunca se amilanaba al entrar en combate, tampoco lo hacía cuando tenía que tomar decisiones. Su corazón a veces le había hecho dudar, pero por encima de todo estaba su espíritu guerrero y el amor a su patria.

—Decirte lo mismo que hubiera dicho él: has de marchar a Cartago y casarte con quienquiera que el Senado decida. Aprendiste a luchar y lo hiciste muy bien. Ahora tendrás que aprender a cumplir con las órdenes porque así es como funciona el mundo.

Aunque Sofonisba había intuido que esa sería su respuesta, no por ello deja de sentir un gran desgarro dentro de sus entrañas. Conoce las obras de los hombres, es capaz de combatir con ellos, ha tratado de imitarlos en todo lo posible, pero aun así, por el hecho de ser una mujer, los separa un gran abismo que ninguno de los cientos de autores que ha leído ha intentado salvar. «¿Acaso la existencia está confeccionada a medida del hombre? ¿Son las mujeres un simple instrumento para sus contubernios? ¿Qué papel nos reservan los dioses? ¿Me han concedido una gran inteligencia para limitarme después a obedecer y a engendrar a sus hijos?» Sofonisba no quería creer que fuera de esa forma y Sosilo no había sido capaz de darle una respuesta válida. Lo único que había sabido decirle es que, hacía cuatro siglos, una poetisa llamada Safo, que acabó suicidándose a los cincuenta años, había escrito nueve volúmenes de poemas en los que trataba a fondo lo que, según su visión, debería ser una sociedad igualitaria en la que hombres y mujeres vivirían en paz. Pero como su contestación no la satisfizo, y dado que al parecer existía una copia completa de los libros de Safo en la biblioteca de Alejandría, Sofonisba le pidió a su tutor, como ya había hecho en otras ocasiones, que enviara un mensajero para ir a buscarla. Necesitaba conocer con urgencia esa obra.

—Se hará entonces como dices. Me iré a Cartago y me entregaré a Masinisa —responde una orgullosa Sofonisba que no está dispuesta a dejarse humillar—. Y descuida, me las arreglaré para cumplir los deseos de Amílcar: librarás una guerra con Roma. Después de todo, él me salvó de ser sacrificada.

—Así fue y así debes obrar en su memoria. Pero hay algo más que necesito resolver… —replica Aníbal con la aspereza del que está acostumbrado a que no le cuestionen.

—Eso déjalo de mi cuenta. Mataré a Asdrúbal *el Bello* por su infame traición. Si no lo he hecho hasta ahora, ha sido porque deseaba retenerte a mi lado —responde Sofonisba mientras se levanta tratando de contener el llanto.

Al escuchar estas palabras, el mayor de los Barca se da cuenta de que esa mujer a la que por momentos ha creído amar más que a su propia condición de soldado, va siempre varios pasos por delante de él. «Si estuviéramos en un campo de batalla habría perdido hace tiempo la guerra. Qué gran general sería Sofonisba, sin duda mucho mejor que Pirro y que Alejandro Magno. Pero es una simple hembra y como tal tendrá que jugar un papel secundario», concluye Aníbal antes de contestar.

—Llevo años pensando en ello y no se me ha ocurrido la manera de asesinarlo sin que después me maten. ¿Acaso quieres perder la vida?

—Mi madre era druida. Del mismo modo que no he engendrado un hijo tuyo gracias a sus remedios, conozco un método que no puede fallar.

Aníbal nunca inclina la cabeza ante nadie, pero lo que Sofonisba acaba de revelarle le ha dolido más que una herida de guerra. Constatar que había estado actuando tanto tiempo a sus espaldas ha sido un duro golpe para su pundonor.

—Aunque un veneno tarde mucho en actuar, no todo lo que preparan los cocineros termina en la boca de Asdrúbal, y si no lo consigues es posible que mueras.

Mientras escucha esto, Sofonisba saca la espada de su vaina y con las yemas de los dedos se dedica a comprobar su filo. A unos pasos de ella, Aníbal permanece impertérrito. Aunque intentara atacarlo nunca le vencería.

—No se trata de un veneno corriente. Además, para administrarlo tendré que yacer con el general. Al cabo de un mes caerá muerto con la cabeza repleta de gusanos.

Sin temor a equivocarse, para Aníbal esta es la contienda más dura de su vida. No hay espadas de por medio, pero Sofonisba es más cruel que cualquier enemigo.

—¿Gusanos? —musita el hombre bajando la mirada.

Al ver su gesto, Sofonisba corrobora que ha ganado el combate, un combate en el que ella es el único bando perdedor y que la ha afectado tanto como para convertirla quizás en la mujer más insensible y peligrosa de todos los ejércitos.

—Primero tendré que hurgar en las tripas de un cerdo para encontrar los huevos de la tenia porcina. Después habré de llenar con ellos una bolsita diminuta hecha con la vejiga de la cría de un pez. Y por último, cuando haya seducido al general, al que llevo insinuándome desde hace ya meses, romperé la membrana que llevaré en la boca y, en cuanto me bese, los huevos irán a parar sin remedio hasta sus intestinos. Luego sólo habrá que esperar a que las larvas se desarrollen y le llenen el cerebro de quistes. Morirá retorciéndose de dolor y sin poder acordarse siquiera de su nombre. Mientras tanto, yo estaré a salvo bebiendo un antídoto que me enseñó a preparar mi madre.

Y una vez dicho esto, intentando recomponer los pocos pedazos de su corazón que le quedan intactos, Sofonisba se aleja despacio de ese claro del bosque, donde las abubillas cantan para ella con su voz melodiosa, puesto que la han visto salir victoriosa a pesar de su gran aflicción. La joven, que ya no es la misma mujer, jura que a partir de ese instante utilizará las armas que los dioses le han dado para su conveniencia. Y si tiene que yacer con sus enemigos lo hará sin dudarlo, porque se ha dado cuenta de que en este universo fabricado

en provecho del hombre, el odio tiene más valor que el amor, y la venganza mucho más recorrido que la misericordia.

A los pocos días, la muchacha pide ser recibida por un Asdrúbal que acaba de cumplir cuarenta y nueve años. Su apodo de *el Bello* le hace honor y eso quizás convierta su misión en algo más agradable, pero a Sofonisba eso ya le da igual.

La estancia a la que la ha conducido la guardia personal de Asdrúbal es la más imponente del palacio. Se halla en un torreón de ladrillo situado sobre la cuarta planta del edificio y desde sus ventanas se divisa la totalidad de la ciudad de Nueva Cartago y su fértil llanura. Las paredes están engalanadas con una gran variedad de armas de guerra, colmillos de elefante y astas de toro de diversos tamaños. En el suelo hay elegantes alfombras de pieles de camello y de león. Pero lo que más le impresiona a la joven muchacha es el fulgor de los innumerables objetos de oro y plata que tiene amontonados sobre unos grandes cofres: brazaletes, cálices, estatuillas, yelmos, collares de pedrería y toda suerte de ornamentos provenientes de los distintos pueblos a los que han sometido. Parecía que al dueño de todo aquello le gustaba sobremanera la ostentación y el lujo, actitud muy alejada de la sobriedad y el estoicismo de su predecesor.

Asdrúbal está sentado en una ampulosa silla de madera repujada con motivos celtíberos y cuyo respaldo está coronado con tachones dorados. Al parecer era el trono del padre de su segunda esposa, a quien se lo había confiscado a cambio de dejarle con vida. Rodeada por los soldados de su guardia, Sofonisba le dice al general que tiene información sobre las maniobras que su padre, Asdrúbal Giscón, intenta hacer en Cartago y que necesita hablar con él a solas. La mujer lleva puesta una breve túnica que realza sus pechos y bajo la cual sería imposible esconder un puñal. Aun así, antes de aceptar que le hable en privado, pide que la registren. El oficial que cumple con la orden se cuida bien de no sobrepasarse; aunque le tiene ganas a esa hembra que anda siempre por el palacio provocándolos, sabe que es intocable.

Cuando los seis soldados del Batallón Sagrado se retiran, Sofonisba le cuenta a Asdrúbal los planes que desde hacía años tenían su padre y Amílcar para hacerla retornar a Cartago y utilizarla como herramienta para intentar deponer a Hanón. Y que ahora, sin él ser consciente, con su petición los estaba ayudando a conseguir sus fines. Pero lo que ella quería era permanecer al lado de Aníbal en Hispania, y que si escribía al Senado argumentando que la necesitaba para hacer de traductora con los reinos vecinos, se encargaría de aplacar las ambiciones que consumían al mayor de los Barca. Y además, le dice que estaría dispuesta a colmar cualquier otro deseo que se le antojara.

Y entonces Sofonisba, que ve como le brillan sus ojos azules al lado de su tez morena, se quita la túnica y se queda desnuda ante el general. Y Asdrúbal *el Bello*, que lleva ya tiempo ansiando ese cuerpo, se alza con el miembro erecto y avanza tres pasos para rodearla con sus fuertes brazos. Y luego la tumba encima de una piel de oso para poseerla. Y cuando la besa, los huevos de tenia entran en su boca y bajan a su estómago para convertirse después en gusanos. Y al cabo de un mes, Asdrúbal ya no recordaba la conversación que tuvo más tarde con esa mujer que, sin él saberlo, acabó matándolo.

—¿Y por qué habría de complacerte más allá de lo que he hecho ahora? —dice Asdrúbal cuando ha terminado de desfogarse—. Podría mandaros matar ahora mismo y ahorrarme un montón de problemas.

—¿Matarías también a sus hermanos, Asdrúbal y Magón? ¿No crees que tanta muerte podría despertar recelos entre los ancianos? Sería mucho más fácil que yo me ocupara de mantener a Aníbal controlado. El resto de la familia sólo cumple sus órdenes.

Sintiéndose utilizado por haber sucumbido con tanta ingenuidad a sus encantos, Asdrúbal le responde con toda su rudeza.

—Ninguna mujer me dice lo que tengo que hacer. Márchate ahora mismo. Ya te avisaré cuando te necesite.

Sofonisba entonces se viste y sale de la habitación agachada y pretendiendo estar al borde del llanto. No quiere que los oficiales, que han escuchado los gritos de Asdrúbal cuando eyaculaba, dejen de reírse mientras se retira.

Y efectivamente, tal como lo había previsto su madre de ascendencia celta, Asdrúbal *el Bello* murió lleno de dolor y sin sospechar que Aníbal Barca había podido por fin cumplir su venganza.

Unas semanas más tarde, después de oficiar los funerales del comandante muerto, los miembros del Batallón Sagrado eligieron a Aníbal como su nuevo líder. Muy pronto Roma sufriría en sus propias carnes la furia inextinguible de un general cartaginés hambriento de victorias.

Capítulo 14

Después de haberse pasado el día entero inmersa en su manuscrito, y de haberle enviado un mensaje a Bencomo para disculparse por lo que había pasado la tarde anterior, Sofonisba Malvezzi ha vuelto a acostarse temprano. Cuando se despierta de pronto en medio de la noche, tiene la ominosa imagen de un hombre vil que, por lo que parecía, había estado acechando a su padre mientras se desplazaba hasta la iglesia en la que Luigi Nelco afirmaba que desapareció. Cuando toma conciencia de que era sólo un mal sueño, aún medio dormida y a oscuras, se acuerda de cuando llegó a Madrid después del primer viaje que hizo a Palermo en 2019.

Ω

Al llegar al portal de su casa del barrio de Chamberí desde el aeropuerto, abrir el buzón rebosante de cartas y ver entre ellas un sobre con la caligrafía inconfundible de su padre, Sofi se sintió como si le hubieran golpeado la cabeza con un balón de fútbol. De pronto todo le daba vueltas, le fallaba la respiración y le temblaban los brazos de tal forma que el manojo de sobres se le acabó cayendo de las manos. Cuando se percató de que la presencia de aquella misiva con un matasellos de Sicilia era una prueba inequívoca de que su padre continuaba con vida, logró calmarse lo suficiente como para recoger las cartas, subir a su casa y empezar a leer.

Querida Sofonisba

Siento mucho no haberte llamado ni haber estado localizable estos últimos días. Ahora mismo sólo me es posible confirmarte que he encontrado los documentos que llevo tantos años buscando y que en ellos aparece el nombre de Baumwächter. Por fin dispongo de la prueba definitiva para mostrar al mundo que la historia que se conoce de Sofonisba de Cartago a través de los textos de Polibio y de ulteriores escritores romanos es falsa y está desvirtuada. Hay algo que Sofonisba Anguissola menciona en sus escritos que, de ser cierto, podría tener consecuencias inimaginables para esta civilización que lleva basándose en la guerra desde el albor del tiempo. Pero antes de poder hacer público mi descubrimiento tengo que realizar un último viaje. En este momento no puedo explicarte nada más. Sólo te pido que confíes en mí y que, mientras yo esté fuera, escribas con tus propias palabras la historia que tantas veces has escuchado de mi boca y que ha sido la obsesión de mi vida. Volveré en cuanto me sea posible.

Tuyo siempre, tu padre, Orazio.

Cuando Sofi leyó estas palabras hasta memorizarlas, pues sabía de la importancia que podrían tener para la investigación, acudió nuevamente a la policía. En la comisaría del distrito la recibió el mismo inspector de gestos amables pero exiguo interés por atender su caso. En lo que a su propio parecer fue un alarde sobrehumano de paciencia, dedicó unos minutos a escuchar la nueva información que esa chica de enorme nariz y nombre impronunciable decía que había recabado junto a un detective de Palermo.

Antes de eso le había ofrecido una silla y luego había procedido a cerrar la puerta del despacho, aunque más bien podría decirse que era un simple cubículo. Una vez acomodada, Sofi le relató la parte de la historia que no le había contado antes y que consideraba podía ser útil para obtener sus fines, que no eran otros que conseguir una orden para consultar los registros del móvil de su padre.

Por lo tanto, le contó al inspector que Orazio Malvezzi, reconocido especialista en la obra de Sofonisba Anguissola, pintora famosa del Renacimiento, había sido capaz, gracias a su perseverancia, de localizar dos cuadros de la artista que hasta entonces no estaban atribuidos y que a resultas de ello habían hecho felizmente millonarios a sus dueños. También le contó que el reciente viaje de su padre a Palermo había sido para confirmar la existencia de un tercer lienzo que reunía las características de los dos anteriores, y que pertenecía a una modesta familia de la localidad. Lo que Sofi no le dijo al policía es que su padre se las había arreglado para llevarse el cuadro, ni tampoco que esa misma mañana había recibido una carta portando noticias del desaparecido. Lo que en cambio sí le dijo es que las cámaras de seguridad del hotel grabaron al susodicho abandonando el lugar por su propio pie dos días antes de que terminara su reserva, y que desde entonces no había vuelto a ser visto, así como el hecho de que en ningún hospital ni morgue de la isla había ingresado nadie sin identificar que ni de lejos se pareciera a él.

De nombre Ginés y con una calva que lo haría fácilmente localizable en una manifestación, el funcionario, apoltronado en una silla giratoria, seguía el discurso de la mujer sin perder ni un segundo de vista su nariz. Le parecía atractiva, pero se preguntaba cómo sería posible plantarle un beso con aquella esfinge en medio de la cara. Cuando la chica terminó su alegato, lo cierto es que apenas había escuchado ninguno de sus argumentos, exceptuando el último, en el que le pedía que por humanidad solicitara una orden para tener acceso a sus llamadas y quizás poder descubrir alguna pista.

Ginés Moreno, que no era mal policía sino que simplemente estaba sobrecargado de trabajo, además de que tenía un montón de horas extras sin cobrar, se apiadó de la muchacha y le dijo que pediría la orden. Sin embargo, al tratarse de información sujeta a la Ley de

Protección de Datos, no podría dársela a nadie que no fuera del cuerpo, por lo que le sugería regresar a Palermo para azuzar a su detective privado: tendría que conseguir que la policía italiana le reclamara los registros del teléfono que iba a solicitar. Cuando Ginés vio la preciosa sonrisa de Sofonisba en respuesta a su gesto, lo primero que pasó es que se olvidó enseguida de sus napias, y lo segundo es que se dijo a sí mismo que, por ver caras de agradecimiento como la de esa chica, merecía la pena comerse todos los marrones que le traía aquella ingrata profesión. Después se levantó, cogió la chaqueta del perchero y se ofreció a acompañarla hasta la salida en el piso de abajo.

Cuando Sofi regresó a su casa desde la comisaría pisando las mismas baldosas grises de la calle Almagro que en la anterior ocasión la habían soliviantado, empezó a pensar que tal vez tuviera suerte y que el misterio muy pronto pudiera resolverse. Antes de llegar a su portal ya había decidido que ni siquiera iba a deshacer la maleta y que iba a volverse de inmediato a Sicilia.

A la mañana siguiente, un taciturno Luigi Nelco con su cabeza en forma de hortaliza, la recoge en el aeropuerto de Palermo y la lleva en su viejo Fiat 131 Supermirafiori al hotel San Paolo. El cacharro tiene más de trescientos mil kilómetros, pero es el único recuerdo que tiene de su padre y no quiere cambiarlo. Cuando una hora después se acomodan en la cafetería, Luigi le cuenta las averiguaciones que ha podido hacer en sus dos días de ausencia. Mientras Sofonisba mira por la ventana y recorre con su vista la hilera de limoneros que adorna el paseo marítimo, el detective, con un cigarrillo sin encender entre las manos, le explica cómo, ayudado por un pariente policía, ha estado revisando las grabaciones de todas las cámaras disponibles por los alrededores. Habida cuenta de que conocían la hora exacta en la que su padre abandonó el hotel, una vez identificados los dispositivos y la entidad a la que pertenecían, no fue muy difícil obtenerlas y hacer el visionado. Sorprendentemente —le narra Luigi a su clienta mordiéndose las uñas—, su padre no abordó ningún vehículo, sino que anduvo con su maleta y con el cuadro a lo largo de toda la vía Messina Marine para continuar luego por la Ponte di Mare hasta llegar a la Porta Felice. Según pudieron determinar después, en el trayecto se paró primero en un bazar para comprar artículos de *camping*, tales como varias linternas, un saco de dormir, un infiernillo de gas con su bombona, herramientas y algo de menaje. Todo eso lo metió, junto al paquete que llevaba en la mano, en una segunda maleta de gran tamaño que también adquirió en el mismo comercio. Un poco después se detuvo en una tienda de ultramarinos para comprar un buen surtido de latas y alimentos —le cuenta el detective visiblemente ansioso por

encender el pitillo que no ha parado de mover de un sitio para otro. En vez de sostenerlo con los dedos ahora lo tiene detrás de una de sus orejas.

Aunque al parecer andaba con cierta dificultad y era un hombre mayor, se las arregló bastante bien para ir progresando trabajosamente con sus dos equipajes hasta llegar a la Piazza San Giorgio dei Genovesi, que parecía su destino final. En total había recorrido unos dos kilómetros y medio.

Desde una cámara ubicada en uno de los muros de la Comandancia Regional de la Guardia di Finanza, la policía financiera italiana, concretamente la situada en la vía Squarcialupo, se veía con claridad cómo, aprovechando que nadie pasaba por la zona, Orazio Malvezzi se había introducido por una abertura que había en una de las lonas que cubrían el andamiaje de la iglesia San Giorgio dei Genovesi, que estaba en obras de remodelación aunque por falta de presupuesto se habían paralizado.

Pero lo que hacía que Luigi Nelco estuviera apesadumbrado no era ninguno de esos pormenores. Estaba abatido por lo que había averiguado del posterior análisis de las grabaciones que dicha cámara había tomado las horas subsiguientes: no habiendo transcurrido ni diez minutos desde que Orazio había ingresado en la iglesia, un joven fornido que vestía una cazadora de motero le siguió los pasos.

¿Quién era aquel chaval? ¿Por qué y desde cuando seguía al señor Malvezzi? fueron las primeras preguntas que les surgieron a Luigi y a su pariente policía llamado Vittorio, y que sólo pudieron responder parcialmente un poco más tarde.

En efecto, al continuar con el visionado a rápida velocidad de las imágenes, transcurridas unas cuatro horas, Orazio y el joven no identificado salieron de la iglesia por la misma abertura por la que antes habían accedido. Por lo que parecía, mientras Orazio cargaba con las maletas, el muchacho se mantenía detrás apuntándole discretamente con un arma. Pocos segundos después, una Fiat Ducato de color blanco (la furgoneta más común en Sicilia y que además llevaba matrículas dobladas) se paró delante de la pareja bloqueando la visión de la cámara. Para cuando el vehículo abandonó el lugar, no había ni rastro de los dos individuos. Llegados a este punto de la narración, Luigi Nelco no aguanta más y le pide a Sofonisba que salgan a la terraza: si no fuma le va a dar un derrame cerebral.

Ante lo que se evidenciaba como un caso flagrante de secuestro —le cuenta después extasiado de gozo al inhalar el humo—, el inspector Vittorio Brusca se apresuró a notificarlo a sus superiores aportando en su informe las pruebas que habían obtenido. Hasta ese momento sólo había estado haciéndole un favor más a su cuñado, pues estaba casado con su hermana pequeña y solía ayudarlo. Para cuando Luigi quiso

informar a Sofonisba de todos estos hechos, ella ya se encontraba en el avión y tenía el teléfono fuera de cobertura, por lo que tuvo que esperar hasta que aterrizara para contarle lo que había averiguado desde su última comunicación.

—¿Me está diciendo, señor Nelco, que mi padre entró en esa iglesia con dos maletas y un montón de comida, estuvo allí cuatro horas con un extraño y cuando volvió a salir fue secuestrado? —le pregunta Sofonisba en la terraza de la cafetería y pelada de frío. Ha escuchado al detective sin rechistar y le ha obedecido saliendo al exterior, pero ahora quiere hacerle unas cuantas preguntas.

—Por desgracia así es, *signorina* Malvezzi —responde Luigi. Luego le hace una seña para volver adentro. Ha apurado el cigarro y siente que su salud ya no corre peligro. —Mi cuñado Vittorio se ha puesto en contacto con el inspector Ginés Moreno para pedirle los registros del móvil de su padre y ponerle al corriente de lo grave que es la situación. Se trata de un súbdito español secuestrado por la mafia. Imagino que ahora sí se pondrá las pilas.

Al oír ese nombre fatídico, Sofonisba se queda horrorizada.

—¿Cómo que por la mafia? ¿Quién le ha dicho eso? ¿Cómo puede estar tan seguro? La mafia…, no puede ser…

Como buen italiano, Luigi gesticula de forma ampulosa con sus manos, como si pretendiera hacerse entender sin pronunciar ni una sola palabra.

—Es sólo una suposición, *signorina*. Ya sabe usted que Palermo puede ser un sitio peligroso, y los secuestros aquí suelen estar relacionados con esa banda criminal. Además, es mejor que la *Squadra Antimafia* se involucre. Tienen muchos más medios y mayor experiencia. Quizás se trate sólo de interés por un cuadro valioso y liberen a Orazio en unas pocas horas.

Sofonisba se tapa la cara con las manos y está punto de ponerse a llorar. Cuando logra recomponerse, los ojos se le han enrojecido y el rostro se le ha puesto del color de la cera.

—¡Si fuera así, ya lo habrían soltado! —responde la muchacha con un vozarrón que ha sorprendido a Luigi—. Mire lo que pone esta carta que recibí ayer al llegar a mi casa. Según afirma mi padre, ha encontrado la prueba que mostrará al mundo que la historia que se conoce de Sofonisba de Cartago es falsa y está desvirtuada. ¡Tenemos que ir ahora mismo a esa iglesia, no sé qué diablos estamos haciendo en este hotel…! —dice pegando un puñetazo encima de la mesa que hace que se derramen las infusiones que acaban de traerles. Sus ojos han pasado de estar enrojecidos a inyectados en sangre. O rectifican el rumbo en la conversación, o es muy posible que la bestia que lleva dentro vuelva a hacer de las suyas.

—¿Una carta? ¿¡Y a qué estaba esperando para contármelo!? —

protesta Luigi Nelco. Tiene la impresión de que si no le para los pies a aquella chica acabará arrollado por sus cambios de humor. En la mesa de enfrente, una pareja de turistas de aspecto nórdico se ha levantado y se ha ido a sentar al otro extremo del local. El resto de comensales parece que también están empezando a ponerse nerviosos.

Sofonisba no le había hablado a Luigi de la misiva porque primero quería escuchar lo que él tuviera que contarle. A fin de cuentas, ella era la patrona y él el subordinado. Sin embargo, reconoce que ha podido cometer un error.

—Aquí la tengo —dice rebuscando en su bolso.

—Espere —responde enseguida el detective—, déjeme que la coja yo mismo. —A continuación saca unos guantes de nitrilo y le dice a la joven que le permita meter las manos en su bolso. Después de desdoblar con cuidado el folio contenido en el sobre, se toma unos minutos para leerlo detenidamente. Como está en español, le pide que le traduzca los puntos que no termina de entender. Cuando acaba de estudiar el documento, Nelco lo guarda en una bolsa de pruebas y junta las manos como si fuera a orar, indicándole con ello que tuviera paciencia. En ese momento, la pareja con pinta de noruegos, que no había dejado de mirar de reojo, se levanta y abandona el local. Quizás piensan que está a punto de cometerse un crimen.

—No sé qué podrá significar, pero no hace falta visitar esa iglesia, *signorina*. Esta mañana, mi cuñado Vittorio Brusca y yo hemos estado allí. Lo único que hemos encontrado han sido algunas herramientas, una bombona con su lámpara y envases vacíos de comida. También había dos baldosas de una de las capillas fuera de su lugar, una de ellas intacta y la otra completamente rota. —Por delicadeza hacia su clienta, Luigi se abstiene de hablar sobre la muda de ropa empapada en orines que habían hallado junto a una de las capillas.

»Debió de costarles mucho trabajo sacarlas a base de cincel —continúa diciendo—. Por eso estuvieron allí durante cuatro horas. Imagino que ése era el lugar dónde estaba oculto lo que llevaba tanto tiempo buscando, ¿no cree?

Sofonisba menea la cabeza. Parece que le va echar otro rapapolvo al detective, pero decide utilizar un registro mucho más sosegado. Entre otras cosas, no quiere seguir llamando la atención de los demás clientes.

—Supongo que sí. Entonces, ¿cuál va a ser nuestro siguiente paso? —dice con un tono de voz que se acerca a un susurro.

—Por mi parte y con su permiso, llevarle esta carta a mi cuñado Vittorio, es posible que su laboratorio de criminalística encuentre alguna prueba. ¿Ha tocado este sobre alguien más aparte de usted misma?

—Sí, imagino que dos o tres carteros, pero… un momento…

¿¡dijo usted que el nombre de su cuñado era Vittorio Brusca!? —exclama Sofonisba volviendo a abrir la caja de los truenos.

—Sí, el marido de mi apreciada hermana. Mañana tengo pensado presentárselo —responde Luigi recogiendo el paquete de tabaco que se le ha caído de las manos tras el bote que ha pegado en su silla. No puede imaginárselo, pero la sombra del Dr. Jekyll ahora sí que está planeando sobre el techo de la cafetería.

—Pero Brusca es el apellido del capo mafioso que mató al juez Falcone en 1992. Yo nací ese año y por lógica no puedo recordarlo, pero no hace mucho vi una serie llamada *La Catturandi* donde lo contaban. ¿¡No será su pariente!? Y usted, ¿¡no estará también implicado!? ¡Qué estúpida he sido!…

Después de este nuevo intercambio de lindezas, un camarero se acerca para pedirles por favor que moderen el tono. Si no se verá obligado a llamar a las autoridades.

Sofonisba está en lo cierto: el 23 de mayo de 1992, el juez antimafia Giovanni Falcone fue objeto de un atentado cuando circulaba por la autopista que unía el aeropuerto con Palermo, a la altura de la población de Capaci. Giovanni Brusca, conocido como el *matacristianos*, fue el mafioso que se encargó de detonar la carga de quinientos kilos de explosivo que habían colocado en una tubería de desagüe que pasaba debajo. Aparte del juez y su esposa, la también magistrada Francesca Morvillo, murieron tres escoltas. Brusca fue arrestado cuatro años más tarde y condenado a treinta años de prisión, que en 2019 estaba todavía cumpliendo.

—¡No es lo que usted cree! —se defiende Luigi con vehemencia después de haberle dicho al barman que se fuera tranquilo. Presiente que si deja que la chica le agarre de un dedo, acabará retorciéndole el brazo.

»Vittorio es en efecto un pariente lejano de Brusca —continúa diciendo—, y nació justo el mismo día en que se produjo ese acto salvaje. Al haber crecido desde pequeño con esa lacra, siempre tuvo claro que quería convertirse en policía y ayudar a limpiar el nombre mancillado de su familia. Créame, *signorina*, es el mejor aliado que su padre podría tener.

Sofonisba sigue con sus recelos, pero respira un poco más serena. Cualquier cosa que contribuya a digerir la terrible realidad en la que está metida es para ella un asidero que no quiere soltar.

—¿Pertenece entonces Vittorio a los cazadores de mafiosos *Catturandi*? —pregunta esperanzada.

—Esa información no puedo facilitársela. Por su seguridad y la de sus allegados. Ya lo sabrá si es que ha visto la serie.

—Tiene razón, disculpe, he de procurar tomarme las cosas de forma más calmada —responde con la sincera intención de corregirse.

Sus cabreos distan mucho de servir de ayuda a la investigación y no quiere abusar del detective.

—No se apure, es una reacción lógica. De todos modos, ahora mismo hay un equipo de la científica en la iglesia de San Giorgio. Quizás encuentren huellas o ADN que puedan identificar al sospechoso. Se ve que era consciente de la presencia de la cámara y nunca miró en su dirección.

—¿Y qué le ha dicho la policía española a su cuñado? —pregunta la joven soslayando a propósito el tema de la mafia—. ¿Cuándo van a enviarle los registros del móvil?

—Los tendrán en menos de cuarenta y ocho horas. Pero no se haga ilusiones, lo normal es que lo hayan obligado a entregárselo antes de salir de la iglesia. ¿Cuándo habló con él la última vez? Conocemos su ruta hasta el momento de su desaparición. Si no son tontos, los secuestradores se habrán deshecho enseguida de la tarjeta *sim*.

—Puede que tenga razón —responde Sofonisba empezando a mostrarse más colaborativa—. ¿Qué me dice de Francesco Mancuso? ¿Podría ser un cómplice? ¿Lo han interrogado?

—No ha habido tiempo para eso, aunque está en la lista de Vittorio. ¿Pero qué sentido tendría? Primero le prestó el cuadro a cambio de mil euros y, después, cuando mi primo Pietro se presentó en su casa, su reacción no fue la de un hombre culpable. Pero no se preocupe, creo que esta misma tarde le van a tomar declaración; lo cierto es que el barrio en que vive no tiene buena fama. Aun así, Pietro opina que es un trabajador honrado. Pronto lo averiguaremos. Vittorio es un hacha interrogando, no se le escapa una.

—Si no es indiscreción, ¿puedo preguntarle por qué se hizo detective privado? —dice Sofonisba queriendo terminar de disipar sus dudas sobre él y sobre el resto de su heterodoxa parentela.

Luigi Nelco había nacido en Marsala, la ciudad más poblada de la provincia de Trapani, situada al oeste de Sicilia. Cuando el Fiat blindado que conducía el juez Falcone saltó por los aires, suceso que para bien o para mal marcó a todos los jóvenes de la isla, acababa de cumplir los doce años. Era el hijo mayor de un exitoso empresario vitícola que dentro de las paredes de su villa despotricaba a todas horas contra los capos de la mafia y sobre todo contra el *pizzo*[43] que religiosamente tenía que pagarles cada final de mes. Pero cuando, también religiosamente, iba a la iglesia los domingos acompañado de su mujer, Antonella, y de sus hijos Luigi y Fabiana (la pequeña Anna aún no había nacido), saludaba de forma efusiva y dicharachera a los que decía en casa que eran sus opresores, hasta tal punto que parecía apreciarlos, quedándose incluso a departir con ellos en algún bar

cercano mientras su familia regresaba a su casa.

El niño Luigi que, debido a algunas dificultades, salió del vientre de su madre con la cabeza en forma de pepino, era, a pesar de ello, muy despierto y observaba estas contradicciones con perplejidad. No obstante, nunca se atrevió a decir nada en voz alta sobre aquella materia. Su padre tenía cierta tendencia a sacarse el cinturón y a usarlo de forma indiscriminada contra su señora esposa o contra la primera de sus criaturas que lo molestara, y prefería no tentar a la suerte. Además, por aquellos años, la gran cantidad de asesinatos producidos durante la segunda guerra mafiosa, denominada en Sicilia como la *mattanza*, todavía estaban frescos en la memoria colectiva de sus habitantes y hacía poco conveniente cualquier manifestación pública de denuncia contra los criminales. Por eso Luigi, aunque todavía era un niño, comprendía a su padre en ese aspecto, al menos hasta aquellos dos días fatídicos: el 23 de mayo de 1992 y el posterior 19 de julio, cuando los jueces antimafia Giovanni Falcone y Paolo Borsellino fueron asesinados mediante sendas bombas.

Conmocionado como quedó con las noticias y sin poder expresar abiertamente sus sentimientos, Luigi fue creciendo con una especie de mezcolanza en su interior entre la culpa y la vergüenza que lo volvía cada vez más huraño. Cuando, cuatro años más tarde, su padre se suicidó acuciado por las deudas y los remordimientos, sumando una víctima colateral más a los miles de asesinatos perpetrados por la Cosa Nostra en Sicilia, el joven Nelco explotó, pero por fortuna lo hizo para bien.

Con tan solo dieciséis años fue el principal apoyo de su madre, que tuvo que vender la lujosa villa en la que residían para pagar a sus acreedores y empezar desde cero. En aquel entonces, su hermana Anna, la que más tarde se casaría con Vittorio Brusca, tenía tres años de edad y Luigi tuvo que ocuparse de ella mientras su madre despachaba vino en una licorería. Antonella había obtenido el empleo gracias a los contactos empresariales de su difunto marido Adérbale, llamado así en honor a un general púnico que derrotó a la flota del cónsul romano Publio Claudio Pulcro en el año 249 a.C., cuando Marsala se llamaba Lilibeo y era una ciudad cartaginesa.

Debido a esas circunstancias, en apariencia aciagas, en el modesto piso en el que ahora vivía la familia Nelco se había instalado un sano y pacífico ambiente familiar: Antonella trabajaba durante todo el día; Fabiana, la hermana de en medio, iba al colegio y sacaba una notas espléndidas; y Luigi, el primogénito, cuidaba de Anna mientras hacía las tareas de la casa y se ocupaba de preparar la cena. De esta forma, sin poder procurarse una educación oficial, el sueño de Luigi, que había sido el de convertirse en abogado y luchar contra el crimen, se fue difuminando.

Cuando tres lustros más tarde su hermana Anna, con la que estaba unido por lazos afectivos que no podrían romper ni una carga de diez mil toneladas de nitroglicerina, conoció al que después sería su marido, Luigi Nelco, animado por la pareja, decidió terminar sus estudios de secundaria y acceder a la universidad para formarse como detective privado, objetivo que logró en 2015, cuatro años antes de ser contratado por Sofonisba Malvezzi para intentar resolver el caso de la misteriosa desaparición de su adorado padre.

En cuanto a la tendencia de Luigi al desorden, podría decirse que era como una protesta infantil hacia su padre, Adérbale. Con su suicidio lo había condenado a tener que ocuparse de las tareas domésticas que siempre había odiado y que, aunque realizó con pulcritud por amor a su madre, abandonó tan pronto como dejó la casa familiar cuando sus hermanas y él mismo se hicieron más mayores.

—Por supuesto que puede preguntármelo, me hice detective gracias a que mi hermana Anna y su esposo Vittorio me animaron a perseguir mis sueños. Ya era demasiado mayor para hacerme abogado, y no tengo físico para ser policía, así que tuve que apostar por el sector privado —contesta Luigi con un poso de melancolía después de un rato en el que ha estado rememorando sus vivencias—. Mis casos raramente tienen que ver con crímenes, pero no en pocas ocasiones han derivado en pistas que han servido a la policía para hacer detenciones —acaba diciendo con una expresión orgullosa en sus ojos.

—Me alegro de oír eso, señor Nelco. Espero que esta vez suceda de igual modo, y espero que sea pronto —responde Sofonisba conmovida. Ahora se arrepiente de haber dudado de ese hombre. Sabe que es honrado desde que cruzó con él la primera mirada y después superó con éxito uno de sus exámenes.

Ω

Y entonces Sofonisba, que se había despertado en medio de la noche, vuelve a la dolorosa realidad de que su padre sigue sin aparecer y que, después de tres años, la única persona que se empeña en buscarlo tanto como ella misma, es ese detective italiano de cabeza deforme, poco aseado y con fama de no dejar a nadie en la estacada.

Tras levantarse de la cama, ir al cuarto de baño y después tomarse un copioso desayuno para reponer fuerzas, le escribe otro mensaje a Bencomo proponiéndole que, si ya se le ha pasado el dolor de huevos y aún le quedan ganas, podrían quedar para comer. La tarde anterior, él había contestado a sus disculpas diciéndole que no había problema, que en esa ocasión le había pillado con la cabeza embotada y los pies enterrados en la arena, pero que la próxima vez tuviera cuidadito porque a lo mejor se cambiaban las tornas. Y luego le había enviado

un emoticono de un hombre con una cachiporra y un gran corazón. Así que al ratito de su nuevo mensaje, le llega la respuesta de Bencomo afirmando que sí, que estará encantado de quedar y que pasará a buscarla a eso de la una. Y como son las diez de la mañana, Sofonisba se alegra doblemente porque tiene todavía un par de horas para seguir trabajando en su manuscrito. Intuye que por alguna causa se está acercando a un momento crítico en el devenir de su protagonista y debe pisar el acelerador.

Al principio, justo después de recibir la carta de su padre, se había puesto a escribir como si un trol la hubiera poseído y en menos de un trimestre había terminado una primera versión de unas doscientas páginas. Después dedicó medio año más a corregirla, pero a pesar de que consideraba que el trabajo estaba prácticamente concluido, veía que pasaban los meses y que el autoanunciado regreso de su progenitor no sólo seguía sin ocurrir, sino que, muy al contrario, la investigación parecía haber llegado a un punto en el que nadie conseguía avanzar. Y por eso había ido desanimándose poco a poco hasta que se hartó y decidió dejar la obra metida en un cajón. Entonces, una mañana dos años después, los noticiarios, en otra de sus frecuentes meteduras de pata, anunciaron que al día siguiente llegaría a Europa una tormenta de nieve como no se había visto otra desde la era terciaria. Y según Sofonisba escuchó en la radio las exhortaciones a quedarse en casa, hizo la maleta, reservó un billete y se fue a Canarias con el manuscrito debajo del brazo. Por algún motivo, el ajetreo de las preparaciones la había convencido de que ciertos detalles de la historia se le habían quedado, quizás funestamente, en el tintero.

Capítulo 15

Durante varias horas, Sofonisba Anguissola estuvo escuchando, completamente absorta, la leyenda que su padre a regañadientes había accedido a relatarle. Para sorpresa de Amilcare, su hija no lo interrumpió ni una sola vez y, al concluir, tampoco lo acribilló con su acostumbrado rosario de preguntas. Muy por el contrario, nada más terminar, sin decir ni una sola palabra, la joven salió disparada escaleras arriba mientras a duras penas era capaz de reprimir las lágrimas. Enterarse del trágico final de su heroína, obligada a elegir entre el suicidio o una vida de esclava, había supuesto para ella un mazazo equivalente a la pérdida de un pariente cercano. Además, al haberse entusiasmado con la historia según iba cogiendo carrerilla, Amilcare no se había siquiera molestado en censurar los pasajes más escabrosos de la vida de la cartaginesa, que según acababa de descubrir Sofonisba no habían sido pocos.

«¿Así que esa antepasada mía fue la amante de Aníbal? ¿Y cuando éste la repudió no le tembló el pulso para asesinar al traidor de su cuñado Asdrúbal? Y pese a su dolor, ¿después aceptó su destino como si nada y volvió a Cartago para ser entregada a Masinisa?», se preguntaba Sofonisba una vez recogida en su habitación mientras el corazón le latía en el pecho con un ruido seco. «Soy una pintora con talento, pero tengo veintisiete años y ni conozco todavía el amor ni he vivido ninguna aventura que ni siquiera se asemeje a lo que pudo experimentar Sofonisba de Cartago en cualquiera de sus correrías. Está bien. Cada uno tiene su destino. Pero ya que yo estoy viva y ella muerta, juro por el nombre de mi antecesora que a partir de ahora haré lo que sea necesario para cumplir mis sueños».

Aquella misma noche, aquejada de insomnio y sin saber cuándo podría volver, Sofonisba se levantó antes del alba y se dirigió hacia la Platea Maior con el propósito de subirse al Torrazzo una última vez. Hacía mucho frío y una oscuridad sin sombras impregnaba la atmósfera. Después de haber tranquilizado a los caballos que dormitaban en la cochera, abrió el portón delantero y salió al exterior. Los goznes del quicial apenas emitieron un ligero chirrido. No veía nada, pero se sabía el camino de memoria y en apenas cinco minutos llegó hasta la base de la torre. Las puertas se encontraban abiertas. Allí arriba lo único que había eran tres grandes campanas y ningún ladrón en su sano juicio subiría quinientos peldaños para tratar de llevárselas a rastras. La joven, aunque provista de prendas demasiado ligeras como para hacer frente a los rigores de aquella madrugada, sudaba a borbotones. Un fuego como hacía tiempo que no recordaba brotaba del centro de su ser y parecía que fuera a quemarla por dentro. Por un momento se acordó del monte Gibello[44] y de la lejana

isla de Sicilia. Según le había contado su maestro, cada cierto tiempo el volcán soltaba coladas de lava incandescente que se desparramaban por las laderas de la montaña hasta llegar al mar. Así que, sintiendo el cuerpo lleno de esa energía primigenia, tensó los músculos e inició la ascensión. Diez minutos después se encontraba en lo alto del Torrazzo. A lo lejos, a través de los arcos renacentistas de su balaustrada, la incipiente claridad del día iluminaba débilmente los contornos de la bella campiña cremonesa. Y entonces, mientras Sofonisba mira en lontananza y piensa en la mujer que, diecisiete siglos antes, había sucumbido de forma cruel a un mundo gobernado por hombres, escucha una voz en la oscuridad que casi le congela las entrañas.

—*Quaeso, ne moveas ut mures non terreantur*[45] —dice el búho en latín a modo de saludo.

Sin imaginarse que pudiera estar acompañada, en cuanto la muchacha oye esas palabras, da un salto hacia atrás para pegarse a la pared y poder así hacer frente a quienquiera que estuviera escondido. Gracias al cielo, recordaba muy bien las lecciones del capitán de la guarnición y estaba preparada.

—¿Quién anda ahí? —espeta Sofonisba en el lúgubre vacío de la torre—. Que sepas que tengo una daga y que sé utilizarla —añade después tratando de dominar sus nervios. Aunque la luz del amanecer ha empezado a bañar el último piso del Torrazzo, por mucho que mira en derredor no logra ver a nadie.

—¿Una daga? —responde el ave en italiano con su voz ahuecada a la vez que gira doscientos setenta grados la cabeza. —Enemigo yo no veo ninguno. ¡Ah!, y por cierto, estoy aquí arriba junto a las campanas —apostilla el búho con cierto resquemor.

Aunque suene irritada, por algún motivo Sofonisba percibe que aquella voz no puede abrigar intenciones nefandas, por lo que se despega de la pared, camina tres pasos en dirección al centro de la estancia y dirige su mirada hacia las alturas. Y lo que allí ve no es otra cosa que un enorme búho que la está escudriñando con sus ojos de color dorado.

—¿Pero cómo es posible? ¿Es usted quien ha dicho eso? ¿Acaso los búhos pueden articular palabras? ¿O es que en verdad es una cacatúa como la que tienen en el palacio de los condes de Dodici? ¿O puede ser que esté volviéndome loca con tantas emociones? Y si no es así, ¿puede traducirme por favor lo que ha dicho en latín? —responde Sofonisba, fiel a su costumbre de encadenar preguntas cuando está emocionada.

No esperándose ese recibimiento tan atropellado, el búho cierra tres veces sus tres pares de párpados en señal de reprobación y después contesta:

—¿Una cacatúa? Creo que me he equivocado de persona, se

supone que debería haberme encontrado con una gran pintora. —Y sin esperar una respuesta, el pájaro se yergue sobre sus grandes garras y sale volando hacia los confines de un bosque cercano, donde espera poder obtener una exquisita cena.

Capítulo 16

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

La primera orden que dio Aníbal después de haber sido nombrado general fue fletar una expedición para cumplir con los dictados del Senado y devolver a Sofonisba a la ciudad de Cartago. Además, deseaba comunicarle a los sufetes que muy pronto, tras asegurarse el dominio del interior de Hispania, se dirigiría al norte con sus tropas: había llegado el momento de demostrarle a los romanos quienes eran los Barca. Su padre Amílcar tuvo que rendirse ante el cónsul Lutacio sin haber sido nunca derrotado por la constante negativa de Hanón el Grande a financiar la flota que le había pedido. Y ahora, su hijo y homónimo Hanón, siempre dispuesto a ponerles palos en las ruedas a los Bárcidas, intentaría hacer lo mismo con Aníbal negándole los ingentes recursos que iba a necesitar. Pero en esta ocasión todo sería distinto. Si sus cálculos no fallaban, la capacidad de persuasión de Sofonisba haría que el Consejo designara a uno de los partidarios de Asdrúbal Giscón como nuevo sufete, desequilibrando así la balanza de poder hacia su propio bando. La muchacha era impetuosa y se había negado a acostarse con él desde que tuvieron aquella acalorada discusión en el claro del bosque, pero estaba seguro de que se avendría a razones. Para ella la lealtad a su patria estaba también por encima de todo, como había demostrado asesinando a Asdrúbal para vengar la muerte de su padre, dejándole a él expedito el camino hacia la comandancia de los ejércitos púnicos de Hispania.

Aquella mañana el puerto de Nueva Cartago exhibía una actividad fuera de lo común. Una flotilla de dos trirremes y una quinquerreme estaba siendo avituallada con todo tipo de provisiones para trasladar a la capital de la República una buena parte del oro y la plata que Asdrúbal *el Bello* guardaba en su palacio. Aparte de traidor, de él también podría decirse que era un hombre mezquino. Le gustaba escamotear el botín obtenido en las batallas para verse rodeado de lujos y riquezas, y sentirse como si fuera un Dios. Pero eso ya formaba parte del pasado. Ahora Aníbal pretendía seducir al Senado para que, primero ratificaran su nombramiento, y después apoyaran su proyecto de guerra, que era el mismo con el que su padre Amílcar había soñado siempre: atacar a Roma en la península itálica obligándola a replegar varias de sus legiones. De esa manera sus fronteras con otros reinos se debilitarían y sus monarcas serían proclives a formar una gran coalición con los cartagineses. La empresa era colosal, podría decirse incluso que sólo habría podido fraguarse en la mente de un loco, pero en eso radicaba su genialidad, en que los romanos creyeran que era irrealizable, además de una absoluta insensatez.

Los caballos piafaban al ser conducidos por las pasarelas que daban acceso a los navíos. La marinería formaba filas que se estiraban

desde los almacenes del puerto hasta los muelles y, mientras canturreaban en un batiburrillo de idiomas diferentes, cientos de pares de brazos curtidos por el sol se pasaban sacos de cereal, odres de agua potable y cestas de frutos secos para acopiarlos dentro de las bodegas. Las órdenes eran las de partir con la próxima marea y no había un segundo que perder. El bullicio era ensordecedor y los capitanes hacían resonar sus voces a través de sus gargantas hinchadas de desesperación: «pandilla de haraganes, a este paso no saldremos hasta el próximo mes, más rápido, más rápido, por Baal». Mientras tanto, sobre sus cabezas, decenas de gaviotas revoloteaban emitiendo graznidos, lanzándose en picado sobre cualquier alimento que pudieran robar. Y en medio de ese completo caos, ansiosa por alejarse de Aníbal cuanto antes, después de haber ayudado a estibar pescado seco en el cillero de la nave más grande, Sofonisba se dedicaba a cargar sus enseres, poniendo especial atención a los nueve volúmenes que compendiaban la obra de la poetisa Safo y que Sosilo había hecho traer desde el lejano Egipto. Muy pronto iba a poder leerlos y tenía la esperanza, quizás vana, de que en ellos pudiera encontrar la respuesta, o mejor dicho, la alternativa, a un mundo en el que la violencia parecía ser la única vara de medir.

Después de su disputa con Aníbal se había sentido desolada, sacrificada en el altar de las ambiciones del hombre que había idolatrado desde que era pequeña. Sin embargo, unos días después, tras haber intoxicado a Asdrúbal con los huevos de la tenia porcina, recordó lo que había sabido desde siempre: Aníbal había nacido para ser general y luchar contra los romanos en una guerra cruenta que sólo tendría un vencedor, y cualquier cosa que pudiera desviarle de su destino, incluyéndola a ella, sería pisoteada sin más contemplaciones, como cuando los elefantes entraban en un campo de batalla para arrasarlo todo. Y una vez que hubo abierto los ojos a esa dolorosa realidad, Sofonisba sintió como si algo dentro de su pecho se expandiera, como si después de un siglo de llevar una coraza que le estuviera demasiado pequeña, esta hubiera saltado por los aires y la dejara de nuevo respirar. Así que ahora, a la luz cegadora de esta revelación, se dijo a sí misma que ella también tenía derecho a perseguir sus sueños: si fuera necesario cumpliría con los deseos del Senado, como por ejemplo desposar a aquel príncipe de los masilios[46] llamado Masinisa, pero eso no le iba a impedir seguir acumulando todo el conocimiento de que fuera capaz. Entre otras cosas, estaba ya muy cerca de poder demostrar al mundo que Aristarco de Samos tenía razón. Y si Safo no tenía la respuesta a sus incertidumbres, entonces sería ella misma, Sofonisba Giscón, quien se encargaría de dar con la cura para la ceguera que se había apoderado del espíritu humano.

Ya entrada la tarde, los oficiales ordenan soltar las amarras y las naves se hacen a la mar. La brisa vespertina hincha el velamen y los barcos toman impulso siguiendo un rumbo paralelo a la costa; hay que mantenerse lo más cerca posible de ciudades amigas. De pie en el puente y de espaldas al puerto, Sofonisba mira hacia el horizonte. Una fina lluvia se mezcla con las salpicaduras saladas de las olas que chocan contra el casco y le empapa el cabello. Sus ojos verdes refulgen como si fueran dos piedras de berilo. Una vida entera le espera más allá de esas aguas. El pasado no significa nada. Sólo motas de tiempo que se acumulan en la superficie externa de su piel y que ese líquido impoluto que ahora cae del cielo se ocupará muy pronto de limpiar. Abajo, en el interior de ese buque que la lleva de vuelta hacia su patria, hay una litera para ella que no se diferencia en nada de todas las demás. No quiere privilegios. Encallecerá sus manos con los remos, cumplirá con sus guardias, comerá en silencio con los hombres mientras sus miradas recorren las ondulantes curvas de su cuerpo y, en sus ratos libres, leerá con esperanza hasta que su corazón se reponga y consiga restañar sus heridas.

Diez días más tarde, las naves entran en el puerto circular de la ciudad de Cartago. Han pasado dieciséis años desde que Amílcar Barca mirara por la ventana desde la última planta del edificio del almirantazgo para no ver otra cosa que dársenas vacías y almacenes decrépitos. La antítesis de lo que ahora observa Sofonisba: una pléyade de obreros y artesanos que a golpe de hacha o de martillo trabajan la madera y el metal. Constructores de barcos con los torsos desnudos dando curvatura a las tablazones que compondrán el casco. Calafateadores aplicando brea a las cuadernas. Aguadores, cocineros y esclavos. Oficiales que escupen al suelo y se ocupan de trasmitir las órdenes. En definitiva, un imperio que había recuperado su esplendor y que en caso necesario podría prepararse para ir a la guerra. El general Asdrúbal Giscón, el padre de Sofonisba, al que después de su partida había visto sólo en dos ocasiones cuando estuvo de visita en Hispania, la espera junto a su escolta y un carro tirado por caballos. En cuanto la joven pone un pie en tierra, se acerca hasta ella y la envuelve con sus pesados brazos.

—Hija mía, ¡cuánto te he echado de menos, por fin podremos estar juntos, al menos por un tiempo! Pero…, por Tanit, eres clavadita a tu madre. Si te viera se sentiría orgullosa —dice Asdrúbal con cierta pesadumbre mientras abraza a su añorada niña. El recuerdo de su mujer todavía lo aflige, pero ver el parecido entre ambas hace que la alegría supere con creces a su melancolía.

—Querido padre —responde la joven, desconcertada por el apretujón de aquel señor de cuarenta años al que apenas conoce—, yo

también echo mucho de menos a mi madre. Ojalá hubiera sido más prudente —declara con los ojos empañados en lágrimas. Aunque seguía sintiéndose culpable por aquel episodio, desde que siendo una niña su madre se le hubiera aparecido en sueños, había conseguido en cierta medida perdonarse. En aquella ocasión, para que tuviera la certeza de que no había sido una alucinación, le había contado que Amílcar moriría muy pronto en combate, y también que no había nada que pudiera hacer para evitar su muerte. Y después le dijo que, aunque no la viera, estaría siempre a su lado para velar por ella.

Percibiendo la sentida tristeza de su hija, Asdrúbal, que era conocedor del terrible encuentro que habían tenido con la osa, deshace su abrazo mientras le dice con toda la dulzura de la que es capaz un oficial de Cartago:

—En esta existencia no hay nada más precioso que morir por salvar la vida de tus vástagos. Por puro egoísmo le dije a tu madre que debía quedarse a mi lado mientras tú te marchabas con Amílcar, pero ella rehusó. Sabía que tenía que protegerte y que estés hoy aquí es la prueba de que estaba en lo cierto. Respetemos su memoria. Murió haciendo lo que había elegido y, por Baal Hammon, ¿cuántas personas en el mundo conoces que puedan enorgullecerse de lo mismo?

Sofonisba escucha a su padre con más atención de la que le había prestado en un principio. Parecía que después de todo tenía más sensibilidad de la que aparentaba. Durante la travesía desde Nueva Cartago, su corazón había bullido por el resentimiento. Las maquinaciones de aquel hombre cuyo pelo empezaba a agrisarse, primero con Amílcar y, después de su muerte, con Aníbal, habían configurado su destino hasta ese momento, y eso no le gustaba. Pero ahora le estaba diciendo que lo más importante en la existencia de cualquier persona era vivir de acuerdo a sus convicciones, ¿o es que para él ese principio sólo era aplicable en los casos que le convenían? Sofonisba no sabe la respuesta, pero da gracias de que al menos exista la posibilidad. Quizás su padre pueda convertirse ahora en su aliado.

—¿Podemos ir a casa? —dice la muchacha cuando sale de su embelesamiento—, estoy cansada del viaje y me gustaría ver de nuevo el hogar que me vi obligada a abandonar con apenas un año.

—Sea —responde Asdrúbal, indicando a sus escoltas que carguen las pertenencias de su hija—, tu habitación ha estado siempre lista.

La ciudad ha cambiado mucho desde que se marchó. Aunque era muy pequeña, lo recuerda todo con total claridad. Una vez han dejado atrás el Cotón, el puerto comercial de siete hectáreas en el que se hayan atracados más de una centena de mercantes, giran a la derecha para circunvalar el exterior del puerto militar. Mientras va al paso sobre la yegua blanca que le ha traído su padre y se dirigen a la colina de

Byrsa, Sofonisba admira la imponente altura de los edificios de nueva construcción, las fachadas blanqueadas de cal, las calles anchas y enlosadas, las acequias, las enormes palmeras soportando el peso de los dátiles, pero lo que le impresiona por encima de todo es esa pulcritud que se huele en el aire y que contrasta con el tufo a inmundicias que se le quedó grabado en su memoria el día que tuvo que partir. A lo lejos se divisan las torres de vigilancia que jalonan el recorrido de la muralla occidental, la que separa la zona urbana del barrio agrícola de Megara. Según se aproximan al ágora, el griterío de los mercaderes y de lo que parece ser una reunión de la Asamblea del Pueblo, apagan incluso el ruido que hacen los herrajes de sus cabalgaduras al chocar contra el suelo. Una multitud de hombres barbudos, ya que a las mujeres rara vez se les permitía inmiscuirse en cuestiones políticas, atendían las arengas de lo que, por su cuidada vestimenta, parecían dos nobles mercaderes. Por lo que pueden oír, están en contra de una subida de impuestos para financiar las ambiciones de la familia Barca.

—Ahí están los acólitos de Hanón vomitando soflamas en contra de Aníbal y de sus campañas. ¿Quién se creen que envía esos barcos repletos de metales preciosos? ¿Acaso los romanos? —comenta Asdrúbal mientras suelta una carcajada retumbante que atrae las miradas de todos los presentes—. ¿Veis la reacción de la gente? Ya están abucheando, creo que ya se ha propagado la noticia de lo que traen las bodegas de esos barcos de guerra. Apoyarán lo que sea que decida el Senado y, ahora que estás aquí, resultará muy fácil convencerlos de que, no ha mucho tardar, podremos derrotar a nuestros enemigos.

—No sé por qué depositas tanta fe en mi persona, padre, sólo tengo diecisiete años y soy una mujer. ¿Por qué piensas que van a dejarme intervenir?

—A pesar de Hanón y sus secuaces, el Senado es sabio, ¿y quiénes de ellos se han leído las obras completas de Aristóteles, Sócrates y Platón? Te aseguro que muy pocos. Y de esa minoría ¿cuántos serían capaces de recitar sus textos de memoria? No subestimes tu capacidad…, muy pronto podrás verlo.

Sofonisba nunca ha participado en un debate más allá de los que simulaba con Sosilo sobre diversos temas y en los que algunas veces, cuando no estaba ocupado en combatir, atendía también Aníbal, y si bien era cierto que desde los doce años los había ganado todos superando ampliamente a su tutor, defender sus argumentos delante de los ciento cuatro consejeros, todos ellos expertos oradores que llevaban una vida entera discutiendo sobre asuntos de Estado, no sería lo mismo. Pese a todo, Sofonisba sonríe para sus adentros con suficiencia; su padre lo ignora, pero tiene algo que va a facilitarle

enormemente la tarea.

—¿Y no habría una manera de llegar a un entendimiento con Roma para evitar la guerra? Si perecen miles de los nuestros y miles de los suyos, ¿quién será el verdadero vencedor? —pregunta en un intento vano de redención. Desearía no ser el instrumento de unos hombres que sólo piensan en la forma de acumular poder.

Asdrúbal Giscón, que cabalga a la misma altura que su hija después de haber dejado atrás el bullicio del ágora, mira a la joven con estupefacción. En sus visitas a Hispania y en toda la correspondencia que había mantenido con Amílcar y Aníbal, Sofonisba nunca había dudado en apoyar su causa, o lo que era lo mismo, la guerra total contra Roma para vengar las derrotas pasadas y liberarse del abusivo tratado de capitulación. ¿Qué era ese disparate de la paz? ¿Qué paz puede acordarse con alguien que quiere esquilmar tus riquezas hasta dejarte exhausto?

—Será mejor que nos apresuremos, así podrás descansar —responde escuetamente Asdrúbal espoleando a su caballo para apretar el paso mientras el crepúsculo engulle a la ciudad con un manto de sombras. En el cielo, una inmensa bandada de estorninos dibuja enigmáticas figuras en el aire y, a lo lejos, procedente quizás del árbol milenario que hay junto al Tofet[47], se escucha, como si se tratara de algún tipo de augurio, el ulular hipnótico de un búho.

Y cuando por la noche Sofonisba se acuesta en el lecho que acostumbraba a utilizar su madre, vuelve a soñar con ella. Y en ese sueño, Goewin le dice que en la parte del futuro que ella es capaz de ver, los hombres raramente luchan por evitar la guerra.

Capítulo 17

Las dos últimas noches Bencomo no ha podido dormir. La chica que por casualidad se encontró en la playa lo tiene obnubilado, no ya porque acumule una fortuna en un monedero de bitcoin, ni porque se gaste las mismas narices que Cleopatra, ni tampoco porque sus besos le sepan más dulces que el cabello de ángel, sino porque le gusta y se ha divertido con ella más que con ninguna otra mujer. Es cierto que todavía es muy joven y que su experiencia con las féminas ha sido limitada, puesto que no es muy amigo de salir por las noches ni de zascandilear en las aplicaciones de citas ni en las redes sociales. Lo suyo es más de aprovechar los días, de salir a la montaña en busca de las rutas que transitaban los guanches mientras conducían sus rebaños de ovejas a través de los valles, o de pasarse las horas subido en una tabla esperando esa ola que lo lleve a sentir la libertad de saberse a merced de una fuerza más allá de lo humano. La fuerza del Magec. El dios Sol que fue secuestrado por Guayota[48] para retenerlo en el báratro volcánico de Echeide[49], hasta que Achamán[50] lo liberó cuando los pobladores de la isla le pidieron clemencia. A los pocos días, como represalia a que el dios supremo sellara el cono del Teide con un montón de rocas, Guayota provocó un brutal terremoto que sacudió la tierra y la fragmentó en las siete islas que forman ahora el archipiélago de las islas Canarias.

Bencomo es hijo de un matrimonio que regenta una panadería en el pueblo de Fasnia. Tiene cuatro hermanos, de los cuales dos colaboran en el negocio familiar y dos han preferido dedicarse al turismo. Aquello de levantarse a las tres de la mañana no es algo que los sedujera en exceso, ni tampoco el hecho de acabar de harina hasta las cejas cuando finalmente terminaban de repartir el pan. Benco, como era el tercero, se benefició de que sus padres no necesitaran otro ayudante más y pudo terminar el bachiller y, más tarde, la carrera de Químicas. ¿Que por qué escogió esa licenciatura entre todo el abanico de posibilidades que se le ofrecía en la universidad? Hasta ahora nunca ha revelado la razón, primero porque no tiene ganas, segundo porque se hizo la promesa de guardar el secreto, y tercero porque en caso de contarlo quizás acabaría metido en la celda de un hospital psiquiátrico.

Todo el rollo ése que le contó a Sofi de que desciende directamente de Dácil, hija del *mencey* de Taoro, en realidad no se trata de ninguna leyenda que se haya transmitido dentro de la familia, ni siquiera de que sus padres conozcan al dedillo su árbol genealógico de los últimos siglos, se trata en concreto de una información que, el día en que cumplió catorce años, le llegó a Bencomo por una vía extraña, tan extraña que incluso él mismo duda muchas veces de que

no fuera un suceso que sólo hubiera ocurrido en su imaginación.

Ω

Corría el mes de enero. Los días de las fiestas navideñas que atraían al pueblo a regueros de fieles habían quedado atrás. La noche y la quietud se habían apoderado de la plaza de la Basílica de la Candelaria. Bencomo había despedido a sus amigos después de celebrar su cumpleaños en la playa cercana. Habían comprado unos refrescos y algo de picar para pasar la tarde. El agua estaba fría y el mar embravecido, así que se habían limitado a sentarse en la arena a charlar de sus cosas. Al tocar las once en las campanas, los cuatro niños se levantaron al unísono para volverse cada uno a su hogar. Era la hora límite impuesta por sus padres.

Bencomo reside en la calle Isla de la Gomera y va caminando por su cuenta, ya que ninguno de sus amigos vive por esa zona. Lleva una sudadera con capucha y a medida que avanza por la hilera de esculturas de bronce que representan a los *menceyes* guanches, da patadas con sus zapatillas a las hojas resecas de uno de los dragos cercanos. Cuando llega a la altura del bloque de piedra que soporta la estatua de Tegueste[51], mira hacia arriba, observa con detenimiento el musculoso cuerpo del atlante, y se pregunta cómo hubiera sido crecer en una hermosa isla en la que apenas vivían veintiocho mil personas, aunque, según su profesora, los historiadores no se ponen de acuerdo con la cifra. ¿Sería acaso el hijo de un *mencey*? ¿O también le habría tocado nacer en una familia de artesanos como sus propios padres?, quienes, por cierto, se llamaban Antonio y Mari Carmen, y habían escogido nombres de *menceyes* para todos sus hijos. Según ellos, había que recuperar la cultura perdida que había sido pisoteada por los godos durante varios siglos. A Bencomo en particular, aunque no aspirase a convertirse en panadero, no le importaba nada pertenecer al gremio, es más, se enorgullecía de que su familia contribuyese con bienes tangibles al desarrollo de la comunidad. A sus jóvenes ojos, con su todavía precaria comprensión de la vida, ser un terrateniente o el dueño de un hotel lo único que significaba era haber heredado una fortuna que no te habías ganado con tu propio trabajo. Y mientras anda en esas cavilaciones, tal vez demasiado complejas para que la mente de un impúber pudiera responderlas, se fija en que el portón que da acceso al campanario de la gran catedral se ha quedado entreabierto.

—¡*Chos*![52], qué cosa más rara —se dice mientras mira a su alrededor y comprueba que en la plaza no hay ningún adulto al que pudiera hacerle partícipe de su descubrimiento. Aunque no tenía la costumbre de estar a esas horas en la calle, nunca en su vida había visto abierta esa puerta y tenía entendido que no admitían visitas. O

bien se había quedado entornada de forma accidental, o bien había alguien dentro que estaba a punto de salir. Aun teniendo cierta prisa por llegar a su casa, como Benco lleva llaves y sabe que sus padres estarán durmiendo y no le van a echar ninguna regañina, decide que, aunque él sea un niño, bien podría asomarse al campanario a echar una ojeada. Y sin pensárselo dos veces, encomendándose a Tegueste y a su fiera fila de compadres, se arma de valor y penetra en la base de la torre al tiempo que pregunta en voz alta que si hay alguien rondando por ahí.

La respuesta no tarda en producirse, y viene en forma de un silencio total. Allí dentro no hay nadie. Lo puede asegurar porque la estancia es diáfana y queda iluminada por una bombilla situada en el marco de acceso a la escalera. Bencomo duda un instante, pero ya que ha dado el primer paso, se mira las zapatillas y piensa que lleva un buen calzado para subir peldaños. Y sin más dilación, se apoya en una de las jambas del dintel y se impulsa hacia arriba con el ánimo de subir al campanario y contemplar las vistas. Doscientos y pico escalones después, tras haber ascendido los cuarenta y cinco metros de desnivel, se encuentra en el piso superior, desde el que, a través de unas puertas dobles, se accede a la balconada de estilo canario que rodea la torre por sus cuatro costados. Más arriba, sostenidas por un entramado de vigas de madera, se hallan las campanas. Son diez y cada una ostenta un nombre más largo que un rosario. A Bencomo en particular le gusta la que se llama Risco de la Magdalena. Las otras casi ni las recuerda. No obstante, todo el mundo en la isla sabe que el quince de agosto de cada año, fecha en la que tiene lugar la peregrinación, repican todas juntas en un concierto sonoro que a veces se escucha desde el pueblo de Güímar. Bencomo no quiere ni imaginarse qué les pasaría a sus pobres oídos si por algún motivo de repente entraran en acción, pero como él, aunque suela ser el objeto de burlas, siempre procura vivir con optimismo, desecha esa idea absurda, abre las puertas dobles y se planta en medio del balcón para contemplar desde allí arriba las vistas inéditas del pueblo que lo ha visto crecer. Y entonces fue cuando el búho le dijo que no se moviera, pues si lo hacía podría espantar a los ratones que pretendía comerse para desayunar.

Al oír eso, al igual que le pasó a Sofonisba la madrugada en que subió al Torrazzo, Bencomo da un salto hacia atrás espantado del susto.

—¿Quién anda por ahí? Lo siento mucho…, he entrado para avisarles de que se han dejado la puerta a medio abrir. Ahora mismo me voy, ¿eh?… —dice el muchacho mientras se agarra con fuerza a la barandilla. Para su extrañeza, aparte de no haber entendido bien lo que había escuchado, tampoco consigue ubicar a su interlocutor.

—No te asustes chaval, te puedes quedar, pero dame un segundo que quiero cenar —replica el búho mientras se lanza en picado abriendo sus enormes alas para dar caza a un ratón que, a pesar del ruido, aún no había salido disparado—. Bueno, en realidad es mi desayuno, pero digo cena para que me entiendas —aclara después en un alarde explicativo nada propio de él.

Cuando Bencomo ve a ese enorme pájaro cerniéndose hacia una esquina de la balconada, el susto que ya lleva en el cuerpo se le multiplica por un factor de treinta, tanto es así que por un momento duda si arrojarse al vacío para librarse de esa visión que considera sacada del infierno. Pero aunque su cerebro de niño es algo flemático, comienza a asimilar el mensaje que le ha trasmitido aquella voz y no lo percibe amenazante, más bien es al contrario, parece tranquilizador y dicho de una forma armoniosa. Así que, haciendo acopio de todo el arrojo que hacía no mucho le había imbuido la estatua de Tegueste, se suelta de la barandilla y se dirige al búho mientras lo ve tragarse de un golpe al ratón, sin estar seguro todavía de que fuera el ave quien le había hablado.

—Señor búho… —dice dubitativo rascándose el hueso occipital —, ¿es usted el que me ha dicho que puedo quedarme?

—¿Acaso hay aquí alguien más que te pueda hablar? —responde el gran pájaro mientras vuelve a subirse en el grueso travesaño que soporta una dupla de campanas.

Y a partir de entonces tuvo lugar un extenso diálogo entre el búho, que se presentó con el extraño apelativo de Baumwächter, y el niño Bencomo, en el que le explicó quiénes habían sido sus antepasados, y también que se ganaría la vida haciendo jabones. Y luego le dijo que sería muy útil que estudiara Químicas, porque llegaría el día en que, con sus conocimientos, tendría que hacer algo muy importante para el devenir de la humanidad.

Para Bencomo, que apenas tenía los tres amigos con los que había celebrado el cumpleaños, encontrar una explicación de por qué su cara parecía la de un cromañón, le hizo sentir como si hubiera resuelto él solito la paradoja del huevo y la gallina. Desde que era un crío, en el colegio se habían metido con él por la combinación que formaba el plano de su frente, la prominencia de sus pobladas cejas, su nariz achatada y sus gruesos labios de bocón.

Cuando se miraba al espejo y veía que sus facciones no tenían nada en común con las de sus hermanos, y mucho menos con las de sus padres, se preguntaba de dónde habrían salido aquellos rasgos y por qué los otros niños se burlaban de él. Particularmente, el niño Bencomo, por mucho que se fijara en su imagen, no veía nada que le desagradara, pero de tanto oír mensajes diciendo lo contrario, el muchacho en el que estaba convirtiéndose había terminado por

aceptar que su cara encerraba algo malo, como si por alguna razón tuviera que cargar con las culpas y los pecados de toda su familia.

Y fue por estas razones por las que Bencomo, al saber que era descendiente directo del *mencey* de Taoro, sintió en su corazón una dicha tan grande que fue como si se hubieran abierto ante él las compuertas del cielo de sus antepasados. Y a partir de entonces, el nuevo y orgulloso Bencomo se dedicó a estudiar todo el material existente sobre la cultura de los guanches, sobre sus costumbres, y sobre los dioses a los que adoraban. Y después de trece años cabría decir que su manera de encarar la vida y el futuro era muy distinta a la que tenían aquellos mismos amigos, que el día de su catorce cumpleaños, no tuvieron la suerte de subir al campanario, aprovechando que alguien, o quizás algo, había entreabierto una puerta que siempre estaba clausurada.

Ω

Después de haber pasado una noche de insomnio, cuando a las doce de la mañana del día siguiente recibió un mensaje de Sofi pidiéndole perdón por su comportamiento, a Bencomo se le iluminó el rostro. En un principio, que le hubiera contado que poseía todos esos *bitcoins* le había enardecido, pero su violenta reacción posterior y la fría despedida que tuvo lugar al llevarla a su coche, le habían hecho temer que no volvería a verla, (aunque por otra parte pensaba que quizás eso hubiera sido lo mejor). Pero ahora, contra todo pronóstico, aunque no hablaba de tener otra cita, le estaba confesando que lo sentía mucho y que no sabía muy bien lo que le había ocurrido. Así que Bencomo, dejando pasar un par de horas para mantener la tensión sexual, le había respondido diciendo que no había problema y que, aunque todavía le dolían sus partes, ya se había olvidado del asunto. Pero como tampoco quería quedar como un blandengue, a continuación le advirtió que tuviera cuidado, porque él era un experto luchador y no solía andarse con chiquitas. Y luego le envió un par de emoticonos para hacerse el gracioso, lo cual al parecer había funcionado. Porque tras otra noche sin dormir, a eso de las diez, recibió otro mensaje con una propuesta para ir a comer. Y como tenía muchas ganas de verla y el dolor ya se le había pasado, le contestó que guardaba una sama roquera en el congelador y que, si le apetecía, podrían cocinarla a la brasa en la finca que tenía en Arafo. Y debido a que pensaba pasar por Güímar para comprar bebidas, se ofreció a recogerla en el Puertito a eso de la una.

—Anda, ¿y este *pick-up*?, ¿es el que usas para arrastrar a las mujeres a tu cueva? —dice Sofi en cuanto lo ve aparecer en el punto de encuentro.

—¡Eso mismo!, y luego las inmovilizo con una llave y aprovecho

para quitarles sus ahorros —responde mientras se baja del vehículo y se acerca para estamparle un beso. Esa nariz que tiene en medio de los ojos le parece lindísima, igual que su pelo negro y lacio al estilo de las reinas egipcias.

—Ja, ja, ¡qué buen chiste! —dice ella aceptando sus labios—. Veo que no le tienes mucho aprecio a tu vida. —Y acto seguido se sube en la camioneta de Bencomo y se deja llevar a las montañas. Quiere ser feliz y olvidarse de todo, algo que rara vez consigue. En ocasiones se imagina que ha encontrado a su padre y que, en vez de abrazarlo, primero lo zarandea y luego le mete dos hostias en la cara. «Puto egoísta de los cojones —le dice en sus ensoñaciones—, mamá se marchó por culpa de tu obsesión, y ahora me dejas tres años con la vida en suspenso…, ojalá te hubieras ido tú. —Se ve diciendo mientras rompe a llorar al tiempo que se echa en sus brazos». Sofonisba sabe que sería incapaz de actuar de esa forma, pero eso no le impide a veces sentir rabia por estar atrapada en una situación de la que no es responsable, aunque últimamente le ha dado por pensar que tal vez sí lo sea, porque ella misma, centrada en la lectura y ávida de saber, relegó a su madre hasta el extremo de hacerle sentir una extraña en su casa. Así que se ha prometido que, en cuanto acabe de corregir el condenado texto, si su padre no aparece de inmediato, se irá a Australia a pasar una buena temporada. Y mientras recorren en silencio la carretera TF-523, que también se denomina Subida de los Loros, Sofi se acuerda de la siguiente visita que realizó a Palermo.

Capítulo 18

Orazio Malvezzi acaba de colarse en la iglesia de San Giorgio dei Genovesi con sus dos maletas y el cuadro que había tomado prestado de Francesco. En un principio había pensado dejar su equipaje en el hotel y pasar después a recogerlo, pero tuvo miedo de que Mancuso, que además de aceptar su tarjeta le preguntó dónde estaba alojado, se arrepintiera y fuera a buscarlo con la policía aduciendo que había sido víctima de algún tipo de estafa. Así que, después de enviarle un escueto mensaje a su hija Sofonisba informándole de que había autentificado el lienzo y de que muy pronto tendría nuevas pistas, empacó sus pocas pertenencias, arrampló con el cuadro y pidió la cuenta en recepción para dirigirse enseguida al lugar donde se encuentra ahora.

Orazio presiente que está muy cerca de aclarar el misterio que lo ha obsesionado durante la mayor parte de su vida y está emocionadísimo. Pero desafortunadamente para él, aunque en un sentido haya dado un paso de gigante para resolver el enigma que lo atormenta desde su juventud, no tiene ni idea de que al entrar en aquel templo donde se supone que yacen los restos perdidos de Sofonisba Anguissola, se está metiendo en realidad en la boca del lobo.

En cuanto abre las maletas y se acomoda para acampar al pie de uno de los basamentos que sostiene uno de los muchos grupos de columnas tetrástilas, coge el lienzo y deshace otra vez el envoltorio. Con la escasa luz que en esa inmensa bóveda arroja su lámpara de gas, observa de nuevo la belleza del cuadro. La Virgen María, rolliza y de pómulos rosados, sostiene con delicadeza al niño Jesús. La mirada es cálida, dirigida a los clérigos arrodillados que sólo aparecen en la obra de mayor tamaño que donó la pintora al principado de Paternò. Una mano de largos dedos se apoya en el vientre del niño mientras éste se aferra a la manga del traje de su madre. Está sentada encima de una caja de madera y sobre su cabeza aparecen dos ángeles que portan una corona engarzada con perlas. Detrás, el cielo es tormentoso y hay un pueblo al abrigo de una cadena de montañas. A la izquierda, la luz se refleja en un mar blanquecino en el que se ven dos pequeños bajeles. [Foto 3]. Una hermosa composición en la que parece que todo tiene vida y que Orazio podría pasarse varias horas mirando. Pero, excitado por la proximidad de su descubrimiento, sale de su abstracción, le da la vuelta al lienzo y vuelve a fijarse en la serie de números que el marido de la artista supuestamente grabó con un punzón al rojo.

San Giorgio, I 2s4g7d2S

Orazio tenía una cierta idea de lo que podrían significar aquellas

cifras. Ya había estado allí en dos ocasiones, visitando la lápida conmemorativa que el segundo esposo de Sofonisba había mandado colocar. Ribeteada con motivos geométricos en color rojo, ocre y negro, la placa estaba situada en el brazo derecho del transepto, al pie del altar de la capilla dedicada a San Lucas, junto con otras dos que tenía a su izquierda. En la base de este trío de estelas se extendía un suelo de baldosas de mármol y, un poco por debajo de la de Sofonisba, aparecía un 1 en números romanos.

Cuando Orazio vio ese I la primera vez que estuvo allí hacía treinta y dos años, se preguntó cuál sería su significado o si tendría algo que ver con la homenajeada. Sabía que las autoridades de Palermo habían retirado la placa en busca de los restos de la ilustre pintora, pero no habían sido hallados. Con los datos que aportaba la inscripción y que acababa de cotejar con los que había copiado previamente en un papel, Orazio se acerca a la capilla, deja la lámpara en el suelo, se arrodilla junto a la lápida y pone una mano sobre el frío rectángulo de piedra en el que está inscrito el ordinal romano. A partir de éste comienza a contar y a reseguir losetas; primero dos a la izquierda (2*sinistra*), después cuatro hacia abajo (4*giù*), luego siete a la derecha (7*destra*) y por último dos más hacia arriba (2*Su*). Al final de su recorrido lo que tiene delante es una baldosa igual de desgastada que cualquier otra del gran mosaico que compone el suelo de la iglesia, circunstancia que para Orazio es alentadora. Parece indicar que los albañiles del ayuntamiento no habían tocado esa zona de la mampostería.

Una vez identificado el lugar exacto al que Orazio cree que apunta el grabado, pone encima una moneda de dos euros y se levanta con una agilidad que sorprende al joven que lo ha estado espiando desde que accediera al templo y se apostara en una zona en penumbra al lado de la puerta. El muchacho aún no ha cumplido dieciocho, pero como prácticamente se ha criado en la calle, no se le escapa una. Y por eso, en vez de delatar su presencia y amenazar a aquel vejestorio con la pistola que guarda en la chaqueta, decide quedarse a la expectativa y tratar de averiguar primero qué se trae entre manos. Su experiencia le dice que es mejor procurarse la mayor cantidad de información posible por las buenas que tener que hacerlo después en un interrogatorio por las malas.

Así que Orazio, ajeno al peligro que lo circunda, después de alzarse con presteza, saca una linterna del bolsillo, se dirige hacia su campamento al otro lado de la nave mayor, rebusca en una de las maletas, extrae un martillo y un cincel y deshace el camino hasta el lugar donde ha dejado encendida la lámpara de gas. A continuación, Salvatore Spadaro, aspirante a mafioso, observa como el hombre se sienta en el suelo, esta vez no sin cierta dificultad, aplica el cincel que

lleva en una mano en la juntura de la baldosa que ha marcado y empieza a atizarle golpes con el martillo que blande con la otra. Pum, pum, pum, resuena con estrépito en el espacio vacío de la iglesia. Esquirlas de mármol saltan en todas direcciones y una nubecilla de polvo se eleva hacia la bóveda. «Es evidente que el vejete está tras la pista de alguna clase de tesoro, igual es mi día de suerte», piensa el rapaz mientras un escalofrío de excitación le recorre la espalda.

Orazio sigue con su tarea sin importarle el ruido que pueda estar haciendo. Los muros son gruesos y no cree que pueda oírle nadie. Pum, pum, pum, continúa con obstinación mientras el suelo empieza a salpicarse con gotas del sudor que le cae de la frente. Tras diez minutos de intenso trabajo, decide descansar y vuelve a su maleta a por algo de agua y una chocolatina. Su médico le ha dicho mil veces que se abstenga de tomar cualquier tipo de dulce, pero en esta ocasión piensa que incluso estaría de acuerdo; dar martillazos sin parar a una piedra de mármol consume cantidades ingentes de glucógeno. Cuando considera que ha recuperado las fuerzas, vuelve a la capilla y reanuda el trabajo. Una hora más tarde, durante la cual Salvatore no ha dejado de morderse la uñas pensando que tal vez sería mejor intervenir, Orazio consigue que la baldosa se mueva y, mediante una pata de cabra que ha tenido la precaución de sacar de la maleta en uno de sus descansos, empieza a forcejear con ella hasta que logra sacarla de su sitio. El tocho pesa sus buenos kilos, pero el hombre, aunque no parece de complexión muy fuerte, se las apaña para dejarlo a un lado.

Salvatore piensa que ha llegado el momento de actuar, pero haciendo gala de un autocontrol del que según su *capodecina*[53] carece por completo, se refrena una vez más y decide seguir en su escondite. Se muere por fumarse un pitillo, pero tiene claro que si quiere ascender al rango de *soldato*[54] tiene que contenerse.

Orazio coge de nuevo la linterna y alumbra al hueco que ha dejado la piedra. A primera vista parece que en el fondo sólo hay tierra suelta y restos de cemento. Mientras en su cara se empiezan a dibujar signos de un gran desasosiego, coge de nuevo el cincel y trata de escarbar un poco más profundo. Al cabo de unos minutos, cuando comprende que allí nadie ha escondido nada, su incipiente zozobra se transforma en una completa desazón. Y es entonces, sentado en ese frío y duro suelo de una iglesia perdida de Sicilia, cuando se da cuenta de que su vida entera ha sido un desperdicio. Treinta años persiguiendo una quimera, un fantasma del pasado que no le ha aportado ni un solo minuto de felicidad. Su amada Beatriz, con la que al principio se divertía tanto, se tuvo que marchar muy lejos para que su existencia no acabara como el agujero vacío que ahora contempla a la luz mortecina de su lámpara. Orazio cierra los párpados con fuerza y con ese gesto pretende borrar de un plumazo las dos últimas

décadas, enmendar sus errores, pedir perdón a la gente que ama, pero la realidad es tozuda y aquello no funciona, hasta el punto de que incluso el dolor que siente su corazón se agudiza aún más y se hace del todo insoportable. Por un momento piensa en desaparecer, en quitarse de en medio sin que nadie conozca el alcance real de su fracaso, pero con el cincel y el martillo no se cree capaz, «si tan sólo tuviera una pistola…», piensa al borde de la desesperanza, y como si sus deseos se hubieran materializado por el simple hecho de pensarlos, una pistola es precisamente lo que siente que le apunta a la nuca.

—No se mueva, viejo, o por sus muertos que lo mato aquí mismo —le oye decir a una voz acerada que viene de su espalda.

Ω

Dos semanas después de que tuvieran lugar estas vicisitudes, Sofonisba Malvezzi, tratando de averiguar qué había sucedido con su padre, había viajado a Sicilia por segunda vez y estaba reunida de nuevo con su investigador. Luigi tenía noticias frescas sobre el caso y estaba poniéndola al corriente en el bar del hotel. Al parecer, su cuñado Vittorio había interrogado a fondo a Francesco Mancuso. Aunque había corroborado enseguida que no tenía nada que ver con el secuestro, al mostrarle las grabaciones de la cámara que había junto a la iglesia de San Giorgio, el transportista pudo recordar algo muy importante. Por lo que dijo, al asomarse a la ventana después de que Orazio se fuera de su casa, vio a un joven del barrio con el mismo aspecto que el muchacho que aparecía en el vídeo. Estaba en la acera de enfrente fumándose un cigarro y en ese momento no hacía nada que fuera sospechoso, razón por la cual no le había venido a la memoria cuando la policía fue a hacerle la primera visita. Por suerte para ellos, al preguntarle si sabía quién era, Mancuso respondió que según había oído se llamaba de nombre Salvatore, pero desconocía cuál era su apellido. Por lo que relataba, un día tuvieron un encontronazo al verlo husmear a través de las lunas tintadas de su furgoneta de mudanzas. Cuando Francesco se estaba aproximando con cara de malas pulgas y el chico amenazaba con hacerle frente mostrando en su rostro una mueca de odio, un amigo lo llamó por su nombre y le dijo que no valía la pena y que sería mejor darse el piro de allí.

—¿Habéis averiguado el apellido? —pregunta Sofonisba sin dejar que Luigi pueda terminar de referir los hechos. Han pedido un par de cafés y el barman acaba de dejarlos encima de la mesa. —¿Les apetece probar nuestras pastas de almendra? —pregunta el muchacho en siciliano—. Son nuestra especialidad —añade el chaval, y se queda como un pasmarote mostrando una ringlera de dientes que parecen fichas de dominó.

Sofonisba ha entendido la frase, pero se ha quedado idiotizada por la visión de esa fila de piños.

—Sí, por favor —dice Luigi usando el mismo idioma. Hace un rato que le ha propuesto a su clienta salir a la terraza para echarse un pitillo. Ante su negativa, se conforma con tomarse algo dulce.

—Enseguida les traigo una ración —responde el camarero. Luego sale disparado hacia la barra, coge un platito de una de las vitrinas y se lo trae a toda velocidad. —Me apodan Speedy González. Ya saben dónde estoy si necesitan algo —dice cambiando al italiano. Y después sale corriendo como si le hubieran metido un petardo en el culo.

Sofonisba mira a Luigi, que acaba de zamparse el segundo pastel, y prorrumpe en una risotada. Es la primera vez que el detective la ve reír y le ha tocado el alma.

—Siga contándome, por favor —dice la chica cuando consigue contenerse la risa y se ha sacudido las migas de almendra que han salido despedidas de la boca de Luigi. «Menos mal que no manchan, de lo contrario iba enterarse de lo que vale un peine».

—A eso voy, *signorina* —contesta Luigi haciendo lo propio con las migas de su propia camisa—. Conociendo su nombre de pila, Vittorio, Mancuso y yo revisamos las fichas de todos los menores con antecedentes del área de Palermo. Como imaginamos, con esa pista y sabiendo que según Francesco tenía la cara purulenta por efecto del acné juvenil, no tardamos ni media hora en identificarlo. Su nombre completo es Salvatore Spadaro y ha estado dos veces en el correccional, acusado de vandalismo y extorsión, que son las tareas típicas de los jóvenes que aspiran a ingresar en la mafia. Además, se le relaciona con un supuesto *capodecina* del barrio de Brancaccio.

Al oír estas primicias, Sofi no sabe qué pensar. Por un lado se alegra de saber que tienen un hilo del que tirar para seguir con la investigación, pero por otro se teme lo peor; acaba de confirmarse que su padre ha sido secuestrado por la mafia y si a estas alturas no han pedido un rescate, es muy posible que hayan decidido eliminarlo y apropiarse del cuadro.

—Eso son excelentes noticias —dice Sofonisba haciendo un esfuerzo por espantar sus turbios pensamientos—. Entonces, encontrarlo no será tan difícil, ¿verdad?

—Un poco de paciencia, *signorina* —responde Luigi expulsando el humo imaginario de un cigarrillo sin encender que sostiene en las manos. En su fuero interno maldice otra vez la ley antitabaco. —Acabamos de obtener la identificación, pero no se preocupe, muy pronto un juez firmará la orden de búsqueda y captura y tendrá detrás de su cogote a media policía de Palermo.

—¿Y qué me dice de la carta que le entregué hace dos días? ¿Han podido analizarla? ¿Han encontrado algo?

—Había huellas en el sobre, pero de nadie que estuviera fichado. En la hoja de dentro sólo las de su padre y las suyas y, en cuanto al sello, es de los autoadhesivos y no tiene ADN. Lo siento mucho —dice antes de devolvérsela—. Guárdela bien. Tal vez contenga un mensaje que sólo sea capaz de descifrar usted.

—No lo creo, no he dejado de darle vueltas al asunto sin ningún resultado. ¿Y ahora qué hacemos? No pienso quedarme aquí sentada con los brazos cruzados. —Amortiguada por el cristal de la terraza de la cafetería se escucha la sirena de un crucero de siete cubiertas que se desplaza en dirección a la boca del puerto. «Ojalá pudiera largarme yo también de esta maldita isla», piensa Sofi mirando la oscura silueta del enorme navío.

—¿Por qué no me cuenta la verdadera razón que llevó a su padre a colarse en la iglesia?, ¿qué contienen esos documentos que menciona en la carta? —le pregunta Luigi Nelco con cierta suspicacia —. Nos ha dicho que tiene la certeza de que el cuadro que llevaba a cuestas era en realidad de Sofonisba Anguissola, que puede valer millones y que en la iglesia de San Giorgio podría haber encontrado la prueba que buscaba. ¿Qué está tratando de demostrar? Creo que me oculta algo, *signorina* y, si no es sincera conmigo, no podré solucionar el caso. Cuéntemelo y luego decidiremos juntos si la policía necesita saberlo.

Sofonisba duda durante unos segundos. No quiere complicar las cosas más de lo necesario, ¿acaso la tomarían en serio? No lo sabe con certeza, pero lo que sí sabe es que ese hombre que tiene delante es sincero cuando dice que pretende ayudarla.

—¿Tiene las próximas tres horas disponibles? —pregunta la mujer cuando decide seguir sus instrucciones.

—Usted paga, *signorina* Malvezzi, y además en bitcoin. Tengo todo el tiempo del mundo.

Y entonces Sofonisba le cuenta con pelos y señales la verdadera historia de la mujer que dio a luz a su nombre.

Lo que no sabe ninguno de los dos, y quizás nunca logren averiguarlo, es lo que había sucedido dentro de la iglesia de San Giorgio después de que Salvatore apuntara a Orazio con su arma.

Ω

—No se mueva, viejo, o por sus muertos que lo mato aquí mismo…

Orazio, que hasta hace un instante pensaba en cuál sería la mejor forma de quitarse de en medio, en cuanto siente el frío cañón de la pistola apuntando a su nuca y oye las no menos frías palabras de la persona que supuestamente la sostiene, se hace pis encima. Mientras levanta las manos como ha visto hacer en las películas, nota como la orina caliente se escurre por sus muslos y al estar sentado forma un

charco bajo sus pantalones. Desde pequeñito tiene aversión a la violencia y jamás se ha visto envuelto en ninguna pelea.

—¡*Porca miseria*, se ha meado encima! —Y según dice esto, Salvatore se guarda la pistola y le pega un fuerte mamporro en la cabeza. No esperándose el golpe, el hombre se echa las manos a la testa mientras se cae de lado y se pone en posición fetal. Intuye que lo que viene ahora no será una caricia ni una canción de cuna.

En efecto, lo que sucede a continuación es que el joven le lanza una lluvia de patadas que, de no ser porque se ha apaciguado al recordar de nuevo a su mentor, hubiera provocado que los deseos que tenía Orazio de morirse se acabaran cumpliendo. Cuando Salvatore se calma por fin, coge al viejo por la pechera, lo aleja del charco de pis y lo recuesta contra una de las frías columnas. Después agarra la botella de agua que andaba por allí y lo ayuda a beber.

—Y ahora vamos a ser amigos y me vas a contar qué te traes entre manos, ¿verdad, abuelo?

Es ahí cuando Orazio Malvezzi reúne las fuerzas para mirar a esa persona que tan salvajemente y sin motivos acaba de atacarlo. Lo primero que le llama la atención es el acné juvenil que adereza su cara, lo segundo es su rostro aniñado y lo tercero es su mirada de hielo. Es cierto que la lámpara de gas, cuya llama sisea como si fuera un insecto nocturno, provoca muchas sombras y no le permite distinguirlo del todo, pero eso no le impide comprender que su interlocutor, no sólo es capaz de matarlo allí mismo, sino que incluso es posible que lo esté deseando.

Y entonces, mientras se aguanta las ganas de llorar por la impotencia y por el dolor de sus magulladuras, Orazio le cuenta con voz queda lo que está buscando, que no es otra cosa que un manuscrito de una antepasada suya que podría valer una fortuna. Y después le enseña el papel en el que ha copiado la inscripción, que según también le dice ha encontrado en el cuadro que tomó prestado de un vecino del barrio de Brancaccio. Luego le explica cómo ha descifrado los números y letras para elegir el lugar dónde ha estado excavando. De momento no le habla de que el lienzo en cuestión es obra de una famosa pintora del Renacimiento y de que su valor es casi incalculable. Presiente que decírselo podría traer consecuencias funestas.

Salvatore mira el trozo de papel y se queda pensando. «Quizás sea una gilipollez, pero, ¿no será que ha entendido por izquierda (*sinistra*) lo que tendría que ser arriba (*Su*) y viceversa». Y sin darle más vueltas al asunto, después de utilizar el agua que quedaba en la botella para echarla en el suelo y eliminar la orina, coge el martillo y se pone como un loco a zurrarle con todas sus fuerzas a la baldosa que ha calculado sería la correcta. No pretende sacarla. Su método es mucho más

arcaico: la destrucción total. Pum, pum, pum y, al cabo de diez minutos, lo que antes era una losa intacta, ahora no es más que un puñado de fragmentos de roca. Luego coge la pata de cabra y excava entre los restos con tal ansia que parece que estuviera a punto de desenterrar un lingote de oro. Y así es, no habiendo pasado más de treinta segundos, saca un pequeño cofre sin bisagras que quizás no contuviera en su interior ningún metal precioso, pero que se refleja en los ojos de Orazio con tal intensidad que por un instante se olvida de sus padecimientos.

La madera es tan oscura y vieja que parece carbón. Una masa deforme de cera cubre por entero lo que parece ser la ranura en que encaja la tapa. Es evidente que alguien se tomó muchas molestias en procurar sellarla. Salvatore, que no se distingue especialmente por su delicadeza, empieza a darle fuertes tirones para intentar abrirla.

—¡Déjame a mí, lo vas a destrozar! —salta Orazio con una voz tan imperiosa que paraliza al joven. Por un momento el chico titubea. Su mirada lobuna electrifica el aire. Aunque se teme lo peor, Orazio, que no sabe de dónde ha salido su determinación, saca las pocas fuerzas que le quedan, se levanta con un crujir de huesos, le arrebata la caja de sus manos y se va renqueando hacia el lugar en el que ha dejado el resto de sus cosas. Salvatore lo sigue con la lámpara. Le iba a romper las muelas, pero ha comprendido a tiempo que el anciano puede tener razón. Mientras avanzan en silencio, sus sombras espectrales se agigantan sobre los basamentos que soportan los muros.

Cinco minutos más tarde, después de haber eliminado con paciencia la cera con un cúter, Orazio abre emocionado la tapa del cofre que cree que contiene el documento que para bien o para mal ha marcado su vida. Cuando mira en su interior y comprueba que efectivamente hay dos hojas dobladas, las saca con un gesto de rabia.

—Aquí está lo que buscaba. Llevo treinta años detrás de estos papeles. Me importa una mierda si me matas, pero voy a leerlos antes de que lo hagas. —Y desentendiéndose por entero del joven, desdobla las cuartillas escritas en italiano antiguo y se pone a traducirlas en voz alta:

"*Cuando aquel extraño búho empezó a hablarme en latín en el último piso del campanario de Cremona, trastocó por completo mi concepción del mundo…*"

Capítulo 19

En lo alto del Torrazzo, mientras la claridad diáfana del día se abre paso lentamente a través de esa noche otoñal, Sofonisba Anguissola se ha quedado de piedra, incapaz de saber si lo que acaba de vivir ha sido una alucinación producto de sus nervios, o lo que podría calificarse como una vivencia extraordinaria. Por un momento piensa que la tensión acumulada por su inminente viaje a la corte de España le ha jugado una mala pasada, pero al mirar hacia el suelo y comprobar que hay deposiciones frescas que tienen aspecto de proceder de un ave de gran envergadura, se convence de que en realidad ha mantenido una escueta conversación con un búho que sabía latín y hablaba en italiano.

¿Cómo que se había equivocado de persona?, ¿es que a sus veintisiete años no era ya una gran pintora?, ¿de quién si no podría tratarse? No es que Sofonisba estuviera pecando de engreída al afirmar aquello, sino que no podía pensar en ninguna otra mujer que tuviera su misma habilidad con la paleta. Hombres conocía muchos, pero aquel pájaro había dicho “pintora”, de eso estaba segura, y eso reducía las posibilidades de manera dramática. Desgraciadamente, ahora ya no podría conocer la respuesta a sus interrogantes, y todo porque quizás había sido tan estúpida de compararlo con una cacatúa. Su padre ya se lo había advertido innumerables veces; eso de ponerse a disparar preguntas sin ton ni son no podría traerle nada beneficioso. Y ahora, de la manera más espantosa posible, se había vuelto a demostrar que su padre tenía otra vez razón, pues no podía concebir nada más deseable que haber entablado una larga conversación con ese búho.

Después de una larga hora, durante la cual no pudo hacer otra cosa que recriminarse por su mala suerte, volvió a su casa, se metió en su habitación y se puso a llorar. Ahora que por fin se habían empezado a cumplir sus sueños y que había sido reclamada por la corte de España, venía ese maldito pájaro a fastidiarlo todo. ¿O había sido ella misma quien había desperdiciado la ocasión? «Está bien —se dice Sofonisba cuando al cabo de no sabe cuánto tiempo consigue sosegarse—. Desde hoy en adelante prometo que nunca más seré tan impulsiva. Y si el búho ése, quienquiera que sea, vuelve a aparecer, juro por la memoria de mis antepasados que se encontrará con una gran pintora».

Capítulo 20

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

Han pasado dos semanas desde que Sofonisba desembarcó en el puerto de la ciudad de Cartago. Durante estos quince días se ha dedicado sobre todo a recorrer las calles del lugar en el que nació, y que apenas conoce, y a departir largamente con Antípatro, un afable filósofo de la Academia de Platón, que había sido contratado hacía tres años por un grupo de aristócratas púnicos para que se ocupara de educar a sus hijos.

En todo ese tiempo, Asdrúbal Giscón le había hablado tanto a Antípatro de su adorada Sofonisba que el griego estaba ya harto de escuchar las muchas virtudes que supuestamente atesoraba, en especial las que se referían a su increíble inteligencia y excepcional memoria. A pesar de ello, debido a que pertenecía a la escuela filosófica de los escépticos y tenía como máxima no dejarse arrastrar por sus prejuicios, en cuanto supo que la joven había llegado a Cartago no tardó ni tres días en presentarse en casa de Giscón, dispuesto a comprobar si aquella muchacha era digna de los constantes elogios de su padre, o si por el contrario era sólo la víctima de su exceso de orgullo.

Cuando Antípatro subió las escaleras que daban acceso a la primera planta y cruzó el umbral de la habitación de Sofonisba, se sorprendió, aún más si cabe, de lo que lo había hecho el infortunado Amílcar Barca dieciséis años antes, al comprobar que siendo todavía un bebé podía hablar en griego. Y es que, a falta de rollos de papiro, la adolescente había dibujado en las paredes una representación heliocéntrica del Sistema Solar con órbitas elípticas, mostrando así que, no sólo era partidaria de la aventurada teoría de Aristarco de Samos que ponía al Sol en el centro del mundo, sino que añadía trayectorias planetarias que eran inconcebibles en aquellos momentos.

—Vaya, vaya, veo que a la jovencita que tengo delante le gustan los grandes desafíos. ¿Y cómo pretendes demostrar tus hipótesis? —pregunta un Antípatro que no puede evitar fijarse en las sugerentes curvas que se adivinan debajo del quitón de la bella novicia. —Y también veo que te gusta utilizar tus armas de mujer. Una peligrosa combinación en los tiempos que corren —termina de decir Antípatro, que no tiene miedo a exponer sus flaquezas.

Conocedora de la turbación que causa en los hombres, Sofonisba, a la que su padre le había anunciado la visita del maestro sólo un minuto antes, se había despojado del peplo que cubría su escasísima túnica y esperaba de pie en medio de la estancia.

—Me alegro de que lo haya observado —responde ella sin un ápice de superioridad—, es imposible dialogar con alguien que se deja dominar por sus gónadas. —A continuación, da un paso en dirección a

Antípatro, hace una pequeña reverencia y se presenta.

»Soy Sofonisba. Mi padre me ha hablado mucho de usted, tanto que tengo aturullada la cabeza. Y para responder a su pregunta, ¿conoce por casualidad a mi tutor, Sosilo de Lecedemonia?

Aunque luce una hermosa cabellera blanca que le otorga un porte distinguido, Antípatro apenas ha cumplido los cincuenta. En cuanto a su carácter, hace ya mucho tiempo que logró domesticar al perro rabioso de sus ambiciones y lo único que busca es saber la verdad.

—Solamente de oídas —responde con amabilidad e instando a la joven con la mirada a que deje de jugar al gato y al ratón.

—Pues él es el culpable. Cuando tenía catorce años me regaló un astrolabio que le había encargado a un coetáneo suyo llamado Apolonio de Perga, con el que había coincidido antes de tener la mala fortuna de ser apresado y posteriormente vendido como esclavo.

—¡Ah...!, Apolonio. Eratóstenes, con quién estudié en Atenas y que como bien sabrás es el bibliotecario mayor de Alejandría, me ha hablado de él en varias de sus cartas. Por lo que cuenta, aparte de tener un humor del demonio, es un geómetra excelente, pero ignoraba que hubiera diseñado un artilugio semejante. ¿Lo has traído contigo?, ¿puedo verlo?

—Todo a su debido tiempo —responde la muchacha, que prefiere continuar con sus explicaciones—. A Apolonio también le debemos la ecuación de la elipse que, como verá en estos toscos dibujos, es la figura que coincide con las posiciones que durante años mi tutor y yo hemos medido de los cinco planetas. Pero discúlpeme, no le he ofrecido todavía una silla —dice Sofonisba un poco avergonzada por su descortesía. En un principio, la inesperada visita la había contrariado, pero su franca reacción a los intentos de nublarle el sentido, había conseguido convencerla de lo que su padre le había dicho al llegar: que Antípatro podría ser un buen aliado para sus intereses.

—Sí, por favor. Mis huesos te lo agradecerán. Pero dime una cosa, ¿de cuántas mediciones disponéis? Se necesitarían cientos para trazar las órbitas. Es un trabajo ímprobo.

—No me lo recuerde, por favor —responde una sonriente Sofonisba mientras le acerca un taburete de madera—, tuvimos que pasar muchas noches en vela. Por suerte, en Nueva Cartago los cielos nocturnos están despejados con bastante frecuencia. Tenemos unas quinientas de cada uno de los cuatro planetas más visibles, de Mercurio apenas unas pocas.

—Impresionante —reconoce un Antípatro que empieza a tener la sospecha de que esa jovencita no fanfarronea y que de alguna forma podrá demostrar las afirmaciones que acaba de exponer—. Pero si lo que dices es cierto, ¿por qué no habéis compartido vuestros

descubrimientos? Sería un avance gigantesco para la astronomía.

—No sea ingenuo, ¿compartirla con quién? Me consta que se ha dado cuenta de que soy una mujer, ¿qué cree que harían conmigo? A Anaxágoras lo desterraron por decir que la Luna era un trozo de roca sin luz propia, a mí me descuartizarían.

Antípatro se pasa la mano por sus cabellos blancos mientras evalúa las palabras que acaba de escuchar. Sin duda a la muchacha no le falta razón. —¿Y por qué me haces a mí partícipe? —le pregunta no exento de recelo.

—Me gustaría tenerle de mi lado. Mi padre ya me dijo que no me juzgaría. Además, si va con el cuento por ahí, es posible que sus quejumbrosos huesos acaben dentro de una mazmorra, y eso creo que no se lo agradecerán. ¿Quiere echarle un vistazo a nuestras mediciones? —añade después para quitarle hierro a la amenaza que acaba de lanzarle.

—¿Y por qué iba a hacer eso? Con los ignorantes es mejor no tratar —responde el filósofo, dando muestras de que a él le importan un cuerno las intrigas—. Y ahora que eso ha quedado claro, estoy deseoso de conocer los detalles de tu investigación.

Entonces Sofonisba le enseña los rollos que contienen todas las observaciones astronómicas realizadas por Sosilo y ella misma en el confín de Hispania. Y también le explica cómo construyeron una clepsidra lo bastante precisa como para medir con exactitud las 24 horas en las que habían dividido el tiempo que tardaba en transcurrir un día. Y cómo había creado un nuevo calendario con 365 días en vez de los 354 del calendario griego, añadiendo un período de 24 horas cada cuatro años para ajustarlo bien. Y cuando horas más tarde, Antípatro ya ha hecho las comprobaciones suficientes como para convencerse de que las hipótesis planteadas por Aristarco de Samos podrían ser demostradas, le plantea a Sofonisba la pregunta crucial.

—He de reconocer que habéis hecho un trabajo formidable y que tu sistema explica mejor los movimientos retrógrados de Venus que el modelo vigente de esferas concéntricas de Aristóteles. Pese a todo, tus pruebas no son irrefutables. Para que lo sean tendrías que probar que la Tierra gira sobre sí misma, pero nada de esto lo demuestra.

Sofonisba sonríe con sus dientes perfectos. Su padre llevaba razón; Antípatro no tenía ni un pelo de tonto. Quizás esa era la explicación de que fueran tan blancos.

—En efecto, en ausencia de esa prueba, el movimiento de los planetas a través de las constelaciones de la eclíptica puede deberse tanto a que esos cuerpos celestes giren en órbitas circulares alrededor de una Tierra inmóvil situada en el centro, como a que los planetas, incluida la Tierra, giren alrededor del Sol en órbitas elípticas. Ése es el gran quid de la cuestión que espero algún día resolver. Tal vez sea

imposible desde aquí y para ello haya que viajar más allá de los cielos. O quizás Goewin pueda ayudarme a obtener la respuesta —comenta la joven de una forma enigmática.

—¿Goewin? —Antípatro arruga el entrecejo. —¿Es algún astrónomo al que yo no conozco?

—No, es mi madre, que me visita en sueños.

—Jovencita, me parece que estás abusando de nuestra confianza. Dejémoslo aquí. Por hoy ya ha sido suficiente —replica Antípatro que, aunque está dispuesto a creer cualquier cosa que le diga aquella adolescente, no está por la labor de ser tomado como un verdadero ingenuo. Ya tendrían tiempo más adelante de seguir hablando del asunto. Sabía que el Senado pensaba entregar a Sofonisba en matrimonio al príncipe masilio Masinisa, pero que tras la boda iba a permanecer durante al menos un año dentro de las murallas de Cartago. Querían asegurarse de que el pacto se respetaba y que no habría más incursiones ni ataques a las caravanas que comerciaban en el norte de África.

Unos días más tarde, Sofonisba fue llamada para comparecer delante del Consejo. Hanón y sus seguidores habían exigido que no se le permitiera hablar y que los sufetes se limitaran a comunicarle su decisión sobre los esponsales. Pero su padre, Asdrúbal, argumentando que era ilícito que le prohibieran tomar la palabra, ya que ella misma debía cooperar para que el acuerdo fuera satisfactorio, había convencido al Senado para que su hija pudiera intervenir. Estaba seguro de que Sofonisba aprovecharía la ocasión y que, haciendo uso de su aguda elocuencia, sería capaz de persuadir a los magistrados para que apoyaran la campaña de Aníbal en Italia. Con el respaldo del Senado, el mayor de los Barca podría sin duda derrotar a los romanos en sus propios dominios.

Capítulo 21

—¡Listo, ya llegamos! —exclama Bencomo tras detener el *pick-up* frente a la nave de la finca en la que ha instalado su negocio. Por lo que puede comprobar, ni siquiera el ruido de la puerta automática ha sido suficiente para sacar a la chica de su ensimismamiento.

—¡Uy!, me había distraído —responde Sofi sobresaltada. Su mente ha estado divagando sobre el día en que viajó a Palermo por segunda ocasión.

—Tenías pinta de haberte largado a algún lugar exótico —dice Benco mientras gira la llave y apaga el contacto del motor.

—Sicilia es muy hermosa, pero no tengo ganas de volver por allí —replica Sofonisba. Sabe que sacando a colación el nombre de la isla italiana donde ha vivido tantas fatalidades corre el riesgo de meterse en un lío, pero lleva muchos años callada y esa carga le resulta ya demasiado pesada.

—Así que no andaba tan errado, ¿eh?

—Es una larga historia... ¿Qué tal si me enseñas tu casa? Confieso que tengo curiosidad —dice la joven para cambiar de tema.

Bencomo no pretende insistir. Intuye que ella misma se lo contará cuando llegué el momento.

La propiedad, que pertenecía a sus padres, y que ya ha terminado de pagarles, está situada en la vertiente norte de lo que se conoce como el Barranco de la Piedra. Dividida en nueve canteros, desde la parte superior se divisan casi en su totalidad los ciento veintidós kilómetros cuadrados que conforman el Valle de Güímar, una inmensa vastedad de rocas que se desperdigó desde las cumbres volcánicas hasta los límites de la línea de costa, y que milenios más tarde fue reverdecida por la vegetación.

Una vez que se han bajado del vehículo, Sofonisba se dedica en primer lugar a contemplar las vistas. El silencio es inmenso y lleno de matices. El aire contiene millones de fragancias. Los colores se ensalzan bajo la límpida luz del mediodía. A su derecha, sobre la doble puerta de la nave hay un letrero en el que se puede leer en letras verdes y doradas:

El Perenquén Dorado

Los jabones que tu piel se merece

Sofi piensa que es un bonito eslogan pero no dice nada. No quiere romper antes de tiempo ese silencio sacro. Después desplaza la mirada hacia donde están ubicados los bancales, que se escalonan hasta desembocar en el propio barranco. Los dos más próximos son los que utiliza Bencomo para almacenar y luego calcinar la barrilla. Un poco más abajo, protegidas bajo las sombras de cuatro falsos pimenteros,

están las plantas aromáticas: tomillos, espliegos, albahacas y alhelíes crecen junto a las madreselvas y las clemátides que se enroscan en los troncos y estructuras de caña.

Y por fin, abarcando superficies cada vez más pequeñas, se encuentran las tres terrazas donde crecen los árboles frutales, tan apiñados que el lugar se asemeja a una selva: aguacateros, plataneras con enormes racimos, naranjos y limoneros, mangos de distintas especies, chirimoyos, guayabos y, superando en altura a todos ellos, un inmenso árbol de neem, muy apreciado por las propiedades insecticidas de sus frutos. Por supuesto, no es que Sofonisba esté familiarizada con todos estos nombres, sino que ha sido Bencomo quien se los ha descrito en el paseo que han dado cuando la joven le ha pedido que le hiciera de guía.

—¿Y tú te ocupas de todo además de fabricar jabones? —pregunta Sofi con un punto de incredulidad.

—¡Ja! Ni de broma, mi niña. Tengo un empleado a tiempo parcial. Además, por muy bucólico que sea, a mí me gusta más el surf —responde con cara de gamberro—. ¿Cómo si no hubiera podido conocerte? Venga, voy a mostrarte mi verdadero hogar, el apartamento que tengo en Candelaria es para guardar trastos. —Luego desandan el camino y suben de nuevo hasta donde han dejado aparcado el *pick-up*.

Tras sacar las bolsas de comida, a través de un caminito de gravilla que discurre por el estrecho lateral de la nave, llegan a la parte de atrás, desde donde se accede a una cabaña de madera construida por el propio Bencomo.

Nada más atravesar las puertas, lo primero que le llama la atención a Sofonisba es el orden y la limpieza que imperan allí dentro. Lo segundo que impacta en sus retinas es la cantidad de objetos de origen guanche que hay por todas partes: bucios de diversos tamaños, collares hechos con vértebras de pescado, cornamentas de cabra, hachas de piedra, morteros para moler el gofio y toda clase de herramientas cuelgan de las paredes y las vigas del techo, todo ello combinado con buen gusto con muebles modernos y estanterías repletas de libros y revistas. Al fondo, rodeada de un dosel con mosquitera, hay una cama de un tamaño considerable y, junto a ella, la torreta de un equipo de alta fidelidad. A Sofi le resulta chocante que un lugar tan abigarrado aparente no tener ni una mota de polvo. O bien Bencomo tiene a su empleado a jornada completa, o no hace otra cosa que pasar el plumero.

—Vaya, ¿de dónde has sacado todo esto? No me dirás que lo has heredado de tus antepasados.

—Lo he ido pillando por ahí, ¿pero quieres que te aburra con eso o prefieres que retomemos lo que dejamos a medias en la playa? —

pregunta el muchacho según saca el pescado de su bolsa y lo pone dentro de la nevera.

Sofi se da la vuelta y lo encara con una mirada indescifrable.

—¿Verdad que no te he dicho que tengo un doctorado en Antropología y un segundo en Historia? —dice para evitar tener que dar una respuesta.

—¡Guau!, pues no, no me lo habías comentado. Imagino entonces que prefieres que no te dé lecciones y que pasemos directamente a la segunda parte —responde Bencomo. Después cierra la puerta del frigorífico, se acerca a la chica y comienza a besarla.

En realidad Sofonisba había pretendido decir que le interesaba mucho la historia de sus ancestros, pero tampoco le parecía nada mal terminar lo que hacía un par de días habían interrumpido. Y sin más dilación, le desabrocha la camisa y hunde su cara en la profundidad de su anchuroso pecho, lugar en el que espera poder olvidarse de sus preocupaciones durante algunas horas.

—Entonces, ¿qué dijiste que pensabas hacerme si me iba de la lengua? —dice Bencomo con una gran sonrisa después de salir de la borrachera de felicidad que ha sentido tras hacer varias veces el amor con Sofonisba. Para él ha sido maravilloso y lo que le pide el cuerpo es decirle que la ama, pero sabe que es un poco precipitado y que quizás esté dejándose arrastrar por su romanticismo. Y como lo último que quiere es espantar a Sofi, opta por pincharla con el asunto de las criptomonedas. Ahora que han intimado, cree que podría ser un buen comienzo para una conversación.

—Pero bueno, ¿es que el otro día no tuviste suficiente y quieres que te dé otra ración?

—Quita, quita, creo que hoy prefiero no tentar a la bestia —dice Benco dándole un pellizco cariñoso en el culo.

—Así es como la llamo yo. Desde que mi madre se fue a vivir a Australia, Ms. Hyde me visita en ciertas ocasiones. Pero no te preocupes, nunca he matado a nadie —le contesta Sofi con media sonrisa y aire compungido. Ha disfrutado mucho y por unos instantes ha sido capaz de olvidarse de su maldito padre, pero como suele ocurrirle, después del sexo ha tardado muy poco en verse embargada por la melancolía

—¿Preocuparme, yo? Ya te dije que soy un experto luchador. No vas a volver a pillarme embobado… —le dice intentando animarla. Apenas la conoce, pero por lo que han hablado y oyendo ahora su voz entristecida, se imagina que la chica guarda en su interior algo muy doloroso.

—Vamos, cuéntame cosas de tus antepasados, nunca tuve la oportunidad de estudiarlos a fondo —responde Sofi un poco más

contenta. Anhela ser feliz y hace un esfuerzo por no sucumbir a la nostalgia.

—Claro, es mi monotema predilecto, ¿eh? —bromea Bencomo. Ya que la ha visto sonreír no va a dejar que decaiga el ambiente.

»Imagino que estás al tanto de que Achinech era el nombre que los aborígenes le daban a la isla —comienza diciendo mientras aprovecha para encender el amplificador—. También se la conocía como Ninguaria o Nivaria, pero esos eran topónimos romanos que hacían referencia a las nieves que avistaban desde sus navíos en las cumbres del Teide —continúa el joven con visible emoción—. Aunque Plinio el Viejo fue quien las denominó *Islas Afortunadas* en su obra *Naturalis Historiae,* sus compatriotas nunca quisieron asentarse en sus costas. Intuyo que un criadero de lagartos con una orografía tan abrupta no presentaba ninguna ventaja desde el punto de vista militar.

La pareja todavía no se ha levantado de la cama. Sus cuerpos desnudos yacen bajo una sábana de raso con aroma a jabón. Mientras hablan, Sofi está recostada en el torso de Benco y con el dedo índice caracolea con los rizos que le ornan el pecho. Sintiendo el cosquilleo, Bencomo gorjea una risita antes de proseguir.

—Supongo que ya sabes que el pueblo guanche no conocía la escritura ni la navegación. Debido a ello, los escasos datos que tenemos provienen de crónicas francesas y españolas elaboradas por hombres religiosos, muy dados a la tergiversación.

—¿Esto que suena es Pachelbel? —pregunta Sofi, que aunque prefiere el pop adora también la música barroca.

Bencomo la mira y se vuelve a reír. Una razón más para no dejar escapar a esa bella mujer.

—Sí, el canon en re mayor, para ser más precisos. ¿Te gusta la música clásica?

—Claro, yo como de todo. —Y para fastidiarlo, amaga con apretarle otra vez los testículos para que se le borre esa estúpida sonrisa de la cara. —En fin, ¿por dónde ibas? ¡Ah!, sí, hablabas de los curas. En efecto, siempre han sido una lacra. Cuando todo se ve a través del estrecho prisma de los dogmas no hay objetividad. Pero hay que dar gracias por tener esas fuentes…

—Sí, por supuesto —dice a la par que se da media vuelta. Estando en pelotas no quiere correr riesgos—. ¿Sabes de dónde se cree que proceden? —pregunta retomando el tema que le apasiona tanto.

—Creo que eran descendientes de las tribus bereberes que fueron deportadas por sublevarse contra el poder de Roma, ¿no es así?

—¡Eso es! —responde Bencomo mientras con un dedo recorre lentamente la curva de sus pechos—. En el año 25 a.C., Juba II fue nombrado rey de Numidia y Mauritania por el emperador César Augusto, que le había encargado la misión de contener las revueltas

de los Mauros. Durante muchos años, gracias a su pericia militar fue capaz de mantener a raya a los rebeldes. Pero hacia final de su reinado, un númida llamado Tacfarinas, descendiente como él mismo del longevo y prolífico Masinisa, aglutinó a otras tribus bajo su mando y derrotó en varias ocasiones a sus tropas.

—¿Masinisa? ¿Te refieres al rey entronado por Escipión, *el Africano*, después de que aplastaran a los cartagineses? —lo interrumpe Sofonisba al escuchar ese nombre que siempre ha estado tan presente en su vida.

—Ése mismo. Pues bien, el tal Tacfarinas estuvo dando guerra mucho tiempo, e incluso llegó a matar a Ptolomeo, el hijo de Juba II. Un lustro después, siendo ya Tiberio emperador, fue derrotado por las legiones y llevado a Roma, donde fue ejecutado. Más tarde, en un acto de indulgencia imperial, sus seguidores fueron deportados a las islas. Un destino probable era Nivaria, aunque nadie puede afirmarlo a ciencia cierta. Y fue así como se poblaron estas costas, a la fuerza, ya que nadie en su sano juicio querría vivir en un pedregal que, de tanto en tanto, expulsa al exterior la bilis caliente de sus dioses —termina diciendo Bencomo. Sólo ahora, tras el prolongado nuevo silencio de la joven, se da cuenta de que Sofonisba se ha marchado muy lejos, allá donde quizás reside esa gran pena que le ensombrece el alma.

Capítulo 22

—"*Cuando aquel extraño búho empezó a hablarme en latín en el último piso del campanario de Cremona, trastocó por completo mi concepción del mundo…*" —traducía Orazio Malvezzi en voz alta ante la turbadora presencia del joven que primero le había apuntado con una pistola y después le había molido los huesos a patadas.

—Deme eso, viejo, o lo dejo seco aquí mismo —dice Salvatore Spadaro cuando se sobrepone al ataque de autoridad que había mostrado su víctima hacía unos instantes. Ha sacado otra vez la pistola y su voz de demente resuena en las concavidades del techo de la iglesia—. Me importa una mierda que lleve toda su vida buscando ese papel lleno de tonterías: ¿un búho que habla?, ¿no me creerá un estúpido?

Orazio lo mira y deja de leer. Cuando le ve la cara purulenta y la boca torcida por el gesto, la poca orina que le queda dentro de la vejiga vuelve a jugarle una mala pasada. Sin embargo, aunque tema por su vida no quiere renunciar a su propósito, que no es otro que conocer cuanto antes lo que Sofonisba Anguissola quiso contar a su familia en ese documento.

—Eso es exactamente lo que dice, y si no te traduzco el resto vas a quedar delante de tus jefes, no ya como un estúpido, sino como un idiota —consigue balbucear Orazio por encima del miedo. Estando en Sicilia se imagina que el muchacho es de la mafia y que tendrá un capo responsable del que reciba órdenes.

Rodeado por las sombras y la luz tenebrosa que procede de la lámpara de gas, Salvatore le indica con un gesto que continúe leyendo.

"*Por razones que no vienen al caso, esa visita duró muy poco tiempo y no fue hasta años después, al volver a encontrarnos en la Torre Dorada del alcázar de Madrid, cuando se presentó a sí mismo con el nombre de Baumwächter…*"

—Vale, vale,… —zanja el chaval—. Creo que será mejor que vengan a buscarnos. —Entonces saca un teléfono móvil del bolsillo, desactiva el modo avión y hace la llamada que cree le dará el pasaporte para ingresar de una vez por todas en la mafia italiana.

Dos horas más tarde, una Ducato de color blanco con matrículas falsas, se para delante de la iglesia de San Giorgio y meten a Orazio en su interior junto con sus maletas. El cuadro va cuidadosamente envuelto dentro de la más grande, puesto que antes de abandonar el templo el hombre ha confesado que vale una fortuna. Además, previendo que dentro del coche la peste a meado sería insoportable, Salvatore le ha ordenado que se cambie de ropa. También ha

aprovechado ese momento para quitarle el móvil.

En cuanto lo acomodan en el asiento trasero y le ponen el cinturón de seguridad, lo encapuchan y le atan las manos. Después oye como el muchacho le entrega a uno de sus compinches el teléfono que le ha arrebatado, para a continuación escuchar el crujido de la pantalla mientras lo hacen añicos contra la carretera. Acto seguido, los tres mafiosos se introducen en la furgoneta, cierran las portezuelas, arrancan el vehículo e inician el que podría ser el último viaje de la vida de Orazio.

Tras una hora y media larga de trayecto, durante la cual Orazio ha tratado inútilmente de entablar una conversación con sus secuestradores, el coche se detiene delante de lo que el rehén supone que es la puerta de acceso a una propiedad: el copiloto se ha bajado, ha manipulado lo que sonaba como una cadena de eslabones y después ha abierto la cancela. Aún no le han quitado el saco que le cubre los ojos, pero al descender del coche después de que éste avanzara unos metros, se convence de que se hallan en medio de una explotación de limoneros; la brisa acuna las hojas perennes de los árboles, los pájaros cantan mientras revolotean, el olor a azahar le llega con intensidad a las fosas nasales. Orazio no lo sabe, pero están en las inmediaciones del pueblo de Castelvetrano, un célebre nido de familias mafiosas situado al suroeste de Sicilia. Luego, uno de los secuestradores lo empuja para que siga caminando, suba tres escalones y acceda a través de una puerta a lo que imagina es una construcción. Sigue con las manos atadas a la espalda y, tras la paliza que le ha propinado Salvatore, le cuesta mantener la verticalidad. Después de recorrer un corto pasillo, lo obligan a bajar por unas escaleras que conducen a un sótano. Una vez ahí, lo meten en una habitación, lo desatan, le quitan la capucha y le indican que se ponga cómodo hasta que su jefe decida hablar con él. En el cuarto hay una mesa con su silla y un pequeño camastro, así que Orazio hace lo que le dicen y se tumba a esperar. Tiene el cuerpo hecho cisco y está agotado debido el estrés que ha pasado en las últimas horas, por lo que enseguida cae rendido en un sueño que, aunque dista mucho de ser plácido, al menos sí es reparador.

—Ruego disculpe los malos modales de Salvatore —le dice el mafioso que tiene frente a él después de que sus esbirros le hayan escoltado hasta el piso de arriba. Antes de llevarlo a su presencia, le habían permitido asearse y comerse un plato de pasta con un vaso de vino.

»Su supervisor le ha dicho mil veces que no se deje llevar por sus impulsos, pero parece que no quiere aprender. En fin, ya no tiene remedio… o quizás sí —añade el hombre con un deje de hastío.

Si no llega a ser porque lo han secuestrado, Orazio no tendría

razones para dudar de las educadas palabras y la mirada franca de su interlocutor. El tipo andará cerca de los sesenta. Es moreno, con el rostro cuadrado y los ojos del color de la miel. Viste de manera informal pero con elegancia. Las patillas canosas destacan sobre la cuidada lisura del mentón, donde se dibujan dos hoyuelos cada vez que sonríe. Si Orazio tuviera que juzgarlo a simple vista diría que se trata de un hombre violento que se ha arrepentido de sus crímenes y que con los años ha encontrado la paz. Pero muy pronto se da cuenta de que su juicio habría sido erróneo, porque sin que le cambie ni siquiera el semblante, saca en esos momentos su pistola, monta un silenciador, se da la vuelta y le descerraja dos tiros en el pecho a Salvatore, que con una expresión de asombro se desploma en el suelo como si fuera un saco de patatas.

Al principio, tras hablar con su jefe y explicarle la extraña situación en que se había visto envuelto, Salvatore Spadaro se sintió muy ufano. Apenas dos horas después de la llamada, su superior había aparecido en una furgoneta para luego conducirle junto al viejo hasta una lejana explotación de limoneros, donde fueron recibidos por el que, según imaginó enseguida, era el *capomandamento*[55] de su *capodecina.*

Cuando el hombre se presentó con esa sonrisa cautivante que lo caracterizaba, Salvatore pensó que había obrado bien y que su intuición de seguir al anciano y averiguar que poseía un cuadro valioso podría acelerar el proceso de ingresar en la mafia. Media hora después, cuando tuvo que explicarle los detalles de lo que había pasado y responderle acerca de las magulladuras que mostraba la víctima, así como asegurarle varias veces que nadie lo había visto entrar en esa iglesia del centro de Palermo, empezó a sentir una gran comezón en el estómago. Entonces, el hombre, que según le había dicho se llamaba Tomasso y que sobre el miedo sabía una barbaridad, le dio dos palmaditas en la espalda y le dijo que había actuado bien, y que como recompensa podría asistir al interrogatorio que le harían a Orazio. Y luego le ofreció un plato de pasta con un vaso de vino para tranquilizarlo. Y cuando llegó la hora de que Orazio confesara, el infeliz Salvatore Spadaro, que a pesar de las palabras amables de Tomasso seguía sintiéndose como si estuviera encerrado en una jaula con una osa en período de cría, recibió por fin su pasaporte, aunque no fuera precisamente uno que le permitiera ascender al grado de *soldato*.

Después de la ejecución del muchacho, el *capodecina* de Salvatore y otro hombre igualmente estirado, que hasta ahora habían permanecido de pie junto a la puerta, retiran el cadáver y los dejan a solas. El tufo de la pólvora se mezcla con el olor terroso de la sangre y el pobre Orazio, que no ha intervenido en su vida en ninguna pelea,

toma consciencia de que su apacible mundo acaba de volatilizarse.

—Como le he dicho antes, los malos modales no conducen a nada, así que le agradecería que me explicara con detalle qué hacía dentro de esa iglesia rompiendo baldosas y en posesión de un cuadro que, según usted mismo, puede valer millones. Pero permítame que me presente, me llamo Tomasso Rinaldi y dirijo, entre otros, un negocio de exportación frutícola. Por suerte o por desgracia para mí, aunque tengo cierta autoridad, la suficiente como para poder encargarme de ciertos cabos sueltos, pertenezco a una familia a la que me debo y ante la cual he de rendir cuentas. Por eso, y para evitar desgracias aún mayores, apelo a su sinceridad a la hora de contarme su historia, que a buen seguro será de lo más entretenida.

Orazio Malvezzi hubiera preferido que el tal Tomasso no se hubiera presentado diciéndole su nombre. Si ya estaba aterrorizado después de presenciar como asesinaba sin pestañear a uno de sus secuaces, ahora se le ha paralizado hasta el dedo meñique. Y por si esto fuera poco, el estómago se le ha puesto del revés y los *fetuccini al pesto* que se había comido con tanta ansia por cortesía de su secuestrador, se han puesto todos juntos a bailar una jota. Tiene el convencimiento de que conocer la identidad de aquel sujeto no va a incrementar de ninguna manera las posibilidades que tiene de volver a abrazar algún día a su hija, más bien al contrario, lo que piensa en realidad es que al haberse tomado el señor Rinaldi aquella confianza estaba firmando su sentencia de muerte.

—Veo que le preocupa que le haya dicho mi nombre y que me haya mostrado ante usted a cara descubierta y, visto lo visto, no le culpo —dice el mafioso al observar el funesto mutismo del que Orazio no es capaz de salir—. Quizás no le sirva de gran cosa —aclara a continuación—, pero le aseguro que una muerte indolora puede ser un regalo en según qué circunstancias. Además, sé de muy buena tinta que tiene muchas ganas de terminar de leer estos viejos papeles.

Cuando Orazio ve que Tomasso hace el gesto de estrujar unas cuartillas amarillentas que acaba de sacarse del bolsillo, da un respingo en su butaca y le dice que pare. De pronto su vida no vale un pimiento y está dispuesto a todo.

—Déjeme leerlos por favor, llevo treinta años buscándolos.

—Así me gusta, hable usted con toda confianza. ¿Le apetece un café?, ¡ah! qué bobadas digo, no le veo con ganas de contemporizar. Por supuesto que voy a dejar que se los lea, pero antes tengo que escuchar una historia…

Y entonces Orazio comienza a contarle a Tomasso todos los pormenores de la leyenda que Azmelqart le contó a sus hijos y que fue transmitida durante generaciones por sus descendientes hasta la actualidad.

Dos semanas más tarde, Sofonisba Malvezzi, ignorante del paradero de su padre y de las atrocidades de las que había sido testigo, está acabando de contarle esa misma historia a su investigador Luigi Nelco, quien ha escuchado todo el relato sin levantarse de la silla y encadenando un cigarro tras otro. Hacía ya dos horas que le había suplicado a la joven que cambiaran el interior de la cafetería del hotel por la terraza para poder fumar. En el exterior hay un gran magnolio, y entre sus ramas una pareja de rabilargos se disputa un pedazo de pan que han rapiñado de la mesa contigua. Los barcos entran y salen del puerto deportivo y un viento frío y salado hace que la pareja haya tenido que arrebujarse dentro de sus abrigos.

—O sea, *signorina*, que en resumidas cuentas no tiene ni idea de qué contienen esos viejos papeles, ¿es así?

—Ya se lo dije antes.

—Y tampoco sabe quién es ese tal Baumwächter, ¿verdad?

—Es un nombre que Sofonisba Anguissola utilizó varias veces en un diario suyo que mi padre heredó. Se lo he contado antes —dice Sofonisba dando signos de que está a punto de perder la paciencia.

—Huelga decir entonces que también ignora cuál podría ser el destino de lo que él denomina "un último viaje" —apunta Luigi, indicándole con un gesto que no tiene más remedio que seguir con su interrogatorio.

»¿Y por qué su padre no le explicó en su carta a qué se refería?

—Quizás porque Orazio Malvezzi es un puto ególatra. O tal vez lo hizo para protegerse. Después de todo, ¿no me ha dicho usted que ha sido secuestrado por la mafia?

En la terraza de la cafetería ya no queda ni cristo. El viento del gregal ha traído unas nubes grisáceas y unos gruesos goterones han comenzado a caerles encima. Sentado frente a su clienta, Luigi apura su cigarro mientras trata de cubrirse con una capucha que no encuentra cuando hace el intento de buscarla.

—Vayámonos dentro. Me aguantaré las ganas de fumar, si seguimos aquí vamos a coger un catarro de narices —dice mirando a Sofonisba. Se acaba de dar cuenta de que su comentario podría no gustarle y un color rojo invade sus mejillas. La chica sonríe tomándoselo a broma.

—No se apure, señor Nelco, estoy muy orgullosa de mis napias.

Una vez que ha pasado el mal trago, ya en el cálido interior del local, Luigi comienza a especular:

—Por lo que hemos averiguado a través de las cámaras, su padre no tuvo tiempo de escribir la carta entre el instante en que descubrió los documentos y su ulterior secuestro. ¿Qué le dice eso, *signorina* Malvezzi?

Sofonisba medita durante unos segundos.

—Resulta bastante obvio, ¿no le parece?, por alguna razón sus secuestradores tuvieron que permitirle escribir esas líneas. Y no sólo eso, sino que además se encargaron de ponerle un sello al sobre y echarlo en el buzón.

—Exacto —responde el investigador. Le gustaría pedir un café, pero hoy no hay ningún camarero atendiendo las mesas—. ¿Y por qué lo harían?, ¿acaso su padre tenía algún as en la manga con el que negociar? Si no fuera así, ¿por qué habrían atendido sus deseos? Déjeme esa carta por favor, necesito volver a leerla —dice justo antes de que Sofonisba, adelantándose a su petición, la saque de su bolso.

—Aparte de que me la sé de memoria, la he repasado mil veces y no he llegado a ninguna conclusión —dice la muchacha mientras le tiende el sobre.

Tras volver a estudiarla, a Luigi lo único que se le ocurre es algo que no quiere decir pero que aun así dice:

—Este mensaje no tiene ningún sentido a menos que su padre haya sido capaz de escaparse de sus secuestradores y después se haya marchado a ese viaje que tenía pendiente… ¿lo cree posible?

Al escuchar la teoría de Luigi, que además de estrambótica le parece ridícula, Sofonisba responde:

—No lo creo, señor Nelco, si así fuera le aseguro que cuando lo tenga delante voy a patearle el culo hasta que dé con sus huesos en Australia.

Capítulo 23

Sofonisba Anguissola ha dejado la ciudad de Cremona con el corazón desgarrado de dolor y el presentimiento de que no volverá a ver nunca más a su hermana Minerva. La villa que la ha visto nacer y en la que ha crecido hasta convertirse en una gran pintora, es ahora un espejismo, un punto lejano que se difumina a medida que el carruaje avanza por las llanuras de la cuenca del Po. Junto a sus padres y su hermana Lucía, ha viajado hasta Milán con la gentil compañía del conde Broccardo Persico, embajador de Gonzalo Fernández de Córdoba, III duque de Sessa e ilustrísimo gobernador de Milán, en cuyo palacio la familia será acogida hasta que Sofonisba se embarque con dirección a España.

Tras unos años convulsos, en 1535, el Ducado de Milán pasó a formar parte del Imperio español, comenzando así un período de paz y esplendor que llevaría a la ciudad a ser uno de los referentes culturales y económicos del siglo XVI. Al albur de la estabilidad proporcionada por los ejércitos imperiales, grandes fortunas llegaron a la capital lombarda, donde en pocos años se construyeron infinidad de ostentosos palacios. Cada nuevo rico trataba de superar a sus vecinos, encargando las obras a los mejores arquitectos y artistas, que llegaban desde todos los rincones de Italia. Tal fue el caso de Bernardino Campi, el primer maestro de Sofonisba, que acudió a la llamada de Ferrante Gonzaga en 1549, cuando éste lo reclamó para encargarle un retrato de su esposa Isabel de Capua, y a quien después se disputaron todos los aristócratas con cierto renombre del Ducado.

Aunque ya conocía la ciudad de anteriores viajes, la llegada al Palacio Real, residencia del gobernador, no dejó de impresionar a Sofonisba. La magnificente plaza del Duomo, la suntuosidad de los edificios y la gran cantidad de tiendas y artesanos que poblaban las calles, le hicieron tomar consciencia de su nuevo estatus social. De repente, a sus ojos de futura cortesana, su amada y provincial Cremona le pareció un pueblucho, y sus vestidos, harapos comparados con los que lucían las ricas señoras que se pavoneaban por las galerías junto a sus mayordomos. Felizmente, los mil quinientos ducados que el rey Felipe II le había adelantado para sus gastos, le permitieron surtirse de un refinado guardarropa, digno de su recién estrenada condición de dama de compañía de Isabel de Valois.

Debido a que el protocolo real impedía que una mujer fuera pintora de la corte, Sofonisba había sido contratada para ejercer como profesora de dibujo de la próxima reina, que había mostrado siempre un gran interés por ese arte. Pese a ello, esa posición aparentemente secundaria no impidió que tras su llegada a Madrid, después de haber realizado los retratos del rey y de la reina, fuera requerida para

realizar otros muchos trabajos.

Los meses que estuvo en Milán fueron muy intensos para la joven dama. El emotivo reencuentro con Bernardino Campi, rememorando sus días de aprendiza en el taller, cuando era víctima de aquellos mozalbetes que nunca reconocieron su valía. La presencia constante de Broccardo Persico, apuesto caballero que la cortejaba y que no escondía en modo alguno sus deseos. Los inspiradores encuentros con dos jóvenes artistas, el escultor Pompeo Leoni y el también pintor, Orazio Vecellio, hijo de Tiziano, que había ido al palacio de los duques de Sessa a recoger unos cuadros y cobrar unas deudas en nombre de su padre.

Este último, tan pronto conoció a Sofonisba durante el curso de una de sus visitas, aprovechó para invitarla a casa de Leone Leoni, padre del escultor, lugar en el que se alojaba durante su viaje. Habiendo constatado que la estrecha vigilancia a la que la tenían sometida sus padres se había relajado, la pintora accedió entusiasmada. Amilcare y Bianca tenían muchos compromisos y no desperdiciaban ninguna ocasión para vanagloriarse de su hija delante de los nobles. Gracias a ello, Sofonisba pudo acudir al día siguiente a casa del pintor con la sola supervisión de su hermana pequeña.

La residencia de los Leoni estaba situada en las inmediaciones de la iglesia de Sant'Ambrogio, muy cerca de la antigua muralla y de los canales navegables en los que sus fosos fueron reconvertidos. Se trataba de un edificio de tres plantas con un gran patio central y en cuyo peristilo habían instalado su taller. Bloques de mármol de varios tamaños se acumulaban en una de las esquinas mientras que el resto del espacio lo ocupaban piezas a medio trabajar; bustos sobre altos pedestales de madera, esculturas de cuerpo entero rodeadas de andamios, juegos de poleas con grandes cabos para mover las cargas y un sinfín de distintas herramientas para labrar la piedra.

Lucía y Sofonisba fueron recibidas por los dos jóvenes con sumo alborozo. En la cocina, mientras Pompeo preparaba una tisana, los cuatro se enfrascaron en una amena conversación en torno al arte y la influencia que todavía ejercía en la ciudad el maestro Leonardo da Vinci, a pesar de los cuarenta años que habían trascurrido desde que, ya enfermo, tuviera que huir para morir en Francia.

A lo largo de todo el mes siguiente, las visitas se sucedieron con regularidad, casi con cadencia diaria. Aunque Sofonisba se había ofrecido a pintar un retrato del duque de Sessa y esta labor le ocupaba parte de la mañana, por las tardes conseguía escabullirse con algún tipo de pretexto y se iba al taller. Muy pronto, el carácter desenfadado de Orazio Vecellio y sus costumbres libertinas, muy en contraste con la pacatería de la clase burguesa, hicieron que la chica se encandilara

con su fresca presencia. Orazio había improvisado un cuarto de trabajo en una de las habitaciones de la tercera planta y había retado a Sofonisba a que ambos pintaran dos autorretratos simultáneos. Ella le pintaría a él pintándola a ella y él le pintaría a ella pintándole a él, de tal forma que tendrían dos cuadros mellizos surgidos de una especie de juego con espejos. [Foto 4]. A Sofonisba la idea le pareció maravillosa y enseguida aceptó, para gran desconsuelo de Pompeo Leoni, que también se había prendado de la joven artista. Mientras la pareja permanecía encerrada en el taller, siempre bulliciosa y al borde de la risa, a los Leoni les hervía la sangre. Al hijo, por puros celos, y al padre porque consideraba una indignidad el abusivo comportamiento de su huésped.

Una tarde de octubre, cuando la oscuridad ya se cernía sobre las murallas de la ciudad y las calles se llenaban de soldados borrachos, Sofonisba Anguissola, que se había quedado dormida en los brazos de Orazio después de haber hecho el amor con un hombre por primera vez en su vida, se despertó de pronto con un punto de angustia: estaba anocheciendo y hacía rato que había quedado con su hermana para juntas regresar al palacio.

—Orazio, amor mío, tengo que marcharme —dice la mujer mientras lo zarandea para que se espabile.

—¿Cómo? ¿Qué pasa…? —responde dando un brinco en busca de su arma. Los asaltos en Milán son frecuentes y siempre duerme con una espada cerca.

—Nada, mi amor, es que se me ha hecho tarde y mis padres me esperan, ayúdame a ponerme el vestido.

Diez minutos después, corren despavoridos escaleras abajo. En la casa reina un silencio sepulcral y el taller de escultura aparece desierto. Orazio no piensa permitir que la mujer vaya sin compañía a esas horas intempestivas, así que le agarra del brazo y la empuja hacia la calle a través de una puerta adyacente. La oscuridad es ya casi total. Avanzan pegados la una con el otro, Orazio siempre un paso por delante. Hasta la Peschería Vecchia, lugar en el que ha quedado con su hermana, no hay ni siquiera mil pasos y deberían llegar en unos diez minutos. Sin embargo, al doblar la esquina de una travesía cercana a la plaza del teatro romano, se dan de bruces con dos hombres armados. Tratando de evitar el enfrentamiento, Sofonisba y Orazio reculan sobre sus pasos. Pero esa noche la suerte no se pone de su parte y tan pronto se dan la vuelta un tercer hombre aparece por el otro costado.

«¿Es una emboscada? ¿Vendrán por orden del señor Anguissola y lo único que pretenden es llevarse a su hija?», se pregunta Orazio inútilmente mientras blande su espada. A su lado, para su gran sorpresa, Sofonisba se ha arrancado el vestido y del ajustado corpiño

que ahora lleva ha sacado un puñal. Lo siguiente que hace es decirle a Orazio que se ocupe del hombre que viene por delante, que ella se va a encargar de la pareja que llega por detrás. Orazio duda, pero es tal la determinación que detecta en los ojos de la joven, que obedece sin poner objeciones.

Al ver a esa mujer en paños menores que se acerca a toda velocidad con una daga amenazante en la mano, después de unos primeros instantes en los que se miran con cara de sorpresa, a los dos sicarios les entra un ataque de risa. No obstante, a medida que la muchacha avanza y su mirada furibunda se convierte en un grito de guerra, pasan a una actitud de total desconcierto. Sus instrucciones son no hacerle daño a la joven doncella, pero si no intentan defenderse van a ser ellos los que salgan heridos. Para cuando los dos hombres reúnen por fin el ánimo de actuar, ya es demasiado tarde. Antes de ponerse a tiro de sus espadas, la brava mujer ha lanzado un barrido con las piernas y los ha hecho caer. Uno de ellos ha perdido su arma, y lo siguiente que nota es una patada en los testículos como si le hubiera coceado un caballo español. El aullido que se escucha es de tal magnitud que los vecinos creen que Ludovico el Moro ha regresado de su tumba para vengarse del traidor Gian Giacomo[56]. El otro, que intenta recuperar la verticalidad sin dejar de cubrirse, nota como una daga se le clava en el hombro.

Sin perder más tiempo, no sin antes propinarle una segunda patada al otro hombre, Sofonisba se da la vuelta en busca de su amado. Al verlo en el suelo, su corazón se llena de congoja. Iluminado por las últimas luces del crepúsculo, el cuerpo ensangrentado de Orazio yace en medio de la calzada. Su atacante ha huido y los otros dos corren despavoridos hacia la oscuridad. Sofonisba entonces grita con todas sus fuerzas para pedir auxilio. Orazio ha perdido mucha sangre y parece que está muy mal herido. Al cabo de un tiempo que a la joven muchacha le parece una eternidad, se presenta una patrulla del ejército que los lleva a toda prisa al palacio del duque. Mientras Orazio es atendido por los médicos del gobernador, Amilcare y Bianca, una vez que se han recobrado del susto de ver a su hija con rastros de sangre y con su elegante ropa convertida en harapos, comienzan a martirizarla con toda una andanada de preguntas, tal y como ella solía hacer con su padre cuando era pequeña.

Quince días después, tras haber tenido que dar un sinfín de explicaciones sobre sus andanzas en casa de Leoni, le permiten visitar al herido, al que habían trasladado al hospital. Los cuadros mellizos están terminados y han podido exhibirlos como una coartada convincente. Infelizmente para ella, Orazio, cuyo padre había descubierto que el ataque había sido organizado por el propio Leoni, iba a necesitar varios meses de convalecencia para recuperarse. Y fue

así como Sofonisba, que pensaba que después de tantos años había encontrado el amor, tuvo que conformarse con probar brevemente sus mieles. Dentro de poco tiempo se marcharía a España, y lo más probable es que no volviera a ver a Orazio nunca más en su vida.

Durante los días que le restaban en Milán, su frenética actividad pictórica se volvió su refugio. Terminado ya el retrato del duque de Sessa, que le regaló cuatro valiosos brocados al quedarse maravillado con la obra, realizó varios autorretratos en los que mostraba su nuevo estatus social a través de una elegante vestimenta. Con ellos pretendía agasajar al rey y cumplir con algunos compromisos que tenía su padre. [Foto 5]

A pesar de todo este cúmulo de emociones y de haber experimentado por primera vez los placeres carnales, Sofonisba no ha olvidado en todo este tiempo su misterioso encuentro con el búho. Su alada figura parece estar siempre junto a ella y, por alguna razón que desconoce, la acompaña la inefable presencia de Sofonisba de Cartago, fuente de inspiración y ánimos que la ayudan a sobrellevar todas las cargas que pesan en sus hombros. Finalmente, en los últimos días del mes de octubre de 1559, Sofonisba abandona Milán para dirigirse al puerto de Génova, donde embarcará rumbo a un país desconocido, huérfana de familia y sin más compañía que sus propios recuerdos.

Capítulo 24

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

Sofonisba ha sido requerida para comparecer ante el Consejo de los Ciento Cuatro, momento en el que el Senado le anunciará de forma oficial su compromiso con el príncipe númida Masinisa. A instancias de su padre, Asdrúbal, la muchacha aprovechará la sesión para informar sobre el estado de las tropas al mando de Aníbal y sobre sus pretensiones de conquistar Italia.

El edificio del Senado está situado al oeste del ágora, muy cerca del lugar donde se celebran las reuniones de la Asamblea del Pueblo y justo a espaldas del puerto militar. Cuatro columnas de estilo jónico sostienen un arquitrabe de madera en el que se muestran grabados relativos a la fundación de Qart Hadasht: la llegada en barco de la princesa Dido procedente de Tiro; la piel de toro que cortó para delimitar y reclamar la colina de Byrsa ante los pobladores libios; la unión de la soberana con Eneas y su posterior suicidio al tener que dejar la ciudad por mandato expreso de los dioses.

En las escalinatas que conducen hasta las grandes puertas de cedro macizo que dan acceso al interior, se alzan dos caballos de mármol negro con una media luna. Son los símbolos de la República de Cartago y de la diosa Tanit. Más allá de esas puertas, una veintena de miembros del Batallón Sagrado velan por la seguridad de los mandatarios mientras dirimen los asuntos de Estado. Detrás de los guardianes, al otro lado de unas arcadas cubiertas por gruesos cortinajes, se escucha murmurar a los ancianos mientras esperan a que la mujer se presente ante ellos.

No a mucho tardar, el chambelán hace sonar su *jazozra*[57] para anunciar la llegada de la hija del general Giscón. La acompaña su padre, que le hace de guía hasta el centro del semicírculo de gradas que conforma el Senado. Acomodados en sus escaños sobre pieles de borrego y cojines de vistosos colores, los dignatarios examinan su rostro. La inmensa mayoría ya la conocen de verla regatear en el mercado o paseando en lo alto de las murallas con Antípatro, pero es sólo ahora, al tenerla tan cerca y poder mirarla sin tapujos, cuando se dan cuenta de lo bella que es. Muchos piensan que sería mejor no entregársela al númida para poder disfrutar ellos mismos de ese soberbio cuerpo esculpido en las tierras de Hispania. Pero antes de que a aquellos vejestorios se les caiga la baba y se pongan de parte de la joven, Ahirom, el sufete apoyado por Hanón, enemigo acérrimo de la familia Barca, se levanta del asiento y con un gesto autoritario indica que es hora de iniciar la sesión. Es un hombre orondo, enjoyado y de mirada torva. Luce cinco anillos de oro en su mano derecha, uno por cada año que ha logrado renovar su cargo de magistrado máximo.

—Caballeros, estimados miembros del Consejo —comienza

perorando Ahirom mientras se cruje los nudillos con un chasquido que retumba en la sala—, por fin ha llegado el momento de conocer a la bella e inteligente hija de nuestro querido general Asdrúbal Giscón. Por lo que ven mis ojos, doy fe, e intuyo que vosotros también, de que el primer atributo lo cumple con creces y que no han sido simples exageraciones de su progenitor. Estoy seguro de que Masinisa dejará de asaltar a nuestros mercaderes en cuanto pase varias noches copulando con ella —dice mientras hace un gesto obsceno con la pelvis. En ese instante, Hanón, que por nada del mundo ha querido perderse el espectáculo y ocupa una tribuna, estalla en una sonora risotada que rápidamente secundan sus adeptos.

»En cuanto a la segunda cualidad, de la que tantas maravillas nos han relatado —continúa diciendo el sufete tan pronto se acalla el griterío—, todavía no me atrevo a negarla ni a darla por cierta. Me han llegado rumores —añade mientras amplifica el gesto con los brazos—, de que eres capaz de recitar los dos mil seiscientos hexámetros dactílicos que componen la Ilíada, y de que puedes demostrar que la Tierra no es el centro del mundo, y también de que una vez venciste al mismísimo Aníbal en singular combate. Y yo me pregunto, ¿cómo podríamos dudar nosotros —se jacta mientras señala con el dedo a su audiencia—, de que todas estas hazañas son verídicas? ¿Cómo ciento cuatro de los hombres más sagaces de nuestra patria podrían pensar que Aníbal, el más valeroso de los Barca, el general que pretende comandar nuestro ejército y someter bajo su yugo a Roma, se dejaría abatir por una dócil hembra?

Ante estas preguntas, tan retóricas como a la vez acusatorias, la facción de Hanón estaba comenzando de nuevo a alborotarse. Se escuchaban silbidos y vítores y no eran pocos los que se carcajeaban con descaro de la graciosa ocurrencia de su líder. Por otro lado, los partidarios del general Giscón y la familia Barca apretaban los puños y hacían gruesos aspavientos contra la otra bancada. Entonces, antes de que el clímax que había pretendido crear se deshiciera, Ahirom vuelve a tomar la palabra y dice con voz atronadora:

—Senadores de Cartago, no se rían. Lo que nos trae aquí es un asunto de vital importancia, de los que podrían comprometer el futuro inmediato de nuestra gran República. Ni por un momento piensen que mis apreciaciones estaban cargadas de ironía —continúa el sufete mientras recoge con parsimonia calculada los pliegues de su túnica—, porque yo soy el primero que aceptaré creer esos rumores inverosímiles si esta muchacha aquí presente, Sofonisba Giscón, es capaz de responder a tres simples preguntas…

A estas alturas, el rostro de Ahirom está completamente perlado de sudor. Su gran barriga hace que el estar de pie constituya un esfuerzo al que no está para nada acostumbrado. Lo que de verdad le

apetece en ese momento es dar un trago de vino y volver a sentarse. Pero sabiendo que tiene cautivada a su audiencia, en un último esfuerzo que espera hunda para siempre las pretensiones de sus antagonistas, sigue con su diatriba:

—Porque si de verdad Sofonisba fuera tan inteligente como la describen, queridos e ilustres consejeros, ¿no habría podido tal mujer evitar que el valeroso Amílcar fuera asesinado en una emboscada traicionera?, y no sólo eso, ¿no habría también sido capaz de curar los males que supuestamente mataron a Asdrúbal *el Bello* unos años más tarde?, y además, ¿no podría con sus artes haber convencido a Aníbal de tomarla por esposa en vez de repudiarla y arrojar sus despojos a los númidas? —apostilla de manera triunfal mientras se sienta pesadamente sobre la superficie almohadillada de su escaño. Llegados a este punto, la algarabía que se ha formado es de tal calibre que amenaza con convertirse en una gran pelea, tanto es así que el chambelán se ve obligado a pedir la intervención del Batallón Sagrado para instaurar la paz.

A todo esto, Sofonisba, de pie frente a las gradas, escucha los insultos hacia su persona sin inmutarse. No tiene prisa por intervenir y sabe que cuanto más hable el gordinflón más posibilidades habrá de que meta la pata. Conoce turbios secretos acerca de Ahirom y tiene la certeza de que cuando los desvele conseguirá el apoyo de la cámara para sufragar la campaña de Aníbal en Italia. A su favor también está el hecho de que le trae sin cuidado entregarse a Masinisa: quiere aprender las tácticas de la caballería númida y sabe que permaneciendo en Cartago dispondrá de tiempo para lo que más anhela; seguir estudiando astronomía y poder demostrar que Aristarco de Samos estaba en lo cierto cuando postuló su teoría heliocéntrica.

—Cálmense, señores, por favor —dice el otro sufete en tono conciliador cuando se ha restaurado parcialmente el silencio. Belshazzar es un hombre escuálido con el cráneo afeitado que usa un pendiente de plata engarzado en marfil como único adorno. Tiene fama de ecuánime y su cargo, así como su avanzada edad, le proporcionan el derecho a intervenir en esas ocasiones. Pero su salud es frágil y su poder es minúsculo en relación al que detenta Ahirom—. No hemos venido aquí a proferir calumnias infundadas —continúa diciendo entre sus propias toses—, sino a informar a esta dama de lo que se decidió ya hace meses aquí, a saber:

»Sofonisba Giscón será entregada en matrimonio al príncipe Masinisa a cambio de que éste detenga sus incursiones en nuestros territorios y deje de atacar a nuestras caravanas. Como compensación, recibiremos doscientos caballos, mil ovejas y cincuenta carneros. Además, su caballería nos apoyará en cualquier conflicto que podamos tener con nuestros enemigos, incluyendo entre ellos a la ambiciosa

Roma. Y para que tengamos la certeza de que se cumple el trato, Sofonisba permanecerá durante un año dentro de las murallas de Cartago, donde Masinisa podrá visitarla tan a menudo como le venga en gana —dice al final con una sonrisilla.

Su intervención ha logrado por fin calmar los ánimos en ambos bandos y un murmullo de aprobación recorre el hemiciclo.

—Y ahora —retoma el viejo sufete antes de que Ahirom tenga tiempo de reaccionar—, pido que dejemos hablar a Sofonisba para que nos muestre de forma pública que acata las sagradas decisiones del Senado, y para que, si así lo desea, pueda defenderse de las afrentas que han sido lanzadas hacia su persona. —Dicho lo cual, hace una pequeña reverencia y le da la palabra a la mujer.

En ese momento, Asdrúbal Giscón, que ha estado mordiéndose la lengua desde hace un buen rato, hace una seña pidiendo intervenir, pero la muchacha, que no ha perdido la compostura ni se ha dejado arrastrar por las provocaciones, da dos pasos al frente y le insta a que calle. A continuación, barre con la mirada el semicírculo de rostros que tiene frente a ella y, posando fieramente sus ojos en Ahirom, comienza con su réplica:

—Ilustres senadores, miembros de la Gerusía, estimados sufetes. No puedo más que agradecer que se me permita hablar en este templo de la sabiduría, donde todos los días se toman decisiones que, aunque sean difíciles, buscan hacer prosperar a nuestra amada patria.

Ante estas palabras, los ancianos, que habían contenido la respiración a la espera de un duro enfrentamiento, resoplan aliviados. Parece que la joven busca congraciarse con ellos.

»Y como nuestra nación merece siempre lo mejor —continúa diciendo Sofonisba con una voz suave—, acepto gustosa desposarme con el príncipe númida. Tened por seguro que, como ha sugerido Ahirom, beberá de mis fuentes y comerá de mis manos hasta caer rendido en menos de tres noches.

Al oír esto, las carcajadas vuelven a producirse. Ahirom, que no está seguro de lo que significan esas risas y que barrunta alguna jugada marrullera por parte de la joven se retrepa en su asiento.

—Por lo que respecta a mi belleza, no he de ser yo quien juzgue si las afirmaciones de mi padre son correctas o no, pero si el propio sufete, siendo un hombre que visita el prostíbulo con asiduidad para ser sodomizado por esclavos, está de acuerdo con él, no veo por qué no he de creerle.

Al escuchar estas palabras, las chanzas de los senadores, conscientes de la homosexualidad no declarada del sufete, pueden escucharse hasta en el exterior, donde una muchedumbre de curiosos espera el resultado de aquel extraño cónclave. Mientras tanto, la cara de Ahirom ha enrojecido hasta tal punto que parece que fuera a

expulsar vapor por las orejas. Aunque su oronda tripa no se lo pone fácil, ha conseguido levantarse y gesticula para pedir silencio. Hanón por su parte mira nervioso a su alrededor. Conocedor de la facundia de la muchacha, había avisado con antelación a su lacayo de que fuera conciso y de que no tratara de pasarse de listo.

»Señores, por favor, no se rían a costa de los otros, es de muy mala educación —sigue diciendo Sofonisba con una voz melosa—. En cuanto a lo de mi inteligencia, confieso que han sido las exageraciones de mi padre las que me han creado una fama que de ninguna manera me merezco. Otra vez el sufete ha acertado en su juicio…

En ese instante, la mirada torva de Ahirom parece relajarse y se vuelve a sentar.

—Para nuestra desgracia —prosigue la muchacha—, no pude evitar la muerte del valeroso Amílcar, que fue como un padre para mí. Ruego a los dioses por su alma y espero que Tanit lo haya acogido en su reino como sólo un gran héroe se merece.

»Lamentablemente, tardé demasiado tiempo en descubrir que había sido traicionado por Asdrúbal *el Bello*, a quien después ejecuté haciéndole ingerir larvas de la tenia porcina. Según las leyes de Cartago, tal vileza ha de castigarse con la muerte. ¿O no están ustedes de acuerdo con esta apreciación?

Estas afirmaciones de Sofonisba, que son ciertas pero que los integrantes del Consejo desconocían, actúan como si todo el hemiciclo hubiera sido sometido a un extraño conjuro. Petrificados como si fueran estatuas, ninguno de sus miembros se atreve a respirar. Mientras permanecen con la mirada clavada en la audaz adolescente, los senadores tienen la certeza de que el más leve rumor podría hacer saltar la sala en mil pedazos, como en efecto ocurre.

—¿Cómo se atreve a hacer esas graves acusaciones sobre un general que sirvió noblemente a su patria y luego a confesar su asesinato? —salta Hanón como una furia desde la tribuna en la que está asistiendo a la comparecencia—. Mala mujer, si no puedes demostrarlo acabas de firmar tu sentencia de muerte.

A todo esto, el padre de la muchacha está temblando como si hubiera sido atacado por las fiebres. Sabe que Hanón está en lo cierto y no ve la manera en que Sofonisba pueda demostrar esas imputaciones.

—Claro que puedo demostrarlo, y para ello he traído una carta lacrada con el anillo del quinto dedo de Ahirom, donde se le ordena a Asdrúbal *el Bello* que, tan pronto tenga una oportunidad, elimine a su suegro Amílcar para evitar que entre en guerra con Roma. —Y según termina de decir estas palabras, saca una tablilla de su túnica y se la muestra a esa incrédula audiencia que, tras examinarla, pide a gritos que el traidor de Ahirom sea ejecutado en aquel mismo acto.

Como pudo explicar Sofonisba unas horas más tarde, cuando ya estaba muy enfermo pero aún no había perdido la noción de sí mismo, Asdrúbal había solicitado sus cuidados a pesar de que era la aliada de Aníbal. Tenía fama de ser tan buena curandera como su propia madre. Y fue entonces cuando la cartaginesa lo obligó a que confesara su traición si quería vivir. El general, aterrado como estaba ante la negrura ignota de la muerte, aunque no le bastó para salvarse, no sólo lo confesó, sino que le entregó la prueba que implicaba a uno de los sufetes: la había conservado para, llegado el caso, poder cubrirse él mismo las espaldas.

Y fue así como Sofonisba Giscón obtuvo el apoyo unánime del Senado para que financiara la campaña de Aníbal Barca y para que Cartago se enfrentara con Roma.

Y fue así como, al cabo de pocos días, Ahirom fue crucificado en una colina fuera de la ciudad, donde los buitres y las hienas se dieron un festín con sus jugosas carnes.

Y fue así también como aquella bella mujer se ganaría la enemistad del desprestigiado Hanón hasta el fin de sus días.

Capítulo 25

—¿Sigues por aquí? —pregunta Bencomo al darse cuenta de que los pensamientos de Sofonisba se han marchado otra vez a algún lugar lejano. Lleva todo ese rato acariciándola y ha sentido cómo, según pasaban los minutos, sus hombros se iban poniendo tensos. La música de Pachelbel se ha transformado mientras tanto en una sinfonía de Beethoven.

—Sí, claro, estabas mencionando a Tacfarinas… —responde Sofi, tratando de que no se le note que se había vuelto a distraer.

—Ya…, creo que te fuiste a dar un paseo por Sicilia después de que nombrara a Masinisa. ¿No es verdad, ratoncita?

Sofonisba se revuelve en la cama y hace como que no tiene ni idea de lo que está diciendo. Por otra parte, aunque nunca se lo confesaría, le ha encantado que la llame con ese apelativo cariñoso.

—¿Qué tal si haces el pescado en vez de hacer preguntas? Estoy muerta de hambre —dice la joven para zanjar el tema.

—Vale, vale, ya pillé la indirecta. —Y a modo de *vendetta*, da un salto repentino, se levanta de la cama y tira de la sábana de golpe, dejando a la chica más desnuda que cuando salió del vientre de su madre. Después de pasarle la ropa e invitarla a vestirse, Benco se acerca a la nevera, saca la bolsa del pescado y le dice a Sofonisba que lo siga.

Para evitar olores y por falta de espacio en la cabaña, la cocina está dentro de la nave adyacente en la que Bencomo ha instalado su fábrica. En cuanto cruzan la puerta que conecta ambas zonas, Sofi no puede reprimir un silbido; más que una nave aquello parece el laboratorio de Leonardo da Vinci.

El almacén es un rectángulo diáfano de diez metros de largo, tres de alto y otros cinco de ancho y está construido con bloques de la toba volcánica típica de la isla. Justo enfrente se halla la puerta delante de la cual han dejado el vehículo. Pegada a la pared, hay una encimera metálica con dos fregaderos industriales sobre la que descansan multitud de aparatos así como varios matraces y equipos de medida. Sobre ella cuelgan unas estanterías donde Bencomo almacena lo que parece que son los ingredientes que utiliza para el proceso de fabricar jabones: especias, aceites de diferentes clases, arcillas naturales, hierbas aromáticas y decenas de otros productos a granel. A la derecha, unos muebles dispuestos alrededor de una mesa central componen una cocina digna de un restaurante. No hay ventanas, pero los tragaluces situados en la parte alta de los muros permiten la entrada de suficiente luz. Al igual que en la casa, todo está inmaculado y no se detecta ni una mota de polvo.

—¡Guau! —exclama Sofonisba—, ¡es impresionante! Y todo está

impecable. A tu ayudante lo debes de tener martirizado.

—¡Qué va!, vive como un marqués —responde el joven mientras extrae el pescado de la bolsa.

—¿Entonces…?

—Es bien fácil, mi princesita goda. ¿Ves este tejado? Está cubierto por placas solares que accionan un sistema de aire comprimido. Eso permite que la nave se mantenga bajo una presión mayor que la atmosférica. Como hace mucho ruido, lo apagué antes de que llegáramos —le confiesa al tiempo saca el móvil del bolsillo y le muestra la aplicación que controla el equipo—. Así mantengo a raya al polvo en suspensión. —Y según dice esto, pone la sama roquera en una fuente para condimentarla.

Aunque Sofi está impresionada, sólo tiene oídos para las palabras cariñosas que le dirige con ese acento canario tan sonoro y que le llega directo al corazón.

—Eres toda una caja de sorpresas, mi troglodita guanche —responde empezando a entrar en un juego que hasta ahora siempre había considerado una cursilería.

A continuación, como le puede más la curiosidad que el hambre, se acerca a un armarito lleno de pastillas de jabón y comienza a husmear. Están envueltas en celofán y protegidas por unas cajitas de cartón troquelado. A través de los huecos se ve impresa en el propio producto la marca *El Perenquén Dorado*. La que tiene en la mano huele a lavanda, pero hay de innumerables tipos. También fija su atención en una especie de pequeños cilindros en los que se ve escrito *champú sólido*, algo que hasta ahora no había visto nunca.

Benco enseguida le explica.

—El champú líquido tiene un ochenta por ciento de agua, lo que quiere decir que los envases son un completo desperdicio. Esta pastilla sólo pesa cien gramos —dice mientras la coge y se la acerca a lo que para él son sus hermosas napias—, pero equivale a tres botellas de un litro. ¿Para qué se necesita añadir agua si sale de la ducha a borbotones? Imagina la cantidad de plástico que evitamos usar, ¿eh?, por no mencionar el gasto de transporte y de espacio en las estanterías de los supermercados.

—Estupendo, me la quedo. —Y se la quita cariñosamente de las manos.

Bencomo hace como que quiere recuperarla pero en realidad lo que desea es tocarle los pechos. Cuando Sofonisba le para los pies y le queda claro que no va a conseguir nada, continúa explicándole el arte de fabricar jabones:

—Este de aquí es un jabón para piel delicada. Se hace mediante la saponificación en frío de una mezcla de seis tipos de aceites, siendo el más importante el aceite de oliva, que le proporciona una gran

suavidad. Aparte de eso, el de ricino le da la espuma, el de coco y palma le dan la consistencia, y la canola y el *karité* ayudan a que sea hidratante.

—Huele fenomenal, este también para mi colección.

—Después de añadir los aceites en una mezcladora —continúa diciendo el joven sacándole la lengua—, se pone en marcha y va incorporándose lentamente la sosa. Transcurrida una hora, se añade primero yogur para proporcionar al jabón un poco de flora bacteriana y, por último, un poco de caolín con una mezcla secreta de aceites esenciales que extraigo yo mismo de las plantas que recojo del huerto —dice señalando un par de alambiques al fondo de la nave.

Sofonisba no tarda en recoger el guante.

—¿Ingredientes secretos? ¿Tiene eso que ver con el que te impulsó a crear el negocio? —inquiere la joven, que en ningún momento había olvidado el misterio que no había querido desvelarle sobre cómo se le ocurrió comenzar a fabricar jabones de barrilla. El otro día había decido no insistir, ya que ella misma en su corazón guarda muchos enigmas, pero como la ocasión la pintan calva, esta vez la aprovecha.

Bencomo la mira con ternura. Intuye que, para ella, haberle revelado que poseía cuatrocientos *bitcoins* fue algo excepcional. Desde el primer instante le había dado la impresión de que aquella chica era como un caracol recluido en su concha y que sólo asomaba las antenas cuando no había peligro, pero que en ningún caso deseaba mostrarse tal cual era delante de la gente. Y por eso, y también quizás porque piensa que es la única persona en el mundo que podría creerle, le cuenta lo que hasta ahora no le ha contado a nadie porque se prometió a sí mismo que no lo contaría.

—No exactamente —responde por fin a su pregunta—, el búho Baumwächter nunca me pidió que no hablara de él.

Cuando Sofonisba escucha a Bencomo pronunciar el nombre de Baumwächter y afirmar que es un búho, se le caen los jabones de las manos y comienzan a temblarle las piernas, tanto es así que tiene que apoyarse contra la pared para no desplomarse. Un segundo después, justo cuando está a punto de caerse de culo, en un fucilazo de clarividencia, lo comprende todo de golpe y recobra las fuerzas. Por muy extraño que parezca, Baumwächter es el nexo que lo conecta todo: la fabulosa leyenda familiar, la triste desaparición de su padre y la carta que recibió después, el impulso de viajar a Tenerife huyendo del frío y, por fin, su encuentro con Bencomo.

Según su cerebro va encajando las piezas, un rayo de luz se abre paso a través de la oscuridad que ha dominado su vida en los últimos años. Y entonces, henchida de esa energía renovada que se ha apoderado de su cuerpo, mientras se abraza a Bencomo como si fuera

el único habitante de un planeta perdido, trata de ponerle voz a todas sus preguntas.

—¿Así que un búho de nombre Baumwächter fue quien te contó que eras descendiente directo del *mencey* de Taoro y que sería conveniente que te dedicaras a fabricar jabones? —Y antes de que Bencomo pueda decir algo, se separa de él y le pide que, por favor, la lleve de inmediato a su casa. Tiene un manuscrito que necesita terminar cuanto antes.

—¿Pero de qué diablos lo conoces? Llevo años pensando que quizás se me había pirado la cabeza y que me había montado esa película sólo para justificar mis delirios indígenas —dice Benco, que se ha olvidado por completo del pescado y del hambre que tiene.

—Ya te dije que era una larga historia y que iba a contártela, pero antes necesito que me aclares ciertos interrogantes. Tal vez seas la única persona en el mundo que pueda ayudarme a resolver el inexplicable secuestro de mi padre, que dura ya tres años.

Es media tarde y el cielo límpido de la mañana se ha transformado en una espesa bruma. La temperatura ha bajado diez grados, pero es tal la excitación de los dos jóvenes que parece que ha subido cincuenta. Después de cerrar el laboratorio, guardar la sama en la nevera y recoger sus pertenencias, la pareja sale al exterior y rodea la nave.

—¿Tu padre lleva tres años secuestrado? —pregunta Bencomo según abre la puerta para acceder al coche.

—Sí. Fue raptado en Sicilia por unos integrantes de la mafia —responde Sofonisba mientras se acomoda ella también en el asiento y le insta a que arranque.

—¿La mafia?, ¿eh?, ¿pero cómo es posible? ¿Qué querían de él? Lo siento de veras, no pretendía trivializar cuando te distraías.

—No te preocupes, que yo sepa no eres adivino. Y en cuanto al tema de la mafia, te digo lo de antes; es una larga historia.

Después de abandonar la finca, una vez que se han incorporado al tráfico normal de la carretera, Bencomo comienza a relatar su historia. Primero le cuenta como, el día de su catorce cumpleaños, después haberlo celebrado con unos amigos en la playa, se encontró abierta la puerta del campanario de su pueblo y decidió subir a contemplar las vistas. Una vez allí arriba, cuando se disponía a mirar hacia abajo, un búho le habló y le dijo que no se moviera. Al parecer estaba a punto de comerse un ratón, cosa que hizo un instante después delante de sus ojos. Pasada la sorpresa inicial, durante la cual se asustó muchísimo y estuvo a punto de arrojarse al vacío, tuvo un extenso diálogo con la gran ave, en el que le explicó cuáles eran sus orígenes (los de Bencomo) y en el que posteriormente le dijo que se ganaría la vida fabricando jabones. Y para finalizar, antes de despedirse, el búho le

dijo que sería conveniente que estudiara Químicas, porque con sus conocimientos llegaría un día en que tendría que hacer algo muy importante para el devenir de la humanidad.

—Creo que todo encaja. ¡Métele caña al coche!

Acaban de llegar al Puertito de Güímar. El apartamento que ha alquilado Sofi está en la urbanización Roques de Garachico, muy cerquita del puerto deportivo. Después de aparcar la camioneta junto a unas canchas donde unos críos juegan al baloncesto, acceden al edificio y suben a la segunda planta. Frente a la costa no hay ni una sola nube y el sol luce en el poniente sobre un cielo que se confunde con el azul del mar.

—Benco, mi amor —dice Sofonisba antes de que sepa cómo han podido salir esas extrañas palabras de su boca. Después de todo, no ha pasado ni una semana desde que lo conoce—. Ahora tengo que encerrarme a escribir durante un par de horas. Ahí están las llaves por si las necesitas, pero te ruego que estés aquí para cuando termine, sería muy importante para mí. —Y entonces Sofi, que lleva tres años sintiéndose sola y sin ser capaz de dar rienda suelta a sus emociones, decide que ha llegado el momento de abrirle a Bencomo la senda que conduce a su corazón. Y luego, después de mirarle y ver la profundidad que habita en sus ojos, se echa en sus brazos y empieza a llorar como lleva siglos sin poder hacerlo. Y entonces Bencomo, que desde el principio ha visto el dolor que arrastra esa chica, la abraza con fuerza y besa sus lágrimas que, aunque son saladas, a él particularmente le saben a un mar lleno de dulzura. Y cuando Sofonisba termina por agotar su llanto, se seca la cara y se recluye en su habitación con la muda esperanza de que al salir no tardará mucho tiempo en reencontrarse con su querido padre.

Capítulo 26

Cuando Orazio Malvezzi termina de narrarle a Tomasso Rinaldi la larga historia de su antepasada Sofonisba de Cartago, éste se queda pensativo. El infortunado Salvatore, cuyo cuerpo yacía enterrado a esas horas al pie de un limonero, le había entregado un cofre con unas cuartillas envejecidas cuyo contenido había leído y comprendido a medias.

Tomasso era el hijo menor de una familia de campesinos que arrendaba las tierras de un terrateniente. Después de cuarenta años doblando el espinazo y encalleciendo sus manos con el arado, su padre seguía siendo pobre y apenas podía alimentar a sus hijos. Ni que decir tiene que ninguno de ellos pudo ir a la escuela, pues de una u otra forma tenían que contribuir a la precaria economía doméstica.

A principios de la década de los sesenta, tras el estallido de un coche bomba en Ciaculli que mató a cuatro carabineros, dos ingenieros militares y un policía, cientos de miembros de la Cosa Nostra tuvieron que esconderse o escapar de Sicilia. Esto fue debido a que, después del multitudinario entierro de los funcionarios, las autoridades, que llevaban décadas mirando hacia otro lado, no tuvieron otra opción que tomar medidas drásticas contra el crimen organizado de la mafia.

En aquel año de 1963, en el que se dio por terminada la *primera guerra mafiosa*, ya se había perpetrado la mayor parte de lo que sería conocido como el *saqueo de Palermo* a manos de los políticos corruptos de la Democracia Cristiana y su red clientelar. Debido a que la situación del campesinado siciliano era desesperada, muchos habían huido a la capital en busca del abundante pero mal pagado trabajo en la construcción y otros tantos habían emigrado a Estados Unidos, donde, según las noticias que llegaban a la isla, una nutrida comunidad de compatriotas estaba siendo capaz de salir adelante.

Pero ése no fue el caso del señor Rinaldi. Sus principios morales, sus sólidas creencias religiosas, así como una terquedad propia de una recua de mulas, lo mantuvieron atado a la tierra y a las costumbres de sus antepasados, que llevaban siendo esclavizados sin rechistar en aquellas fincas desde hacía dos siglos. Cuando a la edad de diez años Tomasso miraba a su padre, lo único que veían sus ojos era el fracaso sin paliativos de un hombre mediocre. Cansado de pasarse el día transportando agua hasta los campos en un carro que se caía a pedazos, armándose de valor, un día se acercó a la villa del terrateniente y pidió ser recibido por el amo. Por supuesto, el criado que se acercó hasta la verja, al oír el toque de campana, le amenazó con una fusta y le dijo que se largara echando leches de aquella propiedad. Y lo mismo hizo los treinta días siguientes, cada vez que

aquel muchacho zarrapastroso insistía en hablar con el patrono. Una tarde del mes de julio de 1973, cuando la canícula de aquellas latitudes derretía incluso el canto de las cigarras, el criado le dijo que el señor deseaba recibirlo en persona. Al parecer, su jefe le había preguntado quién hacía sonar el timbre a esas horas infernales y, habiendo suscitado su curiosidad, le indicó que la próxima vez le mandara presentarse ante él.

A partir de entonces, cuando Tomasso Rinaldi terminaba su jornada se dedicaba a hacer todo tipo de recados para Don Giuliano, quien a cambio fue puliendo poco a poco a su pupilo hasta convertirlo en un hombre en cierta manera refinado. Doce años más tarde, mediada la década de los ochenta, se convirtió finalmente en *soldato* del clan de los *corleonesi*, la facción que había ganado la cruenta *mattanza o segunda guerra mafiosa*, en la que fueron asesinados más de quinientos miembros de otras familias que no quisieron someterse al imperio de Luciano Leggio y sus dos temibles bestias: Totò *El Corto* Riina y Bernardo *El Tractor* Provenzano.

Aunque Tomasso no procedía de una familia de tradición mafiosa, la escasez de *hombres de honor* después de este período tan violento, así como la recomendación de su padrino, facilitaron su incorporación. Y fue así como, en 1985, el propio Don Giuliano le pincharía en un dedo con un alfiler para después untar su sangre en la imagen de un santo, que luego quemaría hasta hacerla cenizas. Acababa de ingresar en la mafia y de comprender que, con aquel rito de iniciación, estaría bajo la inflexible ley no escrita de la *omertà*[58] y ligado a su nueva familia hasta que llegara el día de su muerte.

Apenas un año y medio antes, el 29 de julio de 1983, el juez de instrucción antimafia Rocco Chinnici había sido asesinado con un coche bomba junto a sus guardaespaldas en el centro de Palermo. Su sustituto, Antonino Caponnetto, un magistrado siciliano afincado en Florencia que solicitó el puesto sabiendo que con ello se jugaba la vida, reunió un equipo de jueces especializados en la banda criminal y comenzó a asestar, por primera vez en su historia, golpes colosales en contra de la mafia siciliana. Dos de los jueces que componían aquel grupo heroico, Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, serían brutalmente asesinados menos de una década después. Los cientos de detenciones que se llevaron a cabo durante los años que siguieron a la formación de aquel núcleo duro y comprometido con hacer cumplir la ley derivaron en lo que se llamó el *macrojuicio antimafia*, que comenzó en el mes de febrero de 1986 en la sala denominada *el búnker*, construida expresamente a tal efecto junto a la prisión de Ucciardone, situada en pleno centro de Palermo.

Durante los años que duró el *macrojuicio*, los integrantes de la mafia que no habían sido detenidos mantuvieron un perfil bajo para

no llamar la atención. El ruido de las armas cesó y el olor de la pólvora se fue disipando. Tomasso Rinaldi hacía tiempo que se había desentendido de su familia y se ocupaba sobre todo de labores de extorsión, recordándole a los empresarios del área de influencia de su *capodecina* que debían pagar el *pizzo*[59] cada final de mes, a menos, claro está, que quisieran arriesgarse a sufrir un accidente o ver como sus negocios eran devorados por las llamas en mitad de la noche.

Antes de dedicarse a estas labores, menos llamativas a ojos de la justicia, Tomasso había tenido que demostrar su lealtad a la organización, para lo cual tuvo que ejecutar a otro *hombre de honor* que, según le habían contado esa misma mañana, quería convertirse en *pentito*[60]. Cuando Don Giuliano le pasó la pistola en el cuartucho donde tenían retenido al traidor, Tomasso la cogió sin ningún titubeo. Llevaba mucho tiempo preparándose para ese momento y no quería fallar. A continuación, levantó el arma hacia aquel despojo humano que mostraba signos de haber sido sometido a una cruel tortura, y lo mandó de un tiro al otro mundo, donde, si lo deseaba, sería libre de confesar sus fechorías ante el juez supremo del averno.

Después de que, en 1990, el Tribunal de Apelación de Palermo anulara muchas de las sentencias condenatorias que se habían fallado a la terminación del *macrojuicio* en 1987, parecía que la mafia se había salido con la suya y que estaba a punto de doblegar de nuevo al Estado italiano. Para entonces, algún preboste corrupto había movido los hilos y el juez Falcone fue relegado para impedir que siguiera haciendo su tarea. A pesar de ello, en 1991, el ministro de justicia lo reclamó como director de Asuntos Penales, puesto desde el cual reiniciaría su persecución implacable de la mafia. Apenas un año y medio más tarde, Totò Riina, *il capo di tutti capi*[61], que había sustituido a Leggio tras su captura en 1974, viendo la nueva ola de detenciones que estaba provocando el juez, ordenó su asesinato y el de su colega Paolo Borsellino.

Tras el apresamiento de Totò Riina en enero de 1993 debido a un chivatazo de otro *hombre de honor* que quería escapar de su venganza, Bernardo Provenzano fue quien tomó las riendas de la organización criminal. Uno de sus adláteres, que por mor de su discreción había logrado mantenerse por debajo del radar de la policía durante aquellos años sangrientos, era el *capomandamento* Don Giuliano. Con diez *capodecinas* a su cargo y unos cien *soldatos* tenía a todo el empresariado siciliano bajo su férrea bota. Además, se encargaba de canalizar los cargamentos de cocaína procedentes de Asia hacia el lucrativo mercado americano, donde la mafia local poseía una red de distribución fabulosa basada en las miles de pizzerías que habían abierto en el país.

Gracias a la eficacia de Tomasso, su apariencia de hombre rudo

que nunca ha roto un plato y sus formas educadas, en pocos años y debido al fallecimiento de Don Giuliano, fue ascendido hasta convertirse en el jefe de la red de extorsión de los *corleonesi*, llegando incluso a encontrarse en una ocasión con *El Tractor* Provenzano, que llevaba huido de la justicia desde hacía más de tres décadas. Cuando, en 2006, Provenzano fue detenido, su principal colaborador, Salvatore Lo Piccolo, asumió el control hasta que fue capturado un año más tarde. Desde ese día, Matteo Messina Denaro, su máximo rival, comenzó a gobernar con puño de hierro la mafia siciliana.

Tomasso Rinaldi conocía la identidad del nuevo *capo di tutti capi*, pero no formaba parte de su círculo de confianza e ignoraba su actual paradero. Sabía también que Denaro había estado implicado en el ataque de Capaci contra el juez Falcone, su mujer y su escolta, y que había sido uno de los artífices de la subsecuente ola de atentados con los que la mafia intentó doblegar al Gobierno italiano. Así mismo, estaba al corriente de su adicción al sexo y de los lujos de los que le gustaba rodearse: relojes de oro, obras de arte, gafas de sol y perfumes de las mejores marcas, y un largo etcétera del que, tristemente para él, sólo podía alardear en la solitaria intimidad de su morada. Las contadas ocasiones en las que Messina Denaro quería comunicarse con él, lo hacía a través de *pizzini*[62], pequeños trocitos de papel con notas que él mismo escribía y que hacía llegar al destinatario a través de una larga cadena de contactos. Para evitar ser localizado, no disponía de teléfono móvil y de ningún otro dispositivo que pudiera ser rastreado por medios electrónicos. En los últimos meses, a Tomasso le habían llegado rumores de que estaba enfermo y necesitaba algún tipo de tratamiento médico, pero como en su empresa lo más recomendable era no hacer preguntas, no quiso saber nada más sobre el asunto.

Aunque no había entendido del todo lo que ponía en las cuartillas que le había entregado Salvatore, cuando Tomasso Rinaldi terminó de escuchar la historia completa de la familia de Orazio Malvezzi, su mente, rústica pero avispada, llegó con celeridad a la conclusión de que un cuadro de Sofonisba Anguissola, famosa pintora que había pasado los últimos años de su vida en Sicilia, sería un artículo de gran interés para Denaro. A la vista de todos estos datos, lo que para otra persona quizás hubiera supuesto una disyuntiva, para Tomasso no lo fue en absoluto. Era consciente de que tenía la suficiente jerarquía en la organización como para dar ese caso por cerrado; quedarse con el cuadro, destruir los papeles y darle puerta al señor Malvezzi que, aunque le había caído simpático, no era más que un estorbo. Pero para Tomasso lo que realmente importaba era la mafia. Sin su existencia, la suya propia habría estado condenada a dejarse el lomo

detrás de una yunta de bueyes, ya que, a buen seguro, su miseria no le habría permitido adquirir un tractor. Así que, con estos mimbres, se dispuso a escribir un *pizzino* para después entregárselo a la persona que sabía que se lo haría llegar a su jefe.

Capítulo 27

El galeón en el cual viaja Sofonisba Anguissola ha navegado durante varios días a través de las calmosas aguas del mar de Liguria y del Golfo de León para finalmente llegar a Barcelona, desde donde, con posterioridad, ha iniciado el largo periplo que la llevará hasta Guadalajara, ciudad en la que la espera Juana de Austria, hermana del rey y regenta de España.

La comitiva está formada por dos lujosos carruajes en los que viajan la dama y su pequeño séquito, tres carromatos con enseres, una reata de acémilas para cargar los víveres y un pequeño destacamento de soldados. Pese a los continuos baches y a las apreturas del furgón, Sofonisba no para de extasiarse a medida que avanzan.

Primero lo hace con la belleza granítica del macizo de Montserrat y sus bosques de encinas. Sobre esa montaña de apariencia sobrenatural, Broccardo Persico, su fiel acompañante por encargo del rey, le cuenta la historia de la Virgen de la Moreneta, que en el año 880 fue encontrada en una gruta por unos pastorcillos tras ver una luz fulgurante que caía del cielo.

Más adelante, con el cuerpo aterido debido a los rigores del incipiente invierno, Sofonisba contempla la inmensidad de las llanuras del Ebro y sus pardas colinas, que en cierto sentido le recuerdan a su natal Cremona. Las lluvias han propiciado una siembra temprana y los campos verdean ante sus ojos acuosos y bañados en lágrimas. Se acuerda mucho de su familia y de su malogrado amor, Orazio Vecellio, a quien tuvo que dejar en el hospital aún convaleciente. Cierto era que el joven le había prometido que se haría reclamar por la corte de España para estar junto a ella, pero su corazón no consigue creérselo. Aunque es la primera vez que ha yacido con un hombre no se considera una pánfila, y tiene la intuición de que, tan pronto como Orazio se recobre, encontrará otros cálidos brazos con los que consolarse.

Unos días después, acunada por el reconfortante silencio de aquella vastedad y habiendo asimilado ya en cierta medida su dolor, llegan a Zaragoza, sobre cuya estampa Sofonisba vislumbra la sólida silueta de la Seo del Salvador y de su alta torre catedralicia, que muestra remembranzas del minarete de la mezquita que se erigía allí con anterioridad.

Por último, la caravana comienza la ascensión hacia la agreste altiplanicie de Castilla y se dirige hacia Guadalajara. Después de cuarenta días de trayecto, con los huesos molidos y el polvo del camino aplastándole el pelo, Sofonisba es recibida en el Palacio del Infantado, un magnífico edificio de estilo gótico donde Juana ha dispuesto que se alojen las damas de la futura reina.

Isabel de Valois llega a Roncesvalles el 6 de enero de 1560, vestida de riguroso blanco en señal de luto por la muerte de su padre Enrique II de Francia, que había fallecido sólo unos meses antes, durante las celebraciones de la boda por poderes entre Isabel y Felipe II oficiada en París. Al parecer, participando en unas justas, en uno de los lances recibió una herida en un ojo que a la postre le resultó mortal. Pocas semanas después, el 29 de enero, los cónyuges se reúnen en el Palacio del Infantado, donde se celebra la misa nupcial y los posteriores festejos, durante los cuales Sofonisba Anguissola, de veintisiete años, conoce a Isabel de Valois, de tan sólo catorce, de quien no se separará hasta el fin de sus días.

—¿Cómo será eso de perder la virginidad? —le pregunta Isabel a Sofonisba unas semanas después de haberse instalado en el Alcázar de Toledo, ciudad a la que se han desplazado los miembros de la corte.

La reina está posando para un retrato que ha encargado el rey. Ambas hablan en italiano, puesto que Catalina de Médici, su madre, es nativa de Florencia y se había ocupado de que su hija aprendiera su lengua.

—Qué preguntas tiene, su majestad —responde la artista haciéndose la tonta—. ¿Cómo quiere que lo sepa una solterona como yo? La pintura ha sido hasta ahora mi único y verdadero amor.

Isabel escucha la respuesta manteniendo a duras penas esa postura incómoda que le ha exigido el rey. Tiene que estar de pie y muy quieta y no hay cosa que le disguste más. Para la pose se ha puesto un vestido de terciopelo negro con triple abotonadura de brillantes. El cuello de lechuga al estilo español, un collar de pedrería ceñido a la garganta y un tocado de perlas, completan la pomposa apariencia de la reina [Foto 6]. Por un momento, en la alcoba sólo se escucha el rumor del pincel, primero sobre la paleta de colores y después sobre la tersura del lienzo mientras aplica el óleo. Un ligero aroma a aceite de linaza se mezcla con las fragancias de las flores que hay en el balcón.

—¿Verdad que podemos ser amigas, señora Sofonisba? —dice Isabel de Valois sentándose en una butaca y dando por terminada la sesión—. ¿Verdad que ambas somos extranjeras en una corte extraña? No me mienta usted, por favor. La he oído llorar y le he visto enjugarse las lágrimas. Y no me diga que es por la nostalgia que siente por su hermana. Soy muy inexperta, pero he visto sufrir a mi madre por los devaneos de mi querido padre, que en paz descanse, y sé distinguir esa clase de angustia.

Al escuchar las palabras de la joven monarca, Sofonisba deja el pincel en una vasija con disolvente y suspira con fuerza. Desde que la conoce se ha dado cuenta de que, a pesar de su carácter indolente y

caprichoso, la niña tiene una gran sensibilidad y siente genuina empatía por la gente. En sus clases de dibujo ha demostrado gran destreza y ya es capaz de hacer buenos bocetos. No obstante, enseguida se cansa y llama a las otras damas para que la entretengan con juegos de cartas o sesiones de música.

—No me malinterprete, no es mi intención mentirle. Es sólo que hay ciertos detalles que una prefiere guardar para sí misma, pero si es lo que su majestad desea, puedo decirle que al principio es doloroso, aunque después resulta placentero si se hace con auténtico afecto.

Isabel de Valois aún no ha pasado la menarquia, por lo que su matrimonio con Felipe todavía no ha sido consumado. Como sería lógico para cualquier adolescente en su situación, Isabel está muy preocupada y no para de darle vueltas al asunto. El rey sólo tiene un heredero varón, el príncipe Don Carlos, concebido por la fallecida María de Portugal, pero como es enfermizo y muestra un fuerte desequilibrio psicológico, su padre pretende descartarlo para la sucesión. Su segunda mujer, María Tudor, murió sin dejar descendencia. Así que sobre los hombros de Isabel recae ahora la responsabilidad de engendrar un varón que dé continuidad a la real dinastía de su esposo.

—Detesto el dolor, pero me produce más miedo la perspectiva de no concebir un heredero —dice la reina compungida. Aunque la mayor parte de los días se muestra alegre y jovial, hecho que satisface en alto grado a su esposo Felipe, es propensa a las rabietas y sufre muchos cambios de humor.

—No se angustie, señora, seguro que muy pronto le llegará el período y podrá satisfacer los deseos del rey. Mientras tanto, ha de procurar ser fuerte y ocuparse en cosas que la hagan feliz. Me entristece mucho verla tan abatida.

El taller que han improvisado para la ejecución del retrato está en el último piso del Alcázar. Es un día benigno de principios de marzo y la luz entra a raudales por las puertas abiertas del balcón. A sus pies, la ciudad de Toledo yace como si fuera una de las famosas maquetas de Leonardo, concebidas para hacer realidad lo que fueron sus fabulosos sueños. Isabel da un paso adelante y contempla las vistas. Es un mundo extraño para ella, acostumbrada al verdor y a los bosques de su Francia natal. El río Tajo, que a su paso por la ciudad se encajona entre rocas, se despide de ella serpenteando entre una pardusca maraña de campos de cultivo. «Ojalá Sofonisba tenga razón y pueda quedarme embarazada, pero, ¿ser fuerte y no preocuparme más que de ser feliz?, ¿qué sabe ella de lo complicada que puede ser la corte?»

En efecto, aunque Isabel ha llegado hace muy poco a España, ya conoce los amoríos que el rey tiene con Isabel Osorio, una de las

principales damas de compañía de su apreciada hermana. Además, la camarilla española a su servicio le ha declarado una guerra abierta a la francesa. No soportan que Madame Clermont, la dama favorita de Isabel, determine la rutina diaria de la reina. Las peleas son constantes y han llegado incluso a oídos del rey, que se resiste a contrariar a su esposa y se ha negado a devolverla a Francia. Todo ello contribuye a que Isabel se sienta insegura y que su alegría natural se vea resentida.

—¿Y usted cómo lo sabe? —pregunta cuando por fin sale de sus cavilaciones—. No quiero ofenderla, pero se ha pasado la vida rodeada de cuadros y nadie le ha exigido lo que a mí se me exige.

Sofonisba se queda dubitativa. Tiene ganas de hablarle de Sofonisba de Cartago y de cómo, siendo una mujer en un mundo dominado por hombres, fue capaz de rehacerse de las calamidades y ser feliz con su propio camino, pero lo piensa mejor y decide no hacerlo. Aparte de inútil, sería muy arriesgado. Si la historia llegara a oídos de la condesa de Ureña sería catastrófico. La dama era famosa por la rigidez de sus costumbres y por su cercanía al rey, y sin duda aprovecharía la ocasión para expulsarla a patadas de la corte.

—Su majestad tiene razón. Yo no soy nadie para darle consejos. Lo único que puedo pedirle es que por favor pose otro rato para mí —le responde dócilmente Sofonisba mientras hace una somera reverencia.

A finales de ese mismo año de 1560, Isabel contrajo la viruela y tuvo que guardar cama durante unas semanas. Los médicos, que ya se venían quejando de lo poco que se cuidaba la reina, (comía mal y a deshoras), le dijeron a su majestad que aquellos aires toledanos no le venían bien a su mujer. Toda vez que Felipe II ya tenía pensado trasladar la corte a Madrid y las obras de remodelación del Real Alcázar estaban ya avanzadas, en cuanto Isabel se repuso dio orden de que empezara la mudanza. Entre las mejoras introducidas en el edificio, destacaban el Patio de La Reina y las dependencias que lo rodeaban destinadas a la nueva consorte: la Torre Dorada, que presidía la arista suroccidental del alcázar, y los ostentosos salones, decorados por los mejores artistas del Imperio.

En Madrid, Isabel de Valois recuperó no sólo la salud sino también la alegría de vivir. Disfrutaba mucho en los amplios espacios del palacio y en las extensas arboledas donde podía montar libremente a caballo, así como durante el sinfín de actividades lúdicas que organizaba con sus damas: bailes de máscaras, danzas cortesanas y partidas de cartas. Además, y posiblemente debido a su mejor talante, en el mes de agosto tuvo su primer período menstrual, al término del cual pudo por fin yacer en el tálamo del rey y entregarse a su esposo.

A todo esto, la reina espaciaba cada vez más sus clases de dibujo y

Sofonisba dedicaba casi todo su tiempo a la pintura. En calidad de dama de compañía no podía firmar sus obras ni cobrar un estipendio por ellas al margen de su sueldo. Este hecho, lejos de perjudicar su creciente fama, hizo que aumentara el interés de los miembros de la corte en ser retratados por la célebre artista. En este período tan productivo hizo varios retratos del rey y de la reina, que fueron enviados como presentes a distintas personalidades extranjeras. También retrató a Juana de Austria y a otros integrantes de la familia real, como fue el caso de Alejandro de Farnesio. [Fotos 7 y 8]. Sus cuadros, alejados de la rigidez del estilo español que imperaba en la corte, cuyo máximo exponente era Alonso Sánchez Coello, eran capaces de mostrar la personalidad de los modelos, no sólo a través de la expresión del rostro, sino también utilizando elementos alegóricos que daban información adicional sobre la psicología de la persona inmortalizada en el lienzo.

En cuanto a sus pensamientos íntimos, Sofonisba seguía acordándose con frecuencia de su homónima cartaginesa, cuya historia la ayudaba a superar los momentos en los que se sentía desdichada, al estar lejos de sus hermanas y de su Italia natal. En esos instantes de zozobra, agudizados por las punzadas de dolor que le producía el recuerdo de Orazio Vecellio, de quien no había recibido todavía noticias, deseaba con todas sus fuerzas que el búho volviera a aparecer. Desde hacía tiempo tenía la convicción de que su figura estaba relacionada con su antepasada Sofonisba de Cartago y, aunque no pensaba preguntárselo la próxima vez que apareciera para no disgustarlo, tenía la esperanza de que él mismo fuera quien le explicara el vínculo.

Y era justamente por esa razón, además de por ejercitar sus músculos, por la que cada amanecer se dirigía a la Torre Dorada del alcázar y subía decenas de veces sus cincuenta escalones.

Y fue así como una madrugada se encontró con el búho, que, aprovechando la quietud fantasmal del enorme palacio, había entrado volando por una de las ventanas con el afán de encontrarse con una gran pintora.

Capítulo 28

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

Después del gran revuelo que se había formado en el Senado el día de su comparecencia y de la subsiguiente crucifixión pública de Ahirom, se celebraron por todo lo alto los esponsales entre Sofonisba y el príncipe Masinisa, heredero del rey de los masilios. Aunque el númida era muy atractivo y eso hacía las cosas mucho más llevaderas, como casi todos los hombres poderosos, estaba pagado de sí mismo y era un saco sin fondo de ambición.

Esa misma noche, mientras sus cuerpos se entrelazan por primera vez en su nueva morada de la ciudad de Cartago, el apuesto guerrero le confiesa a su esposa que las incursiones que realiza para hostigar a las caravanas de mercaderes púnicos son su entretenimiento favorito, y que ahora ella tendrá que idear algún modo para compensarle por ese gran quebranto. Por toda respuesta, Sofonisba, que todavía no ha recurrido a sus mejores armas, le agarra con suavidad los genitales y comienza a besárselos. Al poco tiempo, en cuanto observa que el generoso pene de su príncipe está más enhiesto que el *pilum* de un decurión romano, se lo mete en la boca y comienza a lamérselo, al principio despacio, después un poquito más rápido, y luego con un ritmo cada vez más enérgico, como si quisiera extraer de su bálano algún tipo de elixir que pudiera recomponerle el alma. A estas alturas, los aullidos de placer de Masinisa pueden escucharse en todo el desierto de Numidia. Los espasmos de la eyaculación ya se han apoderado de su cuerpo y por mucho que quiera retrasar el orgasmo no logra controlarse. Y entonces, en una explosión de esperma como nunca antes había experimentado, Masinisa contorsiona de golpe el arco de su espalda y luego se deja caer sobre su blando lecho: apenas lleva una hora con aquella mujer y ya está más exhausto que si hubiera combatido él solo contra cien enemigos.

«Podemos fornicar tanto como desees, pero ten por seguro que no te voy a proporcionar un heredero. Mi cuerpo sólo me pertenece a mí, y no estoy dispuesta a concebir otro hombre que sólo sirva para armar otra guerra», piensa Sofonisba mientras con un paño limpia el estropicio que ha ensuciado las sábanas. Estando en Hispania, ya había utilizado los remedios anticonceptivos de su madre y habían funcionado.

Tras un mes sin separarse de Sofonisba, Masinisa, que había empezado a percibir que si no se alejaba de aquella hermosa hembra acabaría por quedarse en los huesos, fue requerido por el Senado para que, con la ayuda de su caballería, condujera un destacamento de cincuenta elefantes hasta el cuartel general de Nueva Cartago. Para tal empresa, en los astilleros del puerto militar se estaba construyendo una flotilla de sesenta trirremes. Una vez cumplida su misión, tendría

la posibilidad, si así lo deseara, de unirse al ejército de Aníbal en el asalto a las ricas tierras de la parte noroccidental de Hispania, habitadas por los fieros vetones y vacceos.

Cuatro meses más tarde, después de una accidentada travesía en la que perdieron cinco naves y seis elefantes, las tropas llegan al puerto de Gadir, para desde allí costear tierras ya sometidas y alcanzar sin más contratiempos la inexpugnable fortaleza que Asdrúbal *el Bello* había construido en Qart Hadasht.

—Me alegro de conocerte —dice Aníbal en cuanto Masinisa desembarca rodeado de su guardia personal y vestido como si fuera un rey. De momento sólo es el heredero de una parte del reino, pero quiere dejar claro desde el principio que aspira a destronar a Sifax y a imperar sobre toda Numidia.

—Eso mismo digo yo —responde el príncipe masilio—. Tenía ganas de ver con mis propios ojos al general que pretende cruzar los Alpes con estos animales —dice a continuación, mientras señala a las bestias que salen a trompicones de los buques emitiendo barritos.

Aníbal mira a los paquidermos con complacencia. Tal como imaginaba, Sofonisba había cumplido su palabra. De un solo golpe había eliminado al sufete traidor y obtenido el apoyo incondicional del resto del Senado.

—Ahora ya lo tienes ante ti —responde el cartaginés irguiéndose todo lo que da su estatura. El númida es muy alto y no le gusta tener que mirar a nadie desde abajo—. Te ofrezco que me acompañes, tengo por cierto que tu caballería es la mejor del mundo —apostilla después, sabiendo que toca una fibra sensible.

Masinisa enseguida detecta que quiere darle coba y saca a relucir una fila de dientes impoluta. Tiene dieciocho años y la buena suerte de conservarlos todos.

—Veo que esa mujer que tengo por esposa te ha contado que me puedes embaucar con lisonjas. No te fíes de ella. También me ha prevenido sobre ti —le responde el príncipe, que ha dado dos pasos para situarse en un sitio más elevado y poder así mirarle desde arriba.

—Ja, ja, ja —se ríe Aníbal dándole unas palmadas en la espalda. «Es cierto que se le ve orgulloso, pero qué diantres, un pusilánime no puede ganar guerras». En cuanto al asunto de Sofonisba, reconoce que, aunque fuera él quien le ordenó que se alejara de su lado, todavía le duele pensar que está con otro hombre—. Vayamos a mi tienda, te invito a una copa de vino —dice finalmente el general de Cartago. Beber lo ayudará a espantar ese dolor que le lacera el alma.

En la primavera del año 220 a.C., Aníbal Barca y su ejército de diez mil soldados, tres mil jinetes púnicos y cuarenta y cuatro elefantes, acompañado de su lugarteniente Maharbal y sus hermanos menores

Asdrúbal y Magón, partieron con dirección a Cástulo[63]. Los acompañaba Masinisa, aspirante a rey y comandante de los tres mil hombres que sumaban los númidas. Deseoso de establecer alianzas con las tribus locales, en Cástulo, Aníbal se desposó con la princesa Imilce. Poco después inició la conquista de Arbucala y Helmántica[64], enclaves de gran importancia por la enorme cantidad de grano producido en sus tierras.

—¿Y cuál va a ser nuestro próximo objetivo, mi general? —pregunta el lugarteniente de Aníbal cuando, días después, ya de vuelta en Nueva Cartago, están celebrando el triunfo obtenido contra un gran contingente de rebeldes que se habían congregado cerca del río Tagus[65].

El grupo de oficiales está reunido en el palacio de Asdrúbal *el Bello*, en los mismos aposentos en los que el gran traidor guardaba su riqueza. Los brazaletes de oro, los collares de gemas, los cálices de plata y el resto de objetos valiosos habían sido enviados a Cartago, no así los colmillos y las cornamentas, que siguen adornando las paredes, ni tampoco las exquisitas pieles oveja y de león, con las que cubren el suelo para impedir que la humedad se les meta en los huesos. Aníbal lleva una túnica blanca con ribetes dorados y está recostado sobre una montaña de cojines. A su lado, una esclava escancia vino en su copa de bronce. Está contento, Imilce ha sabido satisfacerle casi tan bien como en su momento lo hiciera Sofonisba. La victoria y el posterior esparcimiento son la única medicina que Aníbal está dispuesto a tomar de por vida. No quiere saber nada de médicos ni de remedios celtas, excepto quizás cuando necesite deshacerse de alguien.

—Has combatido bien, Maharbal, y te merecerías conocer la respuesta, pero, amigo mío, muchos son los oídos que con una información como esa podrían traicionarnos —dice Aníbal con buen humor, señalando a la vez al grupo de esclavas que se ocupan de servir el banquete—. Por una vez bebamos este vino y comamos estos sabrosos platos sin pensar en la guerra. Mañana habrá más batallas que librar. —Luego coge su copa y lanza un brindis para que lo coreen todos sus oficiales:

—Por Cartago. Y por Baal Hammon y Tanit, para que los dioses siempre nos acompañen.

—Por Cartago, y por Aníbal, nuestro gran general —replican todos a una mientras entrechocan sus rebosantes copas.

Después de esta gran victoria, el general se dedicó a tejer alianzas con los pueblos que habían luchado contra él. Conscientes de que la única manera de sobrevivir era ponerse de parte de los cartagineses, se avinieron a contribuir con soldados y provisiones suficientes para nutrir su ejército. De esta forma, en poco tiempo, Aníbal logró reunir

más de cien mil hombres y doce mil jinetes. Ahora sólo le hacían falta dos cosas para iniciar la conquista de Italia: eliminar a los pocos enemigos que todavía le quedaban en esas llanuras polvorientas, y conseguir todo el oro que le fuera posible. Era muy consciente de que mantener alta la moral de sus hombres dependía en gran medida de que tuvieran el estómago y los bolsillos llenos.

Y por ese doble motivo, en mayo de 219 a.C., los cartagineses pusieron cerco a la ciudad de Arse[66], aliada de Roma. Lo que en un principio parecía que iba a ser un juego de niños les llevó ocho meses de un asedio brutal. Cuando finalmente la plaza se rindió, en venganza por todas las bajas que les habían causado y para que sus soldados pudieran resarcirse y cobrar su botín, Aníbal ordenó masacrar sin compasión a todos sus habitantes.

Un mes antes de que cayera Arse, como respuesta a la llamada de auxilio de los saguntinos, el Senado de Roma envió una embajada a Cartago encabezada por el dos veces cónsul y una vez dictador, Quinto Fabio Máximo. Lo acompañaban los magistrados nombrados aquel año y un representante de la familia Escipión. El distinguido grupo había llegado en dos quinquerremes con una escolta de veinticuatro lictores y un manípulo de ochenta legionarios, pero todos ellos fueron desarmados y obligados a quedarse en el puerto. Una vez tomadas estas disposiciones, no sin que los romanos protestaran acaloradamente ante los chambelanes, la comitiva fue conducida ante las puertas del edificio que albergaba el Senado, donde tuvieron que esperar más de media hora bajo un sol de justicia.

—Sufetes y senadores de Cartago —aúlla Fabio Máximo en latín con un humor de perros cuando acceden al interior del hemiciclo. Tiene la lengua y los labios resecos y el sudor hace que la *toga praetexta*[67] se le pegue a la piel—. Se está cometiendo una gran tropelía en las tierras de Hispania y exigimos que, en virtud del tratado de paz, retiren sus tropas hacia el sur. De lo contrario nos veremos en la obligación de defender a nuestros aliados.

Ante esta poco cortés intervención, no sólo por no haber pedido permiso antes de tomar la palabra sino por haber usado el latín y un tono rayano en lo provocador, los miembros del Consejo comienzan a insultar a los senadores romanos sin ningún tipo de freno. Durante cinco minutos, en los que incluso se ven volar objetos y algún escupitajo en dirección a los honorables integrantes de la delegación, ninguno de los dos sufetes interviene ni trata de calmar los ánimos de sus ciento cuatro airados senadores.

Fabio Máximo y los cónsules procuran mantener una aparente calma. Sin embargo, el abundante sudor que les cae por la frente evidencia su pánico. Y para colmo, ni siquiera les han permitido

conservar sus espadas. Por el cariz que están tomando los acontecimientos, parece que la estrategia seguida por Quinto ha sido equivocada.

—Estimados senadores romanos —dice por fin en griego el mandatario que había sustituido al defenestrado Ahirom. Domina también el latín, pero no va a rebajarse a utilizar el idioma de los que osan hablar sin su autorización—. Mi nombre es Magón y yo también repruebo su poca diplomacia. Pero bueno, dejémoslo estar, no podemos pretender que un ratón se comporte como si fuera un gato —añade sabiendo que sus correligionarios van a reírle el chiste.

»Pero dejémonos ya de circunloquios y vayamos al grano —continúa el sufete—. Según el acuerdo del Ebro, que Roma firmó con Asdrúbal *el Bello* antes de su funesta muerte, todas las poblaciones al sur de ese gran río se quedarían bajo nuestra influencia. Si los saguntinos son demasiado orgullosos como para aceptarlo, no es un problema nuestro. Creo, Quinto Fabio Máximo, que se han equivocado de destino. Tendrían que haberse dirigido a Arse para recomendarles que entraran en razón —termina diciendo entre la algarabía formada por un centenar de jerarcas coreando a su líder.

Fabio Máximo, orador de gran habilidad y curtido en cientos de batallas, recupera enseguida la compostura y adquiere un tono un poco más pragmático.

—Olvidaremos los insultos y las comparaciones con ciertos animales, al fin y al cabo estamos en su casa y no podemos imponer nuestras normas, pero lo que no podemos olvidar son los compromisos con nuestros aliados. Por eso vuelvo a preguntarles: ¿van a retirarse de Sagunto, o no? Una de las respuestas implica la paz, la otra lamentablemente implicaría la guerra. En su mano está la decisión.

Ante estas descarnadas palabras, que no por esperadas resuenan menos amenazantes, en la sala se hace un silencio omnímodo. La tensión, que ya era palpable antes de que Máximo pronunciara su órdago, sube hasta tal extremo que parece que hasta una simple tos podría provocar una carnicería. Pese a ello, habida cuenta de que los cartagineses sienten un enorme respeto por las delegaciones extranjeras, incluso estando formadas por unos romanos petulantes, el magistrado pide calma a la audiencia y se dispone a hablar.

—Nosotros deseamos la paz, pues la guerra sólo trae destrucción. Olvídense de Sagunto, olvídense de Hispania, y olvídense de los cartagineses. Si hacen esas tres cosas, estaremos encantados de hacer negocios con ustedes. Incluso, por qué no, podríamos ser amigos —responde Magón sosteniéndole la mirada al que fuera dos veces cónsul y una vez dictador.

Fabio sonríe para sus adentros. Está a punto de obtener lo que ha ido a buscar a ese rincón de África.

—En ese caso, no queda otro camino que la guerra —dice Quinto Fabio Máximo, que desde que abandonó Roma estaba deseando pronunciar esa frase. Sus ambiciones eran grandes, y con la paz no habría forma de llegar a colmarlas.

El sufete no había dudado en ningún momento de que Roma elegiría la guerra, por eso, en vez de contestar, da la audiencia por finalizada y ordena que los cónsules sean conducidos de regreso a sus naves.

A todo esto, por intermediación de su padre, Sofonisba había podido escuchar las deliberaciones que habían tenido lugar en el Senado desde un cuarto contiguo. Aunque era partidaria de Aníbal y le había ayudado en su proyecto, hubiera preferido que los romanos aceptaran la alternativa propuesta por Magón. Aunque entendía que en este caso la guerra era necesaria para poder liberarse de las cadenas con las que Roma los tenía sojuzgados, estaba convencida de que la paz era un fin superior que había que buscar. Ése era el tema central de la obra de Safo que tanto le gustaba releer y sobre el que aún seguía meditando.

A las pocas horas de que se marchara la delegación encabezada por Quinto Fabio Máximo, todavía rumiando estas disquisiciones, Sofonisba se vistió con una túnica sencilla y salió a pasear. La tarde era fresca e invitaba a ejercitar las piernas, tanto que, sin reparar en ello, se hizo de noche y se le echó encima la oscuridad. En su deambular desde la vivienda que le habían asignado por casarse con un enemigo de su pueblo, se había dirigido al barrio industrial de los orfebres. Le fascinaba ver cómo los herreros fundían los metales para fabricar espadas y corazas, cómo los alfareros trabajaban el barro para convertirlos en vasijas y ánforas, cómo los ebanistas transformaban los árboles en muebles, y cómo los mercaderes firmaban contratos para llevarse todos esos artículos con sus bestias de carga hasta los barcos del puerto comercial. Tras quedar ahíta de aquella muchedumbre y de los acres olores que desprendía tamaña actividad, se encaminó hacia la arboleda que rodeaba el Tofet, el santuario donde se enterraban las cenizas de los niños que no habían vivido lo suficiente como para realizar los ritos puberales. Mientras observaba las urnas de piedra, alineadas de forma irregular en lo que se asemejaba a un proscenio macabro, pensaba en los días en que tuvo que abandonar su patria por el riesgo de que los sufetes invocaran el *molk*. De haber sido así, sus propios restos podrían haber yacido en uno de esos nichos.

En la arboleda la quietud es total. El canto de los grillos y el croar de las ranas es apenas un murmullo lejano. Las estrellas brillan con fuerza en el firmamento y la luna todavía no ha hecho su aparición. Los pinos proyectan unas sombras tenues, como si fueran espíritus que quisieran ahuyentar a la noche. Sofonisba se ha sentado a los pies de

un gran árbol y se ha recostado en una angostura de su tronco. La brisa nocturna es fresca, pero no le importa; le recuerda a las madrugadas que se pasaba observando planetas en compañía de Sosilo. Podría estar asustada, pero no lo está; en aquellos parajes no hay osos y las frecuentes patrullas de soldados desalientan a las bandas armadas. En cuanto a los ladrones, ella es capaz de vencer a cualquiera. Le gusta estar sola y a oscuras, es entonces cuando su mente logra penetrar mejor la verdad de las cosas.

«¿Cómo podría demostrar que la Tierra gira sobre sí misma? Si tuviera un artefacto volador y pudiera ascender con él a una distancia suficiente, quizás podría distinguir su curvatura y ver como da vueltas. Por desgracia, no lo tengo, y a día de hoy no se me ocurre la forma de poder construirlo… Por mucho que haya leído, por mucho que me devane los sesos siempre me topo con la misma pared infranqueable: el observador no puede coincidir con la cosa observada», piensa Sofonisba sin darse cuenta de que se había dormido.

Entonces Goewin, que había sido quien la había guiado hasta los pies de aquel tejo milenario, se ofreció a responder a lo que hasta ahora nadie había podido responderle.

Capítulo 29

—¿Has terminado ya? —pregunta Bencomo cuando Sofonisba emerge de su cuarto. Durante las tres horas que lleva encerrada no ha parado de teclear en el portátil y de imprimir folios en una mini impresora que lleva a todas partes. Cuando sale de la habitación, su cara se ha transformado por completo: no hay signos de tristeza y una gran sonrisa ilumina su rostro.

—¡Aquí lo tengo! —dice en tono triunfal—. Doscientas páginas en las que se narra la leyenda de nuestra familia, que se remonta a los tiempos de Sofonisba de Cartago, allá por el siglo segundo antes de nuestra era. Por cierto, ¿te he dicho que mi nombre es Sofonisba? Sofi sólo es un diminutivo cariñoso.

—¿Cómo dices…?, ¿So…fo…nis…ba…? —logra tartajear Bencomo al cabo de no sabe cuánto tiempo.

—Sofonisba Malvezzi, para ser más exactos.

El muchacho, que no había escuchado ese patronímico en su vida, abre la boca tratando de balbucir alguna frase pero no lo consigue.

—Venga chaval, no pongas esa cara, a ver si te pensabas que eras el único con una genealogía interesante —le dice Sofi sentándose junto a él en el sofá. Después coloca el manuscrito encima de sus rodillas y empieza a leer por la primera página…

—¡Eh, eh…, un momento…! —la interrumpe Bencomo, que de alguna manera ha conseguido reiniciar sus neuronas—. Todo eso me parece muy bien, pero antes de que te embales quiero mostrarte algo… —Luego se levanta y se va hacia el fogón, donde hay varios platos listos para servirse.

Emocionada como estaba por haber puesto punto final al manuscrito, Sofonisba ni siquiera había notado el olor a comida. No obstante, en cuanto ve los cuencos de ensaladilla rusa, la fuente de pasta y las copas de vino, se le despierta una voracidad pantagruélica.

—¡Qué buena pinta! Ahora que me acuerdo, las tripas no han parado de rugirme mientras aporreaba las teclas de mi computadora, pero por favor, saca primero una tercera copa. Tengo la corazonada de que muy pronto podrás conocer a mi padre.

Benco no comprende qué tiene que ver un asunto con otro, pero viéndola otra vez tan contenta, hace lo que le pide sin preguntarle nada.

El apartamento de Sofi es acogedor a la par que espacioso. En el piso superior hay una azotea desde donde las vistas son espectaculares. A pesar de que Bencomo se muere por conocer la leyenda de su familia y de que a Sofi le bulle la cabeza imaginando los siguientes pasos que ha de seguir para dar con su padre, suben a la terraza para comer y disfrutar del vino. Aunque ya ha oscurecido, el

mar y la arena de la playa resplandecen bajo la luz amarillenta de la luna. Una hilera de farolas ilumina el paseo marítimo, salpicado de palmeras canarias y de uvas de mar. La temperatura es benigna y los turistas apuran la tarde antes de volver a sus hoteles situados en el sur de la isla. Los vecinos pasean a sus perros y las parejas se abrazan mientras escuchan el rumor de las olas. Y al mismo tiempo el mundo gira sobre sí mismo sin importarle nada.

Cuando han saciado el hambre y han terminado de brindar, Sofi coge de nuevo el manuscrito y comienza a contarle a Bencomo la historia de su ilustre antepasada Sofonisba de Cartago, mujer fuerte y bella allí donde las hubiera, valedora a ultranza de su patria, astrónoma brillante, calculadora y fría, conquistadora del corazón de reyes, pero sobre todo, conductora sin igual de su propio destino.

—Entonces, ¿qué es lo que has corregido?, ¿sólo lo que tiene que ver con el búho Baumwächter? —pregunta Benco cuando ha terminado de escuchar su relato.

—Básicamente, aunque también he cambiado algún otro pasaje. Todavía no consigo entenderlo, pero estoy segura de que Baumwächter tiene que ser la clave —dice extendiendo las manos en el aire como si pretendiera despejar una incógnita.

Han vuelto al piso de abajo y se han sentado otra vez en el sofá. Bencomo se retrepa en su asiento y se rasca el cogote. Hay algo que todavía no capta.

—¿Pero qué relación guarda todo esto con el secuestro de tu padre en Sicilia?

Sofi se aclara la garganta antes de contestar.

—Mi padre tenía la sospecha de que Sofonisba Anguissola había escondido información adicional sobre la leyenda en uno de sus lienzos. Durante varios lustros se dedicó a buscarlo, con la mala suerte de que hace tres años lo encontró en Sicilia, en el seno de una familia del barrio de Brancaccio. Y digo mala suerte porque, cuando después de entrevistarse con el dueño y pedirle prestado el cuadro a cambio de mil euros salió a la calle, un mafiosillo de tres al cuarto que andaba por allí decidió seguirle los pasos, que le guiaron finalmente hasta la iglesia de San Giorgio dei Genovesi, lugar en el que mi padre se supone que encontró los papeles que había escondido la pintora.

Mientras escucha, Bencomo le hace un gesto a Sofonisba para que estire las piernas y las ponga encima de las suyas. Luego le quita los calcetines y empieza a darle un ligero masaje.

—Lo siguiente que sabemos —continúa diciendo Sofi dando muestras de que le encanta que le toquen los pies—, según averiguó un detective privado de nombre Luigi Nelco, es que al salir de la iglesia obligaron a Orazio a subirse a una Fiat Ducato (había una

cámara en las proximidades que lo registró todo). De las pesquisas posteriores llevadas a cabo por la policía se indujo que quienes se lo llevaron pertenecían a la Cosa Nostra de Palermo, ya que el macarra que lo siguió hasta la iglesia era miembro de la organización.

—¡*Ñosss, se le riscó la perra*[68] yendo justo a toparse con la mafia italiana! —interviene Bencomo.

—*¿Se le riscó la perra?*

—Sí, que tuvo mala suerte, una expresión que usamos por aquí.

Sofonisba lo mira sorprendida. Hasta ahora apenas le había escuchado soltar canarismos y le resulta extraño.

—¡Ay! ¡Cómo duele! —se queja un instante después.

—Por lo que observo usas zapatillas demasiado pequeñas —dice Bencomo, que ha notado que Sofi tiene el dedo meñique agarrotado y se lo está estirando.

—Sin embargo —prosigue la joven, ignorando el apunte sobre su anatomía—, pese a que pudieron identificarlo enseguida, no ha habido manera de localizarlo y desde entonces ya han pasado tres años.

—¿Y llevas todo este tiempo sin noticias…?

—Lo único que sé de él desde aquel día fatídico, es lo que ponía en la carta que me llegó dos semanas más tarde a la dirección postal de mi casa en Madrid, que reza lo siguiente: (y aquí Sofonisba le recita la misiva de memoria).

»Y esa es la historia resumida de lo que según la policía es ya un asesinato. Me dicen que, por la experiencia que tienen con este tipo de secuestros, casi con total seguridad Orazio Malvezzi está muerto y es mejor que lo acepte. Pero yo les digo que están equivocados, porque si no, ¿cómo podría mi padre haber enviado esa maldita carta? ¿Acaso le dijo a uno de sus captores: «venga majo, lleva este sobre a la estafeta y ponle un sello para enviarlo a España, que mi hija estará deseosa de tener noticias de mi parte?» Personalmente, yo creo que eso no tiene ningún sentido.

—¡Qué poca empatía!, ¿eh? En vez de machacarte así, tendrían que haberse espabilado y hacer bien su trabajo —dice el muchacho, a quien le gustaría poder ser un poco más de ayuda—. Pero, ¿qué dice tu detective?, ¿es también él de la misma opinión?

—Eso es lo que iba a contarte, lo que hablé con Luigi Nelco la segunda vez que fui a verlo a Sicilia. Porque, según lo que dedujo, es muy probable que Orazio Malvezzi llegara a un pacto con sus secuestradores y después se fuera de viaje.

Llegados a este punto, Bencomo tiene el cerebro como si se lo hubieran extraído del cráneo y lo hubieran metido en una freidora. Reconoce que si él mismo no hubiera hablado con el ave de marras, habría creído que esa chica estaba experimentando una crisis nerviosa. Pero como había tenido esa experiencia insólita, a partir de la cual su

vida se había transformado radicalmente para bien, da por ciertas todas y cada una de las palabras que acaba de escuchar. Y sin decir nada, le pone otra vez los calcetines para que no se le enfríen los pies y le hace entender a Sofonisba que está ansioso de conocer el contenido de esa conversación.

Capítulo 30

—No lo creo, señor Nelco, si así fuera le aseguro que cuando lo tenga delante voy a patearle el culo hasta que dé con sus huesos en Australia —responde Sofonisba cuando Luigi le sugiere que su padre ha logrado escapar de sus secuestradores y se ha marchado él solo de viaje.

—Entonces, ¿qué alternativa hay? ¿Conoce usted el principio de parsimonia o navaja de Ockham? —replica el investigador después de escuchar a su clienta descartar su teoría.

Atardece y el bullicio en el restaurante es cada vez más ensordecedor. Hoy no está Speedy González atendiendo las mesas y los huéspedes del hotel se agolpan al lado de la barra para hacer sus pedidos. El repiqueteo de los platos y el retiñir de la cubertería se suman a los gritos de la gente compitiendo por pedir un café.

—Vayámonos de aquí —dice Sofi harta de tanto ruido—. Subamos a mi cuarto, el mini-bar está muy bien surtido.

Acomodados ya en las butacas de su habitación y con dos zumos de tomate por todo refrigerio, Sofonisba invita a Luigi a que le explique lo que ella ya conoce por haberlo estudiado.

—Según argumentó Guillermo de Ockham en el siglo XIV, ante un fenómeno o unos hechos concretos, la explicación más simple suele ser la que tiene más probabilidades de ser la verdadera —se explaya el detective sin dárselas de listo. Se imagina que la joven, que tiene un doctorado y varias licenciaturas, le ha permitido hablar para no dejarlo en evidencia.

—Me parece muy aleccionador, pero el fraile ése no tuvo que vérselas con unos sicarios de la mafia.

—¿Cómo sabe usted que se trata de un fraile?

—Creo que lo leí en una novela japonesa, aunque quizás fue en algún ensayo filosófico, no lo recuerdo bien. —Y luego le lanza una sonrisa tan franca que Luigi no tiene más remedio que ponerse a reír.

—Muy aguda, *signorina* Malvezzi, eso ha sido un golpe bajo. Pero dígame usted, ¿hay alguna otra explicación una vez que hemos deducido que sus secuestradores no le han ayudado a enviar esa carta?

—Lo cierto es que no se me ocurre ninguna, pero tiene que haberla. Quizás los pudo convencer. Mi padre es un gran orador.

—Puede ser. ¿Por qué no me habla de él y de sus intereses? Es posible que estemos pasando por alto algún detalle de importancia crucial.

Sofonisba hace tintinear el vaso con el zumo, al que le ha añadido dos hielos y un poco de pimienta.

—¿Y qué desea saber?

—Usted me dijo que su padre es historiador y que es especialista en la historia del Imperio romano. ¿Es correcto? —pregunta Luigi con

su sempiterno cigarrillo en las manos. Sabe que encenderlo sería equivalente a profanar el templo de Venus en el foro de Roma.

—Así es —dice Sofonisba, que todavía no sabe a dónde quiere llegar el detective.

—Y dentro de ese tema tan amplio, ¿hay algo que acapare su interés por encima del resto?

—Sí que lo hay, incluso ha escrito varios libros al respecto. En ellos explica las causas económicas que condujeron primero a las guerras civiles y por último al desmoronamiento absoluto del Imperio. También describe el caso contrapuesto de Bizancio, que gracias a que logró mantener el valor de su moneda, el besante, y no se dedicó a devaluarla para sufragar los gastos militares, perduró hasta bien pasado el cambio de milenio.

—¿Las causas económicas? —pregunta Luigi intrigado.

—Eso mismo. Fueron fundamentalmente tres; la corrupción de los emperadores, la deuda galopante del Estado pagada mediante las sucesivas devaluaciones del áureo, y la inflación. ¿A qué le suena esto?

Luigi se rasca la cabeza. En un acto reflejo saca un mechero del bolsillo, pero según ve la mirada inquisidora de Sofi lo deja sobre la mesita y le da un trago al zumo de tomate.

—Esto está muy rico —dice con tono irónico—. Me suena a la Italia de 2019.

—Lo mismo que la España actual y la España de Felipe II. ¿Sabe en cuántas bancarrotas incurrió el Imperio español antes de desmembrarse?

—Dígamelo usted, yo apenas aprobé el bachillerato.

Sofonisba no conoce el historial académico de Luigi, pero le suena a trola.

—Nada menos que en tres, aunque en su defensa hay que decir que la primera la heredó de su padre. Pero a pesar de que ese hándicap podría haberle servido de aprendizaje, lejos de enmendar la situación, la agravó, dejando a su muerte una deuda cuatro veces mayor de la que existía cuando llegó al poder.

A Luigi le hubiera encantado estudiar Historia y, según escucha a Sofonisba, se propone comprarse un libro para conocer al menos la de su propia patria.

—¿Y qué pretendía su padre? ¿Aleccionar al mundo para que no se incurra en los mismos errores?

—Más o menos. En especial desde que descubrió los postulados sobre el dinero de la escuela económica austriaca, desarrollados por los economistas Karl Menger y Ludwig von Mises entre otros.

—¡Uf!, eso suena a un rollo de los gordos.

—¿Le apetece algo de comer? ¿Quizás unas galletas? —pregunta

Sofonisba, que ve que el hombre empieza a ponerse nervioso.

—Se lo agradecería, si no fumo se me baja el azúcar.

La chica se levanta de la butaca, camina unos pasos y abre el mini-bar para coger unas chocolatinas, que Luigi se zampa como si llevara un año sin comer.

—¡Y tanto que es un rollo! —prosigue Sofi cuando ve al detective un poco más calmado—. Por suerte se puede resumir en pocas frases. Básicamente dice que, cuando el Estado se apropia del derecho a emitir la moneda de un país a través de su Banco Central, es muy difícil que los gobernantes no abusen del poder que tienen para emitir dinero de la nada y elevar el gasto público (y de paso enriquecerse ellos y su red clientelar). De esta manera se aseguran que saldrán reelegidos, acumulando crecientes déficits que llevarán primero a la inflación y después a una crisis económica o incluso a la bancarrota, como fue el caso de la República de Weimar, cuya moneda, el marco alemán, se devaluó desde un valor de cambio de 8,9 marcos por dólar americano en 1919 a 4,2 millones por un único dólar en 1923.

—¡Qué barbaridad! ¿Y cómo salieron del apuro?

—Muy fácil, votaron a Hitler, que se hizo con el poder en 1933 y sacó a Alemania de la pobreza. Lo que vino después ya lo sabemos todos.

—Entonces siento decirle que su padre peca de soñador, *signorina*, el Estado nunca va a renunciar al monopolio del dinero, sería como firmar su sentencia de muerte.

Sofonisba no puede estar más de acuerdo con esta afirmación.

—Bueno, tal vez no renuncie de forma voluntaria, pero a lo mejor es la gente quien decide quitárselo. ¿O es que usted sólo quiere utilizar el bitcoin que yo le pago para especular?

Cuando escucha esto, a Nelco no le queda otra que poner cara de culpabilidad. Lo cierto es que Luigi, como buen siciliano, desconfía sobremanera de Roma y su poder central y abraza con extrema facilidad todo aquello que lo ayude a no pagar impuestos. Casi siempre cobra en negro por sus casos y una buena parte de sus ahorros los guarda debajo del colchón. Su madre siempre le inculcó que había que guardar para el futuro y no lo había olvidado. Además, desde que le hablaron del bitcoin y de lo mucho que podría subir, había ido comprando pequeñas cantidades. Por eso, cuando la *signorina* Malvezzi le ofreció pagarle en la criptomoneda, aceptó de inmediato.

—Ya veo que sí —corrobora Sofonisba—. No importa, es una razón legítima, aunque no es la más importante. Lo fundamental es que es un medio de intercambio y una reserva de valor que no requiere de una autoridad central para gobernarlo. Son sus usuarios, los propios participantes del mercado, quienes a través del proceso de minería construyen el libro mayor de la moneda.

Luigi asiente pretendiendo entender, pero en realidad es como si le estuviera hablando en chino mandarín. Aun así responde como puede.

—Todo eso está bien, pero en la práctica podrán prohibirla, confiscarla o destruirla, hay demasiado en juego… —replica el investigador, aunque en el fondo de su corazón le gustaría creerla.

—Lo han intentado infinidad de veces, y seguirán haciéndolo. Felizmente, la red de ordenadores que da soporte a Bitcoin es hoy en día tan potente que ningún gobierno u organización tiene un poder computacional tan grande como para tumbarla. Podrían haberla secuestrado al principio, cuando tenía pocos usuarios, pero entonces se reían de los *cyberpunks* que la habían creado y que la utilizaban para sus absurdeces.

—Vale, vale, ojalá tenga razón, pero no nos desviemos del asunto, por favor. ¿Qué opina su padre de Bitcoin?

—Él no conocía su existencia hasta que le hablé de los veinte *bitcoins* —miente la chica— que gané a cambio de hacer un trabajo allá por el año 2012. Al principio le pareció una tontería, pero según le iba contando mis averiguaciones fue pasando de la reticencia inicial al entusiasmo más absoluto, sobre todo a raíz de descubrir lo que dijo otro economista de la escuela austriaca que ganó el Nobel en 1974, Friedrich Hayek, que en 1984 comentó lo siguiente:

> *"No creo que volvamos a tener alguna vez una buena moneda antes de sacar el tema de manos del gobierno, es decir, no podemos arrancárselo con violencia, lo único que podemos hacer es introducir algo de alguna forma taimada e indirecta que no lo puedan detener*[69]*."*

—Así que su padre cree que Bitcoin es la solución a la inevitable caída y degradación de los imperios.

Sofonisba se quita el pelo del flequillo y se atusa la blusa.

—Sí, podríamos expresarlo de esa forma. ¿Se le ocurre ahora alguna idea que sostenga su teoría de que mi padre escapó y está viajando por ahí?

—Lo cierto es que no, pero no desespere, *signorina* Malvezzi, esta cabeza apepinada es un poco lenta pero muy eficiente. —Y con las mismas se termina de beber el zumo de tomate, se levanta de la butaca y pide permiso para irse—. Mañana vendré a verla. Seguro que mientras me fumo este paquete de cigarros me viene alguna idea. La nicotina es para mí como el sol para las lagartijas, no puedo funcionar sin ella. Buenas noches.

En efecto, a la mañana siguiente Luigi va a visitarla y le da el argumento que la ha mantenido esperanzada los últimos tres años.

—Yo creo que no escapó —le dice después de invitarlo a pasar—.

De alguna manera su padre le prometió algo al jefe supremo de la mafia a cambio de escribir esa carta y continuar con vida. Tengo la intuición de que el tal Baumwächter debe de ser algún tipo de oráculo capaz de predecir el futuro. ¿Puede imaginarse lo que significa un poder semejante?

—¿Es que la mafia tiene un jefe supremo? —pregunta Sofonisba, que lo ignora todo sobre la organización. Tiene tanta prisa por saber lo que ha venido a decirle que ni se toma la molestia de ofrecerle un asiento, y mucho menos algo para desayunar.

—Sí, *il capo di tutti capi*, el sujeto más peligroso de Sicilia: Matteo Messina Denaro.

Sofi intenta hacer memoria, pero ese nombre no le suena de nada.

—¿Y quién si no él querría tener el poder de saber el futuro? ¿Es eso lo que quiere decir, señor Nelco? —responde la joven en forma de pregunta.

—Ha dado en el clavo, *signorina* Malvezzi.

Ω

Sobre las mismas fechas en que Luigi Nelco y Sofonisba Malvezzi mantienen esta conversación, Matteo Messina Denaro, en la comodidad de su guarida en Campobello di Mazzara, no muy lejos de su pueblo natal, Castelvetrano, relee por quinta vez el *pizzino* que le ha hecho llegar uno de sus *capomandamentos*:

"Estimado señor, que Dios lo tenga en su gloria. Estoy en posesión de un cuadro original de la famosa pintora Sofonisba Anguissola y retengo al experto que lo encontró. Afirma que era una antepasada suya. También en posesión de un documento antiguo firmado por la artista diciendo que conoce a un búho que habla en latín. Solicito instrucciones, suyo siempre, TR."

Matteo no acaba de entender plenamente el significado de la nota. Por una parte está claro que Tomasso parece tener un cuadro de Sofonisba Anguissola, una pintora a la que él admira mucho y de la que siempre ha querido tener alguna obra. En su nómina tiene a varios ladrones de guante blanco a los que ha hecho encargos con anterioridad, por supuesto siempre a través de terceros. De esta manera, en su pequeña pero valiosísima colección figuran lienzos como *Flores de Amapola*, de Vincent Van Gogh, robado en 2010 en un museo de El Cairo y *La Pastorale*, de Henri Matisse, sustraído en el mismo año en el Museo de Arte Moderno de París, amén de otras obras menores.

La primera vez que Messina Denaro supo de la existencia de Sofonisba, fue cuando visitó el Museo del Prado de Madrid a finales de los años noventa y vio el retrato que le había hecho a Felipe II durante

su estancia en la corte española. Aunque aún faltaba más de una década para que se hiciera con el control absoluto de la mafia, sus ínfulas de grandeza le habían hecho aficionarse al arte. En plena guerra contra el Estado, entre asesinato y asesinato salía de Sicilia y se dedicaba, entre otras cosas, a visitar museos. Según su criterio, dentro de la organización, en la que aún le quedaba mucho por medrar, había demasiados incultos. Como quiera que tenía que pasar muchos días escondido, otra de sus aficiones siempre fue la lectura. Le gustaban los clásicos, aunque tampoco huía de las novelas policíacas, que le servían para aprender los métodos que utilizaban los agentes de la ley para atrapar a los indeseables. También leía cada nuevo libro que salía relacionado con el tema de la mafia, la mayor parte de las veces para asombrarse de lo poco que sabían de ellos.

El retrato de Felipe II le cautivó enseguida. [Foto 9]. La luminosidad del rostro, la intensidad de sus ojos azules, la delicadeza y minuciosidad de la barba y el bigote, así como su porte regio realzado por una gorra negra con toquilla, le daban al cuadro un estilo único que destacaba sobre el resto de los cuadros de la corte española que estaban allí expuestos.

En ese momento, sólo se quedó con el extraño nombre de la autora. No sería hasta meses más tarde, cuando después de uno de sus crímenes se ocultó en la iglesia de San Giorgio mientras estaban oficiando una misa, que averiguó que había pasado en Palermo los últimos años de su vida y que había muerto en la ciudad. A partir de entonces, buscó más información y pudo visitar las varias obras suyas que todavía quedaban en la isla, mayoritariamente de carácter religioso y ninguna con la misma fuerza que el retrato del rey.

Pero hete aquí que ahora, después de tantos años, si la información de Tomasso era correcta, se le aparecía la oportunidad de añadir uno de sus cuadros a su selecta colección de pinturas. Además, estaba el extraño comentario sobre el búho que hablaba. Por eso mismo, después de leer su nota por quinta vez, tomó la decisión de que, aunque fuera arriesgado, debía salir de su agujero para visitar la finca en la que tenían oculto a Orazio Malvezzi junto con el cuadro que Sofonisba Anguissola había pintado allá por el siglo XVI.

Capítulo 31

—*Quaeso, ne moveas ut mures non terreantur* —dice el búho en latín a modo de saludo.

Al verlo entrar y posarse en una de las vigas, Sofonisba en esta ocasión, no sólo no se alarma, sino que siente como el corazón se le llena de júbilo. Su primer impulso ha sido atosigarlo con una nueva retahíla de preguntas, tantas como ha imaginado en los últimos años, pero como lo último que desea es volver a contrariarlo, hace de tripas corazón y se limita a darle la bienvenida.

—Buenas noches. Espero que se encuentre bien y que haya disfrutado de la cena —dice escuetamente, pues ha sido testigo de cómo acaba de zamparse un ratón.

—Ni que decir tiene que estaba delicioso, pero como usted supondrá, no he venido hasta aquí para hablar del menú —responde secamente el ave una vez se ha tragado a su presa—. Por lo que veo, está pintando un cuadro, señal inequívoca de que es usted la gran artista con quien debía encontrarme —continúa diciendo—. Por cierto, ¿de quién es el retrato?

En efecto, con la idea de que si el búho hacía acto de presencia tuviera la certeza de que era ella la persona indicada, Sofonisba había instalado un estudio en la Torre Dorada y había comenzado a pintar un retrato. Todavía no ha amanecido y el caballete con el lienzo queda iluminado por la luz de la luna.

—Es un perfil imaginario de una antepasada mía llamada Sofonisba Giscón, aunque vestida con ropajes de ahora. [Foto 10]. Si alguien de la corte viera que me dedico a recrear la moda de hace mil setecientos años, me tacharía de loca. ¿Qué le parece?

Antes de responder, el ave parpadea tres veces y suelta una especie de bufido.

—Pues siento decirle que no se le asemeja —dice después con una acritud impropia de un animal; aún recuerda que en su primera entrevista lo había comparado con una cacatúa—. Y ahora, señorita Anguissola, permítame que le trasmita algo: mi nombre es Baumwächter y, por motivos que no vienen al caso, me he visto en la obligación de tener que presentarme aquí a dictarle una nota que, al parecer, será de vital importancia para la sociedad —prosigue el búho sin esperar la aquiescencia de su interlocutora—. Ruego la escriba en el reverso de ese retrato tan poco sospechoso, intuyo que será un lugar apropiado para mantenerla oculta hasta que llegue el momento de que salga a la luz.

Tras escuchar las poco halagüeñas palabras de quien afirmaba conocerse por el extraño apelativo de Baumwächter, y de comprobar que su esperada visita no estaba siendo como ella pensaba, la alegría

inicial de Sofonisba se ha tornado en congoja. Además, son tantos los interrogantes que se agolpan dentro de su cabeza, que le da la impresión de que va a desmayarse: «así que desde el principio se trataba de mí y no es que se hubiera equivocado de persona, pero, ¿cómo es posible que conozca mi nombre familiar? y, lo que es más extraño todavía, ¿cómo es que alguien ha podido obligarlo a dictarme una nota para que luego la esconda en el envés de un lienzo?, ¿y por qué será eso tan importante para la sociedad?... De nuevo, lo primero que se le ocurre a Sofonisba es tratar de disipar sus dudas asediando al búho con toda una letanía de preguntas, en cambio, sobreponiéndose a su desilusión y aun yendo en contra de su naturaleza, se limita a decir:

—Me parece muy bien, deje que prepare una pluma —anuncia mientras rebusca en un recipiente repleto de pinceles—. A renglón seguido, pensando que una única cuestión no podría ofenderle, se atreve a añadir: ¿puede por favor decirme quién es el remitente?

Ante lo que Baumwächter considera que es una actitud muy humana pero poco cortés, encoge las alas de manera ostensible y le dice que su acuerdo no incluye desvelar ese punto. A continuación, dedica el siguiente minuto a dictarle la nota, que consiste en un par de coordenadas y una frase en un idioma que a Sofonisba le suena ininteligible y le cuesta escribir.

—Y ahora, para que esta información no pueda descubrirse, cuando la tinta se seque por completo, debe aplicarle por encima una capa de estuco. Y con esto doy por terminada mi misión. Ha sido un placer conocerla —dice el búho de forma solemne antes de salir volando por una de las ventanas.

Después de este desconcertante diálogo, Sofonisba se queda con una sensación ambivalente. Aunque en un principio la aparición del ave le había causado una alegría mayúscula, la hosquedad de sus palabras y su afirmación de que estaba allí contra su voluntad la habían perturbado. Durante los dos años que llevaba esperando su visita, se había convencido de que la presencia del búho tenía algo que ver con su antepasada Sofonisba y de que, a través de él, podrían quizás establecer un canal de comunicación. No obstante, el mencionado Baumwächter le acababa de dejar muy claro que eso no iba a ocurrir. Pero, ¿qué significaba esa nota y quién, y con qué fin, querría hacérsela llegar? A pesar de sus escasos conocimientos de geografía, Sofonisba había podido deducir que las dos series de números que le había dictado la rapaz podían corresponder a las coordenadas de algún punto del hemisferio norte. Además, la frase, expresada en un idioma del que no tenía noción, la había descolocado por completo, claro que, si lo pensaba bien, «¿cómo podría sorprenderse de algo

sabiendo que provenía de un animal que hablaba? Y ahora que caía en la cuenta, ¿no le había dicho el búho que su retrato no se parecía en absoluto a la persona que pretendía pintar? y, como consecuencia, ¿no evidenciaba eso que la conocía y que quizás hubiera sido ella la que le hubiera forzado a dictarle esa nota?»

A la luz de estas sesudas reflexiones, Sofonisba empieza a sentirse mejor. Aunque todavía ignora el motivo por el que el mensaje pueda ser relevante para el conjunto de los seres humanos, quizá sus intuiciones fueran correctas y Sofonisba Giscón estaba detrás de todo aquel misterio. Entonces, pese a que todavía le embarga una gran ansiedad, como a la sazón está cerca de cumplir treinta años, piensa que lo mejor es tomarse las cosas con filosofía y tratar de averiguar por su cuenta el lugar exacto al que corresponde la ubicación que le han proporcionado. Además, tiene la corazonada de que, llegado el momento, alguien o algo, eso aún no lo sabe, le explicará el sentido de todo aquel enredo.

A lo largo de los siguientes cuatro años, Sofonisba se dedicó casi por entero a la tarea de asistir a la reina. En 1564, después de una dilatada ausencia de Felipe II, que había estado en Aragón por asuntos de Estado, el rey se llevó a la corte al palacio que había ordenado construir en Aranjuez, cuyo proyecto había sido ideado por su padre.

En el curso de varias semanas, Isabel y Felipe disfrutaron de aquel entorno idílico y se volvieron prácticamente inseparables; cacerías, aperitivos a la orilla del Tajo, partidas de cartas, bailes, representaciones teatrales y conciertos, convirtieron aquellas vacaciones en un ameno paréntesis al término del cual Isabel quedó encinta. Desgraciadamente, al cabo de dos meses, la joven reina comenzó a experimentar dolores abdominales y hemorragias nasales que desembocaron en la trágica pérdida del feto.

Durante su convalecencia, Sofonisba no se separó ni un solo día de su cama, en cuya cabecera se alternaba con el príncipe Carlos. Fruto de ello surgió un extraño vínculo entre las tres personas: una reina en una corte extranjera, un príncipe desheredado que se suponía que tendría que haber sido su esposo[70] y una pintora italiana haciéndose pasar por dama de compañía porque así lo exigía el protocolo.

El 1562, cuando Carlos de Austria estudiaba en Alcalá de Henares, sufrió un grave accidente al caerse por unas escaleras mientras perseguía a una sirvienta con fines muy poco decorosos. A raíz de ello, después de haber estado varios días al borde de la muerte, tuvo que ser sometido a una trepanación prescrita por el célebre médico Vesalio, circunstancia que le salvó la vida pero que le trajo secuelas, volviéndolo incluso más cruel e iracundo de lo que ya era

con anterioridad. Sin embargo, el accidente y el posterior tratamiento no le habían velado ni el intelecto y ni su gran afición a la lectura, iniciada durante su juventud bajo la benéfica influencia de su maestro, el obispo de Osma, Don Honorato Juan.

La biblioteca del Príncipe de Asturias era sin duda una de las mejor surtidas de toda la nobleza, y entre sus tratados se encontraban, además de varias obras que versaban sobre geografía, un trabajo preliminar del genial cartógrafo Abraham Ortelius, quien años más tarde, en 1570, publicaría su famoso *Theatrum Orbis Terrarum*, el primer atlas completo de la era moderna.

—Permítame recordarle a su alteza que había prometido dejarme consultar los mapas de Ortelius que guarda en el palacio. ¿Cuándo podré hacerlo? Ya han pasado seis meses desde que se lo pedí —le pregunta Sofonisba al príncipe Don Carlos aprovechando que está posando para ella y lo ve extrañamente calmo.

El heredero al trono, que hacía escasos minutos había visto con satisfacción como avanzaba la obra y que después se había apoltronado en una silla para caer de inmediato en una especie de modorra, al oír la voz de la mujer, abre los ojos de golpe y pone cara de terror, como si pensara que su padre estaba intentando asesinarlo por enésima vez.

—Hija de la gran puta, rata sarnosa —dice intentando levantarse ayudado por sus piernas raquíticas—, ¿verdad que estabas esperando a que me durmiera?, ¿dónde tienes escondido el puñal? Déjame que te arranque la ropa… —ruge mientras intenta abalanzarse sobre Sofonisba, que, ágil como una cobra, ha podido esquivarlo y le ha dado un empujón para que caiga al suelo.

Puesto que Don Carlos, que tiene fijada su residencia en el palacio arzobispal de Alcalá de Henares, vive también durante algunos períodos del año en el alcázar, no es la primera vez que la pintora ha tenido un altercado con él, es más, ha tenido muchos, incluyendo varios de tipo lujurioso. A pesar de ello, conocedora del gran sufrimiento del muchacho, después de demostrarle que ella sabía defenderse y de haber neutralizado con eficacia todos sus ataques, se mostraba magnánima. El joven en el fondo no era mala persona, y su gran cultura le hacía, las más de las veces, ser una grata compañía tanto para ella como para la reina.

—Vamos, déjeme ayudarlo a sentarse en la silla. Ruego me perdone por haberlo asustado. ¿Quiere continuar posando o ya está bien por hoy? —le dice Sofonisba para quitarle hierro a la violenta reacción que acaba de tener.

—Déjame, mujerzuela, puedo hacerlo yo solo. Y sí, voy a seguir posando, a ver si terminas el trabajo de una maldita vez —responde el

furibundo joven. Dentro de él siente vergüenza de sí mismo, pero cree que reconocerlo sería una debilidad—. Esta semana estaré disponible. Si se acerca a mis dependencias en Alcalá de Henares podré enseñarle los trabajos de Ortelius, son una maravilla —añade a modo de disculpa—. Quizás entonces se avenga a desvelarme el motivo de su curiosidad.

Para la ejecución del retrato, del que después el propio príncipe encargaría diecinueve copias al pintor de cámara Alonso Sánchez Coello, Don Carlos viste un jubón de seda adamascada con cuello de lechuga sobre el que se ha colocado una cuera de lince de color azulado. La botonadura con motivos heráldicos, la correa de oro rojizo del toisón, las elegantes calzas acuchilladas, la bragueta fálica y las empuñaduras de la espada y la daga, muestran la importancia real del personaje, encubriendo deliberadamente las desproporciones de su cuerpo deforme. Así mismo, las alargadas facciones del rostro mostrado en el retrato, dulcifican, aunque sin ocultar la base de su fisonomía, la manifiesta fealdad de su modelo. [Foto 11]

—Por supuesto que iré. Tan pronto como la reina me conceda un día libre. Si me permite consultarlos, quizás pueda revelarle la causa de mi gran interés…

Capítulo 32

(La parte de la historia que Sofonisba Giscón no quiso transmitirle a su sobrino Azmelqart)

—Sofonisba —le susurra Goewin a su hija mientras está dormida—. ¿Ves este gran tejo? Fue plantado mucho antes de que la princesa Dido, hermana de Pigmalión, huyera de Tiro con el tesoro de Siqueo y llegara a estas tierras. Sus ramas han visto muchas cosas, no sólo la fundación de Cartago, sino también el auge y declive de otras muchas culturas. Pero, aunque esto ya de por sí sea un hecho fantástico, lo más fantástico de todo es que los mismos años que puede ver en el pasado también los puede ver en el futuro. Es lo que en mi mundo se conoce como el *Árbol del Tiempo*. Y como un espíritu sin cuerpo como yo puede trepar a su antojo por sus enormes ramas, tengo la fortuna, o la desgracia, según como se mire, de ver las mismas cosas. Y ahora puedes preguntarme todo aquello que desees saber.

Y entonces Sofonisba, que continúa soñando, le pregunta a su madre quién y cómo logrará demostrar que la Tierra gira sobre sí misma. Y también a qué distancia se encuentran la Luna, el Sol y los cinco planetas. Y después le pregunta si algún día se conocerá el número exacto de estrellas que hay en el firmamento. Y luego le pregunta sobre la campaña de Aníbal en Italia, y sobre el resultado final de la guerra con Roma.

Y fue así como Sofonisba oyó hablar por primera vez de Galileo Galilei, Nicolás Copérnico y Johannes Kepler, que vivirían en el mismo siglo que su descendiente la pintora Sofonisba Anguissola, de quien también le habló. Y de la increíble lejanía de los nueve planetas, que no eran sólo cinco, y del número incalculable de galaxias y estrellas que formaban un universo en constante expansión.

Y cuando la mente dormida de Sofonisba consigue digerir toda esta asombrosa información, Goewin le cuenta que la campaña de Aníbal en Italia durará más de catorce años, y que sin haber sido derrotado volverá a África, donde librará una gran batalla contra Publio Cornelio Escipión, *el Africano*, y en la que todos los ejércitos de Cartago serán aniquilados.

—¿Pero cómo es posible? —dice Sofonisba cuando se despierta empapada en sudor. Acaba de tomar conciencia de que su madre se le había vuelto a presentar en sueños y le había revelado el poder que albergaba el tejo milenario del Tofet. Entonces, ¿este árbol puede ver el futuro? —murmura mientras se levanta y acaricia la corteza de su vetusto tronco con sus hermosas manos.

En su excitación, Sofonisba todavía no ha asimilado las terribles implicaciones de las respuestas que ha obtenido, pero a medida que su mente se va despejando, un temblor repentino la sacude por dentro, como si algún dios maligno la hubiera poseído y quisiera apropiarse de su cuerpo.

«¿Así que todos los ejércitos de Cartago serán derrotados por ese general? Qué estúpida he sido. Confiaba tanto en las habilidades militares de Aníbal que ni se me había pasado por la imaginación la posibilidad de que perdiera la guerra. Imagino entonces que cuando eso ocurra todos nos convertiremos en esclavos. Y entonces, ¿qué importancia tendrá que yo sepa que Aristarco de Samos tenía razón?

»No sé por qué mi madre me ha permitido hacer estas preguntas sabiendo el gran dolor que me supone conocer las respuestas. En una ocasión me dijo que conocer el futuro no suponía que pudiera cambiarse, pero ¿y si fuera posible?, ¿acaso eso es lo que pretende?», se dice según comienza a desandar sus pasos de camino a su casa. Hace rato que la luna ha salido y en el cielo no se ve ni una estrella. El frescor de la tarde se ha transformado en un viento helador que le congela el alma. Mientras se aleja a toda prisa del Tofet, las ramas del tejo milenario se mecen en el aire pretendiendo rozar con sus hojas los confines del tiempo.

Por lo que se refiere a la guerra entre Cartago y Roma, tras la toma de Sagunto, producida un mes después de la partida de los embajadores, Aníbal recompuso sus ejércitos y, dejando a su hermano Asdrúbal en Hispania, partió con dirección a Italia en la primavera de 218 a.C. Masinisa y su caballería se unieron a las fuerzas del general Giscón que, con las levas recién alistadas, tenían la orden de cruzar el estrecho de Gibraltar para proceder a la ocupación de Lusitania. Aunque Asdrúbal había instado a su hija Sofonisba a sumarse a la gran comitiva para poder así mantener controlado a su marido númida, la joven se negó; no estaba dispuesta a dejarse manipular por su padre ni a convertirse otra vez en moneda de cambio. Además, sabía que esos soldados se dirigían a un destino terrible y tenía otros planes. Mientras Aníbal hacía sacrificios y se encomendaba a los dioses para cruzar los Alpes con cincuenta mil hombres, diez mil jinetes y treinta y siete elefantes de guerra, Sofonisba se dedicaba a estudiar y a departir por las tardes con el afable Antípatro.

El filósofo había sido testigo de cómo su interés por la ciencia se había transmutado. Lo que antes había sido una necesidad imperiosa de comprender el cosmos, lo cual le parecía loable, se había convertido en una burda obsesión por entender la estupidez humana.

—¿Por qué debería un pueblo próspero seguir a sus líderes y embarcarse en una guerra insensata y atroz? —pregunta Sofonisba con la esperanza de que el griego pueda proporcionarle la respuesta.

—¿Te refieres al Senado de Roma? ¿O estás hablando de la familia Barca?

Como en días anteriores, pasean por el adarve de la muralla que rodea el perímetro exterior de la ciudad de Cartago. Antípatro sufre de

artritis y agradece el calor seco que emana de la piedra.

—Roma nos arrebató Sicilia y nos impuso una indemnización que nos obligaba a vivir como unos miserables. Todavía recuerdo el hedor de las calles cuando me vi forzada a irme de mi patria.

—Y antes de los cartagineses, ¿de quién era Sicilia? ¿Acaso has olvidado tus lecciones de Historia? Fuimos nosotros, los griegos, quienes fundamos Siracusa y Catania. Allí vivíamos en paz hasta que tiranos como Agatocles sometieron al pueblo. Fueron las ambiciones de sus oligarquías las que nos trajeron el dolor y la muerte.

—Entonces, ¿el tumor se ha extendido por todo el organismo y no puede ser erradicado?, ¿es eso lo que quiere decir? —responde Sofonisba. Lleva una túnica blanca ceñida a la cintura y en los brazos luce dos brazaletes de oro con forma de pantera. Son un regalo que le ha enviado su esposo Masinisa para recordarle a quién pertenece.

—Eres una joven muy despierta, ya deberías saberlo.

Mientras tiene lugar esta conversación, una nube de polvo se levanta en medio de los campos. Son las falanges de infantería simulando cómo repeler una carga frontal. Divididas en *speiras*[71], abren pasillos para permitir que penetren en su formación las huestes enemigas. Muy pronto partirán hacia tierras ignotas donde la lucha no será figurada, y donde con certeza caerán en la vorágine de un mundo regido por una minoría de hombres con el alma ruin.

—Tengo que seguir con mi investigación —dice Sofonisba clavando su mirada en la nube de polvo—. Ya le conté que mi madre me visita en sueños. La última vez que lo hizo me dijo que los ejércitos de Aníbal serán derrotados y que después Roma nos exterminará. ¿Cree usted que es posible?

Antípatro toma asiento en un bloque de arenisca que sirve de base a una de las torres. Tiene cincuenta años, pero su cuerpo se queja como si perteneciera a un anciano de ochenta.

—En las guerras sólo hay un vencedor, no es tan difícil acertar un pronóstico.

—Por lo que deduzco, no cree en los espíritus.

—Lo que yo crea, querida Sofonisba, carece de importancia. Si tu madre te visita en tus sueños y conoce el futuro, ¿por qué no le preguntas qué debemos hacer? Estaré encantado de saberlo.

—Eso intento, pero no me hace caso. Quizás lo haga porque de pequeña siempre la desobedecía, hasta tal punto que murió por mi culpa. —Suspira la muchacha a punto de llorar.

Al oír su confesión, Antípatro se queda pensativo. Su mujer falleció cuando aún eran jóvenes, pero todavía recuerda la manera con la que siempre acababan resolviendo sus cuitas.

—¿Has probado a pedirle perdón? —dice haciendo él también un esfuerzo por contener el llanto.

En lo que respecta a los romanos, tan pronto como regresó la embajada de Quinto, se eligieron los magistrados del nuevo año consular. Un ejército formado por seis legiones al mando de Publio Cornelio Escipión (el padre del que posteriormente se conocería como Escipión, *el Africano*) y su hermano Cneo, fue enviado a Hispania a bordo de setenta buques de guerra. Habiendo llegado a Pisa para embarcar a sus hombres, Escipión se enteró de que las tropas de Aníbal ya habían abandonado la península, razón por la cual ordenó a sus navíos que pusieran rumbo al puerto de Massilia72, para desde allí progresar al interior y cortarles el paso. El otro cónsul, Tiberio Sempronio Longo, se dirigió a Sicilia con cuatro legiones y una armada de ciento setenta naves para ir organizando su desembarco en África.

Cuando la flota de Publio recaló en Marsella, se enteraron de que el ejército de Aníbal había cruzado el Ródano. Tras volver a zarpar para interceptarlos en la Galia, descubrieron que los cartagineses habían abandonado el campamento. A pesar de su superioridad numérica, Aníbal había rehuido el combate y se había retirado hacia los Alpes. Sólo a un demente se le podría haber ocurrido que por aquella ruta sería posible alcanzar el corazón de Italia.

Capítulo 33

Bencomo Arúspice está completamente alucinado. En menos de doce horas ha pasado de tener la experiencia íntima más emocionante de su vida, a enterarse de que la chica con la que ha hecho el amor no se llama Sofía, sino Sofonisba, y que es descendiente de una gran pintora del Renacimiento, quien a su vez procede de quien quizás haya sido la mujer más inteligente de la historia. Además, por si esto fuera poco, el padre de la joven ha desaparecido y es muy posible que ello tenga que ver con el búho con el que mantuvo una conversación hace más de una década.

Bencomo lleva trece años guardando ese secreto en lo más profundo de su ser y no ha tenido el impulso de contarlo hasta el día de hoy. La razón de haber esperado tanto tiempo no ha sido sólo porque pensara que nadie le creería, aunque también, sino porque hasta ahora no había encontrado a una persona con la que hubiera querido sincerarse. Después del encuentro con el búho el día de su catorce cumpleaños, la mente de Bencomo se había iluminado de tal modo que enseguida comprendió que hasta ese momento había vivido sumido en una gran falacia.

De la noche a la mañana, su estilo de vida pasó de estar presidido por una molicie contumaz y la máxima de no llamar nunca la atención para evitar las burlas, a convertirse en un despliegue de energía sin límites. Ni él ni sus amigos se escondían ya en algún lugar apartado del patio, ni dejaban la portería libre cuando cualquier otro chico les hacía una señal para que se largaran. Más bien era al contrario, por alguna razón eran los líderes de la clase quienes buscaban ahora su compañía para trazar sus planes. Y entonces Bencomo, sin ser despreciativo, les respondía que podían contar con él, pero que en ningún caso sería para hacer mal a nadie. Y luego les hablaba del Magec y del gran poder que residía en la naturaleza.

Sus padres, a todo esto, contemplaban maravillados la increíble transformación del único de sus hijos que aún les preocupaba. De tener que perseguirlo para que hiciera las tareas al volver del colegio, o para que no estuviera toda la tarde sentado delante de la tele, ahora tenían que poner límites a las horas de estudio y a las que dedicaba a salir de excursión. Inexplicablemente, le había entrado un súbito furor por todo lo que tuviera que ver con la cultura guanche y, aparte de querer leer todo lo que se había escrito sobre ellos, ansiaba visitar las cuevas en las que habían vivido y recorrer las rutas por las que transitaban.

Al año y medio de su encuentro fortuito con el búho, Bencomo comenzó con la práctica de la lucha canaria, disciplina que deseaba cultivar porque se remontaba a los tiempos prehispánicos. Además de

ayudarle a mejorar su forma física, deseaba potenciar en él los valores que impregnan ese deporte tan propio de las islas: destreza, agilidad, admiración hacia el vencedor y, sobre todo, respeto al vencido. Y fue así, vestido con el típico calzón de luchador, como Bencomo fue desarrollando poco a poco su personalidad.

Era muy joven y nunca llegó a tener la mejor de las técnicas, pero por algún motivo su presencia dotaba al equipo de un fuerte sentimiento de camaradería. No eran pocas las ocasiones en que, antes de los enfrentamientos, se ponía a hablarles a sus compañeros de los guanches, y de cómo derrotaron a los castellanos en la célebre batalla de La Matanza de Acentejo, donde los *hombres de pelea*[73] de Chimenchia, hermano del *mencey*, masacraron sin piedad a las tropas de Alonso Fernández de Lugo, que había sido enviado por los Reyes Católicos para conquistar la única de las islas Canarias que todavía no estaba sometida. Y también como, un año después, en la famosa batalla de La Laguna, los que habían sido vencedores fueron aniquilados de una forma cruenta, incluyendo al *mencey* de Taoro, que murió defendiendo los valores de su pueblo y su particular forma de comprender el mundo.

Años más tarde, cuando Bencomo empezó a estudiar en la universidad, dejó la lucha y en sus ratos libres se dedicaba al surf. Por aquel tiempo, las ensoñaciones compartidas con sus compañeros habían terminado diluyéndose. Demasiadas veces habían hablado entre todos de volver a la tierra y de recuperar las costumbres antiguas: el pastoreo, el curtido de pieles, la agrupación en clanes, las reuniones que tenían lugar en el *tagoror*, el respeto a los dioses y a la fuerza inconmensurable del Magec, pero al final siempre llegaban a la conclusión de que no era posible. Ya no había treinta mil habitantes en la isla, como cuando Tenerife se dividía en nueve *menceyatos*. Así que, después de comprender que había que mirar hacia el futuro, se matriculó en la carrera de Ciencias Químicas y comenzó a investigar sobre la mejor forma de fabricar jabones, tal y como Baumwächter le había vaticinado el día de su encuentro.

Bencomo es un chico fornido de estatura mediana, con el rostro anchuroso y la sonrisa fácil. Una media melena de pelo negro y rizado le cae a la altura de los hombros, haciendo que el blanco de sus ojos resalte aún más sobre su tez morena. Toda la vida le han dicho que tiene cara de hombre de las cavernas y, eso, lejos de disgustarle, es algo de lo que ahora se siente orgulloso en extremo. Si vistiera un taparrabos, llevara una capa de piel de cabra sobre los hombros y en las manos sostuviera una piedra y un bastón de carisco[74], todo aquel que lo viera podría creerse que era la imagen rediviva del *mencey* de Taoro. Sin embargo, no lo era. Ni tampoco era su descendiente directo

como le había contado el búho para no dar al traste con su plan. Porque Bencomo era, en realidad, la reencarnación del mismísimo Guañameñe, el último sumo sacerdote de los guanches, consejero del *mencey*, conocedor de un rito sagrado que le permitía penetrar en el *Árbol del Tiempo* y prever el futuro. Un futuro que, según le había desvelado a su líder, muy pronto se ennegrecería con la llegada de los conquistadores.

Ω

—¿Así que estás convencida de que tu padre anda deambulando por ahí acompañado del jefe de la mafia? —pregunta Bencomo a la mañana siguiente de haber escuchado el relato de la conversación que Sofonisba y Luigi Nelco habían mantenido hacía ya tres años. La noche anterior habían estado hablando hasta las tantas y, aunque ya son las diez, no tienen ninguna intención de levantarse.

—Más bien creo que me aferro a esa idea para no derrumbarme —responde Sofi, a quien la aterra pensar que el destello de felicidad que ha vivido en los últimos días no sea más que un fugaz espejismo. Anoche no había tenido energía para hacer el amor, pero parece que hoy ha amanecido mucho más motivada.

—Entonces, ya que das por terminado el manuscrito, ¿cuál crees que debe de ser nuestro siguiente paso? Y digo nuestro porque no voy a permitir que me dejes de lado, ¿eh? —contesta el muchacho, que tiene la impresión de que una culebrilla ha empezado a moverse debajo de las sábanas.

Sofi presume de ser independiente y de no necesitar ayuda de los hombres, pero estas sencillas palabras han acabado de dinamitar sus, por otro lado, ya maltrechas defensas.

—No lo sé —dice con un brillo de lascivia en los ojos—, aunque conozcamos la verdadera naturaleza de Baumwächter, seguimos sin poder avanzar. Sin embargo, se me ocurren otras cosas en las que podríamos ocupar nuestro tiempo… —añade mientras agarra el pene de Bencomo, que hace rato que está más duro que un puñal de obsidiana. Y entonces, como si ambos formaran parte sin saberlo de la trama de un *thriller*, o quizás como si una mano negra estuviera en algún lugar orquestándolo todo, antes de poder meterse en faena, uno de los teléfonos de Sofonisba comienza a sonar.

Dado que tiene entre manos un asunto candente, la joven piensa que lo mejor sería no cogerlo, pero, al escuchar el tono, se da cuenta de que la llamada procede de su apreciado detective italiano. Y por ese motivo, en vez de entregarse a la concupiscencia y olvidarse de sus preocupaciones, Sofonisba se levanta de un salto, extrae el teléfono del bolso y antes de que deje de sonar, acepta la llamada. Parece que Bencomo va a quedarse otra vez a dos velas.

—Dígame, señor Nelco, ¿ha sucedido algo...? —pregunta Sofi, que en menos de un segundo ha pasado de un estado sicalíptico a otro de absoluta ansiedad.

—*Signorina* —dice la voz de Luigi en cuanto oye la voz de su clienta—, tiene que venir enseguida a Palermo. Gracias a un *pentito* que trabajaba a las órdenes de un *capomandamento* llamado Tomasso Rinaldi, la policía ha encontrado en una finca el cuerpo sin vida de Salvatore Spadaro. Según afirma el arrepentido, dispone de información precisa sobre el paradero de Orazio Malvezzi y está dispuesto a dárnosla, con la única condición de que su hija, es decir, usted, esté presente durante la declaración. ¿Qué me dice, cuándo podrá venir?

Con el corazón a mil por hora, Sofonisba, que a duras penas ha podido comprender el verdadero alcance de la información que acaba de escuchar, mientras busca sus bragas, le indica a Benco que la llamada procede de su investigador. Después intenta responder sin que los nervios le jueguen una mala pasada.

—¿Un *pentito* que sabe dónde está secuestrado mi padre? No se tratará de una broma pesada, ¿verdad? —dice traduciendo parcialmente las palabras de Luigi para que Bencomo sepa de lo que están hablando.

—De ninguna manera. ¿Cómo puede pensar eso?

—Disculpe, es que tengo un mal día. ¿Ha podido confirmar que aún sigue con vida? —pregunta sosteniendo con el hombro el teléfono y haciendo malabares para tratar de ponerse primero las bragas y luego el pantalón.

—Cálmese, *signorina*. Cree que sí, pero se niega a dar los pormenores si usted no está delante. Por lo visto, tiene miedo de que lo tomemos por un chiflado, igual que llevan haciéndolo sus jefes los dos últimos años. Déjese de pamplinas y haga el favor de venir ahora mismo. Después de haber estado paralizados por la tormenta Celia, los aeropuertos funcionan ya con normalidad.

—¿Cómo que cree?, ¿qué significa eso? ¡Habría que sacarle esa información a cachetadas! —replica Sofi empezando a perder el control. De seguir por ahí, es muy posible que Ms. Hyde acabe apareciendo.

—Ya le he dicho que se ha cerrado en banda. He comprobado que mañana a las 6 a.m. hay un vuelo directo desde el Reina Sofía hasta Catania. No pierda más el tiempo y ocúpese de comprar el billete.

Por muy frustrada que esté, Sofonisba comprende que no le queda más remedio que aceptar los términos que ha exigido el *pentito*.

—Está bien, tenga por seguro que mañana nos subiremos a ese avión.

—¿Cómo que nos subiremos…?

—Es una larga historia, mi querido Luigi. En cuanto llegue le daré los detalles.

A la mañana siguiente, después de haberse pasado el resto del día y parte de la noche especulando y de salir hacia el aeropuerto sur antes del amanecer, la pareja ocupa sus asientos de primera clase en el vuelo IB4567 con destino a Sicilia. El precio ha sido exorbitante, pero como el bitcoin vale ahora más de veinte mil euros, Sofi ni siquiera le ha prestado atención.

A las doce del mediodía, tras ajustar sus relojes al nuevo huso horario, se encuentran con Luigi Nelco en la terminal de llegadas del aeropuerto de Catania. Antes de presentarle a su acompañante, Sofonisba lo mira de arriba abajo y lo nota distinto. Por un lado es evidente que ha perdido algo de peso y, por otro, y eso es lo que le choca más, el rictus de su cara está mucho más tenso. «Será que el tema del *pentito* lo tiene incluso más inquieto que a mí», piensa para sí intentando espantar sus malas sensaciones. Después de las formalidades, se encaminan hacia el viejo coche del investigador, donde sólo después de haber tenido que apartar montañas de envoltorios consiguen subirse a los asientos.

—Perdón por el desorden, *signorina*, he estado muy atareado con su caso —dice Luigi mientras le pega una intensa calada a su cigarro. Da la impresión de que, en vez de media hora, lleva más de tres años sin fumar.

—No me suelte milongas, señor Nelco, que ya nos conocemos —responde Sofi, que para no asfixiarse ha decidido bajar la ventanilla—. Venga, cuénteme todo lo que le ha dicho su cuñado con respecto al *pentito*, y no trate de ocultarme nada porque lo notaré. Por cierto, ¿adónde se supone que nos lleva?

—Nos dirigimos hacia la cárcel de Ucciardone. Allí es donde la policía tiene retenido a Michele Pertuso. Cuando lleguemos a la prisión tendrá que pasar tres controles de seguridad. Vittorio ha tomado las máximas precauciones para que nadie atente contra él. En cuanto a su amigo, ¿Bencomo, me ha dicho que se llama?, no creo que le permitan acceder al recinto.

—¿Cómo que no? Eso no es aceptable. Se pongan como se pongan, tiene que entrar conmigo. —Y entonces Sofonisba le cuenta a Luigi todas las novedades que ha podido descubrir desde que conoció a quien se suponía que era descendiente directo del *mencey* de Taoro pero que no lo era.

Capítulo 34

Habiéndose cerciorado de que la explotación de limoneros no estaba siendo vigilada, Matteo Messina Denaro se ha desplazado hasta allí con el objetivo de conocer e interrogar a Orazio. Antes de llamarlo a su presencia, Tomasso Rinaldi, que jamás se había encontrado cara a cara con el capo supremo, le ha mostrado el lienzo y le ha puesto al corriente de la historia que el hombre le había relatado.

—Así que usted afirma que este cuadro es un original de Sofonisba Anguissola —dice Matteo señalando la obra después de que Tomasso llevara a Orazio al salón de la casa.

—Sí, señor, pero no es mío. Ruego me permita devolvérselo a su dueño legítimo —responde el preso en un intento vacuo de despertar la compasión del que parece el jefe de los malos—. Le prometo que…

Denaro chasquea la lengua y le indica que no se moleste en darle explicaciones. No está allí para oír tonterías que no vienen al caso.

—¿Es usted un hombre de palabra, señor Orazio? —le dice el mafioso al tiempo que le da un bofetón—. Esto ha sido por no responder a lo que le pregunto.

Al sentir el golpe, que en esta ocasión tampoco se esperaba, Orazio se queda paralizado de terror. Por suerte es capaz de controlar su esfínter y se ahorra tener que pasar esta vez por la vergüenza de que lo vean orinándose encima.

—Sí que lo soy —balbuce el historiador en cuanto logra reponerse del susto. En estos momentos, el cuadro y el asunto del búho ya le traen sin cuidado. Lo único que anhela es poder regresar con Sofonisba y después hacer las paces con su amada Beatriz.

—Me alegro de saberlo, porque siendo así todavía es posible que podamos llegar a algún entendimiento, ¿o es que no está ansiando reunirse con su hija? —le dice de sopetón *il capo de tutti capi* mientras deja entrever un diente de oro a través de esa mueca torcida que tiene por sonrisa.

Matteo es un hombre más bien menudo con un cuello propio de un morlaco de lidia. De frente despejada, luce un pelo rapado que todavía conserva su color. Sus grandes narinas resaltan entre unas gafas sin montura y unos labios cerúleos que casi no mueve cuando habla, como si detestara tener que hacer esfuerzos para impartir sus órdenes.

Orazio al principio no había querido sentarse para hablar con el hombre, pero al escuchar sus palabras, da un paso hacia atrás y se derrumba encima de la butaca que Tomasso le había ofrecido al entrar al salón.

—Sofonisba Malvezzi, doctora en Antropología entre otras muchas cosas, actualmente se encuentra en Sicilia tratando de

averiguar su paradero —añade Matteo Messina escarbando en la herida—. Ha contratado los servicios de un investigador llamado Luigi Nelco, un tipo astuto con conexiones en la policía de Palermo. Infelizmente, el único testigo de su secuestro está criando malvas en esta misma finca, y le aseguro que todavía hay mucho espacio disponible entre esos limoneros. ¿Qué me dice?

—¿Mi hija está en Sicilia? ¿Cómo es posible...? Si se le ocurre hacerle daño, juro por Dios que mato a toda su familia —exclama Orazio saltando como un resorte del sillón para ser detenido enseguida por el brazo de hierro de Tomasso.

—Eso depende solamente de usted —replica Matteo, indicándole luego a Rinaldi que lo deje tranquilo. A Orazio ya no le quedan fuerzas para envalentonarse.

—¿Y qué podría ofrecerle? Ya tiene el cuadro. Y también los documentos que encontré en la iglesia de San Giorgio. Usted es Messina Denaro, ¿verdad? Le ruego que se apiade de mí —dice hundiéndose otra vez en la butaca. No hacía mucho había leído un libro sobre la Cosa Nostra y estaba al corriente de quién era su líder. Un sujeto sobre el que pesaban decenas de asesinatos y que llevaba treinta años huido de la justicia.

—Veo que me conoce. Tanto mejor. Así entenderá que aquí no sólo está en juego su vida.

—Miserable… —logra decir mientras trata de extraer la poca energía que le queda en el cuerpo—. Vaya al grano entonces, ¿qué quiere de mí?

—Quiero que me explique con todo detalle el asunto del búho —contesta Matteo meneando los documentos de la pintora delante de su cara.

Y entonces Orazio, consciente de que Sofonisba corre serio peligro, le dice a Denaro que lo hará, pero que para ello, por un lado necesita terminar de leer esos papeles y, por otro, le ha de permitir que le escriba un mensaje a su hija para que sepa que continúa con vida.

Por un instante, el mafioso está a punto de romperle la crisma, pero luego opta por una respuesta un poco más pacífica.

—Hoy ha tenido suerte —concede Matteo—, el tratamiento me ha dejado hecho cisco. Escriba su nota y me encargaré de que sea enviada, pero no cierre el sobre. Tomasso, dale a este señor todo lo que precise. Mañana hablaremos. Y más vale que en vez de exigencias me dé alguna respuesta —masculla mientras le mete en el bolsillo la carta escrita por Sofonisba Anguissola.

Tan pronto como Rinaldi lo encierra en el cuarto en el que lleva más de dos semanas recluido, Orazio se sienta en el camastro y empieza temblorosamente a leer las cuartillas; debería de estar

emocionado, pero lo único que percibe es una gran angustia que le presiona el pecho.

"Cuando aquel extraño búho empezó a hablarme en latín en el último piso del campanario de Cremona, trastocó por completo mi concepción del mundo. Por razones que no vienen al caso, esa visita duró muy poco tiempo y no fue hasta años después, al volver a encontrarnos en la Torre Dorada del alcázar de Madrid, cuando se presentó a sí mismo con el nombre de Baumwächter y finalmente desveló sus propósitos. Al parecer, alguien le había enviado para darme una nota que iba a ser de vital importancia para la humanidad. Antes de dictármela, me pidió que la escribiera en el reverso del retrato en el que estaba inmersa. Luego me dijo que, con el objeto de que no fuera descubierta hasta que llegara el momento oportuno, en cuanto se secara la tinta, tendría que darle una mano de estuco. Después, el búho salió volando y no lo volví a ver.

Como no podía ser de otra manera, seguí sus instrucciones al pie de la letra, tomando la precaución de copiarla en un papel que guardé a buen recaudo. Ahora, en las postrimerías de mi vida, escribo esta carta para que mi marido, Orazio Lomellino, la esconda de tal manera que, cuando corresponda, la encuentre alguno de nuestros descendientes.

En cuanto al contenido de la nota, se trataba de un par de coordenadas acompañadas de una frase que, por mucho que he investigado, no puedo relacionarla con ningún idioma que se use hoy en día. Durante mucho tiempo he dudado si escribirlas aquí, pero he preferido respetar la voluntad del búho y no reproducirlas. No obstante, lo que sí puedo contar es que el retrato en el que están ocultas es un perfil imaginario de mi antepasada Sofonisba Giscón. Aparece vestida con lujosos ropajes del siglo XVI. En la cabeza lleva una diadema de suntuosas perlas, y con ambas manos sujeta un jarrón del que sobresalen tres claveles de distintos colores. Cuando dejé la corte de Felipe II intenté llevármelo conmigo, pero por motivos que desconozco el rey no me lo permitió. Quienquiera que sea el que encuentre esta carta, espero que también encuentre el retrato y pueda averiguar así las intenciones de esa persona que obligó al búho a entregarme la nota.

Por razones que ahora mismo no es conveniente que desvele, puedo afirmar que esa desconocida es en realidad Sofonisba de Cartago, y que su propósito, aunque ignoro cómo pretende conseguirlo, es tratar de acabar con las guerras y sacar a la humanidad de la espiral de violencia en la que está sumida.

Y sin más, me despido con la esperanza de haber cumplido fielmente con la tarea que me fue encomendada."

Sofonisba Anguissola, Palermo, mayo de 1624

A la mañana siguiente, Orazio le entrega a Matteo el mensaje que le ha escrito a su hija y el sobre con sus señas. Tras ponerse unos guantes

y leerlo con atención, a pesar de que le parece un poco rocambolesco, le da a entender que se lo hará llegar.

—Asegúrate de no dejar ni huellas ni rastros de ADN —le dice a Tomasso según mete la carta en el sobre y se lo pasa en el interior de una bolsa de plástico. —Y ahora, señor Malvezzi, explíqueme qué cojones significa este rompecabezas.

Entonces Orazio, que tras leer los documentos había hecho memoria, le dice que, si quiere resolver el misterio, tendrá de alguna manera que entrar en el Museo del Hermitage de San Petersburgo y examinar el retrato al que se hacía mención. Como buen conocedor de toda la obra de Sofonisba Anguissola, Orazio había recordado que, antes de ser adquirido por el zar Nicolás I y depositado en el museo, el retrato formaba parte de la colección de la duquesa de Saint-Leu, cuyo nombre real era Hortensia Bonaparte de Beauharnais, hija de Josefina de Beauharnais, quien fuera la primera mujer de Napoleón I.

El cuatro de enero de 1802, con diecinueve años de edad, Hortensia contrajo matrimonio con Luis Bonaparte y se convirtió en la reina de Holanda. Como aristócrata y gran amante de la pintura, dedicó parte de su vida a atesorar obras de infinidad de artistas. En uno de sus viajes a España, en el que tuvo la ocasión de visitar el afamado Monasterio del Escorial, pudo contemplar varias de las obras realizadas por Sofonisba Anguissola durante su estancia en la corte de Felipe II. Prendada de su bellísima técnica, y del hecho de que hacía dos siglos una mujer hubiera alcanzado tal grado de maestría, no descansó hasta conseguir uno de sus retratos. Según le explicaron, se trataba de uno de los cuadros favoritos de la pintora que, de forma sorprendente, había sobrevivido al violento incendio que arrasó el Alcázar de Madrid en 1734 y cuyas llamas habían terminado devorando más de quinientas obras de un valor que era imposible calcular.

—Me imagino que para alguien como usted será pan comido conseguir ese cuadro, ¿o me equivoco? —pregunta Orazio empezando a ver el aspecto positivo de haber caído en las garras de alguien tan poderoso.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es de qué me servirían un par de coordenadas y una frase en un idioma que no entiende ni dios.

—¿No le intriga que alguien, presumiblemente Sofonisba de Cartago, se valiera de un búho para transmitirnos esa valiosa información? —dice Orazio, que sabe que Denaro está a punto de perder la paciencia.

—Mi vida ya está llena de intrigas, y por lo que respecta a ese documento, bien podría tratarse de una superchería. Será mejor que me dé otra razón para evitar que me deshaga ahora mismo de usted. Salir de mi agujero ha supuesto un gran riesgo, y ahora me dice que

tengo que ocuparme de robar un museo, ¿acaso me ve cara de loco?

Orazio traga saliva. No se le ocurre ningún otro término que pudiera describirlo mejor.

—Me ha parecido entender que tiene alguna enfermedad. ¿No padecerá cáncer? ¿Cuánto tiempo le han dicho que le queda de vida? —se aventura a especular Orazio intentando poner cara de póquer. No cree que vaya a funcionar, pero la alternativa es mucho más siniestra.

Por una vez, la expresión de Matteo lo pone en evidencia. La piel se le ha empalidecido y de pronto parece treinta años más viejo. Al ver su cara descompuesta, Tomasso comprende enseguida que es momento de dejarlos a solas. Y es que, por esa intuición que algunas personas desarrollan en situaciones límite, o quizás por pura chiripa, Orazio ha adivinado que Messina padece un cáncer de colon terminal, y que su médico le ha pronosticado que le quedan como máximo cuatro años de vida.

—Y si así fuera, ¿cambiaría la situación en algo? —replica el mafioso con una voz de ultratumba que lo hace parecer más terrible si cabe—. Por desgracia, no lo creo.

Según escucha la respuesta y observa la mirada acerada del *capo di tutti capi*, Orazio se teme que ha llegado su hora, pero como en el fondo es un gran luchador, trata por todos los medios de pensar en algo que convenza a Denaro de que matarlo no es una buena idea.

—Si el búho es capaz de traer mensajes del pasado, seguro que también puede traerlos del futuro. Si usted le echara el guante, quizás podría obligarlo a buscar un remedio —dice con poca convicción. No es hasta unos segundos más tarde que se da cuenta de las terroríficas implicaciones del disparate que acaba de soltar. «¿Le estoy sugiriendo que atrape a Baumwächter para que intente alargarle la vida?, ¿no me haría eso cómplice de todos los crímenes que a partir de ahora pudiera cometer?

»Olvide lo que he dicho, es una majadería —declara tratando de enmendar el error.

Matteo se rasca la barbilla. Lo cierto es que está cansado de la quimioterapia y de los efectos secundarios de los medicamentos.

—Quizás lo sea, pero no pierdo nada por echarle un vistazo a ese retrato. Estoy seguro de que mi gran amigo Yuri conoce a alguien en el museo que nos lo mostrará, aunque no necesariamente por las buenas —replica Denaro soltando una risa estentórea que resuena de forma macabra en las paredes de ese infausto salón.

Capítulo 35

El príncipe Don Carlos está enfurecido con su padre. Felipe II se niega a liquidarle el millón de ducados que le debe para cubrir los gastos de su casa real. El rey, acuciado por las deudas e incapaz de pagar los empréstitos que había solicitado para financiar sus obras megalómanas, le ha comunicado que tiene que hablar con su madrastra, con la que sabe que ha hecho buenas migas, para que comparta la generosa asignación que tiene concedida y, de paso, para que la convenza de moderar su mala costumbre de despilfarrar su dinero, puesto que hasta ahora él no ha logrado hacer que entre en razón.

En efecto, Isabel de Valois lleva una vida disipada plagada de caprichos. Además de la continua adquisición de carísimos paños para los vestidos que diseña con su dama italiana, compra cantidades ingentes de joyas que le gusta lucir en los frecuentes bailes que organiza en la corte. Todo ello pese a que muchas de sus criadas y damas de compañía llevan meses sin cobrar sus salarios, entre las que se incluye Sofonisba Anguissola, que sólo gracias a que recibe regalos a cambio de sus retratos puede vivir de forma desahogada. El precario estado de las arcas de la corona que heredó de su padre Carlos, se ha agudizado con Felipe. Su carácter timorato, sus aires de grandeza, y su fanatismo religioso lo inducen a gastar sin mesura, ya sea porque es incapaz de negarse a recortar el boato con que vive la corte, ya sea porque quiere dejar un legado de reales sitios en concordancia con el tamaño grandioso de su sagrado Imperio, o ya sea porque afirma que construir iglesias para ensalzar el nombre de Dios no puede estar constreñido por una cosa tan banal como el oro.

Cuando al exasperado príncipe le anuncian la visita de la señora Anguissola, el cabreo de Don Carlos es ya tal que estrella contra el suelo la copa de agua de la que está bebiendo.

—Esa arpía y mi madrastra se están gastando mi dinero y ahora viene a reírse de mí —le dice al criado, que se ha lanzado como un rayo a limpiar el desastre. Sabe que lo mejor es no responder, hacer su trabajo con celeridad y quitarse lo antes posible de su vista—. Dile que pase, se me ocurren muchas formas de hacérselo pagar.

Unos minutos más tarde, Sofonisba entra en el salón y antes de dirigirle la palabra al príncipe hace una respetuosa reverencia. La estancia es amplia y de techos altísimos. Tres de las cuatro paredes están forradas con estanterías repletas de libros e incunables. Don Carlos se encuentra sentado en su despacho, sobre el que descansan varios volúmenes abiertos. Por los ventanales del único lado que está orientado al exterior, penetra una luz clara y diáfana que ilumina su rostro contrariado.

—Siento importunarlo, alteza. Como ya le dije, vengo a consultar los mapas de Abraham Ortelius que guarda en esta maravillosa biblioteca —dice Sofonisba mirando a su alrededor con una sonrisa tan genuina que desarma por completo al heredero de Felipe II.

Al ver la cara radiante de la pintora, la expresión demudada de Don Carlos se torna en un regocijo infantiloide. Aunque es un hombre culto, en muchos aspectos su personalidad no se ha desarrollado.

—Hay más de dos mil libros, y los he leído todos —responde el joven de veinte años hinchándose como un pavo real—. ¿Desea que le hable de alguno?

—Uy, eso sería un honor, pero no quiero hacerle perder el tiempo a una persona tan ocupada como usted —replica Sofonisba—. Si pudiéramos centrarnos en los mapas…

Don Carlos mira por un instante a la mujer. Los labios le tiemblan y el brillo de sus ojos parece indicar que va a tener otro ataque de cólera, sin embargo, vuelve a relajarse y le dice que sí, que estará encantado de mostrarle los planos. A continuación, se levanta de su magnífico sillón de madera labrada y, con su cojera característica debida a la desigual longitud de sus piernas, se dirige a una de las estanterías, de la que enseguida extrae una gran carpeta atada con cordones.

—Aquí los tengo. Son copias exactas de los originales. Una obra asombrosa por la que muchos extranjeros estarían dispuestos a pagarme —dice el príncipe con una mueca que deja a la vista sus dientes renegridos—. Tienen un valor incalculable desde el punto de vista militar.

En ese momento, Sofonisba da dos pasos y se apresura a ayudar a Don Carlos. No le gusta nada el derrotero que está tomando la conversación, y como el infante parece tener dificultades para llevar el cartapacio hasta su escritorio de palisandro inglés, se lo quita con delicadeza de las manos y luego sigue dándole coba para cambiar de tema:

—Deben de ser impresionantes. Llevo queriendo verlos desde que su majestad me habló de su existencia. —Y sin perder más tiempo, desata los cordones y despliega sobre la mesa el primero de los mapas, que lleva por título *Typus Orbis Terrarum*, y que corresponde a un mapamundi que engloba los cinco continentes, representados en el interior de un rectángulo cuyos lados tienen forma circular. [Foto 12]. El mapamundi está dividido verticalmente por treinta y seis meridianos principales que parten de los polos. El meridiano cero, el único que es una línea recta, pasa por las islas de Cabo Verde y las Azores.

Sofonisba contempla la obra de Ortelius con el corazón sobrecogido. Cuando era una niña, en su Cremona natal, su padre les

había asignado un tutor a ella y a su hermana Lucía. Entre las muchas materias que aquel maestro les impartió, hubo varias lecciones de Geografía y, en una en particular, aprendieron a leer en un mapa las coordenadas de algunas de las principales capitales de Europa.

—Bueno, aquí lo tiene, señora Sofonisba. ¿Qué es lo que desea consultar? —la espolea Don Carlos, que no destaca por su excelsa paciencia.

—Me gustaría saber a qué punto del mapa corresponden estas dos coordenadas —replica la mujer aprovechando el arranque del príncipe. Luego saca un papel del bolsillo y le muestra los números.

37°45′00.7″N 15°37′49.4″E

—¡Vaya, qué interesante…! —exclama el muchacho después de pasarse casi un minuto observando el papel—. ¿Puede decirme quién se las ha proporcionado? —inquiere con un tono melifluo. Empieza a sospechar que la dama le está ocultando algo.

—Las encontré en un libro antiguo que pertenecía a mi padre y que me regaló antes de abandonar Italia —miente la joven intentando no dejarse traicionar por sus nervios—. ¿Podrá averiguar su ubicación?

—Hum, no estoy seguro —contesta dubitativo el príncipe, que nota como un hormigueo de avaricia le recorre la espalda—. Permítame mirar primero el mapamundi… —Acto seguido, coge una lupa que guarda en el jubón y se dedica a pasarla por encima del tosco pergamino—. Por lo que aquí observo —explica pasados dos minutos —, ese punto debe de encontrarse en un lugar de España.

—¿En un lugar de España? —pregunta Sofonisba, que a su vez comienza a recelar de la actitud esquiva del infante—. ¿Podría su alteza ser un poco más preciso?

Don Carlos atempera la expresión de su rostro. Intuye que su interlocutora desconfía y no quiere espantarla.

—Por supuesto que sí, lo único que necesito es un mapa mucho más detallado. Creo que hay uno por aquí, déjeme comprobarlo…

Tras rebuscar en la carpeta que está sobre su mesa, extrae un mapa titulado *Regni Hispaniae Post*. [Foto 13]. En él, se representa la península ibérica con extrema minuciosidad, apareciendo los nombres de todas las ciudades y pueblos importantes. Después de una concienzuda inspección, durante la cual el príncipe se ayuda de una escuadra de madera, parece que por fin ha dado con el sitio.

»Aquí debe de ser —dice el muchacho, que ya no tiene dudas de que la dama italiana le ha mentido y que en realidad allí se esconde un valioso tesoro que podría poner fin a todas sus penurias—. En algún punto cercano a la ciudad de Écija.

Sofonisba aprieta los puños por detrás del vestido.

—¿Écija? Eso está cerca de Sevilla, ¿verdad? Perdone por mi atrevimiento, alteza, ¿sería tan amable de ser un poco más concreto?

—Lo siento, se me ha acabado el tiempo. —Y antes de que la pintora pueda reaccionar, se abalanza sobre ella y se apodera del trozo de papel—. Ahora déjame solo. Tengo muchos asuntos de los que preocuparme —exclama con una vocecilla aniñada que rebosa codicia.

Sofonisba hace como si se hubiera ofendido y obedece sus órdenes. Mientras abandona el edificio camino del carruaje que la espera en la calle, se sonríe por dentro: por un lado, sabe que aquel par de coordenadas no significan nada sin la frase que incluía la nota de Baumwächter y, por otro, había tomado la precaución de cambiar los valores que correspondían a los minutos de uno de los números; por mucho que se empeñase, el príncipe jamás daría con el lugar correcto. Además, estaba convencida que Don Carlos no tardaría en olvidar el tema. Su cabeza bullía con un sinfín de intrigas palaciegas, y muy en especial, con las relativas a la figura de su padre y sus intentos, hasta ahora fallidos, de quitarle de en medio para desheredarlo. «Écija —piensa la joven artista mientras va dando botes en el interior de la calesa a medida que avanza—, en algún momento tendré que desplazarme allí».

Los siguientes tres años constituyeron sin duda un período aciago en la existencia de Sofonisba Anguissola. A las muertes de sus hermanas Lucía y Minerva, de las que se había enterado por la correspondencia que mantenía con su madre, le sucedieron, en 1568, el fallecimiento del propio Don Carlos y, poco después, el de su gran amiga la reina Isabel de Valois.

Las manías persecutorias del príncipe se habían acabado materializando y su padre, el rey Felipe II, el 17 de enero de 1568, ordenó que su hijo fuera encarcelado en una de las torres del alcázar. Sintiéndose impotente ante lo que él consideraba una traición infame, dejó de comer hasta que el 24 de julio de ese mismo año falleció.

En 1566, Isabel había dado a luz a su primera hija, Isabel Clara, y en el 67, a una segunda de nombre Catalina Micaela. En el otoño del 68, estando nuevamente encinta, apesadumbrada por la reciente muerte de su amigo e hijastro, que tenía su misma edad y que la había acompañado en los momentos más duros de su vida, la reina abortó un feto de sexo femenino y después abandonó este mundo. Ambos jóvenes, cuyo destino en un principio había sido ser marido y mujer para reinar sobre un Imperio en cuyos dominios no se ponía nunca el sol, terminaron compartiendo un sino muy distinto: ser llevados por la parca a la temprana edad de veintitrés.

Capítulo 36

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

No sin grandes dificultades y teniendo que hacer frente en varias ocasiones a las tribus que habitaban aquellas latitudes, Aníbal logró cruzar los Alpes y alcanzar las llanuras del Po. Aunque sus tropas se vieron mermadas y sufrió la pérdida de cinco elefantes, todavía le quedaban veinte mil soldados de infantería, seis mil jinetes númidas y treinta y dos paquidermos de guerra.

La travesía de dos mil cuatrocientos kilómetros les había llevado cinco largos meses, tiempo de sobra para que las legiones romanas al mando de Escipión se hubieran preparado para el recibimiento. Después de casi medio año de incertidumbre, ambos generales estaban deseosos de entrar en combate y decidieron, cada uno por su lado, avanzar con parte de su ejército para reconocer el terreno y obtener información del enemigo. Esa casualidad, o cruce de intenciones, provocó que ambas fuerzas se encontraran frente a frente junto al río Tesino.

El resultado de la escaramuza, ya que no podría considerarse una batalla, fue pésimo para los romanos, no porque sufrieran muchas pérdidas, apenas llegaron a quinientas, sino porque el cónsul Escipión fue herido y estuvo a punto de morir. Sólo una acción casi suicida de la *turma* comandada por su hijo Publio, de dieciocho años, fue capaz de librarle de una muerte segura.

Un mes más tarde, en diciembre de 218 a.C., el otro cónsul reunió sus dos legiones con las de Escipión en la frontera norte. Su intención era enfrentarse a Aníbal antes de que terminara el año consular y llevarse toda la gloria para sí. Aunque Publio era contrario a esta estrategia, al estar herido tuvo que ceder el mando de sus tropas y permitir que Sempronio Longo tomara todas las decisiones.

La gran batalla tuvo lugar en el río Trebia, un afluente del Po, cerca del cual Aníbal había identificado una llanura propicia para tenderle una emboscada a las huestes de Roma. El resultado final de la confrontación fue una derrota sin paliativos de los ejércitos de Sempronio. Aprovechando la superioridad numérica de su caballería, Aníbal castigó una y otra vez los flancos de la infantería romana hasta que pudo rodearlos, momento en el cual inició por ambos lados una carga con sus devastadores elefantes.

En Trebia, los romanos tuvieron unas pérdidas de veinte mil hombres y otros diez mil fueron hechos prisioneros, frente a las cuatro mil bajas que sufrieron los púnicos.

Seis meses después, los dos ejércitos se enfrentaron de nuevo en otra gran batalla. El general cartaginés había abandonado las llanuras del Po y había cruzado la cordillera de los Apeninos. Esa ruta le había llevado desde Bolonia hasta Faesulae[75], donde tuvo que cruzar zonas

pantanosas debido a que el Arno estaba desbordado. Como consecuencia de ello, Aníbal sufrió una infección en el ojo derecho que acabó provocándole su pérdida. A partir de entonces, se le reconocería fácilmente en el campo de batalla, no solo por su extrema fiereza, sino también por el parche que adornaba su cara.

Por su parte, los romanos habían nombrado como cónsules de aquel año a Cayo Flaminio Nepote y a Cneo Servilio Gémino, adjudicándoles cuatro legiones a cada uno de ellos. Con el ánimo de cortarles el paso a los cartagineses, el primero se situó en Arretium y el segundo en Ariminum, lugares por los que por fuerza tendrían que pasar sus enemigos si quisieran dirigirse hacia Roma. La idea era que, cuando uno de los dos cónsules los detectara, avisaría al otro para reunir sus ejércitos y plantarles cara de manera conjunta. Sin embargo, Aníbal fue otra vez más astuto y consiguió provocar a Flaminio, con cuyas legiones se enfrentó en la batalla del Lago Trasimeno.

Ω

A todo esto, Sofonisba Giscón había decidido hacerle caso a Antípatro y, cada noche, antes de irse a dormir, dedicaba unos minutos para pedirle perdón a su madre. Lo que hasta entonces había guardado en forma de lúgubres remordimientos, ahora, al verbalizarlo, salía a borbotones en un torrente que la liberaba de toda su sensación de culpa. Tenía veinte años y, por primera vez desde que era una niña, sentía su corazón en paz.

—¿Puedes madre resumirme lo que será o ha sido del mundo en esa parte del futuro que eres capaz de ver? —pregunta Sofonisba cuando ya está dormida.

Goewin, que ha vuelto a aparecer después de muchas noches oyéndola llorar, deseosa de complacer a su querida hija, comienza a narrarle los principales hechos históricos que había vivido la humanidad en los siguientes siglos. Le hubiera gustado hacerlo antes, pero era sabia y sabía que, sólo a través de sus propias lágrimas, Sofonisba podría extirpar el dolor que habitaba en su espíritu.

Para comenzar su relato, primero le cuenta como, tras derrotar a Cartago, Roma extendería sus fronteras para convertirse en la nación que dominaría el mundo durante seiscientos años, en los que, en gran medida, reinarían la paz y la prosperidad para sus habitantes. Después le cuenta como, debido a la corrupción de la clase política y al progresivo empobrecimiento de sus conciudadanos, el Imperio se desmembraría, dando lugar a diez siglos de oscuridad y de guerras constantes. Después le habla del Renacimiento, de la Revolución Industrial y de cómo las grandes potencias entrarían nuevamente en guerra con sus enormes máquinas propulsadas por combustibles

fósiles, llevando a una muerte inútil a millones de seres inocentes. Y por último le cuenta como, gracias a los últimos avances tecnológicos, internet, la telefonía móvil y las redes sociales, la información y las noticias viajarían a la velocidad del relámpago, impidiendo que los seres humanos dispusieran de tiempo para reflexionar mientras por todos lados seguían masacrándose.

Sofonisba, que estando dormida ha escuchado a su madre, se siente tan abrumada con todos estos hechos que incluso en sus sueños empieza a dudar de que la decisión de haberle preguntado sobre el futuro haya sido acertada.

—Pero entonces, ¿no hay nada que se pueda hacer? —pregunta la hija—. No tiene sentido.

—Eso mismo le argumentaba yo a mi propia madre —contesta Goewin.

—¿Y qué te respondía?

—Que debía ser el propio ser humano en su conjunto el que lo resolviera, pero que si no me conformaba con esa respuesta, entonces tendría que ir a discutirlo con Baumwächter[76]*.*

—¿Discutirlo con Baumwächter? —pregunta Sofonisba en sus sueños sumamente extrañada.

—Sí, los búhos que viven en el Árbol del Tiempo y que son sus guardianes. Son dos hermanos, uno, de muy malas pulgas, reside en el tejo del Tofet, y el otro, al que yo no conozco, en un castaño milenario que se encuentra en Sicilia.

Cuando escucha esto, Sofonisba se queda tan impresionada que está a punto de despertarse, y si no llega a ser porque apretó los párpados con toda la fuerza de su voluntad, sin duda lo habría hecho y no habría podido continuar con la conversación.

—¿Y tú qué hiciste, madre?

—Pues ir a hablar con él. Lo que pasa es que me dijo que no quería saber nada del asunto. Sólo cuando insistí varias veces, probablemente porque deseaba que lo dejara en paz, me indicó que lo mejor sería que fuera a Sicilia y hablara con su hermano.

—¿Y qué pasó entonces?

—Lo que pasó, hija mía, es que tuve que marcharme de Cartago para cuidar de ti y luego ya no tuve la oportunidad. Quizás tú, si así lo deseas, puedas hacer lo que a mí me fue imposible por haberme muerto.

La joven cartaginesa, que sigue dormida pero que dentro de sus sueños está muy despierta, enseguida le dice que sí, que quiere ir a visitar al búho dondequiera que esté. Entonces Goewin, que ya se imaginaba la respuesta porque la había parido cuando estaba viva, le dice que para ello tendrá que encontrar en Sicilia el castaño milenario que se erige cerca del volcán y que, una vez allí, tendrá que recitar una frase que luego le dicta, la misma que, varios siglos más tarde, el

propio Baumwächter le dictó a regañadientes a una gran pintora del Renacimiento.

Capítulo 37

Luigi Nelco lleva más de dos años padeciendo de insomnio. Cuando cada noche, a las tantas de la madrugada, se mete en la cama rendido de cansancio, concilia un sueño efímero que no tarda en transformarse en una pesadilla recurrente: su hermana Anna y su sobrino Enzo han sido asesinados a tiros y yacen en la acera sobre un charco de sangre.

Desde que Vincenzo Vitale, acompañado de un hombre corpulento que no se presentó, fue a verlo a su despacho a principios del año 2020, vive con una agitación perenne incrustada en el pecho. Aquellos tipos no le hicieron ningún daño, ni tampoco sacaron a relucir sus armas, tan sólo le mostraron una serie de fotografías en las que aparecían Anna y Enzo en diferentes sitios: el supermercado en el que solía comprar, la guardería a la que cada mañana lo llevaba su madre, la piscina en la que ambos tomaban clases de natación. Una vez que Vincenzo y su amigo hubieron ponderado el impacto que habían causado las imágenes en la mente de Luigi, le preguntaron cuál pensaba que era la razón de su visita. El detective, que tenía la cabeza apepinada pero ni un pelo de tonto, les dijo que no tenía ni idea, pero que estaba seguro de que ellos, quisiese o no, iban a aclarárselo enseguida, cosa que evidentemente hicieron.

Como era de esperar, debido a que no tenía ningún otro caso que ni de lejos estuviera relacionado con la mafia, le dijeron que sabían de buena tinta que una mujer llamada Sofonisba lo había contratado para investigar la desaparición de su padre, Orazio Malvezzi, del que no tenía noticias desde que se marchara de viaje a Palermo a principios de marzo de 2019. Dado que después de oír esto, Luigi ni pestañeó ni intentó hacerse el despistado, a continuación le confirmaron lo que él ya sabía, que el tal Orazio había sido secuestrado por la Cosa Nostra por estar en posesión de un cuadro valioso y de unos papeles de origen muy antiguo. Mientras Nelco sacaba otro cigarro del paquete y se lo encendía con la colilla del que tenía en la boca, Vitale le informó de que el sujeto en cuestión, tras haber realizado un viaje a San Petersburgo, había desaparecido en circunstancias muy extrañas junto a un empresario frutícola llamado Tomasso Rinaldi. Al pedirle Luigi a Vincenzo que le aclarara por favor qué quería decir con aquello de "circunstancias muy extrañas", Vitale se negó a proporcionarle los detalles, «no necesitas saberlo —dijo–, de lo único que tienes que ocuparte a partir de ahora es de mantenernos informados sobre cualquier avance que se produzca en la investigación. Tenemos mucho interés en encontrar a esos hombres». Y luego añadió que, si no cooperaba, su hermana y su sobrino podrían sufrir un terrible accidente. Además, le recomendaron que no le fuera con el cuento a Vittorio Brusca, ya que, incluso siendo policía, por muchos recursos

que pusieran nunca serían bastantes para garantizar su entera protección. Y para que pudiera dormir tranquilo le aseguraron que Orazio no corría peligro y que lo único que deseaban era encontrarlo para devolvérselo sano y salvo a su hija.

A partir de ese momento, Luigi había vivido en una dicotomía irresoluble. Por un lado, si le hablaba a su cuñado de la visita, quizás pusiera en peligro la vida de su propia clienta y, por otro, si no le hablaba, aparte de ocultarle la verdad, estaría colaborando con la gente a quien más despreciaba.

En cuanto al asunto de su seguridad, Vittorio y Anna le habían dejado claro infinidad de veces que no pensaban renunciar a tener una vida normal. El trabajo de policía antimafia implicaba unos riesgos, entre los cuales las amenazas estaban incluidas. Por otra parte, eran conscientes de que los años de plomo habían quedado atrás y que a la Cosa Nostra no le interesaba matar a policías. Por esa razón, aunque tomaban las precauciones básicas, la pareja vivía con su hijo a la vista de todos, en un barrio de clase media de las afueras de Palermo de donde no querían ni pensaban marcharse. Y por esa misma causa Luigi Nelco decidió que lo mejor sería no hablarle a nadie de la incómoda visita de Vitale y su amigo, porque mientras no hubiera ningún avance en la investigación, como sería el caso durante los dos años y medio posteriores, nadie podría morir ni tener un fatal accidente.

Pero ahora todas sus elucubraciones se habían hecho añicos. De repente, Michele Pertuso, el silencioso acompañante de Vincenzo, se había entregado a la policía en calidad de *pentito* y estaba dispuesto a cantar sobre varios asuntos, siendo uno de ellos el rapto y ulterior desaparición de Orazio Malvezzi. Para que le tomaran en serio, había desvelado la ubicación de la finca donde estaba enterrado Salvatore Spadaro, el que fuera sospechoso número uno del secuestro.

Vittorio lo había llamado esa misma mañana para informarle del tema y para decirle que hablara urgentemente con la hija de Orazio, ya que prefería que lo hiciera él a que recibiera una llamada oficial de la policía italiana. También le había enviado una foto del supuesto *pentito*, que había sido ingresado en la cárcel de Ucciardone y aislado en una celda para su protección. Cuando Luigi colgó el teléfono después de mantener este diálogo, tenía la camisa empapada y los dedos quemados por el pitillo que se había olvidado de apurar. Acababa de descubrir que el arrepentido era el tipo corpulento que había venido con Vincenzo Vitale el día de su visita y que, alrededor de cada mes y medio, se dejaba ver cerca de allí para asegurarse de que no se olvidaba de su trato. «¿Sería esto una trampa de la mafia para saber si les había mentido?, ¿o por el contrario sería verdad lo que afirmaba Pertuso y se había entregado porque tenía miedo de sus jefes? Luigi no lo sabía, pero lo que sí sabía es que tenía un problema

de narices, y no precisamente por causa de las grandes napias que ostentaba su clienta Sofonisba Malvezzi, a quien llamó tan pronto como pudo recobrarse un poco de sus tribulaciones.

Después de hablar con ella y de haber quedado en recogerla a la mañana siguiente en el aeropuerto de Catania, maldijo otra vez su mala suerte. Resultaba que iba a venir con un acompañante que lo único que haría sería poner las cosas más difíciles. Antes de la llamada, había tomado la resolución de que le confesaría todo durante el trayecto de regreso a Palermo, sabiendo que eso supondría, no sólo su despido inmediato, sino un enfado monumental y con razón por parte de la chica.

Pero ahora, con el tal Bencomo en el coche, cuyo nombre le evocaba algún tipo de comida nipona, ya no estaba seguro de que esa fuera la mejor estrategia. Por eso, después de haberle dado infinidad de vueltas al asunto, había decidido que dejaría que los acontecimientos siguieran su curso y que, si en algún momento se descubría el pastel, asumiría sus responsabilidades con toda la dignidad de la que era capaz. Todavía pensaba que haberse quedado callado había sido la decisión correcta, ya que hasta ahora nadie, excepto él mismo, había salido perjudicado: el insomnio le había hecho mella y estaba claro que había perdido peso, por no mencionar la angustia permanente en que vivía sumido y que estaba agriándole el carácter y afilándole el rostro.

—¿Me está diciendo, *signorina*, que el nombre de Baumwächter que mencionó su padre es el nombre de un búho? ¿Y que ese animal se le presentó a Bencomo cuando todavía era un niño para anunciarle que era descendiente directo del *mencey* de Taoro que, según me cuentan, era un rey de la tribu que vivía en Tenerife antes de la llegada de los conquistadores? —pregunta Luigi resoplando sin apartar las manos del volante ni la vista de la carretera mientras no para de encadenar cigarros.

—Oiga, no me sea *jeringón*[77], que los guanches eran un pueblo, no una tribu salvaje, ¿eh? —responde Bencomo en español. Su italiano es muy básico, pero algo entiende y no quiere quedarse al margen de la conversación.

—Perdone mi ignorancia, *signore* Arúspice —replica el detective, imaginándose lo que quería decir. Aunque la historia que le habían contado le parece sacada de un tebeo, el muchacho le cae simpático y no quiere que le coja manía. Además, es muy posible que le venga bien tenerlo de su parte cuando estalle la bomba de información que guarda en su cabeza.

—Y ahora, señor Nelco, cuéntenos por favor todos los detalles que conoce sobre la intenciones del supuesto *pentito* —dice Sofonisba—, y

hágalo despacio por favor, necesito que aquí el chaval se entere lo máximo posible. Quién dice que no es él la clave de todo este misterio.

Y entonces Luigi Nelco, mientras conduce con destino a Palermo para llevar a su clienta a la prisión donde la policía tiene retenido a Michele Pertuso, les cuenta con pelos y señales todo lo que su cuñado Vittorio le había dicho por teléfono la mañana anterior.

Capítulo 38

Orazio Malvezzi acaba de aterrizar en el aeropuerto de Palermo. El avión de las líneas aéreas turcas en el que ha viajado procede de la ciudad rusa de San Petersburgo y ha hecho una escala previa en Estambul. Tres días antes, había realizado el mismo trayecto en dirección contraria acompañado de Tomasso Rinaldi. Para que pasara inadvertido, éste le había proporcionado un pasaporte falso con visado que lo identificaba como Sandro Moretti, empresario italiano dedicado al sector de las antigüedades. Además, habían tomado la precaución de embarcar de forma independiente y ocupar asientos en filas distintas del avión. Huelga decir que Orazio, que se había visto obligado a teñirse el pelo y a ponerse unas gafas, no se había desplazado hasta allí para ver antiguallas, ni tampoco para hacer ningún tipo de negocio legal. Lo que Orazio y Tomasso pretendían era entrar en el Museo del Hermitage e inspeccionar con rayos X el reverso del único cuadro de Sofonisba Anguissola del que disponían en su gran colección.

Orazio, por supuesto, había accedido a hacerlo porque de lo contrario la vida de su hija correría peligro, y también, aunque eso nunca lo reconocería, porque deseaba desvelar el enigma que lo había atormentado desde su juventud.

Para conseguir sus propósitos, habían contado con la ayuda de Yuri Salisnikov, un capo de la *bratva*[78] que mantenía estrechas relaciones con Denaro. Se ocupaba de que la droga asiática alcanzara Europa a través de territorios rusos. En sus viejos tiempos, Yuri había pertenecido al KGB y disponía de una amplia red de antiguos agentes que ahora se dedicaban a actividades mucho más lucrativas. Por eso le fue posible conseguir que, dos activistas climáticos, amenazados por uno de sus hombres, entraran en la sala donde se exhibía el retrato y le arrojaran unos polvos de color amarillo. Su intención al parecer no era dañar la obra, puesto que el producto que usaron era inerte y se eliminaba con gran facilidad.

Con este tipo de actos, según lo que afirmaron después de ser detenidos, lo único que pretendían era concienciar a la gente sobre la necesidad de dejar de utilizar los combustibles fósiles. Aparte de este objetivo, cuyo cumplimiento quedó casi con total seguridad en el limbo de los deseos utópicos, lo que sí lograron fue que trasladaran el cuadro al departamento de conservación del Hermitage, donde Yuri tenía bajo su control a uno de los técnicos.

El plan de Salisnikov, el cual le llevó seis meses pergeñar, consistía en que, un día después del ataque de los activistas, los dos hombres que habría enviado Denaro a San Petersburgo accederían al museo en calidad de visitantes. En un momento determinado, cuando

estuvieran en una de las salas contiguas a su departamento, el empleado iría a recogerlos para luego conducirlos hasta el lugar en el que podrían inspeccionar el cuadro, que no sería otro que un cuarto especial dedicado al examen de obras de arte mediante rayos X.

Cuando fue a buscarlos, el técnico, de apellido Ibramovich, temblaba como un flan. Era ludópata, y para su desgracia le debía un montón de dinero a la organización que regentaba Yuri. Por eso había aceptado el acuerdo, con la condición, eso sí, de que el retrato no saliera del museo y no sufriera daños, aunque para hacer honor a la verdad no tenía otra opción.

Una vez que Orazio y Tomasso accedieron a la sala especial, le dijeron a Vladimir, pues ése era el nombre de Ibramovich, que pusiera el cuadro de tal manera que pudieran examinar el reverso del lienzo usando la máquina de rayos. Cuando así lo hizo, le advirtieron de que lo mejor para sus intereses sería mirar para otro lado durante la inspección. Y después le ordenaron que accionara el aparato y se diera la vuelta.

En cuanto el técnico pulsó el botón de encendido, el corazón de Orazio, que aleteaba con brío en su pecho desde que hubo franqueado las puertas del museo, se puso a palpitar con tanta fuerza que confundió el zumbido de la máquina con sus propios latidos. Transcurrido un minuto, durante el cual el negro de la pantalla se fue aclarando hasta adquirir la apariencia de una radiografía, empezaron a distinguirse los trazos de lo que, de acuerdo a la carta de Sofonisba Anguissola, pensaban que era el contenido de la nota que le había dictado el búho Baumwächter cuando vivía en España, allá por mediados del siglo XVI.

En efecto, otro minuto después, ya podían leer claramente lo que sin duda eran un par de coordenadas y una frase en un idioma que no reconocían. Al ver esto, Orazio estaba que no cabía en sí de gozo: quizás después de todo su vida no había resultado tan absurda, aunque, pensándolo bien, lo más probable es que durara más bien poco. En cualquier caso, lo más importante era que Sofonisba no sufriría ningún daño. Esa misma mañana, mientras caminaba con su abrigo de piel de oveja y su gorro de astracán para protegerse del frío que imperaba ya en la capital, Tomasso así se lo había asegurado, «siempre, claro está, que no se le ocurra cometer alguna estupidez», había añadido luego con esa cara tan típica suya de no haber roto un plato. Y después habían seguido andando de camino al museo, mientras Orazio, que aún rumiaba con esperanza las palabras del gánster, contemplaba extasiado los jardines del Almirantazgo y la adyacente catedral ortodoxa de San Isaac de Dalmacia, cuya cúpula dorada refulgía en el azul del cielo.

Tan pronto como fueron capaces de leer con nitidez lo que ponía

en el lienzo, además de copiarlo minuciosamente en una libreta, Rinaldi se ocupó de tomar varias fotografías con su móvil. Por lo que respecta a Orazio, tuvo la precaución de memorizar la frase antes de que Tomasso le dijera al técnico que apagara la máquina.

Acto seguido, teniendo ya la información a buen recaudo, el mafioso sacó de su bolsillo un frasco de lo que parecía un inhalador, le quitó el capuchón, y pulverizó su contenido sobre la zona del lienzo en la que Sofonisba había escrito la nota y que posteriormente había cubierto con estuco. Según le contó Tomasso cuando ya habían abandonado el edificio, era una especie de isótopo de muy baja radioactividad que haría que nadie más pudiera leer lo que ellos ya habían tenido la suerte de leer, y sin más comentarios paró un taxi y le indicó que los llevara a un hotel cerca del aeropuerto. A la mañana siguiente, cada uno por su lado, embarcarían en el vuelo de vuelta hacia Palermo.

Cuando después de ocho horas de vuelo aterriza su avión, liberados ya de su ropa de invierno, Orazio y Tomasso se encuentran en la terminal con los dos hombres que han ido a recogerlos. Como el propio Orazio averiguó más tarde, se trataba de Vincenzo Vitale y Michele Pertuso. Tras seguirles los pasos hasta el aparcamiento, los cuatro se suben a un Nissan Pathfinder de color negro que parece recién salido de la fábrica. Una vez que han abandonado el *parking*, Tomasso le dice al copiloto que introduzca unas coordenadas en el navegador, las mismas que había anotado en la libreta estando en el museo.

Al cabo de unos segundos, una voz femenina comienza a dar instrucciones acerca de cómo seguir la ruta más favorable hasta el punto indicado. Por lo que se observa en la pantalla, dista de allí doscientos setenta y tres kilómetros. El tiempo estimado del trayecto, teniendo en cuenta las numerosas obras, es de tres horas y cuarenta minutos.

—Señor Malvezzi, ¿conoce usted el Castaño de los Cien Caballos? —le pregunta Rinaldi después de dar un sorbo a un botellín de agua. Estando todavía en el hotel, Tomasso había comprobado las coordenadas y visto que coincidían con las de aquella fagácea milenaria.

—¿El Castaño de los Cien Caballos? Creo recordar que se trata de un árbol —contesta Orazio procurando componer una expresión que simule sorpresa. Acaban de incorporarse a la E90, la autopista que une el aeropuerto con Palermo.

Tomasso Rinaldi mira con severidad a su rehén. No le gusta que le mientan, y mucho menos que lo tomen por tonto.

—¿Ha podido descansar esta noche? Desde esta mañana lo noto un poco ido —inquiere el mafioso. Se huele algo raro en la evasiva

que le ha soltado el hombre.

—Sí, sí, muy bien, pero ya sabe, estoy preocupado por lo que pueda pasarme de ahora en adelante. Imagino que lo comprenderá —replica Orazio, que intenta que no se le note que a mitad de la noche se había despertado después de tener un sueño tan extraño como revelador.

Por un momento Tomasso Rinaldi duda si continuar con su interrogatorio, pero después de escudriñar los ojos azules de Orazio, hace un gesto de indiferencia y deja de insistir.

—Por supuesto que es un árbol, ¿qué iba a ser si no? Lo que sucede es que tiene alrededor de cuatro mil años de edad, y es por lo tanto el más longevo de nuestro continente.

—Ahora que lo dice, creo que leí algo sobre eso en una guía de Sicilia cuando vine aquí por primera vez en los años ochenta —responde Orazio un tanto más calmado. Parece que el hampón ha decidido no prestar atención a sus recelos.

—Entonces supongo que recordará de dónde le viene ese curioso nombre.

—Ojalá lo hiciera, ya no tengo la misma cabeza que cuando era más joven —dice el historiador desviando los ojos para mirar a través de la ventanilla del vehículo. Justo en ese instante, a la altura del pueblo de Capaci, ve pasar el obelisco erigido en memoria del juez Falcone y sus acompañantes y eso provoca que se le encoja el alma. Lo ha visto muchas veces, pero sus circunstancias eran muy diferentes.

Al ver su cara cenicienta, Tomasso se imagina lo que pasa por la mente de Orazio y decide callarse durante unos minutos. Cuanto más sufra, más difícil será que trate de hacerles alguna jugarreta.

—Pues permítame que se lo recuerde, me encantan las leyendas sicilianas —dice el matón cuando considera que Orazio se ha hundido lo bastante en el pozo.

Los dos hombres que van delante no han abierto la boca desde que subieron al coche, y tampoco lo van a hacer ahora. Saben que es mejor no inmiscuirse en los asuntos del asiento de atrás.

Y entonces Tomasso Rinaldi le cuenta a Orazio Malvezzi que, yendo con su séquito de cien caballeros a visitar el Etna, una reina de Aragón fue sorprendida por una tormenta apocalíptica y, viendo un inmenso castaño que se encontraba cerca, instó a sus hombres a resguardarse allí, con la gran fortuna de que todos ellos junto a sus monturas cupieron debajo de sus enormes ramas.

Después de haber abandonado la E90 a la altura de Buonfornello para incorporarse a la A19, continúan hasta Catenanuova, donde Tomasso ordena hacer una parada para picar algo y para ir al servicio. A la media hora de reiniciar la marcha, el trazado de la carretera abandona

las planicies del río Dittaino, cuyos meandros los han acompañado durante los últimos treinta y tantos kilómetros. «En tiempos pretéritos —piensa Orazio mientras contempla los extensos campos de cultivo salpicados de almiares—, estas fértiles tierras fueron motivo de una guerra encarnizada entre los romanos y los cartagineses. Parece que desde entonces el ser humano no ha querido aprender».

Cuando más tarde entroncan con la E45, la carretera que circunvala la ciudad de Catania, la gran mole del Monte Etna se recorta ante ellos a la luz verdinegra del crepúsculo. Después de pasar cerca de las villas de Valverde, Scura y Mangano, se incorporan a la SP5i. Diez kilómetros más adelante, rebasado el pueblo de Sant'Alfio, en una bifurcación llamada la vía del Castaño, se halla el árbol que han venido a buscar. Son las seis de la tarde y apenas se ve nada, pero todavía hay un grupo de turistas alrededor de los veinte troncos que comparten una sola raíz.

—Esperaremos aquí aparcados hasta que no haya nadie —dice Tomasso al ver el panorama—. Voy a tratar de echar una cabezadita. Vincenzo, avísame cuando esté despejado.

—Señor Tomasso —le dice su esbirro una hora más tarde mientras le sacude con suavidad el hombro—. El último turista acaba de marcharse. ¿Qué desea que hagamos?

Rinaldi abre los ojos con pinta de no saber si está todavía en Rusia o se encuentra en Italia, pero enseguida logra despabilarse y tomar el control.

—Muy bien —dice mirando su reloj—. Vincenzo, ponte un chaleco reflectante y sitúate a la entrada del camino. Si ves que se acerca algún vehículo, le haces señales y les dices que se han desprendido algunas ramas y que el árbol no puede visitarse. Si fuera la policía, ya sabes...

—Descuide, señor Rinaldi, me ocuparé de que no los molesten.

—Michele, tú vente con nosotros y vigila el perímetro, puede que aparezca algún senderista despistado, ¿has entendido?

—Perfectamente —responde el lacayo, orgulloso de que confíen en él.

Después de haber asignado las tareas, Tomasso abre la guantera del coche y saca un pistola cargada con un dardo. Luego abre la puerta del Pathfinder y le ordena a Orazio que se baje. Ha caído la noche, pero la luz de la luna que se refleja en el lecho de hojas les basta para ver el camino.

—Ahora vamos a averiguar qué chorrada es esa de la nota que escribió la pintora. Reconozco que me sorprendió encontrar las coordenadas en el cuadro tal como había descrito, pero creo que esa mujer, que tenía más de noventa años, andaba mal de la cabeza. Ya se

lo comenté a Matteo. Aun así, insistió en que fuéramos a San Petersburgo a comprobarlo y, en caso de que fuera cierto, que intentáramos atrapar al mencionado búho. Muy pronto sabremos quién tenía razón.

Orazio mira con espanto la pistola de dardos. La noche anterior, una mujer de nombre Goewin le había visitado en sus sueños y le había dicho que, si quería escapar de las garras de sus secuestradores, en cuanto se acercara al castaño milenario, debía pronunciar antes que el otro hombre la frase que había memorizado. Después le dijo que cuando notase que se abría un hueco en la corteza de uno de sus troncos, tendría que meterse allí dentro a toda velocidad y que, de alguna manera, tendría también que conseguir que el tipo de la libreta lo siguiera. Y ahora Orazio, que se había despertado de su sueño con la esperanza de volver a ver a Sofonisba, se temía que con aquella arma Tomasso fuera capaz de neutralizarlo antes de que pudiera llevar a cabo lo que le habían dicho cuando estaba dormido.

—Venga, muévase, señor Malvezzi —le dice, situándose detrás y apuntándole con lo que todo parece indicar que es una pistola de dardos soporíferos.

Orazio comienza a caminar y, cuando se encuentra a menos de diez metros del círculo de troncos, empieza a recitar por lo bajo la frase que se había aprendido, esperando que su pronunciación de aquel idioma fuera más o menos correcta.

—¿Qué está balbuceando? —pregunta Tomasso, que había dejado de apuntarle para sacarse la libreta del bolsillo y después iluminarla con la linterna de su móvil.

En vez de responder, Orazio lo ignora y continúa con el enunciado de su incomprensible letanía. Y entonces, cuando termina de decir la última palabra, se oye un gran crujido a su derecha, como si una rama enorme estuviera resquebrajándose y fuera a caérseles encima. Pero nada de eso ocurre, porque lo que sucede a continuación es que Tomasso alumbra con su teléfono en la dirección de aquel extraño ruido y lo que ve lo deja acongojado: se ha abierto un enorme hueco en medio de uno de los troncos y por su lado izquierdo un búho asoma la cabeza.

Mientras Tomasso sigue intentando asimilar aquello, ya que no se cree que lo que ilumina su linterna esté ocurriendo de verdad, Orazio aprovecha la situación, le da un manotazo a la pistola, y sale corriendo hacia el agujero, rezando para que Rinaldi reaccione y le siga los pasos, como efectivamente acaba sucediendo.

—¿Dónde se cree que va? —le dice el mafioso cuando le da alcance y le agarra por la parte posterior de la chaqueta.

—Tenemos que meternos allí antes de que se escape el búho —logra decir en una ocurrencia milagrosa.

La oquedad se encuentra a un solo metro de distancia y Rinaldi empieza a considerar lo que acaba de proponerle, pero, por el rabillo del ojo, Orazio ve que Michele está a punto de alcanzarlos y que si no logra ahora mismo su objetivo todo se irá al carajo. Entonces, con toda la energía que su cuerpo de casi setenta años es capaz de reunir, agarra por el brazo a Tomasso y tira de él con tanta fuerza que lo coge desprevenido y logra arrastrarlo hasta el otro lado de la entrada. Una vez en el interior, el agujero se cierra silenciosamente y dejan de escucharse los gritos de Pertuso, que llegaba en ese momento con la intención de auxiliar a su jefe.

—Buenas noches, mi nombre es Baumwächter —dice el búho a modo de saludo en la semipenumbra que reina en el interior del Castaño de los Cien Caballos y que en ese mundo se conoce como el *Árbol del Tiempo*.

Capítulo 39

Después de las muertes de Carlos de Austria e Isabel de Valois, Sofonisba Anguissola se sentía hasta tal extremo dolida con Felipe II que su mente llegó incluso a albergar ideas regicidas. Estaba segura de que, de no haber encerrado al príncipe, aunque igualmente hubiera dictaminado su desahucio, ambos continuarían con vida y la reina habría acabado concibiendo un varón. Por ese motivo, a pesar de que Isabel le había pedido antes de morir que se ocupara de darles lecciones a sus hijas, había solicitado permiso al rey para dejar la corte.

Felipe II era por el contrario reluctante a su marcha. Tenía en alta estima a las infantas y era consciente de que su primogénita, Isabel Clara Eugenia, se había encandilado de la dama italiana y disfrutaba mucho con sus clases de dibujo y pintura. Además, la niña mostraba buenas dotes para el arte y Felipe no quería que dejara de cultivar esa faceta tan importante para un miembro de la casa real. No obstante, tras dos años de ruegos, el monarca se avino a cumplir sus deseos y le encomendó a Diego de Córdoba la tarea de encontrarle marido. Después de nueve años de ausencia, Sofonisba no quería regresar a casa de sus padres. La sola idea de tener que estar sometida otra vez a los designios de sus progenitores le producía dentera, y como era impensable que una mujer de su edad viviera sin estar amparada por un hombre, decidió que una boda sería la mejor solución. Había transcurrido casi una década desde que había yacido con Orazio Vecellio y su corazón no había vuelto a sentir desde entonces una pasión igual, pero como a través de la pintura podía de algún modo sublimar sus deseos carnales, aquel era un asunto que le parecía secundario en aquellos momentos.

El primer candidato a considerar fue el conde Broccardo Persico, que seguía enamorado de la artista desde que la acompañara en el largo viaje que la llevó desde Milán a España. Aunque Sofonisba se mostró de acuerdo con aquella elección, la boda finalmente no pudo celebrarse. Broccardo era caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén y, como tal, necesitaba de una dispensa del papa para poder contraer matrimonio, pero Pío V no se apiadó de él, ni siquiera después de que el conde se desplazara a Roma y le suplicara de rodillas que se la concediera.

Por otro lado, la edad de Sofonisba, que frisaba los cuarenta, hacía difícil que pudiera engendrar hijos y eso restringía sobremanera la lista de aspirantes. Además, la dama le había comunicado a Diego de Córdoba que, si fuera posible, encontrara a alguien que viviera en Sicilia. Tras la muerte del príncipe había tenido pleno acceso a sus libros y pudo pasar varios días estudiando sus mapas. Una de las cosas

que le había omitido a Don Carlos, sin saber entonces que se trataba de un detalle crucial, fue que antes de dictarle la frase, junto a las coordenadas, Baumwächter había añadido lo siguiente:

Greenwich 0º

Ortelius mencionaba en su obra que el origen de los meridianos podía ser arbitrario y que el suyo eran las islas de Cabo Verde, pero que había cartógrafos franceses que usaban el meridiano de París, e ingleses que utilizaban el de Londres. ¿Significaba eso que las coordenadas que le había dado el búho estaban referenciadas a Greenwich, un barrio de aquella capital? «Probablemente —pensó con acierto Sofonisba—. ¿Por qué iba a mencionarlo si no?», se dijo después. Y fue así, tras hacer algunas comprobaciones en los siguientes días, como llegó a la conclusión de que lo que Don Carlos había ubicado en Écija se encontraba en realidad en algún lugar del este de Sicilia.

Mientras esperaba la resolución de su caso, el rey celebró sus cuartos esponsales con su sobrina de veintiún años, Ana de Austria, hija de su hermana María y de su primo el emperador Maximiliano II. En cuanto la joven llegó a Madrid en noviembre de 1570, quiso darle a la corte un aire menos pretencioso y mucho más alegre. Aun siendo de otra generación, enseguida congenió con Sofonisba y la animó a pintar. De esos años datan los retratos de la propia Ana y de las infantas, así como los retoques de un retrato del rey que había realizado en el 65 para amoldarlo a los nuevos estándares. [Foto 14]. También hizo varios autorretratos y algunos cuadros religiosos, quizás para dar rienda suelta al dolor que sentía por la pérdida de sus hermanas y sus seres queridos.

El 26 de mayo de 1573, después de tres años de espera, Sofonisba Anguissola contrajo matrimonio con Fabrizio Moncada, el hijo del difunto príncipe de Paternò, un noble perteneciente a la burguesía catalanoaragonesa residente en Sicilia. Aparte de los doce mil ducados de la dote, algunas joyas de gran valor y su ajuar personal, Felipe II le concedió a la dama de su anterior esposa una renta anual de mil ducados sobre las aduanas de Palermo, circunstancia que era de la total conveniencia de Fabrizio, puesto que al morir su padre y ser el segundogénito, sólo había tenido derecho a una mínima parte de la herencia.

Como la boda se había celebrado por poderes en el alcázar de Madrid, hasta mediados de agosto Sofonisba no pudo conocer a su marido. Durante los dos primeros años de casados, la pareja se alojó en el palacio familiar de Paternò, situación que aprovechó la pintora cremonesa para contratar los servicios de un capitán de barco. Estaba convencida de que, solamente un marino, gracias a sus conocimientos

astronómicos, sería capaz de situar las coordenadas que le había dictado el búho en la Torre Dorada.

—Entonces, señor Orazio, si le proporciono las coordenadas de las que le he hablado, ¿cree usted que podrá ubicarlas para mí? —le pregunta Sofonisba Anguissola a Orazio Lomellino en la primavera del año 1575.

—Ya le dije el otro día que sí, señora Moncada, pero ha de ser consciente de que habrá siempre un buen margen de error. ¿Qué es lo que desea encontrar?, ¿no será un tesoro de piratas? —le dice Orazio en la oficina marítima del puerto de Catania. Es un muchacho joven y bien parecido al que le gusta hacer bromas, aunque en este caso lo dice medio en serio. No puede imaginarse por qué una dama refinada como ella querría encontrar un punto mediante un complejo par de coordenadas.

—Ojalá se tratara de eso. Mi marido y yo tuvimos que gastar la dote en pagar créditos pendientes y, las promesas del rey…, bueno, ya sabe usted en qué estado se encuentran sus finanzas.

La estancia huele a pescado y a través de sus ventanas se escuchan las voces de unos marineros que se han extralimitado con el vino.

—Sí, claro que lo sé, cada vez que la corona me contrata un viaje tardo en cobrar una eternidad. —Orazio tiene veintisiete años y hace unos meses que logró el ascenso a capitán. Como segundo oficial de la marina había participado, en el mes de octubre de 1571, en la crucial batalla de Lepanto, que la armada española sostuvo contra los otomanos y en la que estos perdieron cerca de cien navíos, veinte mil hombres y la completa supremacía en el mar.

»Entonces, ¿está usted segura de que el lugar que busca se encuentra dentro de Sicilia? —pregunta Orazio, intrigado por la forma en que la mujer haya podido averiguarlo. —Largaos de aquí —le grita al grupo de borrachos, que se ha acercado al olor de una hembra—. Ruego los disculpe, son unos maleducados.

—No se preocupe. Y en cuanto a su pregunta, sí que lo estoy, los mapas de Ortelius que consulté así lo corroboran, a menos que haya cometido algún error —se sincera ella con el objeto de que la tome en serio.

—¿Mapas de Ortelius? ¿Tiene usted su atlas? Si así es, le suplico que me los deje ver.

—Lo lamento muchísimo, pero se encuentran en la corte de España —contesta Sofonisba. Por alguna razón que no alcanza a comprender del todo, le hubiera encantado poder enseñárselos.

—Vaya, qué pena. ¿Cuándo quiere proporcionarme las coordenadas? No estaré mucho más tiempo por aquí.

Sofonisba había contratado a Orazio, además de porque le había caído simpático nada más verlo, porque vivía en Génova y prefería alguien de fuera de la isla. Su marido Fabrizio no estaba al corriente de sus encuentros con el búho y era mejor que no supiera nada.

—¿Seguro que puedo confiar en usted? Se trata de un secreto familiar.

—Por supuesto, señora, los oficiales somos gente de fiar, pero si va a sentirse mejor, se lo juro por la vida de mi hijo Giulio, que hoy cumple siete años.

Al escuchar esto, a Sofonisba se le revuelve el alma. No sabe por qué, pero desde que cruzaron las primeras palabras había fantaseado con la idea de que el muchacho estaba queriendo flirtear. Y ahora, al saber que siendo tan joven tenía un hijo y una esposa a los que sin duda amaba con locura, ha sentido una gran decepción.

—No hacía falta jurar, pero siendo así, creo que puedo dárselas —replica la mujer en cuanto logra reponerse del chasco. Y luego le tiende un trozo de papel en el que están anotados el par de coordenadas y la referencia a la villa de Greenwich.

En ese momento suenan las campanas de la iglesia mayor tocando la una de la tarde.

—He de advertirle que la longitud está referenciada al meridiano que pasa por una aldea cercana a la ciudad de Londres. Fíjese bien —dice Sofonisba cuando ha cesado el ruido.

37°45′00.7″N 15°7′49.4″E

Greenwich 0º

—¿Greenwich? Qué extraño. Entonces deben de provenir de un cartógrafo inglés.

Después de estudiar los números durante un buen rato, y de tener la mirada perdida en algún punto del firmamento durante otro más largo, Orazio frunce el ceño. Hay algo que no termina de cuadrarle.

—¿Podría decirme quién se las ha proporcionado? O bien se trata de un bromista como yo, o bien es alguien que vive en el futuro —dice Orazio en un tono jocoso.

Esta vez, el corazón de Sofonisba, en vez de revolverse, directamente se le hiela en el pecho.

—¿Por qué me dice eso? —dice con las mejillas lívidas. No entiende cómo el joven puede haber intuido que alguien de otra época se las había enviado. Ella siempre había creído que había sido Sofonisba de Cartago, pero quizás estaba equivocada.

—Es por haber incluido los segundos, y encima con decimales. Los instrumentos de hoy en día ni siquiera tienen la precisión para ubicar minutos de longitud sin un gran margen de error, lo que significa varias leguas en distancia terrestre.

—Bueno, haga usted lo que pueda —responde Sofonisba bastante más tranquila. Al parecer, el joven sólo trataba de resultar simpático —. Aquí tiene medio escudo, el otro medio se lo daré cuando haga el trabajo.

—No se apure, señora, me vendrá bien el ejercicio. Ya le informaré del coste de los gastos. Tendré que alquilar un caballo y una habitación donde pasar la noche. Dentro de tres días podría volver a verla. ¿Qué le parece?

Sofonisba no puede resistirse al encanto de Orazio, así que guarda la moneda y le dice que *sí*, que allí estará en la fecha acordada. Y luego se despide del hombre y se da la vuelta sintiéndose como una colegiala que se ha quedado prendada del maestro.

Capítulo 40

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

Cayo Flaminio estaba enojadísimo. Aníbal había pasado por Arretium y se había dedicado a arrasar los territorios circundantes sin que el otro cónsul hubiera acudido a su encuentro como estaba pactado. Detestaba a Servilio, y además pensaba que era un completo inútil, así que, tras varios días de espera, decidió salir con sus legiones para enfrentarse con el cartaginés. Sus exploradores le habían dicho que tras cruzar los Apeninos el ejército púnico se había visto mermado. Por un lado había sufrido algunas deserciones y, por otro, un gran número de hombres había muerto aquejados del mal de los pantanos. A la vista de esta esperanzadora información, Flaminio creyó que podría ser el momento propicio para acabar con esa pesadilla en la que se había convertido la figura de Aníbal.

El 20 de junio de 217 a.C., las legiones de Cayo, que habían salido en su persecución, le dieron alcance a la entrada del lago Trasimeno. Ambos ejércitos pernoctaron a la espera de que a la mañana siguiente se produjera la gran confrontación, pero cuál fue la sorpresa de Flaminio cuando al alba se encontró con que el campamento cartaginés había sido levantado durante la noche y no quedaba nadie. Sin que él lo sospechara, se habían ocultado en las laderas boscosas de la orilla del lago, donde la bruma matutina los hacía invisibles.

Lo siguiente que sucedió es que la cólera que embargó al cónsul al ver el panorama le obnubiló completamente el juicio, no ocurriéndosele otra cosa que ordenar a sus tropas que avanzaran para internarse en lo que, en último término, sería una trampa mortal. Quince mil romanos perecieron en aquella emboscada y otros diez mil fueron hechos prisioneros contra las escasas dos mil quinientas bajas de los cartagineses.

La respuesta de Roma ante las tres derrotas consecutivas que habían sufrido sus ejércitos, fue la de nombrar dictador durante seis meses a Quinto Fabio Máximo, el que fuera el líder de la embajada enviada a Cartago y que, a costa de la sangre de miles de sus conciudadanos, veía por fin colmada su ambición. Durante este tiempo, Fabio no quiso enfrentarse a Aníbal en batalla campal, sino que hostigó a sus tropas en una especie de guerra de guerrillas para dificultarle el abastecimiento. La estrategia dio buenos resultados hasta que, una vez terminado el plazo concedido por el Senado, se nombraron a los cónsules Lucio Emilio Paulo y Cayo Terencio Varrón, que estarían al mando del mayor ejército que Roma había congregado hasta la fecha: ochenta mil soldados de infantería, mil honderos baleáricos, dos mil jinetes romanos y cinco mil itálicos.

Este enorme contingente se encontraría con Aníbal en la primavera de 216 a.C. en la región de Apulia, en una ciudad llamada

Cannae, que sería infaustamente recordada por Roma durante muchos años. Aquella fue la batalla más sangrienta que jamás se había librado, y en ella perdieron la vida sesenta mil de sus compatriotas. Entre los muertos se contaban ochenta senadores y el cónsul Emilio Paulo, el padre de Emilia Tercia, la que después se convertiría en la mujer de Publio Cornelio Escipión, *el Africano*, que ese día juró por todos sus dioses que no descansaría hasta que pudiera obtener su venganza.

Ω

Mientras todo esto tenía lugar en las lejanas tierras de Italia, en Cartago, Sofonisba Giscón, conocedora del resultado final que tendría esa larga guerra, recibía las noticias acerca de las grandes gestas de Aníbal con más o menos el mismo entusiasmo que lo hacía Hanón, es decir, ninguno. El general había sido relegado a comandar las dos falanges que permanecían tras las murallas de la ciudad, destinadas a repeler un posible ataque de Roma o de sus aliados. Sin embargo, a la luz de los últimos acontecimientos, esa posibilidad parecía cada vez más remota y Hanón no hacía más que reconcomerse y buscar alguna forma de hacer daño a la familia Barca, entre las que se incluía matar a esa pérfida mujer, la hija del general Giscón, que armada sólo con su labia había sido capaz de arruinar su carrera.

Aun consumido por el odio, Hanón era consciente de que si Sofonisba sufría un atentado en Cartago, él sería el principal sospechoso y su padre o su marido se ocuparían de hacérselo pagar. No obstante, si la joven abandonaba la ciudad, como había escuchado que pretendía hacer, la situación sería muy distinta. Los viajes estaban llenos de peligros y sería relativamente fácil ocultar la verdad. Hanón ignoraba con qué fines, pero sabía que Sofonisba llevaba tiempo buscando un barco mercante que la pudiera trasladar a Sicilia. Hasta ese momento viajar no había sido factible. Había dos legiones romanas en la isla preparadas para iniciar un desembarco en África y no había ningún comerciante que quisiera arriesgarse. Pero tras la derrota de Cannae la coyuntura había cambiado de forma radical. Roma había hecho llamar a todos sus ejércitos para defender la cuna de la República de un inminente ataque, lo que significaba que el comercio podría restablecerse y que la muchacha tendría la oportunidad de iniciar su viaje.

A principios de 215 a.C., Sofonisba, esposa de Masinisa, embarca en una nave propiedad de su tío, Adérbale Giscón, a quien, después de insistir durante varios años, había persuadido para que la llevara a la isla de Sicilia. La razón que arguyó para convencerlos a él y a su padre, Asdrúbal, era que deseaba conocer al polímata Arquímedes, que residía en Siracusa y que, según tenía entendido, había ideado algunos artefactos para hacer que sus murallas fueran inexpugnables.

Aunque refunfuñando, ante tal argumento y en medio precisamente de una guerra, ambos hermanos habían accedido pero sólo con la condición de que llevara escolta. «No hay ningún problema», repuso la joven, sabiendo que les daría esquinazo en cuanto ella quisiera.

Tres días después de su partida, el barco fletado por Adérbale llegó al impresionante puerto de Siracusa, que se hallaba rodeado de las murallas más formidables que Sofonisba hubiera visto nunca. Tras la marcha de la flota romana, la actividad del puerto comercial se había multiplicado y daba la impresión de que la ciudad entera hubiera enloquecido.

Cuando Sofonisba y los hoplitas que velan por su seguridad consiguen abandonar la nave y se abren paso a través del tumulto, son recibidos por un tercer hombre que los espera con tres monturas para que puedan desplazarse hasta el barrio de Tyche, donde el célebre Arquímedes tiene su residencia. Lo que ese hombre ignora, al igual que las personas a las que ha ido a buscar, es que siete sicarios de Hanón habían viajado unos días antes y ahora los observan desde una taberna de las inmediaciones.

Al montar en su caballo, Sofonisba está que no cabe en sí del entusiasmo. Para empezar, tiene muchas ganas de conocer a Arquímedes, quien había sido profesor de Antípatro y que, por lo que le había contado, era una de las mentes más brillantes de Grecia. Y para continuar, está segura de que una vez haya encontrado el árbol, conseguirá convencer a Baumwächter para que la ayude a que la humanidad no sucumba a los estragos causados por su propia codicia.

Arquímedes vive en una torre que le sirve de taller y en cuyo piso superior se amontonan un número incontable de maquetas y planos. Está al corriente de que una alumna aventajada de Antípatro pretende visitarlo en el día de hoy. Por eso no pierde de vista el camino que llega desde la ciudadela. Además, tiene el acicate de que está probando uno de sus inventos ópticos, al que se le ha ocurrido llamar *acercalejos*. El ingenio consiste en un trozo de caña de bambú al que le ha colocado en los extremos dos trozos esféricos de vidrio importado de Egipto. Después de infinidad de cálculos, ha logrado determinar la distancia óptima a la que deben ser colocados los cristales para que, mirando a través del hueco de la caña, los objetos lejanos se vean mucho más cerca.

Cuando el polímata observa en la lejanía que en el camino se ha levantado una pequeña polvareda, sujeta el *acercalejos* delante de uno de sus ojos y apunta en la dirección de lo que supone serán unos jinetes. En efecto, en cuanto consigue ubicar su objetivo, es capaz de distinguir con nitidez a tres personas que cabalgan a toda velocidad hacia su casa, pareciendo incluso que uno de ellos es una mujer. Sin

embargo, a medida que se aproximan, la visión se hace borrosa y no puede determinarlo con certeza absoluta. «Por Hefesto —maldice Arquímedes—, tengo que mejorar este cacharro para poder ver bien a distintas distancias».

El erudito de setenta y un años, que había nacido en Siracusa cuando todavía era griega y que moriría asesinado tres años más tarde, está a punto de dejar su *acercalejos* encima de la mesa cuando de reojo distingue otra nube de polvo un poco más atrás. Al apuntar el aparato en esa dirección, ve a siete jinetes armados con espadas y lanzas que parece que persiguen con malas intenciones a sus predecesores. Por la distancia que los separa, Arquímedes sabe que a la mujer y a sus escoltas no les va a dar tiempo a refugiarse dentro de los muros de piedra de su torre.

El anciano de luengas barbas, que a pesar de su avanzada edad conserva una mente muy ágil, se separa de la ventana, por la que entra la intensa luz del mediodía, y se dirige a la parte posterior de su taller, en la que guarda un gran espejo cóncavo montado sobre una estructura de madera. Entonces, con sus enclenques pero fibrosos brazos, empuja el bastidor hasta ponerlo en frente del ventanal y, mediante una palanca situada en su eje, lo orienta en dirección a los siete jinetes. En ese momento, los caballos, que acaban de recibir el impacto de la luz y el calor concentrados por el espejo ustorio, se encabritan y provocan la caída de los perseguidores.

Entretanto ocurren estos hechos, Sofonisba y sus dos guardaespaldas ven como un potentísimo rayo luminoso sale por la tronera de una torre que se encuentra a unos diez estadios de distancia que, por lo que intuyen, se trata de la morada del sabio con el que se han citado. Al dirigir la mirada hacia el lugar al que apunta el haz, Sofonisba se percata de la presencia de los siete soldados que los venían siguiendo. Mientras que cuatro han recuperado sus monturas e instan a un quinto a que se encarame a la grupa de uno de sus corceles, los otros dos yacen ensangrentados junto a una gran roca que flanquea el camino. En cuanto los supervivientes terminan de recoger a su compadre, inician un galope furioso cuyo destino Sofonisba se ha imaginado ya. «Apuesto a que son secuaces de Hanón, y estoy segura de que no vienen a traerme un regalo», piensa antes de espolear a su cabalgadura y gritarle a sus dos compañeros:

—Vamos, hay que refugiarse en la torre. Son más que nosotros y están mejor armados.

Para cuando el trío perseguido llega a la base de la edificación, Arquímedes tiene la puerta abierta y les hace gestos imperiosos para que pasen dentro. El portón es muy grande y lo hacen sin necesidad de bajar del caballo. Una vez en el interior, mientras uno de los hombres intenta sosegar a los equinos, que piafan bañados en sudor,

Sofonisba y Bomílcar (así se llama el hoplita que tiene junto a él) ayudan a Arquímedes a colocar los tres travesaños que aseguran la puerta.

—Rápido, vayamos arriba. Tengo otra bonita sorpresa para recibir a vuestros invitados —dice sonriendo con una voz que silba a través de una dentadura de apenas cuatro dientes—. Encantado de tenerte en mi casa, pequeña Sofonisba. Antípatro me había prevenido sobre ti en varias de sus cartas. Ahora veo que tenía razón —afirma entre jadeos al tiempo que sube las escaleras que llevan al piso superior.

Cuando lo alcanzan y se asoman a una de las ventanas, los cinco milicianos se han desplegado alrededor de la torre y mantienen una distancia prudencial. Después de la treta del espejo, siendo conocedores de la fama de Arquímedes y viendo la solidez de los muros de piedra, han decidido que lo mejor sería recoger grandes cantidades de leña, arrojarla a la base de la puerta de madera maciza, y hacer una gran pira: —Si no los mata el fuego, será el humo el que haga el trabajo —les ha dicho a sus compañeros el líder de los hombres que ha enviado Hanón.

—Me temo que en esta ocasión mis trucos no nos van a servir —dice Arquímedes mesándose la barba—. Esos canallas pretenden asfixiarnos. Pero no os preocupéis, llevo aquí mucho tiempo y tengo otros recursos. Apartaos de las ventanas, así no podrán saber lo que estamos tramando —ordena con su voz sibilante pero con gran firmeza.

—¿Qué es lo que se propone? —pregunta Sofonisba, que sabe que están vivos gracias a que el anciano ha podido retrasar a los siete sicarios. Había leído sobre el espejo ustorio, capaz de concentrar los rayos de sol gracias a su concavidad, pero nunca había tenido la oportunidad de ver uno en acción.

—Muy sencillo. Volveremos a la planta de abajo, abriremos la trampilla del túnel y nos escabulliremos hasta una arboleda cercana para luego ir a la granja de mi amigo Himilcón. Una vez allí, le pediré que vaya a buscar a la guardia del rey. Gelón II me tiene en alta estima y nos protegerá, y más importante todavía, evitará que quemen mi taller. Sería una catástrofe para esta gran ciudad —dice riéndose a carcajadas con su boca sin dientes.

—¿Un túnel? —pregunta el otro hoplita, que no ha comprendido a qué se refería.

—Sí, un túnel, es como una madriguera de conejo pero mucho más ancha. Aprendí a construirlos cuando visité las antiguas minas de plata de Laurión. Allí abajo sostenían las galerías con un entramado de madera, ahora lo vais a ver —dice Arquímedes mientras echa a correr escaleras abajo. Apenas tiene músculos debajo de la piel, pero parece más ligero que el viento.

Una semana después de que el grupo hubiera huido por el túnel armado con antorchas, y de que la guardia real, alertada por los siervos de Himilcón, hubiera dado muerte a los cinco hombres que pretendían pegar fuego a la torre, Sofonisba está preparada para iniciar la segunda etapa del viaje.

Durante esos días, Arquímedes se ha deleitado con la compañía de la joven cartaginesa de veintidós años. Su dominio de más de cuarenta idiomas, sus conocimientos de astronomía y matemáticas, así como su capacidad para recitar de memoria las obras de infinidad de autores, han dejado boquiabierto al erudito y se ha convencido de que compartir con ella sus ideas sería muy enriquecedor.

—¿Seguro que tienes que marcharte, pequeña? Me gustaría que me ayudaras a mejorar varias de mis maquetas —le dice Arquímedes a Sofonisba en el piso de arriba de su torre.

—Créame que me encantaría, pero tengo que irme, aunque antes de hacerlo me gustaría darle las gracias por haberme facilitado el mapa, estoy segura de que sin él me iba a ser muy difícil encontrar el castaño.

—Vamos, vamos, no me adules, a mi edad ya no lo necesito. ¿Pero qué es eso tan importante que te obliga a marchar?

Al oír su pregunta, la mujer lo mira con ternura. Lo cierto es que no le importaría quedarse una temporada en casa del anciano.

—Aunque parezca extraño y es improbable que pueda conseguirlo, me voy porque estoy tratando de evitar otra guerra…

Arquímedes asiente. Desde que tiene uso de razón ha visto deponer a dos reyes y a otros tantos tiranos, y ninguno de ellos valoraba la paz. Más bien era al contrario, sólo pensaban en conseguir riquezas para continuar financiando a sus ejércitos y ampliar sus dominios.

—Entonces te deseo la mejor de las suertes. ¿Vas a llevarte un solo guardaespaldas?

—Sí, me basta con Bomílcar —dice mientras le guiña un ojo.

Y es que Sofonisba, que en un principio pensaba ir sin compañía en búsqueda del árbol, se ha encaprichado del hoplita. Un hombre apuesto de ojos luminosos que calla más que habla. Después de ordenarle a su compañero que regresara a Cartago, había yacido con él las tres últimas noches y se sentía pletórica. Además, había caído en la cuenta de que más adelante lo iba a necesitar para algo que como mujer no podría hacer sola.

Tras dos días de viaje, después de seguir el mapa que Arquímedes les ha proporcionado, Bomílcar y Sofonisba llegan al árbol milenario que siglos más tarde se conocería con el curioso nombre del Castaño de los Cien Caballos. Una vez allí, tan pronto como la mujer recita las

once palabras de las que se componía la frase que Goewin le había revelado, se escucha un potente crujido y en uno de los troncos se abre una gran oquedad, por cuyo extremo izquierdo asoma la cabeza de un búho.

Entonces, Sofonisba de Cartago le da la mano a Bomílcar y le pide que se adentre con ella en las profundidades de lo que, en el mundo de su madre, se conoce como el *Árbol del Tiempo*. Y nada más traspasar el umbral, escuchan una voz que parece que procede del ave:

—Buenas tardes, mi nombre es Baumwächter, y me gustaría presentarles a uno de los depositarios de su hermosa leyenda. Se llama Orazio Malvezzi y llevamos charlando algo así como un año, si es que el tiempo aquí dentro se pudiera medir…

Capítulo 41

Luigi Nelco y sus acompañantes, Sofonisba Malvezzi y Bencomo Arúspice, acaban de llegar a la cárcel de Ucciardone. Su cuñado Vittorio está esperándolos junto al aparcamiento. Durante el trayecto desde el aeropuerto de Catania han tenido la oportunidad de hablar por teléfono y ya está al corriente de que la chica ha traído un amigo. Y no sólo eso, sino que se niega a mantener la entrevista con Pertuso a menos que también esté presente él.

—*Signorina* Malvezzi —dice Vittorio emulando al hermano de su mujer—, me alegro de volver a verla, pero tiene que entender que esto es un asunto de Estado. No podemos convertir la confesión de un *pentito* en un *show*. Su amigo tendrá que permanecer aquí afuera, al igual que Luigi, que no pertenece a la policía.

—Señor Brusca, yo también me alegro de volver a verlo, aunque me hubiera gustado que hubiera sido en otras circunstancias. Dígales a sus jefes que Bencomo es mi marido y que mi padre es su suegro y que, como tal, tiene derecho a saber sin intermediarios qué ha sido de él. Aparte de un asunto de Estado también es un asunto familiar, así de sencillo.

Vittorio mira a Luigi esperando que le eche una mano, pero éste niega con un movimiento de cabeza.

—Veré lo que puedo hacer. Esperen aquí un momento.

Luigi ha aparcado el coche junto a una de las torres de vigilancia de la prisión borbónica, erigida a principios del siglo XIX. El ala este, en la que se encuentra recluido el *pentito*, consta de cuatro pabellones dispuestos en semicírculo alrededor de un ruedo central en el que se ubica el patio de la cárcel. El perímetro exterior lo forman dos muros construidos con sillares de piedra. Al cabo de un cuarto de hora, la puerta metálica incrustada en la fachada neoclásica original y que da acceso al complejo, se abre y, a través de ella, emergen dos funcionarios de prisiones.

—Me permiten sus identificaciones, por favor —dice el más alto de los dos. —Tienen que acompañarnos dentro —dice el que es más bajito. —El señor Vittorio ha accedido a que pasen los tres —ratifica el que tiene la cara larguirucha. —Dejen por favor en el coche los objetos metálicos —apunta el del rostro rollizo. —Cuando pasen por el arco de detección será necesario que levanten los brazos —les informa el de la voz de pito. —Y ahora hagan el favor de seguirnos —dice para terminar el que tiene la voz de contrabajo.

Bencomo y Sofonisba se miran con incredulidad; en vez de estar a punto de entrar en una cárcel, parece como si los hubieran invitado a asistir al teatro. Pero habida cuenta de la gravedad de la situación y de la congoja que embarga a Sofonisba desde que el día anterior

recibiera la llamada de Luigi, los dos jóvenes se encogen de hombros y siguen a rajatabla las instrucciones de sus acompañantes.

Después de pasar los tres controles, los guardias abren la última cancela y los conducen hasta una antesala donde se ubica un puesto de mando con cristales blindados. En su interior, cinco funcionarios atienden las sesenta pantallas de vigilancia que controlan la cárcel. En la pared del fondo hay un armero en el que se ven fusiles de asalto y lo que parecen ser botes de gases lacrimógenos. Al otro lado del vestíbulo, se ve una puerta con un letrero escrito en el dintel:

Stanza degli interrogatori

Vittorio acaba de salir y les hace señas para que pasen al interior de la salita, circunstancia que aprovechan los guardias para decir adiós.

—Hasta luego, señores —dice el del pelo engominado. —Ha sido un placer conocerlos —apostilla el del cabello lacio. —Cuando terminen no duden en llamarnos —apunta el que lleva lentillas. —Eso mismo digo yo —dice para terminar el que lleva las gafas. Y sin más comentarios, se dan la vuelta y se marchan por donde habían venido.

A pesar de que corre el mes de noviembre y están en pleno otoño siciliano, Luigi Nelco hace rato que ha empezado a sudar. Dentro de pocos segundos va a estar cara a cara con Michele Pertuso, a quien conoce desde hace dos años pero al que se supone que nunca ha visto antes. Cuando por fin cruzan el quicio de la puerta, se encuentran frente a dos tipos que están sentados detrás de una mesa metálica atornillada al suelo. Uno de ellos es un hombre fornido y viste el uniforme carcelario, el otro lleva chaqueta y corbata y tiene pinta de ser un abogado.

—¿Qué hace usted aquí? —espeta Michele Pertuso mirando con fijeza a Luigi con sus ojos del color del carbón.

«Tierra trágame», piensa el detective cuando ve lo que está a punto de ocurrir y que ya considera irremediable. Sin embargo, por no sabe qué motivos, el recluso finge no conocerlo y se dirige ahora al policía.

—Señor Brusca —lo amonesta el *pentito*— le dije que sólo hablaría con la chica. Luego usted me viene con el cuento de que va a acompañarla su marido. Y ahora pretende colarme a un tercer invitado, ¿acaso se cree que yo soy un payaso y que esto es un circo?

—Disculpe, su abogado dijo que…, en fin…, da igual, será un malentendido —replica el comisario mientras agarra del codo a su cuñado para llevarlo afuera.

Contrariamente a lo que había imaginado, Luigi se muestra muy dispuesto a abandonar la estancia.

—Permítanme que los presente —dice Vittorio cuando regresa a

la salita y cierra la puerta tras de sí—. Esta es la *signorina* Sofonisba Malvezzi, y este es su marido, Bencomo Arúspice. El señor no entiende el italiano, así que le ruego que hable usted despacio. Por lo que respecta a nuestro huésped, su nombre es Michele Pertuso. Lo acompaña su letrado de oficio, cuyo nombre no hace falta que sepan. Siéntense por favor —añade ofreciéndoles dos sillas de metal.

»Ahora, según lo acordado, el señor Pertuso procederá a contarnos todo lo que sabe sobre el secuestro y la subsiguiente desaparición de Orazio Malvezzi, ¿no es así? —le pregunta Vittorio al prisionero con un gesto que lo invita a tomar la palabra.

Michele Pertuso nunca se había imaginado que acabaría formando parte de la mafia. A pesar de no haber ido al colegio, desde muy jovencito se ganaba la vida honradamente como mozo de carga. Su gran corpulencia y la fuerza innata de sus músculos, que no necesitaba ejercitar, le abrieron, al cabo de los años, las puertas del almacén de materiales para la construcción que regentaba Lorenzo Vitale, padre de un chico de su misma edad de nombre Vincenzo y con quien muy pronto haría buenas migas. No tardando mucho tiempo, el muchacho, que hacía de recadero de su padre en asuntos de drogas sin que Michele lo supiera, comenzó a pedirle favores para que lo acompañara como su guardaespaldas. «Son pagos que debemos hacer para poder seguir con el negocio —le decía Vincenzo cada vez que era testigo de cómo un gran fajo de billetes cambiaba de manos—, y guárdate esto para ti, que te dejas el lomo por la miseria que te paga mi padre». Después, una cosa le llevó a otra y, sin saber muy bien cómo, terminó dando palizas y matando a personas. Y todo hubiera continuado así, de no ser porque, un día como otro cualquiera, recogieron en el aeropuerto a Tomasso Rinaldi y a un señor con gafas que se llamaba Orazio y los llevaron hasta un lugar donde había un gran árbol.

—*Signorina* Malvezzi —arranca a relatar Michele mientras no pierde de vista su enorme nariz—. Como supongo que le han contado, he sido miembro de la Cosa Nostra durante muchos años. Lo crea o no, cuando era un muchacho llevaba una vida normal y, como se suele decir, me ganaba los garbanzos con mi propio trabajo. Por desgracia, aquello se torció y me vi metido por dinero en asuntos muy turbios.

Sofonisba se ha quitado la chaqueta y la ha colgado del respaldo de su silla. Debajo luce un jersey holgado de color oscuro que disimula la forma de sus pechos. Ha escogido esa prenda a propósito. No quiere distraer al hombre en cuyas manos, muy probablemente, se halla la vida de su padre. Está sudando a chorros, ya que en la sala hace mucho calor, pero debajo lleva una camiseta ajustada que no quiere que vea, al menos de momento. Ya decidirá después si necesita utilizar sus armas.

—Hasta hace dos años y pico, momento en el que conocí

brevemente a su padre, pensaba que acabaría mis días muerto en una cuneta. Prefería ese final a ingresar en prisión.

Sofonisba aprieta con la mano la pierna de Bencomo. No sabe cuánto tiempo podrá aguantar sin saltar sobre el *pentito* y obligarlo a que confiese de una maldita vez. El Dr. Jekyll le está tocando el hombro.

—Dígame por favor qué sucedió ese día y dónde se encuentra. ¿Sigue con vida? —dice la joven en vez de abalanzarse sobre él y partirle la cara.

—A eso voy, *signorina*. Su padre, en un sentido, me salvó y quiero agradecérselo. ¿Conoce usted la leyenda del Castaño de los Cien Caballos?

—¿El Castaño de los Cien Caballos?, ¿nos está tomando el pelo, señor Pertuso? Si es así, ya le advertí lo que le pasaría… —interviene Vittorio, que ha decidido permanecer de pie.

—No, señor Brusca, no es ninguna broma. En cualquier caso, la leyenda ahora mismo no nos resulta relevante. Lo que importa es que aquel día fuimos a visitar el árbol y que, cuando el lugar se vació de turistas, Tomasso Rinaldi, Orazio Malvezzi y yo, nos dirigimos hacia el semicírculo formado por sus troncos.

A todo esto, Bencomo, que en teoría no entiende el italiano, se está enterando de todo como si se lo estuvieran contando en un perfecto castellano. No sabe por qué, pero en su mente se está dibujando un árbol retorcido que habita en las cumbres peladas de un inmenso volcán. Por otro lado, desde su silla, ve la cara de Sofonisba perlada de sudor mientras siente cómo le está clavando las uñas en el muslo. Desearía decir algo, arrancar la mesa del suelo de hormigón y retorcerle el gaznate al tipo que está haciendo sufrir a su mujer, pero la cordura se impone y decide permanecer sentado.

—Yo tenía la misión de vigilar por si llegaba algún turista a pie —prosigue Pertuso con la cadencia ominosa de su respiración—, por eso pude ver todo lo que sucedía con mucha claridad. En un momento dado, Orazio se aproximó al árbol y comenzó a murmurar algunas palabras por lo bajo. Tomasso le seguía de cerca, hasta que de repente sonó un enorme crujido, como si una de sus inmensas ramas se hubiera tronchado y estuviera a punto de aplastarlos, pero eso no fue lo que pasó, porque en cuanto Tomasso alumbró con la linterna de su móvil hacia el lugar del que provenía el chasquido, lo que pudimos ver fue que una gran oquedad se había abierto en uno de los troncos, y que de su interior asomaba la cabeza emplumada de un búho.

Según Michele termina de decir estas palabras, la mente de Bencomo empieza a girar con tal velocidad que parece que va a salir volando por el techo. Y en efecto eso es lo que sucede. Porque mientras ve cómo su cuerpo permanece en la silla de una sala de

interrogatorios de una prisión de la isla de Sicilia, su espíritu viaja a través del éter hasta llegar a las faldas del Teide, donde vive el cedro milenario llamado el Patriarca, y lo que allí contempla es a él mismo vestido con una piel de cabra y sosteniendo un báculo de madera de tejo. Lo siguiente que ve es como se arrodilla y como empieza a recitar las once palabras que, en pocos segundos, le iban permitir acceder al interior del árbol para ver el futuro.

Cuando Bencomo sale de su trance y vuelve a la silla de Sicilia, siendo consciente de quién había sido y recordando con total exactitud la frase que en su vida pasada le posibilitaba entrar en el *Árbol del Tiempo*, se da cuenta de que a su alrededor el tiempo se había detenido.

—El búho Baumwächter —grita Sofonisba ante la gran sorpresa de Vittorio y del propio Michele. El abogado, que parecía medio dormido, ha dado un respingo y tiene los ojos como platos—. ¿Y qué pasó después? —pregunta ella mientras se quita de una vez el jersey.

Michele Pertuso, que ni por un momento se había imaginado que debajo del suéter esa chica llevara una camiseta tan sexi, no puede evitar dejar de mirarle la nariz para empezar a mirarle los pechos.

—Lo que sucedió es que, de alguna forma, Orazio consiguió llegar al agujero y arrastrar con él a Tomasso Rinaldi —dice el *pentito* cuando logra concentrarse de nuevo—. A continuación, justo cuando yo iba a darles alcance, se metieron dentro de la oquedad y esta se cerró. Y desde entonces no hemos vuelto a verlos ni a saber de ellos. Se lo juro por la tumba de mi madre, que me rogó un millón de veces que dejara de hacer el mal y que me entregara. Ahora, tras dos años de dudas y de comprobar que a mis jefes nunca les importé y que jamás me creyeron, he decidido hacerle caso y pagar por mis crímenes. Espero que mi testimonio la ayude a vivir en paz. Por lo que yo creo, el árbol se los tragó para siempre y no regresarán.

—¡Y una mierda! —brama Sofonisba mientras se levanta hecha un verdadero basilisco. Lo primero que consigue con ese movimiento es que los pechos se le marquen aún más debajo de esa ropa sudada. —¡Ese Baumwächter acabará cantando, aunque para ello tenga que arrancar ese puto castaño de raíz! —dice pegando un puñetazo encima de la mesa. Parece que el grupo está muy cerca de conocer a Hulk.

—Mi amor, no te preocupes porque no va a hacer falta, ¿eh? —replica Bencomo al tiempo que le sujeta el brazo con el que pretendía golpear al *pentito*—. Salgamos de aquí, tengo que contarte una historia sobre mi pasado —le dice después cariñosamente. La epifanía que acaba de vivir le ha permitido averiguar que él era Guañameñe, el último hechicero de los guanches, hermano espiritual del *mencey* de Taoro, muerto junto a él en la batalla de La Laguna mientras trataban de defender sus tierras y su modo de vida.

Capítulo 42

Tan pronto se cerró la oquedad, Michele Pertuso le pegó una voz a su amigo Vincenzo Vitale para que acudiera a la base del castaño. Acababa de ver desaparecer a su jefe y al hombre de las gafas y, por mucho que mirara y remirara por los alrededores, no lograba encontrarlos. Aquello era una locura, pero no sólo por la manera sobrenatural en que habían ocurrido los acontecimientos, sino también, y quizás eso era lo más preocupante, porque en su empresa no solían ser comprensivos ni aceptaban explicaciones que se salieran por completo de la lógica. Durante más de dos horas, Michele y Vincenzo estuvieron buscando a su *capodecina*, ora entre los árboles cercanos, ora golpeando los diferentes troncos para comprobar que no estuvieran huecos, ora gritando en la oscuridad el nombre de Tomasso. No hace falta decir que no tuvieron éxito. Cuando a Vincenzo se le agotó la paciencia, arrastró a Michele hacia el vehículo y se lo llevó de vuelta a la ciudad. Su padre, Lorenzo Vitale, era ya muy mayor y estaba retirado, pero sabría como informar al resto de la organización.

Ω

Mientras tanto, en el interior del Castaño de los Cien Caballos, aunque en una cadencia que no tenía nada que ver con el tiempo que transcurría afuera, ocurrían todos estos hechos:

1. El búho Baumwächter saluda al hombre que ha provocado la apertura del árbol y le pregunta qué parte del futuro desea conocer.
2. Tomasso Rinaldi intenta sin éxito apuntar la pistola de dardos que aún conserva en dirección al búho.
3. Orazio ve como el gánster trata de moverse pero no lo consigue.
4. Baumwächter le explica a Orazio que a los acompañantes les está vedado hablar y que allí dentro no pueden llevar a cabo ningún tipo de acción.
5. Orazio le pregunta al búho si lo estaba esperando y éste le responde que no.
6. El búho le pregunta de nuevo a Orazio qué le ha traído por ahí y dice que es mejor que se siente.
7. Orazio busca a su alrededor y encuentra un poyete en el que se aposenta.
8. Tomasso, que empieza a estar fatigado, pretende hacer lo propio pero es incapaz.
9. Orazio le pregunta a Baumwächter si puede salir de allí

usando la misma fórmula que ha usado para entrar.

10. El búho le dice que sí, pero que para ello necesitará conocer la palabra duodécima.

—¿Qué palabra duodécima? Sólo había escritas once en el envés del cuadro —le pregunta Orazio con un punto de alarma.

—¿Qué cuadro? —le responde el búho.

Y entonces Orazio empieza a narrarle al ave todas las peripecias que, desde que era apenas un adolescente, ha tenido que vivir para llegar allí.

Y cuando, transcurrido un lapso de tiempo que en el exterior sería una barbaridad, termina de contárselo, el búho, aunque sólo tiene pico, se queda boquiabierto.

—¿Entonces, señor Orazio, no le han facilitado la duodécima palabra para salir de aquí?

—Me temo que no —dice el hombre mirando a Tomasso—. Aunque ahí fuera tampoco es que me espere un futuro halagüeño.

—¡Ah!, por eso no se preocupe, según mis cálculos han pasado tres meses y sus amigos ya no estarán ahí.

—¿Cómo que tres meses?, ¿qué quiere decir? —replica Orazio con un punto de angustia.

—Es sólo un cálculo aproximado, podría ser más o podría ser menos. Aquí el tiempo no significa nada.

1. Orazio y Baumwächter continúan hablando mientras en el rostro de Tomasso se dibujan signos de desesperación. Aunque no puede decir ni hacer nada, lo comprende todo y sabe que allí dentro han cambiado las tornas. Ahora es él quien está a merced de lo que quiera Orazio y no le gusta nada.
2. Ya que está atrapado y que parece que no va a poder salir, Orazio, que es un historiador empedernido, comienza a preguntarle al búho cosas que desea saber sobre la antigua Roma.
3. Baumwächter, a quien hablar sobre la historia de la humanidad es algo que le chifla, ve el cielo abierto y responde todas sus preguntas con extremo detalle.
4. Y entonces, al cabo de un tiempo que en el exterior quizás pudiera haber sido equivalente a un año, se escucha un crujido y a continuación se abre una oquedad, y por ese hueco es por donde aparece una bella y joven mujer acompañada de un hombre de mirada profunda. Ambos visten con ropas de la época de los cartagineses y parecen deseosos de entablar una conversación, como en efecto ocurre.

5. Cuando el búho Baumwächter, después de haberse asomado al exterior al ver como empezaba a abrirse el agujero, ve entrar a la pareja, en virtud de todo lo que le ha contado Orazio, comienza a comprender la complicada trama en la que están envueltos. Y por eso, lo primero que hace es intentar presentar a los distintos personajes que se han reunido allí:

—Buenas tardes, mi nombre es Baumwächter, y me gustaría presentarles a uno de los depositarios de su hermosa leyenda. Se llama Orazio Malvezzi y llevamos charlando algo así como un año, si es que el tiempo aquí dentro se pudiera medir…

Y entonces, Sofonisba de Cartago se presenta a ella misma y a su acompañante, y les dice que ha ido hasta allí para pedirle al búho que la ayude a cambiar el destino de la humanidad, puesto que, su madre, Goewin, le había contado que en los siguientes siglos habría infinidad de guerras, y que con la llegada de la tecnología de la información la cosa sólo iría a peor, y que si el ser humano no cambiaba de mentalidad muy pronto se enfrentaría al abismo espantoso de su autodestrucción.

Cuando Orazio Malvezzi se entera de que la mujer que tiene frente a sí es su largamente admirada Sofonisba de Cartago, siente una alegría tan inmensa que, por un momento, se olvida incluso de que tiene una hija. En su cabeza todo le da vueltas y su corazón, restriñido hasta ahora por sus obsesiones, se ha agrandado en su pecho hasta tal punto que se le ha inundado de felicidad y se ha puesto a llorar.

El propio Baumwächter que, contrariamente a su hermano que reside en África, lleva muchos siglos viendo con preocupación la deriva en la que está inmerso el conjunto de los seres humanos, le transmite a Sofonisba que desea ayudarla, pero que, como *Guardián del Tiempo*, lo único que puede hacer es llevar mensajes de una época a otra.

Una vez que todos se conocen, sabiendo que Bomílcar y Tomasso no pueden hacer ni decir nada y son simples convidados de piedra, Sofonisba y Orazio, ambos hablando en griego y después de que éste haya podido enjugarse las lágrimas, comienzan a contarse la historia de sus vidas. Como quiera que dentro del *Árbol del Tiempo* no existe la necesidad de alimentarse y el lenguaje es universal, bien podrían haber hablado cada uno en su idioma que se hubieran entendido de igual forma. Aun así, eligieron el griego por ser una lengua con la que ambos se sentían a gusto.

Durante horas, Orazio, emocionadísimo por el hecho de haberse encontrado con su antepasada, y Sofonisba, atónita al saber que su interlocutor proviene del futuro y pertenece a su propio linaje, conversan entre ellos sin prestarle atención a ninguna otra cosa.

Cuando el hombre perteneciente al siglo XXI y la mujer procedente del siglo II a.C. terminan de relatarse sus respectivas vidas, Orazio descubre que, ni la leyenda transmitida por su familia ni la historia contada por Polibio, le hacen justicia a esa mujer excepcional. Y como desea con toda su alma poder ayudarla y ser partícipe él también de que sea la paz la que gobierne el mundo, le habla a continuación del Imperio romano y de los libros que ha escrito acerca de las causas que lo llevaron a su derrumbamiento. Y luego le habla de lo que él piensa que es el gran mal que aqueja a la civilización. Y entonces, espoleado por el gran interés de Sofonisba y para que ella entienda lo que quiere decir, le cuenta lo siguiente:

—En un principio, el oro, por sus particulares características que ahora explicaré, fue escogido por todos los participantes del mercado para actuar como medio de pago. Antes de que esto ocurriera, habían existido otras formas de dinero que con el tiempo cayeron en desuso. Tal fue el caso, por ejemplo, de la sal, las conchas marinas o de las piedras de la isla de Yap. ¿Que por qué fue este metal precioso el que prevaleció? —dice Orazio en la semipenumbra azulada del interior del árbol—. Muy fácil —se responde a sí mismo—, porque el oro reúne las seis propiedades que necesita un bien para poder convertirse en medio de intercambio, a saber:

a. Escasez: es difícil de obtener y de falsificar.
b. Durabilidad: perdura a través de los siglos.
c. Aceptabilidad: lo aceptan en todos los lugares.
d. Portabilidad: se puede transportar.
e. Divisibilidad: se puede dividir en monedas de distinto valor.
f. Fungibilidad: las monedas del mismo peso son siempre equivalentes.

»Con el paso del tiempo —continúa Orazio como si estuviera dando una conferencia en la universidad—, para facilitar el comercio a gran escala, el oro físico, que en grandes cantidades era engorroso de mover, empezó a almacenarse en templos y fue sustituido por promesas de pago que eran anotadas en sus libros de contabilidad. Un poco después, cuando los guardianes fueron víctimas de una serie de robos, crearon ejércitos privados para defenderse, los mismos que luego utilizaron para imponer su ley. Y fue de esta forma como comenzó el proceso de acumulación de riqueza por parte de algunas familias poderosas. En Roma, a esa clase social privilegiada se la conocía con el nombre de *patricios*. Según iban pasando las décadas, esta oligarquía, que ostentaba el poder político y que además tenía a su disposición la fuerza de sus legiones, llegó a acumular cantidades ingentes de riqueza y se arrogó el derecho a emitir la moneda; así empezaron a acuñar los áureos[79], y así crearon el dinero de curso legal.

»Después de algunas centurias de bonanza —prosigue Orazio sin que Sofonisba muestre señales de cansancio—, la corrupción y el

clientelismo, que siempre habían existido, crecieron de forma exponencial, de tal manera que los sucesivos emperadores tuvieron que devaluar la moneda para pagar el exceso de gasto: se había inventado la inflación, y se llevó a cabo haciendo que el áureo contuviera cada vez menos gramos de oro pero afirmando que valía lo mismo.

»Con el metal sobrante —prosigue Orazio—, acuñaron más áureos y de esa forma aumentaron la cantidad de monedas que había en circulación. Pero como la producción de bienes de consumo seguía siendo la misma, la consecuencia fue que aumentaron los precios y que la sociedad comenzó a empobrecerse, hasta que, llegado un punto, las revueltas y la contestación social hicieron sucumbir al Imperio y se desmembró.

»A lo largo de los siglos siguientes, este proceso se repitió con distintos actores y en distintos lugares, como fue el caso del Imperio español de Carlos I y Felipe II, y así sucesivamente hasta llegar al año en el que vivo yo —dice Orazio con cara de haber llegado a un punto crucial de su relato.

—¿A qué año exactamente se refiere? —le pregunta Sofonisba. Sabía que se trataba del siglo XXI, pero no era capaz de concretar la fecha.

Orazio deja de hablar por un momento y trata de hacer cálculos.

—Me refiero al año 2019 de nuestra era. Si tú tienes veintidós años y naciste según creo en el 238 a.C., entonces son 2.235 años más tarde del año en que te encuentras tú. ¿Es correcto, señor Baumwächter, o he cometido algún error? —le pregunta Orazio al búho, que lleva un buen rato sin decir ni bu.

—Imagino que sí, pero no estoy seguro. Ahí afuera sigue corriendo el tiempo y es muy posible que ya se hallen en 2022.

—¿Cómo que en 2022? —replica Orazio—, hace sólo un momento habían pasado apenas unos meses.

Ante esta afirmación, que Baumwächter no puede desmentir, el búho cierra varias veces sus tres pares de párpados y se encoge de hombros: sabe que hay ocasiones en las que es mejor mantener el pico bien cerrado.

—Continúe por favor, señor Orazio, todavía no entiendo de qué manera podría servir lo que me cuenta para cambiar el destino del mundo, pero como llevo esperando muchos años y conoce el futuro mucho mejor que yo, quiero terminar de escuchar su propuesta —dice Sofonisba mientras le anima con un gesto a seguir con su disertación.

—Como iba diciendo, en la época en que yo me introduje en el árbol, la primera potencia mundial, cuyos territorios ocupan la mitad de América del Norte, lleva el nombre de Estados Unidos. Para que te hagas una idea, sus ejércitos serían equivalentes a la fuerza de más de

un millón de legiones de Roma, ya que disponen de armas poderosas y de una flota invencible. La moneda que este Imperio acuña se denomina *dólar*, y en ella se hacen la mayor parte de las transacciones comerciales de nuestra sociedad.

»Hasta el año 1971, cada dólar, que no es de metal sino que está impreso en un trozo de papel, similarmente a lo que en tus años sería un pequeño rollo de papiro, podía ser intercambiado por una cantidad fija de oro, que el Estado custodiaba en el interior de bóvedas gigantes. Ese oro era la riqueza acumulada por cientos de generaciones, que con su trabajo diario habían conseguido ahorrar para vivir mejor.

Mientras habla, Orazio se siente cada vez más dichoso, como si en vez de palabras estuviera arrojando por la boca células dañinas que le estuvieran emponzoñando el alma.

»Sin embargo —continúa después de hacer una pequeña pausa—, en ese año aciago, Richard Nixon, la persona que por aquel entonces detentaba el poder, salió por la televisión, un ingenio del que ya te he hablado, para decir que a partir de ese momento y de forma temporal, el dólar no podría ser redimido por su valor equivalente en oro. Dicho de otro modo, a partir de ese anuncio, el dinero podría ser creado de la nada, y como la medida temporal después de más de cincuenta años sigue aún en vigor, significa que desde entonces se han acuñado trillones de dólares sin que haya una riqueza real que los respalde.

»¿Qué significa eso? —pregunta Orazio de manera retórica para enseguida contestarse a sí mismo—. Pues significa que, el Estado y los bancos, primero imprimen dinero con sólo apretar un botón, luego se lo prestan a los ciudadanos, y después estos tienen que devolverlo con un interés. La diferencia radica en que la gente necesita trabajar e invertir muchas horas de esfuerzo para poder reintegrar ese dinero que el Estado se sacó de la manga.

»Esta es la forma en que las oligarquías —sigue diciendo impregnado de una energía atemporal—, se apoderan del dinero del pueblo para amasar fortunas y tenerlo bajo su férreo yugo. Y para que nadie se rebele, le dicen a la ciudadanía que existen enemigos muy poderosos que quieren destruirlos, y que para ello necesitan recaudar más impuestos y fabricar más armas, con las que libran una guerra perpetua contra el mal, ya que de esta forma ellos siempre serán considerados como los adalides de la justicia y de la libertad.

»Así que, mi querida Sofonisba —sigue diciendo Orazio—, la única manera que existe para detener el círculo vicioso en el que vive atrapada la mayor parte de la humanidad es arrebatarle al Estado la capacidad que tiene de imprimir dinero de la nada. De esa forma, los plutócratas no podrán continuar financiando sus guerras, ni tampoco perpetuarse en el poder porque ya no habrá enemigos de los que

defenderse. Y entonces el dinero pertenecerá a la gente, como cuando el oro fue elegido como medio de pago por todos los participantes del mercado, y no sólo por los privilegiados, que en realidad son los descendientes de las mismas familias patricias que gobernaban Roma.

Al terminar de escuchar el largo discurso de Orazio Malvezzi, Sofonisba de Cartago, que no siente cansancio ninguno y que ha entendido todo a la primera, le hace una pregunta decisiva.

—Pero si el oro no ha funcionado antes, ¿por qué habría de funcionar ahora?, ¿o es que acaso existe en tu mundo alguna alternativa?

Y entonces Orazio, que estaba esperando que aquella mujer le hiciera esa pregunta tan trascendental, le habla de Satoshi Nakamoto, y de cómo, usando la tecnología, fue capaz de inventar el bitcoin, una nueva forma de dinero que utiliza grandes cantidades de energía eléctrica para que no pueda ser falsificado. Y también le explica como, apoyado en una red extensísima de computadoras que es imposible de contrarrestar, Bitcoin acuña de manera automática nueva moneda cada diez minutos, hasta un máximo de veintiún millones. Y luego le cuenta que, recordando una frase de doce palabras llamada *semilla*[80], cada persona individual puede guardar en su memoria el fruto de lo que ha trabajado, sabiendo que ningún gobierno podrá impedirlo y que por tanto sus ahorros no perderán valor ni serán confiscados.

—Pero si esa forma de dinero ya existe —arguye Sofonisba con su mente preclara—, entonces el problema ya ha quedado resuelto, ¿o no es eso lo que quiere decir?

—Me temo que todavía no —le replica Orazio—. El problema es que los poderosos llevan años desacreditando Bitcoin. Y no sólo eso, sino que además intentan controlarlo para sus propios fines. Necesitamos que la humanidad despierte y que los ocho mil millones de personas que habitan la tierra en la actualidad, adopten masivamente esta nueva moneda. Y así nos convertiríamos en el primer ejército de la historia que no necesita armas para ganar la guerra. ¿Se te ocurre alguna manera para que este plan pueda funcionar?, ¿o tienes una idea mejor? —termina preguntándole Orazio a esa joven mujer que sabe que es la persona más inteligente que haya existido nunca.

La bella Sofonisba, que se había leído decenas de veces las obras de Safo, por mucho que había meditado no había conseguido todavía encontrar la fórmula para instaurar la paz en un mundo violento dominado por hombres. Pero ahora, a la luz de la información aportada por Orazio y habiendo descubierto las posibles bondades de la tecnología, se había convencido de que aquel hombre tenía razón: después de todo, nadie que no dispusiera de oro en grandes cantidades podría reclutar un ejército ni iniciar una guerra.

—No, señor Orazio, no tengo una idea mejor, pero lo que sí tengo es un buen plan para llevar a cabo lo que usted ha propuesto. Lo único que necesitaremos, aparte de nuestra perspicacia, es que Baumwächter nos ayude a enviar los mensajes apropiados a las personas que le iremos diciendo. ¿Qué me dice, señor búho, está dispuesto a cooperar?

Desde una ménsula que sobresale del interior del árbol, Baumwächter ha asistido a este diálogo con un interés extraordinario. A pesar de que podría tener conocimiento de todos los pormenores que ha relatado Orazio (a la sazón tiene acceso a todas y cada una de las ramas del tiempo), su cerebro de búho no tiene una capacidad ilimitada. Por eso se ha entusiasmado tanto al enterarse de la existencia de algo tan disruptivo como Bitcoin, un invento que, según cree, podría cambiarlo todo, similarmente pero en sentido opuesto, a lo que significó la invención de la pólvora en el siglo noveno.

—Ya le dije que sí, de hecho lo estoy deseando —responde Baumwächter con su voz ahuecada—. El único inconveniente es que tendremos que convencer al resto de mis hermanos, los otros once *Guardianes del Tiempo*, algunos de los cuales tienen muy malas pulgas. Viven repartidos entre los cinco continentes en los árboles más longevos del globo. Tenemos una norma que no se nos permite quebrantar: sólo enviamos mensajes cuando todos nos ponemos de acuerdo, de otra manera el mundo hace tiempo que se habría sumergido en el caos.

—¿Cómo que doce hermanos? Mi madre sólo me habló de dos —pregunta Sofonisba con cara de terror.

—¿Dos Baumwächter? No sé quién le contaría semejante patraña. Quizás el que vive en el árbol sagrado del Tofet, tiene un pequeño complejo de superioridad —responde el búho levantando las cejas—. En cualquier caso, no debéis preocuparos, voy a proceder a convocar un cónclave. Estoy seguro de que seré capaz de convencerlos, puesto que una gran mayoría de nosotros pensamos desde hace tiempo que es indispensable intervenir. De otra manera, no sólo perecerán los seres humanos, sino que nos llevarán a todos por delante.

»Y ahora, con su permiso, me tengo que ausentar. —Y sin añadir nada más, Baumwächter alza el vuelo y desaparece a través de una puerta que no había visto nadie.

Capítulo 43

A los tres días de que Sofonisba Anguissola le hubiera encargado a Orazio Lomellino la localización de las coordenadas que le había facilitado el búho, ambos se reúnen por segunda vez en la oficina marítima del puerto de Catania. El olor a pescado es hoy más punzante si cabe.

—Buenas tardes, señora Sofonisba, encantado de saludarla —dice el apuesto capitán con su sempiterno buen humor y una sonrisa de oreja a oreja dibujada en la cara.

—Lo mismo digo, señor Lomellino. Espero que tenga alguna buena noticia para mí y que no se demore para dármela, hoy tengo cierta prisa —miente Sofonisba intentando disimular sus nervios y poniéndose un pañuelo en la nariz. Los últimos días no ha dejado de pensar en el joven marino y no quiere seguir alimentando esa vil obsesión. Lo lógico era que hubiera estado inquieta debido al asunto por el que había contratado sus servicios, pero siendo sincera con ella misma, el mensaje de Baumwächter y conocer la posible ubicación de las coordenadas que le dictó hacía años le importan un comino. No es que haya dejado de tener curiosidad, ni que no esté convencida de que Sofonisba de Cartago fue quien obligó al búho a entregarle la nota, sino que lleva cerca de veinte años sin que su corazón palpite como lo hace cuando piensa en Orazio. Apenas lo conoce, es más joven que ella y ambos están casados, pero por mucho que trata de sujetar al caballo desbocado en el que se han convertido sus anhelos, no ha podido lograrlo. Por eso cree que, cuanto más breve sea el encuentro, más posibilidades tendrá de quitárselo de la cabeza y seguir con su vida. Lamentablemente para ella, o quizás habría que decir que por suerte, el indomable capitán tiene una propuesta muy distinta para el día de hoy.

—Vaya, ¿está segura de que no puede disponer de un par de horas? Me gustaría enseñarle algo.

—¿Un par de horas? —balbucea azorada Sofonisba.

—Sí, tendría que acompañarme a casa de un amigo que tiene un mapa actualizado de Sicilia. [Foto 15]. He conseguido ubicar en él la latitud, pero situar la longitud es mucho más complejo. Como no he tenido tiempo ni tengo la habilidad para copiarlo y usted es una pintora renombrada, he pensado que lo mejor sería que lo hiciera usted misma. ¿Qué le parece?

Por mucho que sus principios morales y la prudencia que le han inculcado desde niña le aconsejan que no acepte y que le diga al hombre que se olvide del trato, todas las células de su cuerpo se confabulan para que haga exactamente lo contrario.

—Bueno, si usted cree que es la única forma, no tendré más

remedio. ¿Dónde vive su amigo? —responde la mujer sorprendida de la celeridad con la que ha claudicado; antes de salir de su casa se había mirado en el espejo y se había repetido varias veces que estaría de vuelta en menos de una hora.

—En una calle del centro, llegaremos en treinta minutos si vamos a buen paso. Quizás mientras caminamos quiera decirme qué es lo que está buscando —le dice el marino de manera tan franca que Sofonisba tiene la certeza de que ese muchacho no alberga en su interior ni rastro de maldad.

Una vez que inician su andadura por las empedradas e irregulares calles de Catania, habiendo dejado ya atrás el hedor a pescado, entre el traqueteo de los carros, el griterío de los vendedores y el resonar de las campanas de la iglesia mayor, no le es posible iniciar una conversación. La indumentaria de Orazio: zapatos planos, calzas de color marrón y chaquetilla ajustada de cuero, es muy apropiada para una caminata, no obstante, aunque Sofonisba ha elegido para la ocasión un vestido sencillo, muy alejado de la pomposa moda de la corte, ni la ancha basquiña ni los incómodos chapines están pensados para un largo paseo. Por esa razón, decide hacer una seña y parar un cochero.

—Dele usted la dirección al conductor, señor Orazio, que yo le espero dentro —dice Sofonisba mientras pone un pie en el estribo y se acomoda en el estrecho habitáculo de carro.

Unos segundos más tarde, Orazio se sienta junto a ella. El hombre huele a mar, y está tan pegado a su cuerpo que nota la dureza de sus cuádriceps debajo de la ropa. En cuanto percibe su aroma, Sofonisba siente como una vaharada de calor le sube por el pecho, como si alguien, haciendo uso de un fuelle, hubiera avivado unas brasas que creía que se habían extinguido hacía muchos años. Y entonces, sabiendo que se halla en presencia de la persona que podría haber sido el amor de su vida, cuando está a punto de confesarle que las coordenadas se las había facilitado un búho llamado Baumwächter, Orazio le dice lo siguiente:

—No es necesario que me dé explicaciones, los secretos familiares son sagrados y no deberían revelarse —le susurra volviéndose hacia ella.

Al oír esto, Sofonisba se lo queda mirando con ternura.

—Creo que tiene razón, señor Orazio —contesta después de pasar un minuto entero escrutándole el rostro—. Quizás en otro momento podré sincerarme con usted —añade en tono melancólico.

—Estoy seguro de que así será. Mire, ya hemos llegado —dice el hombre tratando de quitarle solemnidad al resto de la charla. Luego le ordena al conductor que se detenga, abre la portezuela, desciende de la calesa y le ofrece gentilmente la mano a Sofonisba.

Después de que le hubo presentado al amigo que estaba en posesión del mapa, Sofonisba dedicó la siguiente hora a copiar la parte del mismo en la que Orazio había dibujado una línea horizontal en dirección Este-Oeste. Se iniciaba en el monte Gibello y terminaba en Taormina, pasando cerca de las localidades de Francavilla y Motta. En teoría, según le explicó el capitán, el lugar que buscaba se encontraba en algún punto de ese trazado, y si dispusiera de alguna otra pista y dedicara varios días a recorrerlo, ella misma podría dar con él. Para cuando Sofonisba terminó su tarea y agradeció a su anfitrión el haberle prestado el material necesario para copiar el mapa, el hechizo entre ella y Orazio se había desvanecido. Mientras los dos hombres hablaban en el cuarto contiguo, le había escuchado decir que añoraba mucho a su esposa y que estaba deseando poder encontrarse de nuevo con su hijo, al que, por razones que no desveló, llevaba sin ver varias semanas. Lo que Sofonisba no podía imaginarse es que la mujer de Orazio había muerto dando a luz a su vástago y que, debido a sus frecuentes viajes, el niño vivía ahora con su hermana mayor.

Una vez de vuelta a su casa, tras unos días de angustia, al cabo de los cuales pudo por fin dejar de pensar en el marino, Sofonisba retomó sus quehaceres. En aquellos tiempos, lo que más les preocupaba a ella y a su marido era poder recuperar la custodia de su sobrino Francesco. Al haber muerto el hermano mayor de Fabrizio, de nombre Cesare, toda la herencia familiar había pasado a manos de ese niño, cuya madre, Luisa de Luna, se había valido de sus influencias políticas para ser ella la administradora de la enorme fortuna.

Durante los siguientes tres años, la pareja dedicó la mayor parte de sus recursos y de sus energías en litigar contra su cuñada. Por esa razón, debido a las demoras en los pagos de la renta que Sofonisba recibía de Felipe II, el matrimonio vivía siempre al borde de la precariedad. Cuando en 1578 cobraron los atrasos, Fabrizio le pidió a Sofonisba que le escribiera al rey. Ahora que podían hacer frente al costoso viaje, estaba convencido de que yendo personalmente a Madrid con una carta de recomendación conseguiría recuperar la herencia.

Con tales propósitos, el 25 de abril de 1578, Fabrizio Moncada embarcó en la galera Capitana, que salió del puerto de Palermo con destino a Nápoles, y que tenía previsto continuar su viaje hasta Barcelona en los días siguientes. Sin embargo, el mal fario, o quizás las arteras maniobras de su cuñada, quisieron que la nave fuera asaltada por piratas cuando se encontraba a unas millas de Capri, con la mala fortuna de que Fabrizio fue uno de los pocos pasajeros que murieron durante la refriega.

Cuando, días más tarde, Sofonisba se enteró de la aciaga noticia,

lo primero que sintió, aparte del intenso dolor, fue una agudísima punzada de culpabilidad. Aunque el viaje a España había sido idea de Fabrizio, ella no sólo lo había alentado, sino que se había encargado de acelerar los trámites. Antes de pedir la audiencia con el rey, había escrito al duque de Alba, que seguía siendo su principal consejero y mayordomo. Gracias a su diligencia, la reunión con el monarca pudo agendarse para el mes de junio de ese mismo año, algo inaudito para tratarse de un asunto menor. Y era por todo ello que ahora Sofonisba se sentía en cierto grado responsable de que su marido hubiera fallecido, o lo que incluso podría ser peor, que hubiera sido asesinado en un complot orquestado por Luisa.

Aunque Sofonisba no amaba a Fabrizio, le estaba agradecida porque le permitía vivir a su manera. Nunca se había sentido celoso porque ella cultivara sus propias amistades, artistas que la mayor parte de las veces eran hombres más jóvenes. Además, tampoco le había puesto impedimentos para que desarrollara su labor pictórica, en todo caso era más bien al contrario, la animaba a coger más encargos de los que a veces era capaz de hacer. La economía doméstica dependía de ello y Fabrizio era un hombre acostumbrado a vivir por encima de sus posibilidades.

Una vez que Sofonisba hubo asimilado la muerte de su marido, no teniendo ya motivos ni ganas de seguir pleiteando por la custodia de Francesco, escribió a su hermano Asdrubale para que acudiera a Sicilia y la ayudara a recuperar sus rentas. Por desgracia para ella, una mujer no podía representarse a sí misma ante la ley.

Asdrubale vivía penosamente de la renta de doscientos ducados sobre las aduanas del vino de Cremona que había heredado de su padre, fallecido en 1573. Cuando recibió la misiva de su hermana solicitando ayuda, lo primero que pensó el indolente muchacho de veintitrés años, que en su vida había trabajado, era que Sofonisba volvería con él a Cremona y aportaría sus ingresos al hogar familiar. Por este motivo, cuando Asdrubale viajó a Palermo en el mes de noviembre de 1578, se las prometía muy felices, ignorando que el destino no tardaría en jugarle una mala pasada.

Capítulo 44

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

Tras la gloriosa victoria obtenida en Cannae, el optimismo se había instalado en el Senado de Cartago y los sufetes, que no querían tomar la impopular medida de subir los impuestos, comenzaron a fantasear con que Aníbal aplastaría a Roma con los medios de que ya disponían en Italia. Como consecuencia de ello, el Consejo se negó a cumplir con las exigencias del primogénito de la familia Barca, que demandaba una nueva flota para que le enviaran refuerzos y nuevos elefantes.

Con su capacidad militar restringida, debido además a que no habían conseguido grandes botines después de las batallas, durante los siguientes siete años, los ejércitos de Aníbal continuaron la guerra en suelo itálico afrontando muchas dificultades. Mientras tanto, sus hermanos Asdrúbal y Magón, junto con Asdrúbal Giscón y Masinisa, libraban una guerra paralela en Hispania. Fue en estas campañas, ocurridas en tierras íberas, donde Publio Cornelio Escipión y su hermano Cneo acabaron perdiendo la vida en sendas batallas en el año 211 a.C. Más allá de las bajas y de lo que significaron estas dolorosas derrotas para los romanos, lo que a la postre resultaría determinante para la confrontación, que ya duraba seis años, fue el gran impacto que tuvieron ambas muertes en el hijo de Publio. Su promesa de venganza, después de que su suegro fuera abatido en Cannae, se convirtió tras estos hechos en la misión a la que consagraría su vida. Por ello, a finales de ese mismo año, un jovencísimo Publio Cornelio Escipión de veinticinco años se presentó voluntario para comandar las dos nuevas legiones que habrían de desplazarse a Hispania.

En 210 a.C. Escipión llegó a Tarraco[81] al mando de sus tropas. En la primavera del año siguiente, en una intrépida incursión que los generales cartagineses no supieron anticipar, logró conquistar Cartago Nova, el bastión púnico más valioso de aquellos territorios. Esa fue la primera acción militar destacable de Publio y le valió un gran prestigio en Roma. Desafortunadamente para él, la facción de Quinto Fabio Máximo, que no deseaba que medrara, se negó a enviarle refuerzos y tuvo que continuar la campaña con los limitados recursos que tenía a su disposición.

Ω

Mientras estos hechos sangrientos tenían lugar en el mundo exterior, en el interior del *Árbol del Tiempo*, el cónclave de los Baumwächter había finalizado. Después de haber ingresado en el lugar común al que se accedía desde los doce árboles, el hermano afincado en Sicilia les explicó al resto el motivo por el cual los había convocado. Tras escuchar su historia y los argumentos que le hacían estar convencido

de que era perentorio hacer algo para evitar el colapso de la civilización, todos, excepto dos, se habían mostrado de acuerdo en lo que proponía. Como el consenso era preceptivo y el hermano que residía en Cartago, junto al que vivía en lo que a partir del siglo XVIII se conocería como Estados Unidos, se habían opuesto a entrometerse en los asuntos de los seres humanos, los diez Baumwächter restantes tuvieron que recurrir a una de sus argucias, a saber: si no daban su brazo a torcer y no colaboraban de forma activa en el proyecto, se encargarían de espantarles a todos los ratones que anduvieran cerca de sus dominios, y como aquello era sin duda su pasatiempo favorito, enseguida cambiaron de actitud.

—Ya le dije que no habría problema, los doce Baumwächter estamos de acuerdo en ayudarla, señora Sofonisba. ¿Cómo quiere que procedamos? —dice el búho tras entrar por la puerta a través de la cual había desaparecido unos momentos antes.

Sofonisba y Orazio, que habían seguido conversando durante su ausencia, cuando escucharon sus palabras se quedaron mirando al ave como si no supieran a qué se refería. Sólo después de un lapso de tiempo que nadie podría cuantificar, la mujer se lanza a contestarle.

—Pues es muy sencillo, hablen con el señor Satoshi Nakamoto para que salga en la televisión y diga a todo el mundo que adopte Bitcoin como medio de pago. Quizás cuando lo creó en 2009 no le hicieron ni puñetero caso, pero en 2022 seguro que será muy distinto.

Al oír esta propuesta tan simplona, Orazio se queda horrorizado. «¿Y se supone que esta es la persona más inteligente que haya existido nunca? Pues estamos jodidos».

—Me temo que no funcionaría —objeta el hombre—. Aunque haga una rueda de prensa multitudinaria y pueda demostrar que él o ella es Satoshi, los medios de comunicación se encargarán de echársela por tierra. Los poderes fácticos que los financian tienen demasiada influencia.

—Hum…, eso me imaginaba —replica Sofonisba—, sólo quería conocer su opinión. Le explicaré entonces mi plan alternativo. Es un poco rebuscado, pero por eso mismo creo que tendrá éxito. Usted tiene una hija con mi mismo nombre, ¿no es así, señor Orazio?

—Sí, ya lo sabes, y también sabes que temo por su vida. Este individuo execrable que tengo a mi lado y su jefe —dice señalando a Tomasso—, han amenazado con matarla si no cumplo sus órdenes.

—Bien, bien, ya verá como eso juega a nuestro favor. Por lo que veo, el señor Tomasso no se halla en disposición de amedrentar a nadie, ¿no le parece?

—Explícate, por favor, no sé a qué te refieres.

—Es muy fácil. Si estamos aquí es porque nuestro plan hace tiempo que ya se puso en marcha, ¿o por qué cree que su antepasada

Sofonisba Anguissola escribió una carta para que su marido, Orazio Lomellino, la escondiera en la iglesia? Si usted no la hubiera encontrado, no habría podido llegar hasta el árbol, y mucho menos haber pronunciado las palabras para acceder a él.

—Anda, tienes toda la razón. ¿Quieres decir que…?

—Sí, eso mismo. Aunque usted me viera entrar en lo que en su mente parecía un hecho posterior a su propia llegada, la realidad es que yo lo había hecho mucho antes. De igual forma, Baumwächter ya había logrado convencer a sus hermanos, por lo que, después de un intento fallido, el búho que vive en el árbol del Tofet le dictó las coordenadas y las once palabras a nuestra querida Sofonisba Anguissola, cuyo marido posteriormente se ocupó de esconderlas para que usted, Orazio Malvezzi, las encontrara varios siglos más tarde.

—¿Pero cómo es posible? —pregunta Orazio, que empieza a tener dudas de si lo que está viviendo no es más que una alucinación. Después de todo, tal vez Tomasso le haya disparado con el dardo y esté bajo los efectos de una potente droga.

—Si intenta comprenderlo con su mente lógica, no lo conseguirá —replica la muchacha—. Imagínese que el pasado es el mar y que cada hecho acaecido fuera una gota de agua, ¿tendría sentido decir cuál de ellas había llegado antes? ¿A que no? Por lo tanto, no le dé más vueltas y centrémonos en el futuro, que es lo único que intentamos cambiar.

—¿El futuro? —continúa insistiendo Orazio con su mente de humano—. ¿No es eso también otra gota de agua indistinguible en la inmensidad de la mar océana?

—Sin duda lo será, pero aún no lo es. Imagínese que el futuro es un río. Sus aguas son dulces y aún no se han reunido con las aguas del mar. Allí donde lo hacen, se encuentra el presente, que en estos momentos corre por finales del año 2022 de la era moderna. Es sólo ahí donde puede introducirse un cambio, y es ahí donde apunta mi plan.

Orazio se rasca la barbilla y mira con asombro a su interlocutora. Aunque tiene un lío morrocotudo dentro de su cerebro, cree que empieza a comprender lo que quiere decir.

—Vale, vale. Entonces el primer paso ya lo hemos conseguido. ¿Cuál es el siguiente?

—El segundo también lo hemos logrado ya —responde Sofonisba —. Se trataba de que usted me contara su teoría sobre las causas que producen la desmembración de todos los imperios, y de que luego me hablara de la existencia de algo como Bitcoin.

—Fabuloso —dice Orazio apretando los puños—. Pues no perdamos tiempo y vayamos ahora a por el tercero…

—Esto…, es que hay un pequeño problema… —responde la mujer

mirando de reojo en dirección al búho. ¿Tiene usted la decimosegunda palabra para salir de aquí?

—¡Ostras! —dice el hombre con los ojos en blanco. En efecto, Orazio se había olvidado de que Baumwächter le había advertido que sin la duodécima palabra era imposible abandonar el árbol. Según le había contado, ese último vocablo no se podía transmitir por vía oral, sino que era necesario pertenecer a una estirpe de brujos para poder extraerlo del árbol. ¿Que cómo se hacía aquello?, «lo ignoro por completo», le había respondido el búho encogiendo las alas.

»¿No me estarás insinuando que sin salir de aquí no podremos seguir adelante con tu plan?, ¿o sí?

—Más o menos —replica Sofonisba—, a no ser que Baumwächter tenga alguna otra idea —añade inquisitivamente mientras le clava la mirada en sus ojos dorados.

—¡Pues claro que la tengo! —contesta el ave entusiasmada. Por lo que parecía, llevaba tiempo anhelando intervenir—. Es más, como me figuraba que no querrían pasarse aquí dentro el resto de sus vidas, hace tiempo que me tomé la libertad de hacerle una visita a un chaval de las islas Canarias. El muchacho no sabía que era la reencarnación de un brujo llamado Guañameñe y, aunque yo no pude revelárselo porque tenía que tomar por sí mismo conciencia de quién era, le puse en la pista correcta. Creo que a estas alturas ya lo habrá conseguido, y también creo que Bencomo, pues ése era su nombre, ya se habrá encontrado con la hija de Orazio. Ahora sólo tenemos que esperar a que aten cabos y vengan por ustedes.

—¿Mi hija está en las islas Canarias? ¿Quiere eso decir que se encuentra a salvo y que la mafia se ha olvidado de ella? —pregunta Orazio con el corazón dividido entre una gran alegría y un enorme temor.

—Ahora mismo creo que está en Sicilia, pero no se preocupe, ha venido por asuntos que no ponen en peligro su vida, al menos hasta donde yo sé…

—¿Cómo que hasta donde yo sé…? ¿Qué significa eso? — espeta Orazio intentando inútilmente levantarse y agarrar del pescuezo al animal…

Capítulo 45

Hacía dos días que Guañameñe había regresado de visitar el árbol milenario que se erigía junto al báratro volcánico de Echeide. Desde ese instante había decidido recluirse en su cueva y se había negado a acudir a los reiterados llamamientos del *mencey* de Taoro. Según los espías de Bencomo, los castellanos habían vuelto a desembarcar en la costa de Añazo y necesitaba conocer con urgencia los augurios del brujo. Sólo bajo esta premisa podría tomar las decisiones correctas para hacer frente al poderoso ejército de Fernández de Lugo. Así había ocurrido el año anterior, cuando, gracias a las visiones que había tenido Guañameñe, emboscaron a sus enemigos en el lugar propicio, un barranco que en último término se convertiría en una ratonera para los hombres del mar y sus bestias de carga.

Cuando el hechicero decide por fin abandonar su encierro, le envía un mensaje al *mencey* para que a mediodía se reúna con él en el *tagoror*. A la hora convenida, Guañameñe, flaco como una flauta y con una pelambrera que le llega a las nalgas, coge el cuenco en el que hizo la mezcla que le sirvió para extraer de la corteza del cedro la palabra duodécima, y se dirige a encontrarse con su rey.

—Guaña —le dice Bencomo usando el apelativo que sólo se le permite utilizar a él—, los castellanos han reunido sus fuerzas en la costa y están a punto de iniciar un ataque. Ya deberíamos estar en camino para interceptarlos en algún punto donde nos encontremos un terreno favorable, pero me preocupa mucho tu silencio. ¿Qué has visto en el árbol? ¿Tan mal están las cosas?

Guañameñe deja el cuenco encima de una piedra y se ajusta el *tamarco*[82]. Lleva más de una semana sin comer y apenas llena sus ropas hechas de piel de cabra y de pelo de oveja.

—No hay nada que hacer, nuestros dos mil hombres de pelea provistos de estacas y protegidos por exiguos escudos de madera de drago, no pueden vencer a sus mil quinientos peones y sus cien caballeros armados con ballestas —dice irguiéndose con su metro ochenta de estatura.

»En la oquedad del árbol, entre otras muchas cosas, he sido testigo de cómo las flechas asaeteaban a nuestros *achicaxna*[83] antes de que pudieran acercarse a cien pasos. También he visto cómo su infantería atravesaba con sus picas a nuestros *cichiquitzo*[84], cómo sus caballeros les aplastaban el cráneo a nuestros *achimencey*[85], y cómo, después de todo ello, nos mataban a ambos —termina de explicarle el adivino mientras pone sus largas manos sobre los poderosos hombros del *mencey*. Guañameñe es el brujo más respetado de los guanches.

Bencomo mira a su alrededor. El *tagoror*, otrora un lugar de festejos, es ahora una explanada yerma. La comunidad ya no se reúne

en ella como antaño. Los grandes banquetes del día del solsticio hace tiempo que ya no se celebran. Ni tampoco los combates de lucha que se organizaban en los días siguientes. Un cielo plomizo preñado de nubes se extiende hasta donde es capaz de alcanzar su mirada. Lleva tres días lloviendo. Una lluvia fina que cala los huesos pero que no dificulta el avance de los que muy pronto van a ser sus verdugos.

—Pareciera que Magec se hubiera olvidado de nosotros —le dice a Guañameñe. El *mencey* lleva una larga capa de lana de oveja, unos calzones de piel tejidos por su hija, trenzas de abalorios y collares de conchas marinas alrededor del cuello, un gran bucio en bandolera y un bastón de madera de carisco en cuyo mango ha insertado una piedra de sílex.

»Hace años que ya estamos muertos —apostilla después—. Desde que los *menceyatos* del sur y el este de la isla se aliaron con nuestros enemigos y empezaron a adorar a su Dios. Este día tenía que llegar, y saber nuestro destino me da aún más fuerza para llevar a cabo la tarea para la que me ungieron. Nuestro pueblo no ha de vivir esclavo. Vámonos querido amigo, tenemos una gran batalla que librar.

Guañameñe ha escuchado impasible el pequeño discurso de su líder. Ni por un segundo había dudado de que fuera a rehuir el combate, incluso sabiendo que tendría ese final fatídico: su propia muerte y la destrucción completa de su clan. Pero aún tenía más cosas que decirle.

—Todavía no, mi rey. Esta vez he mirado más lejos. Dentro de siete siglos, cuando la mediocridad que traen los castellanos degenere en una completa corrupción y su imperio y su cultura se derrumben, tú y yo volveremos a vivir a través del espíritu de un muchacho que lleva nuestra sangre. Ese joven recordará quién fue y los once vocablos, y cuando los recite tendrá acceso al árbol, y con ese poder obrará cosas buenas para la humanidad. Ahora tenemos que encargarnos de que también aprenda a extraer la decimosegunda palabra para poder salir. —Y con las mismas coge el cuenco que contiene la mezcla de ingredientes secretos y se pone a explicar en voz alta los pasos necesarios para su elaboración:

»Cien gotas de aceite extraído del fruto del mocán, tres cristales machacados de olivino, una piedra pulverizada de piroxeno verde… —Y así sucesivamente hasta completar los doce componentes que le permitirían a Bencomo Arúspice, químico de profesión, reproducir la mezcla.

Ω

—¿Me estás diciendo que los espíritus del brujo Guañameñe y del *mencey* de Taoro viven ahora a través de tu cuerpo? —le pregunta Sofonisba a Bencomo una vez que han salido de la cárcel. En el

exterior se han reunido con Luigi, que una vez más piensa que la pareja se ha vuelto majareta.

—Así me ha sido revelado mientras el *pentito* describía cómo tu padre y Tomasso desaparecían por la entrada del árbol.

—¿Revelado?, venga, no me fastidies —responde la chica, que está empezando a hartarse de tanto desvarío.

—Te lo juro. Me he visto pronunciando las once palabras que dan acceso a un cedro milenario. Después he hablado con Bencomo sobre la batalla en la que moriríamos. Y por último, he visto cómo yo mismo fabricaba la mezcla para extraer de la corteza del árbol la palabra duodécima, la que nos permitirá salir de allí tan pronto como rescatemos a tu querido padre.

Sofonisba ya ha vivido experiencias tan carentes de lógica que en otras circunstancias no le costaría creer lo que dice Bencomo. Desgraciadamente, ahora su miedo es tan grande y tan amarga su desesperación que siente que ha perdido la fe.

—¿La palabra duodécima? Deja de vacilarme, estoy cansada y ya no puedo más —dice Sofonisba rompiendo en un sollozo—. Luigi, ¿puede llevarnos al Castaño de los Cien Caballos? Si Benco dice la verdad, podremos entrar ahora mismo en el árbol.

El pobre detective, que no está seguro de cuál está más chalado de los dos, pone cara de no saber qué hacer.

—No le haga caso, señor Nelco. Llévenos al aeropuerto de Palermo. Tenemos que regresar a Tenerife. Cada árbol tiene sus propias claves y yo sólo me sé las que dan acceso al Patriarca, pues así se llama el cedro milenario de las cumbres del Teide. Además, necesitaré hacer un ayuno de tres días y elaborar la fórmula. Y tú, Sofi, deja ya de llorar. Tengo la certeza de que muy pronto vas a ver a tu padre, ¿eh? —dice Bencomo abrazando con todas sus fuerzas a la que ya sabe que va a ser el amor de su vida.

Capítulo 46

Matteo Messina Denaro ha acudido a uno de sus refugios ubicado en el extrarradio de Marsala. Va a entrevistarse con Lorenzo Vitale, el padre de Vincenzo, para hablar sobre la desaparición de Tomasso Rinaldi. Un día antes, el anciano le había contado al *capo di tutti capi* todos los detalles de lo que se había dicho durante la confesión del *pentito* en la prisión de Ucciardone. Al principio, el abogado de Michele Pertuso se había mostrado poco dispuesto a cooperar con su hijo, pero en cuanto le insinuó que el edificio donde vivía su exmujer con sus dos retoños era muy viejo y por tanto susceptible de sufrir un incendio, se mostró comprensivo y le relató de principio a fin lo que había sucedido en la sala de interrogatorios de la cárcel.

Matteo no se había sorprendido de que Michele Pertuso hubiera mantenido la misma versión de los hechos durante la reunión con la hija de Orazio. Después de todo, llevaba contando lo mismo los últimos dos años y, aunque parecía una historia increíble, él mismo no encontraba ninguna otra explicación. Aun así, Matteo les había insistido a los Vitale que siguieran presionando a Pertuso por si en algún momento se contradecía o se venía abajo. Lo que no había calculado, quizás porque estaba perdiendo facultades debido a la quimioterapia, era que acabara entregándose a la policía con el precio que por ello debería pagar: pasarse en chirona el resto de su vida.

Tendría que haberse encargado de él hacía mucho tiempo, pero por algún motivo se había refrenado. Quizás aquel asunto del búho le había enceguecido. Su cáncer continuaba extendiéndose y por lo visto su mente se negaba a soltar aquel clavo ardiendo que estaba a punto de convertirse en una bomba y estallarle en las manos. Por eso había decidido no cometer otra vez el mismo error, y por eso les había encargado a los Vitale que secuestraran a Luigi Nelco. Aunque estaba seguro de que la *Squadra Antimafia* removería hasta la última piedra para dar con él, no quería arriesgarse a que lo descubrieran por ser un pusilánime. Orazio Malvezzi conocía el secreto de su enfermedad, y por tanto era un cabo que de seguir suelto sería muy peligroso. Lo más probable es que hubiera desaparecido para siempre, pero lo que oyó sobre la actitud del supuesto marido de Sofonisba Malvezzi durante la confesión del *pentito* le había activado las alarmas.

Al parecer, aquel muchacho de ojos oscuros y pinta de chamán, según lo había descrito el letrado, había caído en una especie de trance mientras Michele Pertuso describía cómo se había abierto una oquedad en uno de los troncos. Durante unos segundos, aunque juraría que nadie más se había percatado, vio que su cuerpo levitaba encima de la silla. Él tenía los párpados entornados y daba muestras de estar medio dormido, pero en realidad estaba muy despierto. Como

abogado era una técnica que usaba con frecuencia. Hacía que los fiscales se relajaran y no fueran tan cuidadosos al presentar sus pruebas. Quizás por ello fue el único en aquella habitación que se dio cuenta del extraño fenómeno y, quizás por ello también, el detective se encontraba en esa situación: desnudo y colgado del techo en un sótano mugriento de una propiedad muy cerca del pueblo en el que había nacido, y en el que probablemente, no a mucho tardar, habría de morir.

—Bien, bien, señor Nelco —dice Matteo Mesina después de haber bajado por la escalera que conducía a la antigua bodega en la que habían empezado a torturarlo—. Mi amigo me ha dicho que hasta ahora ha preferido permanecer callado y no contarnos los planes que tiene esa curiosa pareja de españoles. No le culpo. Yo habría hecho lo mismo. Lorenzo está chapado a la antigua y no sabe nada de modales. Voy a ver si puedo convencerlo… —Y sin mediar ninguna otra palabra le pega un primer puñetazo en la zona del hígado. Y después un segundo a la altura del bazo.

Luigi no puede ahogar un grito de dolor, ni tampoco evitar que la bilis se le suba al esófago. Tiene la cara ensangrentada y cortes en los muslos. Los genitales hace tiempo que dejó de sentirlos. Lleva dos días sin comer y la única agua que ha bebido ha sido la que resbalaba por sus mejillas cuando le echaban los cubos para lavar sus propias inmundicias. No desea morir, pero mucho menos que alguien corra ese mismo destino por su culpa. Por fortuna, había visto como, Vincenzo Vitale y tres sicarios más, subían con malas intenciones por las escaleras del edificio donde tenía su oficina y le había dado tiempo a enviarle un mensaje a Sofonisba: «Vienen a por mí, largaos de Tenerife cuanto antes» y, acto seguido, lo había borrado para que no supieran que había podido ponerlos sobre aviso.

—*Cerdohijodeputa* —ha conseguido balbucir entre sus dientes rotos—. Mátame de una vez.

—Traed la batería. Quizás necesita que le pongan las pilas para acordarse de lo que le conviene…

Ω

Mientras la fatalidad se cernía sobre el detective en un subterráneo de Sicilia, Sofonisba y Bencomo, después de haber recibido el mensaje de Luigi, habían preparado material de acampada y se habían dirigido hacia la cueva en la que Guañameñe solía refugiarse antes de preparar la pócima y consultar al árbol. Tras recordar algunos retazos más de su vida de brujo, el muchacho había logrado situar la entrada de la gruta. No tenía manera de saber si a día de hoy estaba siendo utilizada por pastores, pero por lo arriscado del acceso intuía que no. Así que, a las seis de la mañana de aquel martes de final de noviembre, dejaron

el *pick-up* en el *parking* de larga estancia del aeropuerto norte para despistar a sus perseguidores, y luego cogieron la guagua para desplazarse hasta el pueblo que habían elegido para iniciar su ruta.

En tiempos de los guanches, el *menceyato* de Taoro abarcaba la costa comprendida entre las localidades que en la actualidad se conocen como La Matanza de Acentejo y San Juan de la Rambla. Desde el mar, el reino se ensanchaba hacia arriba, extendiéndose por las laderas boscosas hasta llegar al límite que conformaban los pastos comunales. La cueva de Guañameñe estaba en algún punto del Barranco de Guamasa, a unos mil metros de altitud por encima del barrio de Benijos y a cuarenta kilómetros de La Esperanza. La idea era caminar desde allí por senderos y evitar en la medida de lo posible las carreteras principales y los centros urbanos. Por pura precaución, la pareja había desconectado sus teléfonos y los había dejado en la finca de Arafo, pero llevaban un móvil con una de las *sim* de prepago de Sofi.

Cuando por fin se apean del autobús en la plaza del Ayuntamiento del Rosario, situado en la localidad de La Esperanza, Bencomo y Sofonisba se dirigen hacia el Bosque del Adelantado para después continuar un kilómetro y medio por la calle Grano de Oro hasta desembocar en la pista del Rayo. Es un camino encajonado entre pinos y matorrales bajos y, en poco más de dos horas, llegan al paraje conocido como Las Lagunetas. Han sido nueve kilómetros andando a buen paso y superando un desnivel de cuatrocientos metros. Son sólo las diez de la mañana, pero todavía tienen por delante la parte más complicada de su ruta.

—Estoy preocupadísima por Luigi. Esos tipos son de la peor calaña y no quiero imaginar lo que pueden hacerle —dice Sofonisba cuando se sientan a descansar en un calvero oculto por unas grandes rocas.

—Hiciste lo correcto al llamar a Vittorio. Estoy seguro de que harán lo indecible para salvarlo. Desde aquí había poco más que pudieras hacer, ¿eh?, ratoncita —responde Bencomo mientras le pasa la cantimplora con el agua. Él no puede ingerir nada sólido. Necesita completar tres días de ayuno antes de comenzar a fabricar la mezcla. Por su parte, Sofonisba tampoco tiene hambre, pero se obliga a reponer fuerzas comiéndose una barrita de gofio con almendras. Aunque hace frío, tiene la espalda empapada de sudor por causa del macuto. Por un momento piensa en desnudarse allí mismo y ponerse a hacer el amor con Bencomo como una bestia parda, pero intuye que esa no sería la mejor forma de arreglar sus problemas. Así que se arma de coraje, se echa la mochila a los hombros y le dice a Benco que es hora de mover el trasero.

Desde ese punto, toman el GR-131 para llegar al área de

Aguamansa; unos veinte kilómetros de recorrido con un desnivel acumulado de mil quinientos metros. Allí se ubica la zona de acampada de La Caldera, el lugar donde tienen previsto montar la tienda y descansar hasta el día siguiente.

Mientras Sofi y Bencomo despliegan sus sacos de dormir para pasar la noche, cuatro miembros de la Cosa Nostra aterrizan en el aeropuerto sur con instrucciones precisas de Lorenzo Vitale. Al parecer, después de que Denaro se pasara más de una hora aplicando descargas al maltrecho cuerpo de Luigi Nelco, éste se había desvanecido. Al cabo del rato, cuando comenzó a recuperar la consciencia, había caído en una especie de delirio en el que no paraba de repetir algo concerniente a un patriarca en cuyos dominios se erigía un gran árbol. «¿Se estará refiriendo al Castaño de los Cien Caballos? —se preguntaba Matteo Messina mientras se limpiaba las gafas con una gamuza—, ¿o quizás en Tenerife existe alguna fagácea similar?» Y, ni corto ni perezoso, le pidió el móvil a Vincenzo y realizó la correspondiente consulta en internet. En efecto, en el Parque Nacional del Teide se alzaba un cedro conocido con el nombre del Patriarca que tenía una edad de al menos dos milenios. Imaginando que la dupla formada por el tal Bencomo y la hija de Orazio se dirigiría hacia allí, había dado instrucciones a Vitale para que enviara a sus matones a vigilar el árbol.

Sin embargo, una tarea que en cualquier otro sitio podría ser sencilla, allí arriba, a más de dos mil metros de altitud y en un lugar desierto, iba a ser sumamente compleja. Dividiéndose en parejas, durante el día podrían apostarse muy cerca del lugar haciéndose pasar por un par de turistas, pero eso implicaba que podrían ser vistos y que con mucha probabilidad sus objetivos abortarían sus planes. Por el contrario, durante la noche, con un equipo de infrarrojos sería más fácil vigilar, salvo por el hecho de que haría un frío de bigotes y de que estaba prohibido practicar la acampada. «¿Cómo cojones debían de proceder entonces?», se había preguntado Denaro después de ponerse las gafas recién limpias y hacer todas estas pesquisas. Además, no disponían de pistolas, y mucho menos de un fusil con el que disparar desde larga distancia. «La única solución —se había dicho el mafioso—, sería vigilar sólo tras la puesta de sol». Estaba seguro de que, durante las horas de luz, la pareja no aparecería por aquel lugar repleto de turistas. Por lo tanto, antes de su partida, los cuatro sicarios se habían agenciado unos sacos de camuflaje con los que podrían soportar las bajas temperaturas que reinaban allí. Armados con ballestas y ocultos entre las abundantes rocas, sería fácil eliminarlos y salir después huyendo hacia el vehículo que tendrían aparcado a la entrada del parque.

Esa misma noche, dos de los mafiosos se dispusieron a vigilar desde detrás del murete que rodeaba el árbol. Las ballestas las comprarían al día siguiente los otros dos matones, que tenían previsto aprovechar parte de la noche para hacer una visita a la finca que el muchacho regentaba en Arafo. Aunque no era probable, con suerte incluso los pillarían durmiendo, en cuyo caso, podrían pasárselo bien con aquella hembra que conocían por fotos y que, a pesar de su gran nariz, tenía un cuerpazo de primera.

A la mañana siguiente, en cuanto los primeros rayos de sol se dispersan por los claros del bosque, Bencomo y Sofonisba recogen la tienda de campaña y siguen con su ruta. A lo largo de los seis kilómetros que el sendero bordea los límites exteriores de la corona forestal, admiran el esplendoroso valle de La Orotava, que se abre a sus pies con toda su grandeza. Al fondo, resaltando sobre el azul oscuro de un mar enfurecido, se distinguen los altos hoteles del Puerto de la Cruz. A partir de ese punto, les esperan cinco kilómetros en los que tendrán que salvar un desnivel de setecientos metros. El sol se ha elevado en el horizonte y las aves pretenden celebrarlo. Unos pinzones azules saltan de rama en rama mientras entonan sus melodiosos trinos. A su lado, un petirrojo infla su pecho para dejar patente que ese territorio también le pertenece a él. Son las doce de la mañana cuando Sofi y Bencomo llegan al barranco de Guamasa. Encajonado entre paredes de roca, resulta muy difícil progresar por su curso. Un kilómetro más adelante, el barranco se bifurca dando lugar a una zona de mayor amplitud. Es entonces cuando Bencomo empieza a recordar.

—Ya estamos cerca, ratoncita. La erosión ha cambiado el paisaje, pero si no me equivoco la cueva debe de estar en lo alto de aquella escarpadura —dice Bencomo señalando hacia arriba. En efecto, detrás de un saliente se observa una grieta que bien podría ser la entrada de una gruta.

Sofi entrecierra los ojos y trata de enfocar en la dirección que le ha indicado quien ahora le gusta llamar su troglodita guanche.

—¿Y cómo pretendes subir hasta allí? ¿No pensarás que podemos saltar como las cabras? —replica Sofonisba. Intuye que a continuación va a llegar otra propuesta descabellada de ese chaval que se las da de brujo.

—No creo que sea para tanto, ¿eh?, por lo que recuerdo, es sólo cuestión de un poco de equilibrio. Anda, pon tu precioso culito italiano por ahí mientras echo un vistazo.

—Si me lo pides así.... —dice quitándose la mochila antes de aposentar sus glúteos sobre una piedra plana.

Cuando ve a su chica felizmente sentada y a punto de sacarse las botas para airear los pies, Benco deja sus cosas, se quita el anorak y

comienza a inspeccionar la zona. El talud del barranco tiene unos veinte metros y lo que parece la entrada de la cueva está cerca del borde superior. Utilizando la palma de su mano a modo de visera, el joven observa que a unos ciento cincuenta pasos hay varios salientes que asemejan peldaños. En cuanto los distingue, la consciencia de Bencomo se traslada al año 1495, unos días antes de que tuviera lugar la batalla en que perdió la vida.

Ω

Aparte del zurrón que lleva en bandolera, Guañameñe sujeta con las manos una lanza de tres metros y medio acabada en una punta endurecida al fuego. Con un fuerte impulso se encarama al primero de los *cuasipeldaños* para luego progresar con la ayuda del palo hasta alcanzar la parte de arriba del talud. Agarrándose a las ramas de los pinos y teniendo cuidado de no dar un paso en falso, retrocede por el borde hasta situarse justo encima del acceso a la cueva. Desde allí, se inclina hacia adelante y deja que la madera deslice por sus dedos hasta que se clava en un hoyuelo excavado en la roca tres metros más abajo. Después, él mismo se deja resbalar hasta que aterriza suavemente con los pies en el suelo. Una angosta rendija se abre frente a él; se trata de la gruta en la que toda una estirpe de hechiceros se ha preparado durante generaciones para acceder al árbol.

Ω

—¡Ya lo tengo! —le grita Bencomo a Sofonisba mientras corre de vuelta—. Necesito que saques el hacha del macuto. Si fabrico una pértiga podremos alcanzar la entrada fácilmente —le explica resoplando y con un brillo sospechoso en los ojos.

La chica parpadea tres veces: no acaba de creerse lo que acaba de oír.

—¿Cómo que el hacha? ¡Serás huevón! Ya decía yo que mi mochila pesaba como un muerto. —Y le tira a la cabeza una bota que Benco esquiva por los pelos.

—Pero mujer, si son apenas dos kilitos de nada. Yo he cargado con toda la comida, y eso que no pruebo bocado —dice mientras le tira el zapato de vuelta.

—¿Y para qué carajo queremos una pértiga?

Bencomo sonríe con una sonrisa maliciosa.

—¿Has oído hablar del salto del pastor?

Sofonisba por supuesto ha oído hablar de la manera en que los pastores se desplazan junto a su ganado por la escabrosa orografía de la isla. Pero una cosa es que te lo describan o verlo en un documental, y otra es que pretendan darte un cursillo exprés.

—Sí, claro —responde enfurruñada—. Tú lo tienes muy fácil. Llevas aquí toda tu condenada vida. Pero yo qué, ¿quieres darme una clase maestra y dos palmaditas en la espalda antes de dejar que me rompa las vértebras? —dice ahora medio en broma pero con las mejillas completamente blancas. Sofi es de emociones intensas, pero a poder ser con los pies muy cerquita del suelo.

Media hora más tarde, Bencomo ha cortado y desmochado a golpe de hacha una gruesa rama de pino canario y ahora se ocupa de pulirla con la ayuda de un cuchillo y un trozo de pumita. Cuando cree que la lanza[86] está lo bastante suave como para poder deslizar las manos sin herirse, se pone en pie de un salto y se la muestra a Sofi.

—Va a ser como coser y cantar… —dice el muchacho tendiéndole el palo para que lo sopese.

Sofi lo coge y lo mira con suma reticencia. Por mucho que Bencomo lleve sangre aborigen y afirme que en el pasado fue un *mencey*, no acaba de fiarse. Practicar surf subida en una tabla en medio de las olas le parece muy bien, pero tirarse desde veinte metros de altura y confiar en que una simple rama va a parar la caída, es algo muy distinto. Sin embargo, su amor propio le impide poner más objeciones y, sin decir ni una palabra más, se calza otra vez las botas, se echa la mochila a la espalda, le pasa la suya a Benco y camina hacia el lugar en el que ha visto que el joven iniciaba el ascenso.

Capítulo 47

Un año después de la llegada de su hermano menor, Sofonisba Anguissola había conseguido por fin recuperar sus rentas. Aunque le repateaba la perspectiva de convivir de nuevo con su madre, la pintora había tomado la decisión de volver a Cremona. La alternativa de quedarse como viuda en Sicilia no le parecía realista, y Asdrubale no paraba de restregarle que con los doscientos escudos de renta que había heredado de su padre no podía mantener la casa familiar.

Antes de abandonar Sicilia, como agradecimiento a las exequias celebradas en honor a su difunto marido por los Padres Franciscanos Conventuales del principado de Paternò, Sofonisba les había regalado una pintura de grandes dimensiones que representaba a la Madonna de Itria. En la tabla se veía a la Virgen María sentada sobre una caja de madera y sosteniendo en sus manos a Jesús, motivo en el que se inspiró muchos años más tarde para realizar varios cuadros menores.

Cuando, transcurridas unas semanas, la artista termina de cerrar sus asuntos, se despide de sus allegados y, junto a su hermano Asdrubale, se acerca al puerto de Palermo para comprar los pasajes del barco que los llevará al Ducado de Milán. Han sido veinte años de ausencia del lugar que la vio crecer como pintora y sus recuerdos deberían ser gratos, pero regresar a su ciudad natal a Sofonisba se le antoja como si hubiera sido condenada a galeras. No puede evitar imaginarse que, cuando deambule por los pasillos desangelados de la casona en la que pasó su infancia, los fantasmas de Elena, Lucía y Minerva se le aparecerán para recordarle el gran dolor que sintió por su pérdida.

Al día siguiente, según van subiendo por la pasarela que da acceso al galeón llamado La Patrona, a Sofonisba se le acelera el pulso con tanta intensidad que casi se desmaya, hasta el extremo que tiene que sujetarse a su hermano para no trastabillar y acabar en el agua. Se ha dado cuenta de que, en el puente de mando, aullando órdenes a diestro y siniestro con su voz varonil, se encuentra el apuesto muchacho que había conocido unos años antes y del cual se había quedado prendada como una colegiala: el capitán de la nave no era otro que el joven bienhumorado Orazio Lomellino, y ella, siendo ya una mujer madura que había cumplido cuarenta y siete años, comprende que no tendrá más remedio que pasar por el calvario de compartir con él las estrecheces de ese angosto navío, o quizás, por qué no aventurarlo, por el deleite indescriptible de iniciar un romance.

En efecto, esa misma tarde, mientras camina cabizbaja por cubierta tratando de protegerse de la lluvia y el viento, se topa con Orazio, que enseguida le ofrece su capa y la ayuda a refugiarse en la cabina reservada para los oficiales.

—*Signora*, me alegré mucho de ver su nombre en la lista de pasajeros. Hace tiempo que quería darle mis condolencias por la muerte de su esposo, que en paz descanse, pero nunca tuve el ánimo de acercarme a su casa por parecerme impropio. Fue terrible lo que le sucedió.

Con el pelo aún chorreando y sin apercibirse de que tiene las ropas empapadas, Sofonisba se queda mirando al joven sin saber qué decir. Sus ojos son dos luceros que parecen haberla hipnotizado, y su sonrisa tan natural que le gustaría poder sacar allí mismo sus pinceles para inmortalizarla, aunque quizás sería un intento sacrílego: no se cree capaz de trasladar al lienzo una cosa tan pura.

—Sí…, terrible, pero no se preocupe, entiendo que no haya venido —balbuce Sofonisba cuando despierta de sus ensoñaciones—. ¿Cómo está usted? Espero que su mujer y su hijo tengan buena salud. La familia es el mayor tesoro que tenemos.

Por un segundo, un rastro de dolor frunce el ceño de Orazio.

—Mi hijo Giulio está hecho un mozalbete y quiere ser marino. Y en cuanto a mi mujer, pensé que lo sabía…, falleció al dar a luz.

Cuando escucha esto, las ropas húmedas que lleva Sofonisba se le secan de golpe. Tal es el calor que se le ha originado en el vientre y que luego se le ha subido al pecho que tiene la impresión de que sus vestidos podrían arder en llamas y abrasarle la piel.

—Vaya…, yo también lo siento por usted, no lo sabía —dice la mujer cuando en cierta medida se le pasa el sofoco.

—Fue hace ya muchos años. Pero qué diantres, permítame acompañarla a su camarote, va usted a coger una pulmonía con la ropa mojada. Como capitán, soy responsable de que todos mis pasajeros lleguen sanos y salvos.

Y fue así como Sofonisba y Orazio comenzaron a pasar juntos varias horas al día, y como éste averiguó que la pintora nunca pudo encontrar lo que buscaba, y como, durante sus diálogos, escuchó de su boca la increíble historia de su antepasada Sofonisba de Cartago, la cual nunca había tenido ánimos para contarle a nadie, ni siquiera a Fabrizio. Y también le contó como un búho de nombre Baumwächter se le había aparecido por primera vez en el Torrazzo, para después, estando ya en la corte de Felipe II, presentarse por segunda vez y darle las coordenadas que él ya conoce por haber tratado de ubicarlas en algún lugar al este de Sicilia.

Y en esas mismas conversaciones, Orazio le cuenta a Sofonisba como se hizo marino, y como tuvo que luchar para sobrevivir en la famosa batalla de Lepanto, y como conoció a su mujer y sufrió por su pérdida, y también lo mucho que ama a su querido Giulio, quien vive en casa de su hermana mayor por encontrarse él muy frecuentemente de viaje.

Mientras todo esto ocurre, encerrado por propia voluntad en la bodega, escuchando día y noche el incesante crujir de las cuadernas, a Asdrubale Anguissola le llevan los demonios. Está siendo testigo en vivo y en directo del comienzo de un idilio que puede conducirle a la ruina. Ha estado un año aguantando a su hermana para poner en orden sus papeles y hacerse con parte de sus rentas, y ahora resulta que un entrometido está a punto, y nunca mejor dicho, de echar todo su trabajo por la borda.

—No voy a permitir que ese capitán pretencioso te seduzca con la idea de llevarte al altar, ¿no ves que está manipulándote? ¿Qué crees que puede ver en una mujer ojerosa que le dobla la edad aparte de tus rentas? —le dice a su hermana Sofonisba cuando se cruza con ella en la cantina—. En cuanto toquemos tierra, voy a escribir al rey.

Sofonisba, que por un instante ha pensado en partirle allí mismo la cara, se refrena y se limita a decir:

—Sólo le llevo quince años, y no te preocupes, yo misma me encargaré de informar a Felipe II quien, para tu información, me tiene en alta estima.

A la mañana siguiente, después de ponderar las amenazas de Asdrubale y aprovechando que, debido al mal tiempo, tienen que hacer una escala en Livorno, la pareja formada por Sofonisba Anguissola y Orazio Lomellino se desplaza a Pisa con la pretensión de contraer matrimonio en el convento de las monjas de San Mateo, donde la artista se queda recluida hasta el día de la celebración. Tiene la certeza de que si no se da prisa su hermano hará lo imposible por impedir la boda y, aunque ella tiene buena relación con el rey, a su edad sabe de sobra que los engranajes del mundo se mueven al son que les place a los hombres.

Para corroborar sus temores, a las cuarenta y ocho horas de su llegada al convento, en la nochevieja del año 1579, recibe una carta de Francesco I de Médici, gran duque de la Toscana, en la que le ruega que desista de sus intenciones. Es notorio que el marino no está a la altura de su alcurnia, ni tampoco de su condición de antigua dama de compañía de la corte española. Cuando, al cabo de tres días, Sofonisba contesta a su alteza serenísima, le informa de que, "*como los matrimonios se celebran antes en el cielo que en la tierra, su carta llegó tarde*"[87]. El connubio se había celebrado y consumado y, ni siquiera el rey, tenía el poder para deshacer lo que Dios, en su inmensa bondad, había bendecido.

Tras la ceremonia, la pareja se instala en el centro de Pisa, circunstancia que aprovecha la artista para presentar sus respetos al gran duque y pintarle un retrato con el que le hace olvidar sus afrentas. [Foto 16]. Cuando las aguas vuelven a su cauce y hasta el propio rey ha aceptado el matrimonio concediéndole una renta

adicional de trescientos ducados, Orazio y Sofonisba se trasladan a la ciudad de Génova.

En aquella metrópoli, ilustres familias genovesas como los Doria, Grimaldi, Pallavicini y Spinola habían copado los negocios desde principios de siglo y muy pronto empezaron a construir ostentosas mansiones. La Strada Nuova, situada al pie de la colina del Castelletto, era el tablero de juego de una competición en la que los mejores arquitectos pugnaban por crear el palacio más bello. Así nacieron los Pallazzi dei Rolli, que compartían entre ellos muchas características, como eran las fachadas colgantes, las galerías y los patios y, sobre todo, las recargadas logias con vistas a los jardines interiores decorados con frescos.

En este pujante ambiente plagado de artistas Sofonisba se encontraba como pez en el agua. Su marido pasaba largas temporadas navegando y ella aprovechaba sus ausencias para participar en tertulias y colaborar con diversos pintores. Así entabló relación con Luca Cambiaso, que más tarde partió hacia España reclamado por Felipe II, y con Bernardo Castello, de quien llegó a ser madrina de sus hijas.

Además, en 1585, Catalina Micaela, la hija menor de Isabel de Valois, se casó con el duque de Saboya, trasladándose después a vivir a Turín. La proximidad geográfica hizo que retomara su relación con la dama, a quien no veía desde hacía más de una década. Durante los años siguientes, Sofonisba realizó importantes retratos suyos y de su hija Margarita. A la muerte de Catalina Micaela y del posterior deceso de Felipe II, la primogénita de Isabel de Valois, Isabel Clara, se casó con su primo Alberto de Habsburgo, con quien gobernaría los Países Bajos. En 1598, en su viaje desde España, se detuvo en Génova, donde pasó varias jornadas con Sofonisba, la que fuera una de sus personas más queridas cuando era una niña. [Fotos 17 y 18]

Durante los treinta y cinco años que pasó en Génova junto a su esposo Orazio, Sofonisba dedicó también parte de su tiempo a la enseñanza, recibiendo la visita de influyentes artistas como Rubens y Van Dyck.

Por lo que respecta a Baumwächter, Sofonisba hacía tiempo que había olvidado al búho y sólo en raras ocasiones le hablaba de él a su marido. Orazio valoraba mucho a su querida esposa y apreciaba sobremanera que hubiera adoptado a su hijo Giulio, que vivió con ellos durante unos años hasta que decidió casarse y marcharse a Milán. También había aceptado que éste, y no el estúpido de su hermano Asdrubale, fuera el depositario de la leyenda familiar que narraba las peripecias de su antepasada Sofonisba de Cartago. Pero en lo concerniente a las visitas que decía que recibió de un búho que le

hablaba en latín, Orazio prefería no opinar. Cuando escuchó el relato durante la travesía que los llevó de Palermo a Livorno, no quiso expresarle sus dudas, puesto que la había admirado secretamente desde que la conoció y pudo contemplar algunos de sus cuadros. Y como no le cabía en la cabeza que una mujer tan sensible y culta pudiera estar mintiendo, o lo que aún era peor, volviéndose tarumba, se limitó a asentir y a decirle que era una historia ciertamente increíble.

No obstante, a medida que fueron cogiendo confianza, Orazio trató de insinuarle en varias ocasiones que quizás aquello del búho era algo que podría haber soñado, a lo que ella siempre le respondía que en ese caso le explicara de dónde habían salido esas coordenadas tan extrañas. Y como su esposo era incapaz de ofrecerle un razonamiento alternativo, entonces todas las discusiones acababan en tablas, o al menos así fue hasta que, en 1614, con motivo de la muerte de su hermano Asdrubale, la pareja viajó a Cremona a liquidar sus bienes.

Aquella noche, la última que pasaría en la casa en la que había crecido junto a sus hermanas, incapaz de conciliar el sueño, despertó a su marido de madrugada y le rogó que la acompañara a subir al Torrazzo. Sofonisba tenía ochenta y dos años y dudaba de que fuera capaz de hacerlo sin ayuda. Orazio al principio rezongó y quiso darse la vuelta para seguir durmiendo, pero ante la insistencia de la dama, cuya tozudez conocía a las mil maravillas, decidió levantarse, caminar con ella hasta el Torrazzo y ayudarla a subir los quinientos peldaños que conducían hasta su campanario. Y una vez allí arriba, a la luz imprecisa de aquel grisáceo amanecer, mientras se asomaban a su balaustrada, escucharon la voz de Baumwächter, que se estaba dirigiendo a ellos desde una de las vigas.

—*Quaeso, ne moveas ut mures non terreantur* —dice el búho en latín a modo de saludo.

Y a continuación, después de que Sofonisba hubiera tenido que sostener a Orazio por el gran susto que se había pegado, les explica que unos descendientes lejanos de su hijo Giulio necesitan su ayuda. Y luego les dice que tienen que mudarse a Sicilia y encontrar un castaño milenario que está ubicado cerca de un volcán. Y que cuando lo encuentren tendrán que recitar las once palabras que hacía ya años le habían dictado a la mujer en la Torre Dorada. Y entonces, una vez se abriera la oquedad del árbol, con el fin de poder sacar a la humanidad de la espiral de violencia en la que está sumida, deberían seguir las instrucciones que les daría algún otro de sus once hermanos. Y según termina de decirles esto, el búho se yergue sobre sus grandes garras y sale volando hacia los confines de un bosque cercano, donde espera poder procurarse una exquisita cena.

Capítulo 48

Manuscrito de Sofonisba Malvezzi

Después de la conquista de Cartago Nova, Publio Cornelio Escipión derrotó a los dos hermanos de Aníbal en las batallas que tuvieron lugar primero en Baecula[88] y, más tarde, en Ilipa[89] recuperando de esta forma el dominio de Hispania. Como consecuencia de ello, intuyendo cuál sería el bando ganador de aquella larga guerra, el astuto Masinisa le ofreció al general romano los servicios de su caballería. A cambio, al término del conflicto, él sería proclamado rey de Numidia.

Aunque Escipión aceptó su propuesta de buen grado, a los pocos meses viajó de incógnito a África para entrevistarse con Sifax, enemigo acérrimo de su nuevo aliado. Lo que Publio pretendía con este arriesgado movimiento era jugar a dos barajas y firmar un pacto de no agresión con el líder masesilo. Tenía planeado desembarcar en las costas de Cartago al año siguiente y quería asegurarse de que los cartagineses no contaran con la ayuda de ninguno de sus amigos númidas.

Por lo que respecta a Asdrúbal Barca, después de su derrota en Baecula, reunió los restos de sus tropas y se dirigió hacia el norte. Su objetivo era cruzar la Galia y atravesar los Alpes para, una vez en suelo itálico, encontrarse en algún punto con su hermano mayor. Tras intentar sin éxito la conquista de Placentia[90], Asdrúbal se dirigió a la costa del Adriático, pero fue interceptado por los cónsules de aquel año en el río Metauro, donde, el 22 de junio de 207 a.C., después de un intenso combate, perdió la vida y el grueso de su ejército.

Cuando los romanos volvieron a su cuartel del sur, situado muy cerca de donde Aníbal Barca se había refugiado, arrojaron la cabeza de Asdrúbal por encima de la empalizada de su campamento. Ante lo que el general púnico consideró un acto impropio para un militar, con el corazón henchido de dolor, se retiró a Brutium[91], donde sus enemigos dejaron que rumiara su pérdida.

Ω

Muchos siglos más tarde, en la isla de Tenerife, después de que Bencomo le explicara a Sofonisba la manera en que había que utilizar la lanza, y de que esta pudiera comprobar que no era tan difícil, primero subieron por los *cuasipeldaños* hasta lo más alto del barranco, después retrocedieron por la cornisa agarrándose a las ramas de los árboles, y luego descendieron con la ayuda de la pértiga hasta la repisa en la que se encontraba la entrada de la cueva. Una vez en el interior, tras realizar una breve inspección, pudieron constatar que aquello era una simple gruta de diez metros de profundidad y unos cuatro de anchura, y que no había evidencias de que hubiera sido

habitada en los últimos tiempos.

—¿Estás seguro de que estamos en el sitio correcto? —pregunta Sofonisba empezando a pensar que tal vez toda esa historia del brujo no es más que una alucinación.

Bencomo se rasca el mentón con una expresión que no se sabe si es de perplejidad o si es que está intentando acordarse de algo. En la oscuridad de la cueva, bañado por la luz amarillenta de la linterna de Sofi, se asemeja realmente a un hombre primitivo. Cuando al cabo de unos segundos está a punto de reconocer que no tiene ni idea, una nueva visión de su pasado le hace apuntar hacia arriba con su frontal de ledes.

—¡Eh…! Claro que sí, ratoncita —asevera cuando delante de sus ojos se materializa lo que acaba de venirle a la mente. El techo está lleno de petroglifos guanches que harían las delicias de cualquier estudioso—. ¿Ves esos dibujos?, fui yo quien grabó la espiral situada en el centro.

Sofi observa con atención los símbolos iluminados por el haz blanquecino de los ledes. Al mirarlos de forma sostenida, va tomando consciencia de que aquellos relieves poseen una belleza inmemorial, como si dentro de sus molduras habitaran los arquetipos de los conceptos puros.

—Son una maravilla, ¿qué es lo que significa? —pregunta la joven, que como antropóloga tiene una curiosidad infinita por todo lo prehistórico.

—Lo que quiere decir es que, el final de cualquier camino, conduce siempre al principio de otro. —Y entonces Bencomo le explica a Sofi parte de la cosmogonía del pueblo de los guanches y, muy en especial, la referida al extraño poder que Guañameñe seguía ejerciendo sobre los lugares sagrados de su clan, como era el caso de esa asombrosa cueva, que hasta ahora no había sido descubierta por las autoridades.

Y cuando Sofonisba se queda convencida de que Benco es quien afirma ser y de que tal vez muy pronto pueda ver a su padre, el muchacho comienza a preparar la mezcla. De su laboratorio había traído algunos de los componentes básicos, tales como aceite de mocán, cristales de sosa de barrilla y bolas de resina de pino. El resto de los ingredientes tendría que encontrarlos por los alrededores, como antes lo habían hecho generaciones enteras de sus antepasados.

—Cariño, necesito ir a buscar unos minerales y algunas plantas endémicas que crecen por aquí. Mientras yo estoy fuera aprovecha para descansar, debes de estar agotada de cargar con el hacha… —se atreve a decir el joven sabiendo que esas palabras tienen el riesgo de provocar una erupción volcánica.

Sofonisba se ha sentado encima de su saco de dormir y está

ocupada en hacer funcionar un hornillo para calentar agua y preparar café. En cuanto pone el cazo en su lugar, se levanta despacio, se vuelve hacia Bencomo y le hace una tremenda pedorreta.

—¿Conque cansada por cargar con tus cosas? ¿Has oído hablar de la película *asesinato en la cueva de los guanches*? Pues tienes todas las papeletas de ser el fiambre principal. —Luego se acerca a su mochila, saca el arma y la blande delante de Bencomo.

—¡*Chos*!, no podría imaginar mejor manera de palmarla, estoy seguro de que la peli sería todo un éxito. Al lado de una asesina tan preciosa, Uma Thurman parecería un engendro.

Con esos dulces argumentos dichos de forma tan salada, a Sofonisba no le queda más remedio que enterrar el hacha de guerra y sacar la pipa de la paz.

—Bueno, si te pones así, mejor te descuartizo a dentelladas. —Y sin mediar palabra, apaga el infiernillo, coge las esterillas y los sacos, improvisa una cama en aquella caverna prodigiosa, se quita la ropa mientras le dice a Bencomo que la imite, y se ponen a hacer el amor como dos bestias pardas. La última vez se había quedado con las ganas y ha llegado el momento de recuperar ese tiempo perdido.

Al día siguiente por la mañana, tras haber conseguido el resto de los ingredientes y una vez que Bencomo ha completado el período de ayuno, se pone unos calzones de lucha y se pinta la cara a rayas blancas usando ceniza de tabaiba. Después empieza a preparar la mezcla en una vasija mientras recita en bucle las once palabras que más tarde utilizará para acceder al árbol. A todo esto, Sofonisba permanece inmóvil y en silencio sin perderse un detalle. La vida de su padre depende de que ese chico lleve a cabo el proceso con éxito. Al cabo de una hora, cuando el joven termina con el rito de la preparación, deja el cuenco en una hornacina de roca natural y luego se sienta al lado de Sofi.

—Ya está todo listo. Cuando aplique el ungüento sobre la corteza aparecerá la palabra que necesitamos para poder salir.

—Más vale que mi padre esté allí dentro. No sé qué haría si todo esto resultara un fiasco —responde Sofonisba con un hilo de voz.

—Hay un testigo que así lo corrobora. Aunque sea un matón, a mí me parece de fiar.

—Ojalá sea así —contesta la chica suspirando—. Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

—Ahora nos toca esperar a que llegue la noche y ver cómo Rodrigo cumple con lo pactado.

Bencomo le había descrito su plan para deshacerse de los mafiosos si estos llegaran a descubrir que iban a visitar el cedro milenario, pero a Sofonisba le había parecido una idea bastante

inocentona.

—No sé, yo no lo veo tan claro. Por mucho que tu amigo sea guardia civil, no va a serle fácil asustar a esos hombres —arguye Sofi mientras se recuesta en el hombro Benco.

—Tú confía en mí, ratoncita. Te aseguro que Rodri sabe lo que se hace. Aparte de que como luchador no había quien le tosiera, conduce esos aparatos mejor que Han Solo cuando pilotaba el Halcón Milenario.

—¿El Halcón Milenario? ¿Pero tú has visto la Guerra de las Galaxias…?

—Esto…, bueno, no… Fue el propio Rodrigo el que me la contó…

—¡Hay que joderse…! —Y como ve que esa discusión no le va a conducir a ningún sitio y restan todavía unas horas de luz, Sofi le propone a Bencomo que se vuelvan a su colchón de piedra. Tiene ganas de explorar más despacio esas galaxias remotas que antes habían explorado con demasiada prisa.

Tras varias horas de caricias y mimos, durante las cuales Bencomo ha respondido a las mil y una preguntas que tiene Sofonisba sobre las ignotas costumbres del pueblo de sus antepasados, la chica le hace notar que afuera está empezando a decaer la tarde. Todavía han de recorrer seis kilómetros y medio hasta llegar a Montaña Rajada, un antiguo volcán próximo al Patriarca, y es necesario que lleguen antes de que se haga de noche. Allí tendrán que permanecer hasta recibir noticias de Rodrigo. Si no hay moros en la costa, les hará señales para acercarse al árbol, y si los hay, quizás entonces vean un espectáculo que merezca la pena.

Rodrigo Curbelo es capitán de la Guardia Civil y un friqui de los drones. Es amigo de Bencomo desde que era un chaval, cuando lo reclutó para formar parte de su equipo de lucha. Tiene cuarenta años y, aunque no está gordo, a nadie le gustaría que le hiciera una llave y que luego se le sentara encima. No está de servicio, pero ha traído con él una réplica de uno de los aparatos que la Benemérita utiliza en sus operaciones, de esos que incorporan megafonía y luz estroboscópica. Hace rato que espera en el aparcamiento Minas de San José, muy cerca de Montaña Rajada y, tal como le había prevenido Bencomo, no hacía mucho había visto pasar un par de tipos raros.

Llevaban mochilas abultadas y caminaban con aire de turistas, pero nada más lejos. Para empezar, aunque disimulando, al pasar junto a su coche le habían pegado un repaso completo. Para continuar, parecía que sus botas las acababan de sacar de la zapatería, al igual que las mochilas, que relucían como si fueran nuevas. Y para terminar, cuando se hubieron alejado bastante, después de echar un vistazo hacia atrás, se salieron de la calzada y volvieron sobre sus

pasos cruzando por las dunas.

Rodrigo está eufórico y con ganas de marcha. Parece que por fin esta noche habrá un poco de acción. Lleva la pipa reglamentaria en el cinto y otra pequeña amarrada al tobillo. Aunque al principio no se creyó aquello de que Bencomo estaba siendo perseguido nada menos que por la auténtica mafia siciliana, el muchacho, al que jamás había oído mentir, había acabado por convencerlo de que no era otro de sus sueños fantásticos y de que era real. Y aquellos dos paletos con las barbas a medio rasurar venían a confirmar la historia. Así que, a las veintiuna horas de ese jueves de final de noviembre, siendo ya noche cerrada y en ausencia de luna, Rodrigo sale de su todoterreno y abre el maletín del novísimo dron. Media hora más tarde lo tiene todo listo y comienza a volarlo. El aparato está dotado de dos cámaras de rayos infrarrojos y las imágenes que ve por la pantalla parecen sacadas de una peli de Marte, pero aunque el agreste paisaje pudiera confundirse incluso de día con uno de sus mares, Rodrigo está en la Tierra, y es su amigo Bencomo quien necesita ayuda.

Curbelo hace que el dron se eleve ciento cincuenta metros para que no se escuche el rumor de las hélices. Después lo conduce siguiendo el sendero que atraviesa las dunas de Montaña Rajada, para luego internarse en la planicie de detritos volcánicos donde se encuentra el árbol. El silencio es total, y los dos individuos que vigilan desde el interior de sus sacos de plumas no sospechan lo que se les viene encima.

Rodrigo ya los ha detectado. Están embutidos en sacos de dormir detrás del murete que rodea al Patriarca por uno de sus lados. Junto a ellos se distinguen las mochilas, dos termos y algo que podría ser un tipo de ballesta. Por lo que se intuye, no son un par de turistas inocentes ni están allí para observar estrellas, razón por la cual el guardia civil hace bajar al dron, conecta la megafonía y hace sonar una sirena con varios chorros de luz estroboscópica:

—Les habla la Brigada de Vigilancia Forestal del Parque Nacional del Teide. Rogamos que se dirijan hacia la salida más próxima. Está completamente prohibido acampar en el parque. Si se trata de una emergencia, hagan señales y les enviaremos la ayuda pertinente.

»Repetimos. Les habla la Brigada….

Los dos sicarios, que entienden muy bien el español por haber pasado una larga temporada en la Costa del Sol, en cuanto oyen las órdenes, abren a toda velocidad las cremalleras de sus sacos, recogen su equipo y salen escopeteados hacia la carretera en dirección adonde habían dejado aparcado su *jeep*. No tienen ninguna intención de averiguar si sólo quieren que se larguen de allí, o si es que la policía pretende detenerlos.

Lo que Bencomo deseaba con esta maniobra era ahuyentar a sus

perseguidores. De haberlos arrestado, Denaro podría llegar a sospechar y tomar la decisión de desaparecer.

Cuando Sofi y Benco oyen el jaleo que ha montado Rodrigo, salen de su escondite y se dirigen hacia el árbol sin perder un instante. Una vez han saltado la alambrada que lo protege de los indeseables, en menos que canta un gallo, el joven extiende en la corteza la pasta que ha preparado y extrae de allí la palabra duodécima, y cuando recita las otras once que sabe de memoria, suena un enorme crujido y se abre en el tronco una gran oquedad.

—Buenas noches, mi nombre es Baumwächter —dice el búho desde la semipenumbra azulada que reina en el interior del cedro milenario llamado el Patriarca y que en ese mundo se conoce como el *Árbol del Tiempo*. —Síganme por favor —añade a continuación mientras alza el vuelo para dirigirse, primero al espacio común a través de una puerta, y después al interior del Castaño de los Cien Caballos, donde se hallan Orazio Malvezzi y Sofonisba Giscón junto a sus acompañantes Tomasso Rinaldi y Bomílcar Fameas.

En cuanto Sofonisba distingue a su padre tranquilamente sentado en un poyete, ignorante de que allí dentro ella no puede moverse a voluntad, intenta sin éxito dirigirse hacia él y abrazarlo con fuerza. Al comprobar que no puede acercarse y que tampoco es capaz de pronunciar ni una sola palabra, Sofonisba mira a Bencomo con cara de desesperación.

—Mi amor, lo siento. Olvidé decirte que aquí sólo podrás hacer lo que diga Baumwächter. Al haber sido yo quién ha pronunciado las once palabras, tengo algunos privilegios, pero todos estamos sujetos a sus normas.

A Sofonisba le hierve la sangre de impotencia, no solamente por sentirse una inútil y porque Bencomo no la haya prevenido, sino también por no ser capaz de patearle el culo a su querido padre. Viendo la situación, con el afán de que a la mujer se le bajen los humos, el búho residente en Sicilia trata de templar gaitas.

—Ve usted como yo tenía razón, señor Orazio. Es obvio que pudieron volver a Tenerife sin ningún contratiempo. ¿No es eso cierto, querido muchacho? —le pregunta a Bencomo para que tenga a bien confirmar sus palabras. A ese Baumwächter en particular no hay cosa que le complazca más que acertar un pronóstico.

El chico lo mira dubitativo, pero luego opta por no contradecirlo.

—¡Eh…!, bueno…, no puede afirmarse que haya sido un camino de rosas, pero al fin lo logramos. —Y les cuenta la estratagema que habían ideado para deshacerse de sus perseguidores.

A todo esto, mientras Orazio llora de alegría por saber que su hija está a salvo y que ha acudido a rescatarlo como predijo el búho, las

dos mujeres de nombre Sofonisba se han estado mirando en silencio con una expresión admirativa. La una porque conoce su historia desde que era pequeña y sabe que la persona que está contemplando es la más inteligente que haya nacido nunca, y la otra porque en ella ve las cualidades necesarias para llevar a buen término lo que ha planeado. Cuando ambas ya han comprendido que de alguna manera sus vidas han estado ligadas desde el mismo principio, Sofonisba Giscón decide que ha llegado el momento de explicarse:

—Ahora que ya nos conocemos, toca ponerse manos a la obra, no hay tiempo que perder —dice captando el interés de todos los presentes—. Lo primero que hemos de saber es si mi tocaya Sofonisba ha concluido el manuscrito que le encargó su padre —pregunta mirando en dirección a Benco.

Esta vez el joven contesta sin dudarlo.

—Sí, ya lo tiene listo. En cuanto le conté que Baumwächter no era una persona sino que en realidad era un ave rapaz, estuvo tres horas encerrada en su cuarto y pudo terminarlo —explica inocentemente sin imaginarse la reacción de los búhos.

—¡¿Cómo que un ave rapaz?! ¡¿Y qué iba a ser si no?! —exclaman los dos hermanos al unísono—. ¡Qué manía tienen estos seres humanos de mirarse el ombligo…!

Ante este comentario, Bencomo se da cuenta enseguida de que ha metido el cuezo. «A ver si ahora no quieren ayudarnos», —piensa el chaval esperando que la cartaginesa sea capaz de arreglar el entuerto.

—Dejaos vuestros celos para otra ocasión —los amonesta Sofonisba de Cartago antes de que la cosa derive en una controversia —. Sea como fuere, en cuanto salgamos de aquí, Sofonisba Malvezzi tendrá que añadirle al texto todo lo que os voy a relatar ahora. Es fundamental que su testimonio llegue a un número extraordinariamente grande de personas cuando sea publicado en lo que vosotros conocéis como el *Tiempo Presente*. Y para que así suceda, contaremos con la ayuda inestimable de Sofonisba Anguissola. —Y entonces Sofonisba Giscón les cuenta con todo detalle el resto de su ingenioso plan.

Cuando la mujer termina con sus explicaciones, después de resolver algunas dudas planteadas por Orazio y Bencomo, propone dar por concluida la reunión y abandonar el árbol.

—Es hora de que nuestro hechicero guanche pronuncie la palabra duodécima, ¿verdad que pudiste extraerla del tronco? —le pregunta al muchacho.

—Esto… sí…, por supuesto que pude, pero antes de pronunciarla me gustaría saber qué va a pasar cuando salgamos fuera, ¿eh? ¿Iremos todos a parar al presente a pesar de haber ingresado aquí en años y en épocas distintas? —pregunta Bencomo escrutando a los búhos. Parecía

que seguían indignados por el rapapolvo que habían recibido unos minutos antes.

Aunque los dos hermanos seguían muy molestos, ambos habían comprendido que no merecía la pena enrabietarse con unas criaturas que, después de todo, eran capaces de matarse entre ellas.

—Esto es lo que sucederá cuando salgáis de aquí —dice sin acritud el búho residente en Sicilia.

1. Como la palabra duodécima sólo puede utilizarse en el árbol de la que fue extraída, todos vosotros saldréis por la oquedad que se abrirá en el cedro situado en las islas Canarias que, para los que aún no lo sepan, están ubicadas frente a las costas del norte de Mauritania.
2. Sofonisba y Bomílcar lo harán en 210 a.C., año más, año menos, eso nunca se sabe. Dado que las islas no estarán habitadas, para volver a Cartago deberán fabricarse algún tipo de barco.
3. Además, como los Baumwächter sólo podemos transmitir las once palabras por líneas de consanguinidad, Sofonisba Giscón ha de tener un hijo. Es la única manera en que será posible que uno de nosotros le dicte a Sofonisba Anguissola las coordenadas del Castaño de los Cien Caballos y la frase para acceder a él.

En esos momentos, Sofonisba de Cartago mira a Bomílcar con una sonrisa tan arrebatadora que al hombretón no le queda otra que aceptar su papel. La mujer ya se había imaginado que algo así sería necesario, y como no quería tener hijos con Masinisa por ser un tipo demasiado ambicioso, había comprendido que el hoplita era su única opción. Por eso había decidido seducirlo y arrastrarlo al interior del árbol.

1. En cuanto a vosotros dos —dice el búho señalando con el pico primero a Orazio y después a Bencomo—, cuando se pronuncie la decimosegunda palabra, si no me equivoco, saldréis al exterior en diciembre de 2022, al igual que vuestra acompañante. Aunque Orazio tiene la sensación de que lleva aquí apenas unos días, el tiempo ha corrido para todos igual.
2. Como mi hermano y yo sabemos de buena tinta que el señor Rinaldi es un granuja de cuidado, dejaremos que se quede aquí hasta que decidan entregarlo a las autoridades y vengan a por él. Seguro que no se aburrirá. Eso sí, quítenle el chaquetón porque allí arriba hace un frío endiablado.
3. Por último, en cuanto a los secuaces que los esperaban en el parque del Teide, el truquito del dron ha servido para que

no se atrevan a acercarse de nuevo. Aparte del hecho de que desde ese día ya ha transcurrido un mes.

Y entonces Bencomo, que con esta respuesta da por satisfecha su curiosidad, después de recitar las primeras once palabras, exclama con su elocuente voz de hombre de las cavernas:

—¡Achamán! —Y según pronuncia la palabra duodécima, se escucha un gran crujido al otro lado de la puerta que conduce hasta el cedro. La oquedad se ha abierto. Ahora sólo falta que, ese exótico grupo formado por tres varones y dos mujeres que se llaman de la misma manera, sigan a los hermanos Baumwächter hasta la salida: aunque será de noche y saldrán en épocas distintas, allí afuera les espera la fuerza del Magec, y tal vez también los poderosos espíritus de los *menceyes* guanches.

Capítulo 49

Sofonisba y Bomílcar llevan más de un lustro en la isla paradisíaca de Ninguaria. Su hijo Azmelqart tiene apenas cuatro años y habla ya tres idiomas. Viven en una hermosa cueva muy cerca de la costa y se alimentan en su mayoría de peces y lagartos. Están solos en esa tierra inexplorada y, si fuera por ellos, no regresarían nunca a un mundo en el que todo está impregnado por el tufo nauseabundo de la guerra. Sin embargo, han de actuar de acuerdo con su plan. Y para ello han construido una embarcación con madera de pino. También han tejido una vela con cañas y con fibra de esparto. Corre el mes de octubre de 205 a.C. y, como corresponde a esa estación del año, los vientos alisios han dejado de soplar y el mar está en absoluta calma. Según les contó Bencomo, si navegan hasta la isla que tienen justo enfrente y logran costearla por el sur, llegará un momento en que avistarán Fuerteventura, la última escala antes de alcanzar África. Y en efecto es así como ocurre. Con unos días de descanso entre medias para abastecerse de comida y de agua, y para esperar a que las condiciones sean más favorables, la pareja y su pequeño hijo llegan a las arenosas playas del desierto africano. Desde ese punto timonean su barco hacia el norte, siempre a escasa distancia de la costa, hasta que, diez días más tarde, atracan en una pequeña ensenada no muy lejos del puerto de Gadir.

—Cariño, ahora nos toca separarnos —le dice Sofonisba a Bomílcar, el hombre con el que lleva viviendo cinco años y del que ha terminado enamorándose—. No es conveniente que me vean contigo, y mucho menos si averiguan que tenemos un hijo.

La playa que han escogido para dejar la nave está apartada y es bastante discreta. Aun así, su extraño navío ha llamado la atención y varios lugareños se han quedado mirándolos.

—¿Ves lo que te decía? Tengo que darme prisa o muy pronto seremos la comidilla de toda la ciudad —insiste la mujer.

El hoplita no tiene más remedio que aceptar las condiciones que le ha impuesto esa mujer a la que ama por encima de todo. Además de que ha jurado ayudarla, sabe que la única manera de proteger a su vástago es que nadie sepa que ha sido parido por la esposa del poderoso númida.

—¿Cuándo volveré a verte? —pregunta Bomílcar con los ojos inundados de lágrimas. Es parco en palabras y todo lo que dice le sale directo de su gran corazón.

—Ya lo hemos hablado, mi amor —dice Sofonisba sosteniéndole el rostro. Primero iré a visitar al comandante, luego le explicaré quién soy y le pediré que me envíen a Cartago. Una vez allí, hablaré con mi

tío Adérbale para que adopte a Azmelqart y a ti te dé trabajo. Si Masinisa llegara a saber de su existencia, ten la certeza de que nos mataría.

Bomílcar asiente con cierta renuencia. Aunque conoce el plan desde hace muchos años, nunca pensó que llegaría este triste momento.

—No te preocupes, cielo. Mandaré por vosotros en cuanto sea posible. Quizás Masinisa haya muerto y podamos regresar y formar un hogar —dice la mujer mientras intenta ocultar su desazón: tener que separarse de Bomílcar y Azmelqart le desgarra el alma, pero al contrario que cuando tuvo que romper con Aníbal, esta vez no sólo siente pena, sino también una inmensurable gratitud.

A la mañana del día siguiente, Sofonisba vuelve junto a Bomílcar para informarle de todas las novedades que ha podido averiguar de boca del comandante del único enclave cartaginés que les queda en ese territorio.

Para empezar, durante sus años de ausencia, un general romano de nombre Publio Cornelio Escipión, después de conquistar Nueva Cartago, ha logrado derrotar a los hermanos Barca y se ha hecho con el control de Hispania; sólo la ciudad de Gadir ha podido resistir a su empuje.

Por otro lado, se ha enterado de que su esposo Masinisa ha cambiado de bando. Habiendo sido testigo de las derrotas sufridas por los púnicos en Baecula e Ilipa y sabiendo que Asdrúbal Barca había perdido la vida tras su viaje a Italia, el númida le ha ofrecido a Escipión los servicios de su caballería. Esta circunstancia ha tenido como consecuencia que el Senado de Cartago haya anulado su matrimonio con la, hasta hoy mismo, desaparecida Sofonisba Giscón. Según lo que le ha relatado el oficial al mando, a su regreso, el hoplita que despidieron en Sicilia había declarado que Hanón les había tendido una emboscada. Y luego le había mostrado a Asdrúbal Giscón un mensaje de Arquímedes en el que afirmaba que su hija estaba a salvo y que se quedaría una temporada en Siracusa bajo su protección. —¿Y dónde está Bomílcar? —había preguntado su hermano Adérbale Giscón, que había sido quien lo había contratado para ejercer de escolta. —Salió huyendo durante la refriega y no lo volví a ver —contestó el compañero siguiendo las instrucciones que le había dado la joven Sofonisba. —Ten por seguro que si no cuentas la historia de esta forma te cortarán el cuello —había añadido la muchacha después de darle unas monedas para que pudiera regresar a su patria.

Pero la peor noticia de todas, después haber pensado que era libre otra vez, era que el mismo Senado de Cartago había decidido entregarla en matrimonio a Sifax, que disponía de un ejército de

cuarenta mil hombres. Aunque Sofonisba llevaba desaparecida una década y nadie sabía dónde estaba, era la obligada condición que el rey de los masesilos había exigido para romper el pacto de no agresión que había alcanzado con el cónsul romano. Si el día en que comenzaran las hostilidades en tierras africanas, fecha que parecía muy próxima, la mujer no había acudido a su lecho, Sifax no los ayudaría y se limitaría a mirar como Escipión aniquilaba a Cartago.

Para gran preocupación del Consejo y de la Asamblea del Pueblo, aunque Asdrúbal Giscón llevaba años buscando a su hija Sofonisba, no había sido capaz de saber qué había sido de ella. En 215 a.C., después del viaje que él mismo había autorizado y tras varios meses sin recibir noticias, se desplazó a Siracusa para exigirle explicaciones al mismísimo Arquímedes, que adujo que la joven había decidido regresar a Cartago hacía tres semanas. —¿Y la dejaste marchar sin ofrecerle escolta? —le había preguntado Asdrúbal al polímata griego según sacaba la espada de su funda. El anciano, que hacía años que había dejado de temerle a la muerte, se encogió de hombros y le dijo lo que él ya sabía: —su hija es muy testaruda Por mucho que insistí no pude convencerla. —Y a continuación le mostró el *acercalejos* y le explicó cómo Sofonisba había conseguido que funcionara para ver bien a distintas distancias.

A partir de ese momento, el rastro de la joven se había desvanecido y, por mucho que su padre indagó por la isla, no pudo obtener ninguna información adicional. Pero ahora, contra todo pronóstico, Sofonisba ha aparecido en Gadir y se ha presentado a las autoridades, que lo primero que han hecho ha sido enviar un mensajero a Cartago para informar al Senado de tan grata noticia.

—Mi amor, ahora tengo que irme —dice la joven abrazando al hoplita tras haberle dado toda la información y haberle entregado una bolsa de oro. Su hijo de cuatro años se ha agarrado a su pierna y no quiere soltarse—. Intentaré liberarme del compromiso de casarme con Sifax, pero no sé si lo conseguiré.

—Todavía estamos a tiempo de volver a Ninguaria. Me importa un bledo si la humanidad tiene que condenarse —contesta el hombre sabiendo que si la deja ir es muy probable que no la vuelva a ver. El día anterior estaba de tan mal humor, que los pocos curiosos que se habían acercado al barco no se habían atrevido a preguntarle nada.

—Querido, sabes que es imposible, pero te juro que no os dejaré solos…

Y entonces Sofonisba se zafa del abrazo de su hijo, se da la vuelta, y se pierde llorando entre la multitud.

Ω

Simultáneamente a todos estos hechos pero en una época distinta, en

cuanto Sofonisba, Bencomo y Orazio salen de la oquedad del árbol, lo primero que sucede es que éste último y su hija se funden en un abrazo tan sentido que no sólo restaña el sufrimiento que han acumulado en tres años de ausencia, sino que también disipa el rencor que la joven había incubado con respecto a su padre. Ya no tiene ganas de correrlo a patadas, ni tampoco piensa que su vida ha estado en suspenso por su culpa, es más, tal vez fuera al contrario, ya que, si no llega a ser por él y por su contumacia, no habría conocido a Bencomo, ni tampoco estaría participando en una trama que quizás iba a cambiar para bien el destino del mundo.

Ha caído la noche y en el Parque Nacional de las Cañadas del Teide impera un silencio pétreo. Sobre la negrura sin mácula del cielo destaca el brillo de una legión de estrellas y, cerca del horizonte, junto a la masa informe de Montaña Rajada, se asoma una fracción de luna. El frío es intenso y Sofonisba le da a Orazio el chaquetón que le han quitado a Tomasso Rinaldi. Bencomo acaba de llamar a Rodrigo para que vaya lo antes posible a recogerlos. Han quedado en el aparcamiento Minas de San José. Mientras esperan, la chica, que no se ha separado ni un solo instante de su padre, comienza a hacerle un montón de preguntas, al estilo en que la pintora Sofonisba Anguissola solía hacerlo con su progenitor.

—¿Te han hecho daño estos malnacidos? —dice frotándole los hombros para que entre en calor—. ¿Qué pasó después de que salierais de la iglesia de San Giorgio?, ¿es verdad que fuiste a San Petersburgo a examinar el cuadro?, ¿y cómo pudiste arrastrar a ese energúmeno hasta dentro del árbol? Que yo sepa, has sido siempre un poco cobardón —bromea dándole un pellizco cariñoso en el brazo.

—Eso creía yo también —responde Orazio con un visaje cómplice —, pero si amenazan con matar a mi hija parece que puedo sacar bastante mala baba. Ya estoy deseando coger por banda al chulo de Denaro, a ver cómo se comporta cuando no esté rodeado de compinches —dice castañeando los dientes y exhalando un vapor blanquecino a medida que habla.

—¿Cómo dices...?, ¿has conocido al *capo di tutti capi*? —exclama la muchacha con expresión de pánico. A su alrededor, parece como si de pronto las estrellas se hubieran apagado.

—Sí, quiso salir de su agujero para ver el cuadro e indagar sobre el búho. Resulta que es un ferviente seguidor de Sofonisba Anguissola, incluso estuvo en el Museo del Prado admirando su obra —responde su padre subiéndose aún más la cremallera del abrigo. Aunque ahora se ponga muy gallito, en el fondo, hablar de ese hombre le causa escalofríos.

—¿Y sabes dónde está? —le pregunta Sofi alterada en extremo. Tiene la certeza de que, mientras el capo ande suelto, ellos nunca

podrán vivir en paz.

—No exactamente —contesta Orazio—, pero tengo una ligera idea de dónde podremos encontrarlo…

Entonces, justo cuando acaba de pronunciar estas palabras, aparecen a lo lejos las luces de un vehículo. Transcurridos menos de dos minutos, un Toyota de gran tamaño se detiene en el *parking*. Al abrirse la puerta del conductor, un hombre grueso de grandes barbas desciende del asiento. Es Rodrigo Curbelo, el friqui de los drones al que deben la vida.

—¿Dónde hostias estuviste, Benco? Llevo llamándote desde el día que hicimos el teatrito de luces. ¡*Ño*! ¡De eso hace ya casi un mes! —dice Rodrigo dándole un fuerte abrazo—. Y ahora tendrás que explicarme quiénes son esta gente.

A su espalda, el tubo de escape de su cuatro por cuatro petardea mientras suelta tufaradas de un humo blanco y denso que se empieza a extender encima del asfalto.

—Ya te advertí que quizás tardaríamos, ¿eh? Y en cuanto a mis amigos…, mejor hacemos las presentaciones en el coche. Estamos congelados y tengo que contarte otra historia increíble.

—¿Al margen de que te persigue un capo de la mafia? ¿No me dirás ahora que has visto el cuerpo redivivo de un *mencey*? —dice en tono de broma hasta que le cambia la cara al ver los ojos llameantes de su amigo Bencomo—. ¡Me cago en la leche…!

Capítulo 50

Cuando a principios de 204 a.C. Sofonisba llegó a Cartago después de embarcarse en la primera expedición que partió de Gadir, su padre, Asdrúbal, estaba esperándola en el puerto. Esta vez no le había traído una yegua blanca para llevarla a casa, sino que se hacía acompañar de sus escoltas para conducirla directamente hasta el edificio que ocupaba el Senado. Los espías púnicos habían informado a los sufetes que Publio Cornelio Escipión estaba en Sicilia adiestrando a su ejército. Por la numerosa flota que había reunido en Lilibeo, parecía que fuera a lanzar de forma inminente una invasión por mar. En ese caso, los conocimientos que Sofonisba había adquirido de la mano de Arquímedes podrían ser cruciales para defender las murallas de un asalto marítimo. El sabio griego había muerto en 212 a.C., cuando, después de dos años de asedio, Siracusa fue finalmente conquistada por Roma.

Y además, por si esto fuera poco, estaba la cuestión de la boda concertada con Sifax. El masesilo había pretendido librarse de su compromiso de ayudar a los cartagineses poniendo una condición que parecía quimérica: exigía que la exesposa de su archienemigo Masinisa le fuera dada en matrimonio, a sabiendas de que llevaba diez años en paradero desconocido y de que el Senado de Cartago no podría entregársela.

—Hija mía, hace mucho tiempo que te daba por muerta, ¿cómo has podido desaparecer durante tantos años?, ¿dónde has estado? —le pregunta Asdrúbal a Sofonisba dándole un fuerte abrazo con su gran corpachón. Si no llega a ser porque la joven está en buena forma física, le habría fisurado las costillas.

—Es una larga historia. ¿El Consejo está esperándonos? Entonces tengo que actuar rápido. Padre, necesito que traigas de Gadir a mi escolta Bomílcar y a mi hijo Azmelqart —dice en voz baja para que sólo Asdrúbal pueda oír sus palabras.

Al escuchar esa extraña noticia, el general se separa de su unigénita y la mira a los ojos con estupefacción.

—¿Tienes un hijo? ¿Ese cobarde ha osado deshonrarte? ¿No le bastaba con haber huido en vez de defenderte? Lo va a pagar muy caro…

—¡Chist! Nadie puede saberlo excepto tú y tu hermano Adérbale. No sólo no me ha forzado, sino que si he sobrevivido ha sido gracias a su protección —musita para que no la oigan los soldados que acompañan a Asdrúbal.

—¿Pero cómo has podido? Si Masinisa continuara siendo tu marido te mandaría crucificar, pero si Sifax se entera, romperá su promesa —responde Asdrúbal apartándose unos metros de su

lugarteniente. El hombre es leal, pero tiene cierta tendencia a irse de la lengua.

—Por eso ha de ser un secreto. Ocúpate de traerlos de Gadir y luego de convencer a mi tío Adérbale para que adopte al niño y emplee a Bomílcar en uno de sus barcos. Si no lo hace, juro por Tanit que Sifax jamás me poseerá.

Asdrúbal se mesa la barba mientras mira otra vez a Sofonisba. ¡Cuánto le recuerda a su madre! Más terca que un camello, pero más artera que un zorro del desierto.

—Está bien. Convenceré a mi hermano, pero te entregarás a Sifax sin reservas, sin su apoyo todo estará perdido. ¿Ha quedado claro?

—Sí, sí, por eso no te preocupes, me casaré con ese petulante, o con quienquiera que desee el Senado, con tal de salvar la vida de los míos.

Unos meses más tarde, Escipión desembarcó en África con las dos legiones[92] que habían sido desterradas a Sicilia. El contingente de veinticinco mil soldados y cuatrocientas naves recaló según lo previsto en el cabo Farina, a escasa distancia de la ciudad de Útica, momento en el cual Masinisa se presentó con su caballería para unirse a sus filas.

Después de haber mantenido sitiada la ciudad durante cuarenta días sin ser capaz de someterla, Publio Cornelio se vio obligado a acuartelarse debido a la irrupción en la zona de dos grandes ejércitos: uno púnico al mando de Asdrúbal Giscón, y el otro númida liderado por Sifax que, después de la milagrosa aparición y subsecuente entrega de la bella Sofonisba, había decidido aliarse con los cartagineses.

Con la llegada de la tregua invernal, el procónsul pudo comprobar la escasa organización que había dentro del campamento númida y lo vulnerable que era al poder de las llamas: en efecto, las tiendas estaban construidas de forma anárquica y con materiales altamente inflamables. Viendo esta ventaja estratégica, Escipión incendió el campamento masesilo durante la noche, que ardió ávidamente en cuestión de minutos. En cuanto los númidas salieron al exterior, pensando que el fuego era debido a un hecho fortuito, fueron masacrados por la caballería de Masinisa y la infantería romana, mientras la caballería al mando de Publio hacía lo propio en el acuartelamiento cartaginés, al salir también ellos fuera de las empalizadas para ver a qué se debía ese enorme revuelo.

Aunque Asdrúbal Giscón y Sifax pudieron huir con sus escoltas, el resultado de la batalla fue nefasto para los intereses púnicos: cuarenta mil hombres muertos y cinco mil prisioneros. Después de esta humillante derrota, el Consejo de los Ciento Cuatro ordenó que Aníbal

abandonara su campaña en Italia y que volviera cuanto antes a Cartago.

Al conocer que en pocas semanas el mayor de los Barca retornaría a África, Escipión quiso minimizar los riesgos y se propuso derrotar completamente a Sifax antes de su regreso. A mediados del año 203 a.C., las fuerzas comandadas por Cayo Lelio, el lugarteniente del general romano, apoyadas por la caballería de Masinisa, lo derrotaron en la batalla de Sirta, donde fue hecho prisionero y encadenado: muy pronto sería exhibido como trofeo en las calles de Roma.

—Y ahora ha llegado el momento de cumplir tu promesa y declararme rey de toda Numidia —le dice Masinisa a Escipión cuando le entrega a Sifax—. Arrodíllate ante el general, traidor —le espeta a su eterno enemigo, cargado de grilletes, mientras le atiza con la funda de su espada y lo hace caer al suelo—. ¿Y bien?

Aquella calurosa mañana, Masinisa había solicitado una comparecencia y tenía permiso para entrar en el campamento romano y exponer sus demandas.

—Tendrás lo que quieres, pero has olvidado dos pequeños detalles —le responde un complacido Publio.

—¿Ah, sí…, y cuáles son? —contesta intrigado Masinisa.

—Primero y más importante: aún no hemos derrotado a Cartago. Aníbal y el general Giscón están preparándose para contraatacar. Te nombraré rey mañana mismo, pero tendrás que seguir luchando para mí.

Aparte del reo, Masinisa ha traído una pequeña escolta, sin embargo, esa fuerza es irrisoria comparada con los dos manípulos que el general tiene detrás de él.

—Pedirme lo contrario hubiera sido una afrenta, procónsul de Roma. Pero dime, ¿qué es lo segundo?

—Habrás de entregarme a esa mujer, la que afirmas que es tu legítima esposa.

—¿Te refieres a Sofonisba? —responde el masilio, que no comprende por qué el romano tiene tanto interés.

—Sí, creo que ése es su nombre. Me han dicho que habla más de cuarenta idiomas. Será una buena esclava, quizás incluso pueda servir en mi *domus*[93] instruyendo a mis hijos. Parece que es capaz de nublaros el juicio y hacer que traicionéis a vuestros aliados, y no estoy dispuesto a correr ese riesgo...

Después de pronunciar estas palabras, Publio hace un gesto y las dos centurias que lo escoltan comienzan fieramente a entrechocar sus armas. Quiere que Masinisa se tome muy en serio lo que le está ordenando.

—¡Siento decirte que huyó de Sirta antes de nuestro ataque! —

responde el númida intentando hacerse oír por encima del fragoroso estruendo—. Según tengo entendido, ha buscado refugio dentro de las murallas de Cartago. Ella es otra buena razón para continuar luchando junto a ti. Esa mujer me pertenece. Te la entregaré, pero antes voy a asegurarme de que recuerde quién es su dueño de verdad —asevera Masinisa mostrándole al general una fila de dientes tan blancos que parecen de un rey.

Capítulo 51

Después del gran sobresalto que Orazio Lomellino sufrió en lo alto del Torrazzo al escuchar al búho, ya no le cupo duda de que todo lo que le había contado su mujer sobre Baumwächter era completamente cierto. Una vez hubieron asimilado su mensaje y decidido seguir sus instrucciones, la pareja se dedicó a preparar su traslado a Sicilia. A los pocos meses, tras liquidar sus deudas y haber dado carpetazo a sus asuntos, siguieron la ruta inversa a cuando, hacía treinta y cinco años, comenzaron su idilio y se dirigieron a la ciudad de Génova.

Aunque eran ya muy mayores, la perspectiva de poder ayudar a los descendientes de Giulio les había hecho rejuvenecer, albergando la esperanza de que no tardarían mucho en encontrar el castaño al que el ave se había referido. Como punto de partida, tenían las coordenadas que uno de los hermanos Baumwächter le había dictado a Sofonisba en la Torre Dorada y que Orazio había tratado de ubicar en un mapa.

—Ayer estuve en Francavilla —le dice Orazio a Sofonisba después de regresar de otro de sus viajes de reconocimiento. Es el tercero que hace y parece que esta vez trae mejores noticias. En los dos anteriores, se había concentrado en explorar la línea recta que había dibujado en el plano copiado por Sofonisba hacía cuarenta años.

»Un lugareño me ha hablado de un gran árbol al que llaman el Castaño de los Cien Caballos. Está en el bosque de Carpineto —continúa relatando Orazio con visible emoción—. Al parecer, el nombre se lo dieron por algo que tuvo que ver con una reina y su séquito de cien caballeros. El hombre desconoce la edad, pero está seguro de que lleva ahí varios cientos de años.

Sofonisba está sentada en el salón de su nueva casa de Palermo. Aunque goza de buena salud, sus problemas de visión le impiden pintar desde hace varios años. Tampoco puede leer ni escribir, actividades a las que solía dedicar muchas horas cuando era más joven. Pero no le hace falta la vista para recordar las coordenadas que Baumwächter le dictó porque las recuerda con total claridad. Al igual que la frase de once palabras que escribió en el reverso del retrato que había pintado de su antepasada Sofonisba Giscón.

Cuando escucha a su marido hablar del gran árbol, bañada en la luz borrosa de la tarde mientras se recuesta en la butaca que se ha traído de Génova, Sofonisba ve desfilar ante ella en un instante los acontecimientos más importantes que han marcado su vida. Su ingreso en el taller de Bernardino Campi, su infancia en Cremona y todas las dificultades que tuvo que superar para llegar a convertirse en una gran pintora, su llegada a la corte de España, el encuentro con Isabel de Valois, los retratos que hizo de la reina y del príncipe Don Carlos y su posterior fallecimiento, que vivió con tantísimo dolor. La estancia en

Paternò con Fabrizio Moncada, la pérdida de sus hermanas, el reencuentro con Orazio después de haber enviudado, sus maravillosos años en Génova con él y la presencia constante de Sofonisba de Cartago, que la ha acompañado desde que su padre le hablara de ella por primera vez cuando tenía once años.

—Pero si no has dado con el árbol, ¿por qué has vuelto tan pronto? —pregunta Sofonisba, que con la edad ha aprendido a no atiborrar de preguntas a la gente.

—Era ya muy tarde, mi amor, y no quería dejarte aquí sola una noche más —responde Orazio con la amplia sonrisa que lo caracteriza.

—¡Bah!, pamplinas —dice Sofonisba, que sabe que su marido le está ocultando algo.

—Sí…, ya sabes…, pasé por el puerto de Catania y compré diez barriles de vino, un buen trato, pero tenían que salir hoy sin falta hacia Génova —confiesa Orazio cogiéndole la mano a su mujer, que se lo sacude de encima pretextando un enfado.

—Tus negocios…, en eso te pareces a mi padre; en toda su vida sólo hizo uno bueno, y fue conmigo —responde Sofonisba resignada. En lo que respecta a las finanzas, ha tenido que ser siempre ella la que le saque las castañas del fuego. El buen talante de su marido lo convierte en una presa fácil para los desalmados, pero como esa es la cualidad que más ama de él, siempre trata de pasarlo por alto.

—¡Qué no, mujer! Nicola me ha prometido que me enviará el pago con el próximo barco.

—¿El borracho de tu primo? En fin…mientras Felipe III[94] no se canse de enviarnos las rentas, podremos darle de beber.

—Vamos, no seas tan dura, confía en él por una vez…

Sofonisba entorna los ojos y trata de enfocar la cara de su marido. Sólo distingue un contorno difuso, pero su gran memoria visual le permite reconstruir la franqueza de su rostro y su porte elegante, que a pesar de los años no le han abandonado.

—Entonces, ¿pasado mañana podremos ir los dos a buscar el castaño? Con esa pista ya no tiene sentido que vayas sólo tú.

—Sí, eso había pensado. Será mejor que viajemos en barco hasta Catania y allí alquilemos un coche. Los caminos son terribles para llegar hasta allí desde Palermo y, si no me crees, pregúntale a mis huesos —dice Orazio con ese buen humor que le ha salvado de tantas regañinas.

Una semana más tarde, la pareja realiza la travesía que, bordeando primero la costa norte siciliana y luego virando hacia el sur a través del estrecho de Mesina, los lleva hasta el puerto de Catania. Orazio y Sofonisba se emocionan recordando el momento en que se conocieron en la oficina marítima. El lugar apenas ha cambiado. El mismo olor a

pescado, el golpeteo continuo de las jarcias contra la arboladura de los barcos, el graznido incesante de las aves marinas y el griterío de los borrachos increpando a la gente de bien.

El cochero los está esperando junto a una plazoleta y, en cuanto los ve, les hace una seña y abre las portezuelas.

—Tardaremos unas cuatro horas en recorrer las siete leguas que nos separan del bosque de Carpineto —dice el conductor cuando se han acomodado dentro del carruaje—. Conozco muy bien el camino, así que despreocúpense, que por algo me llamo Carlomagno. —Y luego empieza a pontificar sobre sus ancestros romanos y la poca fortuna que había tenido su familia cuando cayó el imperio.

Cuando pasadas dos horas se paran a descansar y Orazio le pregunta sobre el famoso Castaño de los Cien Caballos, Carlomagno responde que conoce perfectamente la ubicación del árbol. Uno de sus tatarabuelos había sido quien le había hecho de guía a la reina aragonesa y sus acompañantes.

—Déjenos aquí, por favor, y vuelva al cabo de tres horas —le dice Orazio cuando por fin llegan a la entrada del bosque, presidida por un castaño formado de innumerables troncos y cuyas enormes ramas ciertamente podrían dar refugio a un centenar de equinos.

Carlomagno mira a la pareja de ancianos con extrañeza y luego asiente. Le han pagado bien y no es de su incumbencia lo que aquellas personas pretendan hacer en mitad de la nada. El árbol es hermoso, y no son los primeros viajeros que le han pedido visitarlo, pero… ¿tres horas? ¿Acaso habrán ido allí detrás de algún tesoro? Y cuando ya está a punto de decidir que tras alejarse con el carro va a volver sobre sus pasos para ocultarse entre los matorrales, desecha la idea por absurda y se va a descansar a una villa cercana.

Tras asegurarse de que no hay nadie merodeando por allí, Orazio lleva de la mano a Sofonisba hasta la base del tronco que parece más grueso.

—Cariño, aquí estamos. Han pasado cincuenta y seis años desde que se te apareció el búho la primera vez. ¿Estás preparada?

—Claro que lo estoy, pedazo de alcornoque —le responde en el tono guasón que usan entre ellos a menudo—. ¿Quién si no va a ayudar a los descendientes de Giulio? Desde luego no van a ser los hijos del mentecato de mi hermano Asdrubale, que en paz descanse, el pobre. —Y sin añadir nada más, la anciana acaricia la corteza del hermoso castaño con sus vetustas manos y comienza a recitar las once palabras que le dictó Baumwächter.

Y entonces, cuando Sofonisba Anguissola termina de pronunciar el último de los once vocablos, se escucha un enorme crujido y se abre una oquedad. Por alguna razón que desconoce, la mujer es capaz de ver con total nitidez la cara de Baumwächter, que se ha asomado por

el extremo izquierdo.

—*Quaeso, ne moveas ut mures non terreantur* —dice el búho en latín a modo de saludo—. A continuación sale del agujero y le entrega a Sofonisba un montón de hojas mecanografiadas.

»Tienes que copiar este texto en papel de tu época y pintar un cuadro con la figura que hay en la última página. Para ello precisamente te he devuelto la vista. Luego Orazio tendrá que colocarlo todo en un cofre y enterrarlo en tu tumba. Y para que vuestros descendientes lo puedan encontrar, colocará en la misma iglesia, la de San Giorgio dei Genovesi, una lápida conmemorativa en el centésimo aniversario de tu nacimiento. —Luego el búho le explica a Orazio todos los detalles y la manera en que ha de proceder para colocar las pistas que lleven al hallazgo: la inscripción en el cuadro de la Virgen María y la carta de la propia pintora que ha de conducirlos hasta el Museo del Hermitage, donde se exhibe el retrato de Sofonisba Giscón, que luego guiará a sus descendientes hasta el mismo castaño para que estos a su vez puedan entregarles las hojas mecanografiadas.

»Y si os cuesta entender este galimatías, lo siento, pero no es mi problema. Ha sido Sofonisba de Cartago quien ha ideado este disparatado plan. Por el bien de la humanidad espero que funcione, pero si no lo hace, no nos pidáis a los hermanos Baumwächter responsabilidades, al fin y al cabo somos sólo unos búhos y no tenemos la culpa de que tengáis un apetito desmesurado por la guerra.

Capítulo 52

Si no llega a ser porque el que está contándole esa historia es su amigo Bencomo, Rodrigo Curbelo no se habría creído ni una sola palabra. Un búho que habla, un árbol que da acceso al futuro y en el que no existe el concepto del tiempo, un brujo y un *mencey* cuya sangre corre por las venas de un chico al que conoce desde hace más de una década, un hombre que afirma que fue secuestrado por la mafia hace tres años y que sabe el paradero de su capo supremo, una pintora del Renacimiento, y una cartaginesa que tienen el mismo nombre exótico que esa chica de narices inmensas que los acompaña y dice ser su novia.

Rodrigo acaba de llevar al grupo que recogió hacía siete horas en el parque del Teide al aeropuerto sur. Después de que Bencomo le haya contado toda esa sarta de insensateces, ahora los tres pretenden coger el primer vuelo disponible a Sicilia y vuelven a requerir su ayuda. Según le han dicho, el padre de Sofonisba no tiene su documentación, ni siquiera la falsa, ya que, de acuerdo a su versión de los hechos, un mafioso llamado Tomasso Rinaldi se la había incautado al regresar de Rusia.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunta Bencomo como si pensara que su amigo era un ilusionista y tuviera una varita mágica—. Es fundamental que nadie sepa que Orazio Malvezzi ha sido rescatado. Si se hace público, o si los sicarios de Matteo Messina lo averiguan, *il capo di tutti capi* desaparecerá. Por eso tienes que hacerlo sin informar a nadie. Los tentáculos de la mafia son muy largos y las noticias llegarían en un santiamén a oídos de Denaro.

—Ya, ya…, ¿y qué quieres que haga, chacho? —responde Rodrigo intentando parecer contrariado, cosa que no consigue—. ¿Te parece poco que les metiera en la lista de ese vuelo a Madrid para aparentar que se habían marchado de la isla? ¿Y después que montara el número del dron?, aunque esto último reconozco que fue muy divertido.

—Pero Rodri, se trata de Matteo Messina, el hombre más buscado de Italia, ¿eh?

—Ya, ya…, ¿y qué pasa si me pillan?, ¿van ustedes a pagarme la pensión hasta que me dé por estirar la pata? ¡*Ño*! Que yo igual vivo hasta los cien.

Los cuatro están dentro del todoterreno de Rodrigo. Han accedido al interior del *parking* pero no quieren abandonarlo antes de llegar a un acuerdo. Además, aunque se habían pasado por el chalet del capitán de la guardia civil para comer, asearse y descansar un poco, aún no han tocado las seis de la mañana.

—¿Pero qué dices? Lo que quiero es que te den una medalla. Imagina llegar a Sicilia con un hombre que fue secuestrado hace tres

años y ayudarlos a detener al jefe supremo de la mafia, seguro que te ascienden a general.

Bencomo está sentado en el asiento del copiloto y aprovecha para quitar la radio. Para variar, las noticias sobre la situación del mundo no son nada halagüeñas. Orazio y Sofonisba escuchan en silencio desde la parte trasera del vehículo. Rodrigo suelta las manos del volante y se echa a reír.

—¿A general? —dice con sorna mientras se le agita la barba que le llega hasta el pecho—. ¡*Chos*! ¡Parece que acabas de salir del cascarón! En mi empresa, si te saltas las normas te ponen de patitas en la calle. La medalla se la darían al coronel, el *bobomierda* de Antoñanzas, que no ha pegado golpe desde que dice que desarticuló un comando de ETA, cosa que no me creo.

—A ver…, Rodrigo —interviene Sofi—. Sabes que los sicarios están vigilando la finca de Bencomo, pues tú mismo los viste. Ahora tenemos a Orazio que, aunque esté hecho un viejales, todavía conserva la memoria —prosigue dándole un codazo a su padre para que no proteste—. Has consultado el informe del caso y visto que en efecto fue secuestrado por la mafia. ¿Qué más pruebas quieres?

—Ya, ya…, pero no se trata de creerles o no, se trata de mi carrera. Una cosa es volar la réplica de un dron construido de manera ilegal, otra es pedirle un favor a mi novia para que les meta en una lista de vuelo, y otra muy distinta hablar con el sargento de guardia para que autorice un traslado de una persona sin documentación. Es imposible que lo haga sin redactar un informe.

Orazio carraspea. Ha logrado que su hija deje de clavarle el codo en las costillas y quiere decir algo. Quizás esté senil y haya perdido la objetividad, pero no piensa convertirse en un cero a la izquierda.

—¡Tengo una idea! —anuncia como si acabara de descubrir el fuego.

Desde que había salido del árbol, Orazio no se había despegado de su hija y se había mostrado circunspecto. Sentirse libre y estar con Sofonisba era maravilloso pero, al mismo tiempo, al haber resuelto el enigma que llevaba obsesionándolo tres décadas, una tonelada de remordimientos había caído sin misericordia sobre él. No era sólo que hubiera descuidado a su amada Beatriz, ni que no hubiera alimentado suficiente su relación filial, si no que su vida, la que era responsable de haber aprovechado, se había ido ya en su mayor parte por una tubería de desagüe. Tenía casi setenta años y unas ganas inconmensurables de vivir. «¿Sería todavía posible ser feliz?», se llevaba preguntando desde que habían llegado a casa de Rodrigo y lo habían dejado a solas para que descansara.

—A ver, papá, ¿qué ocurrencia luminosa has tenido?

Orazio vuelve a carraspear.

—En pocas horas, aquí van a llegar un montón de turistas. Me apuesto a que más de uno se parecerá a mí, y como las azafatas del control apenas se fijan en los viejos, si tomamos prestado un pasaporte durante media hora será bastante para que pueda colarme en el avión. A la llegada raramente nos piden que les mostremos la documentación. ¿A que es una idea brillante? —dice frotándose la nariz como Vicky el vikingo.

Rodrigo se queda mirando a Orazio desde el asiento delantero como si acabara de ver aterrizar una nave alienígena. No se puede creer que ese señor de apariencia tan recta esté diciendo eso.

—Ya, ya…¡*Ño*! Y supongo que soy yo quien se tiene que identificar y le pida los papeles para una comprobación, ¿es así?

—Has dado en el clavo, muchacho. Seguro que los del aeropuerto te prestan una salita para poder retenerlo ahí durante media hora, quizás incluso menos. Luego me acompañas a comprar el billete y me llevas a la puerta, pasas tú también diciendo que eres un familiar que viene a despedirse, y después te vas a devolvérselo. Pan comido para un hombretón de tu tamaño que se gasta esas barbas —responde Orazio, dispuesto a comerse el mundo todo el tiempo que le reste de vida.

Rodrigo no lo ve claro, pero reconoce que el plan, *grosso modo*, podría funcionar. Sería solo cuestión de afinar los detalles.

—Ya, ya… El caso es que yo me juegue mi puesto. En fin…, tiraremos *palante*. Lo peor que podría pasar es que un turista cabreado se ponga a berrear. —Y sin más dilación, Rodrigo abre la puerta del vehículo y les dice a los demás que es hora de moverse. No tienen mucho tiempo antes de que salga el primer avión sin escalas con destino a Sicilia.

—Eres un hacha, papá. Se ve que el cautiverio te ha afinado el ingenio. Voy a llamar a Vittorio para que nos vaya a buscar cuando lleguemos. Sospecho que le ha ocurrido algo terrible a su cuñado y no quiere decírmelo.

Aunque ya era de noche, en cuanto salió del Patriarca, Sofonisba había llamado al móvil personal de Vittorio y había logrado hablar con él. Lo primero que hizo, antes incluso de decirle que habían encontrado a su padre, fue preguntarle por su cuñado Luigi. Después del mensaje que habían recibido de su parte se había quedado preocupada y quería confirmar que se encontraba bien. Ahogando un lamento, Vittorio le había dicho que no tenían noticias suyas y que seguían buscándolo, pero que la mantendría al corriente de cualquier novedad. En ese momento no fue capaz de confesarle que lo habían encontrado tirado en la cuneta de una carretera secundaria. Y mucho menos de explicarle que había sido vejado y torturado hasta encontrar la muerte.

Dos horas más tarde, después de haberle requisado el pasaporte a un turista italiano y de haber comprado los pasajes con dinero en metálico retirado en un cajero de Bitcoin, el grupo embarca en la cabina de primera clase del vuelo de ITA Airways AZ2451 con destino a Palermo.

Cuando aterrizan en el aeropuerto Falcone e Borsellino, en las escalerillas que dan acceso al *finger*, Vittorio Brusca está esperándolos con una expresión en el semblante propia de un funeral. En cuanto Sofonisba cruza su mirada con la del policía, la chica comprende al instante lo que ha sucedido y se hacen realidad sus peores augurios, aunque, ni en sus más horripilantes pesadillas, podría imaginarse los padecimientos que tuvo que soportar su amigo para que ella y Bencomo pudieran seguir vivos.

Una vez que le han dado las condolencias a Vittorio Brusca por la terrible muerte de su cuñado Luigi, y haberle pedido que se las transmitiera de su parte a su esposa Anna, hermana del difunto, el propio Vittorio les ruega que lo acompañen a la comisaría. Quiere que le pongan al corriente de todo lo que había sucedido desde la última vez que se habían visto, la mañana en la que asistieron a la confesión de Michele Pertuso. Ha tomado la precaución de llevar su coche hasta las pistas. No sería conveniente que algún matón que anduviera por la terminal reconociera a Orazio y le fuera con el cuento a su jefe.

—Entonces, señor Orazio, el *pentito* decía la verdad y usted, en el otoño de 2019, se introdujo en el Castaño de los Cien Caballos y tiró de Tomasso Rinaldi para obligarlo a entrar en él justo antes de que la oquedad del tronco se cerrara, ¿es así cómo ocurrió?, ¿o me he perdido algo? —le pregunta Vittorio en la sala de reuniones de la Squadra Antimafia.

—Exactamente. Antes le había dado un golpe a su pistola de dardos para que no pudiera dispararme —responde Orazio, pletórico tras el éxito de su genial idea de suplantar a un turista italiano. La estancia no tiene ventanas y es a prueba de escuchas, pero aun así se respira un aire marino que parece que viene directo del Tirreno.

—Hoy es once de enero de 2023. ¿Significa eso que se ha pasado allí dentro tres años y tres meses? ¿Y qué es lo que ha comido? ¿Acaso esos hermanos, Baumwächter ha dicho que se llaman, tienen allí dentro una cantina? ¿No estarán riéndose de mí? —pregunta Vittorio barriendo con la mirada al trío que según cree está gastándole una broma macabra. Su cuñado ha muerto por salvarlos y, si al final todo resulta un cuento, se va asegurar de que los tres compartan la celda con Pertuso.

—Por muy increíble que parezca, así es, señor Vittorio —responde Orazio, consciente del inmenso dolor que aflige al policía—. Le

aseguro que la muerte de Luigi no quedará impune y que usted va a atrapar a ese facineroso hijo de la gran puta.

Vittorio les había pedido a sus colaboradores que lo dejaran hablar a solas con esas tres personas. Desde el primer momento había intuido que lo que iban a contarle no sería algo fácilmente creíble. Aun así, sus expectativas se han quedado cortas y está empezando a preguntarse si había obrado bien.

—¿Y cómo quiere que lo encuentre? Es como un fantasma. Aparte del cuerpo de Salvatore Spadaro y de cuatro cadáveres más, en la finca de limoneros no había ninguna pista relevante. Además, el *pentito* es un *soldato* de segunda fila que no puede aportarnos ninguna información.

Orazio se retrepa en su silla. Se muere por tomarse un café, pero le da apuro venir con exigencias.

—Creo que no será difícil. Si no me equivoco, todavía estará recibiendo tratamiento por un cáncer de colon terminal. La última vez que lo vi le habían dado cuatro años de vida.

—¿Cuatro años de vida? ¿Matteo tiene cáncer y está tratándoselo aquí? —dice Vittorio saltando de su silla. El semblante del comisario, que hasta ese momento se mostraba contrito, se ha transformado y ahora parece el de un león hambriento.

—Así es. Seguro que sigue vivo. De otra manera no hubiera intentado sonsacar a Luigi ni hubiera enviado a sus matones detrás de mi querida hija —dice Orazio mirando a Sofonisba—. Apuesto a que la lista de varones de su edad que lleven tres años recibiendo tratamiento oncológico no puede ser muy larga. ¿No cree usted, señor Brusca?

—Dios le oiga, señor Malvezzi. Llevo toda mi carrera detrás de ese bastardo y, desde hace unas semanas, su detención se ha convertido en algo personal.

Durante los cinco días siguientes, una legión de investigadores se dedica en exclusiva a recabar datos sobre todos los hombres que hayan recibido terapia para el tipo de cáncer que padece Denaro. El número inicial de cien posibles sospechosos se reduce rápidamente a menos de cincuenta. Comprobar sus fotografías y que no han sido suplantados por Matteo, es una labor titánica pero, el 15 de enero, la lista se limita a sólo tres personas.

Una de ellas, Andrea Bonafede, sobrino de un antiguo capo de la mafia con su mismo apellido, tiene una cita al día siguiente para recibir una sesión de quimioterapia en el departamento de oncología de la clínica La Maddalena, situada en la vía San Lorenzo Colli 312 de Palermo. Por lo que han podido averiguar, dicho sujeto se había sometido a dos intervenciones quirúrgicas en los años 2020 y 2021.

El día 16 por la mañana, tres horas antes de la cita en la clínica, Vittorio Brusca está en ebullición. No acaba de creerse que vaya a detener al hombre más buscado del país a pocos kilómetros de su propia oficina. Siempre se había imaginado que se hallaría oculto en Brasil o en algún otro lugar paradisíaco, disfrutando de los lujos de los que tanto le gustaba rodearse. Sin embargo, por lo que parece, lleva escondido en Sicilia al menos cuatro años, quizás incluso no haya abandonado la isla durante los treinta que lleva fugitivo.

En cualquier caso, muy pronto él y su equipo van a salir de dudas. Un operativo de más de ochenta policías está preparado para rodear el lugar tan pronto como el supuesto *capo di tutti capi* sea detectado por la zona. Para ello ha colocado tan solo a dos agentes, uno en cada uno de los sentidos desde los que el mafioso podría acercarse hasta la clínica. Cualquier pequeño error podría hacer que huyera, y entonces estaba seguro de que no volverían a tener otra oportunidad.

Matteo Messina Denaro sabe que le queda poco tiempo de vida. Aun así se aferra al tratamiento como si fuera un trozo de madera en medio del océano y él hubiera naufragado y estuviera a merced de las olas. Aunque nunca ha tenido remordimientos por los noventa asesinatos que ha cometido durante su carrera, últimamente, por las noches, cuando los dolores le impiden conciliar un sueño que antes abrazaba con facilidad, se le aparecen los rostros desencajados de sus víctimas y de sus familiares. No siente pena por ellos, pero se da cuenta de que cuando muera sus fantasmas se encargarán de infligirle el mismo sufrimiento que ellos han padecido. Nunca ha tenido miedo de los vivos pero, a raíz de su enfermedad, ha descubierto que le tiene pavor a los espíritus. Y por eso, aunque el médico lo haya desahuciado, persiste en recibir las sesiones de quimioterapia que al menos prometen posponer su tormento.

Matteo Messina Denaro, *il capo di tutti capi*, el hombre más peligroso de la mafia italiana, camina tranquilamente por la calle San Lorenzo para dirigirse a la clínica donde tiene la cita. Ha dejado su coche aparcado a un par de manzanas. El viaje desde su modesta casa situada en Campobello di Mazara, población situada a poco más de cien kilómetros del centro de Palermo, le ha llevado dos horas. Siempre respeta los límites de velocidad y sigue al dedillo las señales de tráfico. Es un asesino y no quiere que lo detengan por una burda infracción al volante.

La mañana es espléndida, el cielo está despejado y el sol refulge en los escaparates de las tiendas y en el oscuro pavimento de las calles. Lleva una cazadora marrón de piel de borrego, un gorro de lana para cubrirse la cabeza rapada y unas gafas de sol compradas en un chino. El único lujo que se permite cuando sale, es un reloj de

cincuenta mil euros que tapa con las mangas de lo que lleve puesto. Al pasar por la terraza a la que suele ir a almorzar después de las sesiones si no está demasiado tirado, ve a una chica leyendo el periódico con un perro amarrado a su silla. Es un chucho feo que acaba de mearse en la acera. Denaro esquiva el reguero de pis y sigue caminando. Cien metros más adelante, cuando ya está a punto de ingresar en la clínica, un cordón de al menos veinte policías se le acerca de frente. Matteo se hace el disimulado e intenta recular, pero cuando se da la vuelta ve a la mujer del chucho con un chaleco antibalas y una pistola al cinto. La rodean otros tantos agentes. Al comprobar que también le cortan el paso por ahí, Denaro espera a que el que parece que está al mando se acerque hasta su posición.

—¿Puede decirme su nombre, por favor?

Matteo sonríe. No le pilla desprevenido, al fin y al cabo lleva aguardando ese momento desde el siglo pasado.

—Me llamo Matteo Messina, ¿qué quieren de mí? Soy un pobre trabajador que tuvo un accidente y vive retirado.

—Queda detenido, señor Denaro. Como ya sabrá, sobre usted recaen varias condenas a cadena perpetua por los asesinatos a los que fue juzgado *in absentia* en el año 2002. Y a continuación, Vittorio procede a ponerle las esposas y a leerle con voz clara sus derechos. Si por él fuera, le descerrajaría tres tiros allí mismo. Bastaría con decir que intentaba sacar una pistola, pero como la muerte es un precio demasiado pequeño para el asesino de su cuñado Luigi, prefiere ver como se pudre en la cárcel mientras asiste a la detención de toda su red de colaboradores.

Antes de subir al vehículo que lo llevará a prisión, Matteo echa un vistazo al gentío que se ha reunido al final de la calle. Allí, junto a una pareja de *carabinieri*, ve a Orazio Malvezzi y a su hija Sofonisba. «Debí matarlos cuando tuve ocasión», piensa antes de que lo obliguen a agachar la cabeza para acceder al coche.

Capítulo 53

—¿Y ahora, después de años de no darme el apoyo que necesitaba, me pedís que tome el mando de unas tropas inexpertas y que luche contra el mejor general romano sin mi caballería? —dice Aníbal delante de los ciento cuatro senadores de Cartago. Acaba de regresar de Apulia por orden de sus miembros. El enfado que tiene es monumental. Se ha visto obligado a licenciar a muchos de sus soldados y a sacrificar más de dos mil caballos.

»Así se hará. Pero cuando me alce con la victoria, con estas mismas manos que aquí veis, arrancaré la cabeza de Hanón —dice mirando con su único y fiero ojo al sufete que lidera el Senado.

Después de las derrotas sufridas por Asdrúbal y Sifax, Hanón había maniobrado y desde las sombras manejaba de nuevo los hilos del poder. Con la ayuda de la aristocracia que lo apoyaba, había aupado a uno de sus acólitos al puesto de máximo magistrado. La primera medida que adoptó la Gerusía recién nombrada fue la de encarcelar al general Giscón, bajo la acusación de haber huido cuando fueron atacados en mitad de la noche. La segunda había sido reclamar que Aníbal volviera a África, enviándole una flota insuficiente por no haber construido los barcos que hacía tiempo les había pedido. Y la tercera, ofrecerle a Escipión un acuerdo de paz a través del propio general cartaginés: Roma se marcharía de África a cambio de una promesa de no agresión y de cederles los territorios de Sicilia e Hispania.

—No podéis darnos lo que ya hemos tomado por la fuerza —había respondido Publio durante su entrevista con Aníbal, para la cual, ambos bandos habían tenido que mover sus ejércitos—. Y en cuanto a lo de marcharnos de África —continuó diciendo el general romano—, podría ser, pero como contrapartida tendrías que entregarte. Roma quiere ver arrastrándose por sus calles al culpable de tantos años de terror. Y después tendríais que entregarnos vuestra flota al completo y pagar los costes de toda la campaña. Ése es el precio de la paz. ¿Estás dispuesto a pagarlo? —dijo sosteniéndole la mirada a Aníbal con un odio feroz. Aquel hombre había matado a su suegro y, sus hermanos, a su padre Publio y a su tío Cneo—. Entonces muy pronto nos veremos en el campo de batalla y hablarán nuestras armas —le había respondido el mayor de los Barca. Luego se dio la vuelta para montarse en su caballo y desaparecer junto a la *turma* de jinetes de la que había llegado acompañado.

Cuando Aníbal abandona el Senado después de haberle exigido a los sufetes que liberen a Asdrúbal, gran amigo de su padre Amílcar, se dirige con sus escoltas a la colina de Byrsa. Allí lo espera Sofonisba que, tras el apresamiento de Sifax, ha regresado a Cartago. Hace

dieciocho años que no la ve, y se pregunta cómo es posible que haya pasado tanto tiempo. Si alguna vez sintió algo por alguien que no fuera un amor fraternal fue sin duda por esa mujer extraordinaria. —Lástima no haberla conocido en otras circunstancias, tal vez entonces… —murmura Aníbal para sí—, pero qué demonios, veamos qué tiene que decirme.

La ciudad está desierta y durante el trayecto el general y su grupo de soldados apenas se cruzan con media docena de personas. El ágora, otrora bullicioso y lleno hasta rebosar de mercaderes, se ha convertido en un foro desierto. Ni siquiera los monos merodean por allí en busca de comida, puesto que el ejército lo fagocita todo.

Pum, pum, pum, golpea Aníbal la puerta de casa de Giscón cuando llega a su altura. Nunca ha estado allí, pero es fácil reconocerla por el blasón que brilla encima del dintel. Al cabo de un minuto, el gran portón se abre con un chirriar de goznes.

—Adelante —dice una voz que por un momento paraliza al hombre que hace mucho tiempo se vio forzado a alejarla de él. Nunca se ha arrepentido y sabe que con ella a su lado hubiera sido imposible ganar tantas batallas, pero la herida de su corazón, contrariamente a todas las que ha sufrido en su cuerpo, no ha terminado nunca de cerrarse. —Pasa tú solo, aquí no estás en peligro —insiste la mujer cuando observa que duda.

—Esperadme aquí afuera —les insta a sus escoltas. Y luego cruza el mismo umbral que su padre Amílcar cruzó hacía la friolera de treinta y cinco años.

Sofonisba está aún más hermosa que cuando la dejó. A su lado hay un chiquillo que tiene sus mismos ojos y su misma actitud desafiante.

—Este es mi sobrino Azmelqart —dice la joven sabiendo que Aníbal no se tragaría la mentira—. Su padre Adérbale está ocupado abasteciendo a tus tropas con sus barcos, y yo mientras tanto voy a cuidar de él. ¿Verdad, mi amor? —le pregunta su madre. Desde muy niño ha sido instruido para que en presencia de terceros se comporte como si en verdad ella fuera su tía.

—Sí, tía Sofonisba, y ahora ¿puedo irme a jugar con mis ejércitos?

Aníbal sonríe al muchacho y le acaricia el cabello cuando sale corriendo escaleras arriba.

—Es clavadito a ti —contesta cuando acepta el dolor que le ha producido saber que ha engendrado un hijo con alguien distinto a su persona. Él no tiene descendencia conocida, y tampoco le importa, pero que Sofonisba utilizara los remedios que le enseñó su madre para no concebir cuando estaba con él, era algo que hasta ahora nunca le había perdonado. «Después de todo, ella tiene derecho a ser feliz», piensa enseguida el hombre, cansado ya de sus luchas internas.

»Me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo —dice Aníbal buscando a su alrededor un banco para poder sentarse.

—Pareces agotado. Vayamos a la cocina, déjame ofrecerte algo para beber.

Mientras Sofonisba prepara una infusión con dátiles, un torbellino de emociones la golpea por dentro. Aníbal está visiblemente más mayor y el parche en el ojo le ha hecho perder parte de la expresividad de su mirada. Sus brazos desnudos aparecen llenos de cicatrices. El cabello encanecido y el rostro surcado por arrugas. Aun así, el porte sigue siendo el de antaño y los rescoldos de la gran pasión que había vivido junto a él amenazan de pronto con abrasarlo todo. Pero esos pensamientos que la perturban apenas le duran un instante. Ahora tiene un hijo, y eso hace que el pasado haya dejado de tener importancia.

Aníbal se ha sentado pesadamente y ha bebido con fruición del vaso que le ha dado Sofonisba. En aquella casa silenciosa, lejos de los campos de batalla, paladea el dulzor de los dátiles con la consciencia de que ese momento puede ser el último en el que encuentre paz. El enfrentamiento definitivo ocurrirá muy pronto. Si sale vencedor, no habrá descanso, ya que tendrá que llegar hasta la misma Roma. Y si es derrotado, entonces es muy posible que pronto se reúna en el más allá con su querido padre.

—Cuando yo era una niña, antes de que tu padre Amílcar intentara conquistar Heliké, le dije que moriría si participaba en aquella contienda. Mi madre me había visitado en sueños y me lo había advertido. Hoy te digo a ti lo mismo. Huye de Cartago. Hanón y los suyos se rendirán ante Roma y salvarán a miles de los nuestros. Si no lo haces, el pueblo sufrirá enormemente. La victoria ante Escipión es imposible con esos soldados inexpertos.

Aníbal deja la copa encima de la mesa y suelta un suspiro que parece llevara reprimiendo durante los catorce años que ha pasado en Italia.

—Quizás las nuevas levas no puedan vencerle, pero lo harán mis ochenta elefantes y mis veinte mil veteranos de guerra. Dices que fue tu madre la que te lo advirtió, ¿esta vez ha sido también ella? —pregunta el general espantando distraídamente una mosca que se ha posado en el borde del vaso.

—En esta ocasión no. He podido acceder al *Árbol del Tiempo* y he hablado con Baumwächter. No hay ninguna posibilidad de que Cartago no sea derrotada. Incluso si vences a ese general, Roma tiene mucho más oro que nosotros y seguirá reclutando legiones. ¿Hasta cuándo crees que podrás resistir?

—Ja, ja, ja, me olvidaba de que Goewin había sido druida. Esos galos están todos locos de atar. Viven amedrentados por sus

supersticiones. ¿Baumwächter? Mis oficiales me cuentan cosas parecidas a diario, pero nunca había oído mencionar ese nombre. ¿Y para esto me has hecho venir? ¿O hay alguna otra razón? Noto que tu pecho aún palpita cuando estás ante mí.

Sofonisba aparta la mirada. Las mejillas le arden y no puede ocultarlo.

—Quizás, pero eso no cambia nada. ¿Puedo hacer algo para que desistas de seguir con esta guerra inútil?

—No puedes hacer nada, mi destino está ligado al de ese romano que se ha atrevido a poner sus sandalias en África y no descansaré hasta ver su cadáver. ¿Dónde está el padre de tu hijo? ¿No será uno de los nuevos reclutas? —pregunta Aníbal en un giro inesperado de la conversación.

—No me creas tan mezquina. No estoy intentando salvar su vida, sino la tuya. Es un hoplita que trabaja en un barco de los que abastece a tu ejército, un eslabón imprescindible del engranaje que compone la guerra.

—Entonces es mejor despedirnos ahora. Tengo una batalla que ganar, y más te vale que así sea, porque he escuchado que Masinisa quiere poseerte una vez más y entregarte después al general romano. —Aníbal entonces se levanta, se acerca a Sofonisba, la aprieta contra su pecho y le besa la frente. —Tú hijo parece fuerte y le gusta jugar con sus soldados, seguro que se convertirá en un gran luchador. —Y sin decir nada más, se da la vuelta y sale de la cocina para acceder al patio y abandonar la casa.

Sofonisba no había querido preguntarle a Baumwächter cuál sería su propio destino después de la derrota, pero da las palabras de Aníbal como ciertas. Su red de espías suele ser infalible.

—Prefiero la muerte a tener que vivir una vida de esclava —dice en voz alta antes de que Aníbal atraviese la puerta.

Unos meses después de esta conversación, al amanecer del 19 de octubre del año 202 a.C., los ejércitos de Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión se enfrentaron en las llanuras de Zama, situadas al suroeste de la ciudad de Cartago.

La cruenta batalla comenzó con la brutal embestida de los ochenta elefantes de guerra que formaban la primera fila de los cartagineses. Como respuesta, Escipión abrió pasillos entre sus manípulos y utilizó todo tipo de argucias para desorientarlos y frenar la estampida. Los romanos sufrieron muchas pérdidas, pero nada comparables con los daños experimentados en otros escenarios.

Mientras tanto, la caballería de Publio, superior en número, comandada por Cayo Lelio y Masinisa, logró poner en fuga los cinco mil jinetes dirigidos por Cartalón y Tiqueo. Astutamente, conscientes

de la superioridad del enemigo, los dos oficiales púnicos pretendían alejarlos del campo de batalla.

Aníbal daba órdenes precisas sobre un entarimado de madera. Escipión hacía lo propio desde una colina circundante. La primera línea de infantería cartaginesa, formada por los restos del ejército de Magón y Asdrúbal Giscón, entró en combate con los vélites, los soldados romanos con armas más ligeras y menor experiencia. Tras una hora de lucha encarnizada, fueron sustituidos por la segunda línea, formada por galos y una falange que había enviado el rey de Macedonia. Los vélites retrocedieron y avanzaron los *príncipes* y los *hastati*, mucho más curtidos que la infantería ligera. Las fuerzas se igualaron, pero las huestes romanas, que habían sufrido la terrible carga de los elefantes, empezaban a acusar el cansancio. La batalla comenzaba a inclinarse del lado de los cartagineses y, sus mejores hombres, los veinte mil brucios[95] que había traído de Italia, no habían entrado todavía en combate. Desde la retaguardia veían como el sol alcanzaba su cénit mientras los *triari*[96], las fuerzas de élite de Publio, se veían obligadas a intervenir por el continuo avance de los galos.

Escipión tragaba saliva y miraba en lontananza en busca de su caballería, pero no había señales de que estuviera cerca. Sus soldados estaban agotados y aún tendrían que luchar contra las unidades más expertas de los cartagineses. Por un momento pensó en ordenar la huida hacia Útica, pero estaba muy lejos. Retroceder no era una opción viable. Entonces, recordando la muerte de su padre y su tío y su juramento de venganza, espoleó su caballo y dio orden a sus lictores para que lo siguieran. Vencerían a Aníbal o morirían luchando, no podía haber medias tintas en esa guerra atroz.

Las legiones V y VI, conocidas con el nombre de las *legiones malditas* por haber sobrevivido a la batalla de Cannae, al ver a su comandante en jefe batirse el cobre con los galos, redoblaron su esfuerzo y consiguieron poner en fuga a la segunda línea de la infantería púnica, que vio reflejada en los rostros de aquellos soldados la mismísima entrada del infierno. Un grito de júbilo resonó en la llanura mientras los manípulos se reorganizaban para hacer frente a los terribles brucios.

Publio sabe que sin su caballería ese último enfrentamiento con los veinte mil veteranos de las guerras de Italia acabará en tragedia. Sus hombres llevan horas luchando y los de Aníbal han estado alimentándose y esperando su turno. Siguen invictos y su moral es alta. Dos legiones de Roma no van a detenerlos. Escipión ha vuelto a la retaguardia y, desde allí, blasfema y maldice a todo su panteón de dioses. Todo está ya perdido. Roma dejará de existir y el nombre de su familia será borrado de los libros de Historia. Entonces se pone el yelmo, se aprieta la coraza, coge con fuerza las riendas de su caballo

y, cuando ya está a punto de lanzarse de nuevo colina abajo para morir al lado de sus hombres, ve una gran polvareda en el horizonte que se acerca a gran velocidad. Muy poco después, el ruido de cinco mil caballos galopando se extiende por toda la llanura. Los soldados dejan de pelear. Miran hacia sus flancos intentado discernir a qué ejército pertenecen las tropas que se aproximan. Los dos bandos saben que sus vidas dependen de ese simple detalle: son Cayo Lelio y Masinisa, que han derrotado y hecho huir a Cartalón y Tiqueo. La guerra está decidida y el ganador es el general romano. Aníbal ordena la retirada y se aleja abatido del campo de batalla.

Capítulo 54

Sofonisba Anguissola y Orazio Lomellino llevaban un cuarto de hora estupefactos. Después de ver como desaparecía el búho y se cerraba posteriormente la oquedad, se habían mirado el uno al otro sin saber qué decir. Sofonisba por su lado veía por primera vez en muchos años el rostro de su marido con total claridad. Se había hecho viejo, como sin duda le pasaba a ella misma, pero sus rasgos seguían siendo nobles y sus arrugas acentuaban su carácter afable. Orazio por su parte veía en la cara extasiada de su mujer una felicidad que hacía mucho que no manifestaba. Si lo que había dicho Baumwächter era cierto y había recuperado la visión, entonces podría volver a leer y a pintar tanto como quisiera, y eso a Orazio le hacía sumamente dichoso. Amaba a esa mujer más que a nada en el mundo, y ahora podría amarla mucho más sabiendo que lo dejaría tranquilo a la hora de llevar a cabo sus negocios fallidos que, en muchas ocasiones, hacía a propósito con el objeto de favorecer a algún pariente suyo, como había sido el caso de su primo Nicola, quien a pesar de beber demasiado era un tipo con un gran corazón.

Además, al margen de estos pormenores que les atañían en exclusiva a ellos, tal como había supuesto el búho, los dos habían entendido más bien poco de qué se trataba aquel disparatado asunto: tener que copiar a mano un montón de papeles para luego enterrarlos en su tumba y dejar varias pistas. Y para colmo, lo que había allí escrito en letras que parecían sacadas de una imprenta, estaba en un español que Sofonisba podía comprender tan solo a medias. Al provenir del árbol, imaginaba que se trataba de una evolución del idioma que iba a tener lugar en el futuro. Por algo sería que se hablaba de técnicas que ni remotamente existían en los primeros años del siglo XVII.

Pero como lo que deseaban Sofonisba y Orazio, por encima de todo, era poder ayudar a que sus descendientes evitaran que el ser humano siguiera inmerso en una espiral de autodestrucción de la que ellos mismos habían sido testigos, siguieron al pie de la letra las instrucciones que Baumwächter les había proporcionado.

Y fue así como Sofonisba dedicó incontables horas a copiar el manuscrito, para a continuación pintar un lienzo con el dibujo que había en la última página. Y luego escribió una carta para que su marido dispusiera de ella.

Y cuando en 1625 Sofonisba abandonó este mundo, su marido Orazio cogió el texto que había copiado su mujer con tanto fervor, enrolló el lienzo que había realizado y empaquetó ambas cosas en un cofre lacrado, que más tarde metió en el féretro que contenía el cuerpo amortajado de su esposa, y que luego enterró en un lugar

anónimo de la iglesia de San Giorgio dei Genovesi de Palermo, ya que no debía ser encontrado hasta siglos más tarde.

Siete años después, colocó una lápida conmemorativa por su centenario en la misma iglesia y escondió la carta metida en un pequeño cofre bajo una baldosa, a la que se podía llegar descifrando una inscripción grabada en un cuadro de la Virgen María que hacía tiempo había pintado su mujer, como en efecto lo hizo Salvatore Spadaro, al ver que Orazio Malvezzi había confundido la izquierda con la derecha y viceversa.

Ω

Después de que el 16 de enero de 2023, Matteo Messina Denaro fuera detenido a las puertas de una clínica en Palermo, Orazio y Sofonisba Malvezzi y Bencomo Arúspice viajaron a Tenerife para celebrar la noticia con su amigo y colaborador Rodrigo Curbelo. A los pocos días, para gran disgusto del coronel Jacinto Antoñanzas, el capitán de la guardia civil entregó a Tomasso Rinaldi a las autoridades, un miembro de la Cosa Nostra que se escondía en una urbanización del norte de la isla y que confesó innumerables crímenes. Huelga decir que Rodrigo había contado una mentirijilla. En realidad, el capo se ocultaba en el interior del *Árbol del Tiempo*, lugar del que había sido rescatado por Bencomo al volver de Sicilia.

—Bueno, ¿y ahora qué toca? —dice Rodrigo con una gran sonrisa después de haberles descrito la cara de cabreo de su superior cuando entregó al mafioso.

Se han reunido en la finca de Arafo y están a punto de comerse un pescado a la brasa.

—Tengo que ponerme a escribir como una endemoniada. He pensado que voy a contar la historia en forma de novela —responde Sofonisba al calor de la parrilla donde Bencomo estaba preparando, por fin, una sama roquera.

—Me parece una idea del diez —replica el cocinero mientras se dedica a arrugar unas papas—. ¿Y cuál va a ser el título?

—Déjame adivinarlo —interviene su padre, que está aprovechando la mañana para tomar el sol. Después de todo, se ha pasado años dentro de una oquedad—: ¡Las tres vidas de Sofonisba! —exclama rebosante de orgullo paternal. Su hija se lo había revelado y a él le había parecido una genialidad.

—¡Suena a *best seller*! —dice Bencomo, que al mirar hacia Orazio casi se quema los dedos con las brasas.

—¿Y dónde la vas a publicar? —pregunta Rodrigo, ajeno al plan que había diseñado Sofonisba de Cartago.

Antes de responder, los demás comensales se miran buscando aprobación. Cuando tienen claro que están todos de acuerdo, es Sofi la

que le explica el plan:

—Cuando termine la novela, algo así como dentro de un año, Bencomo se la llevará a Baumwächter, y éste a su vez se la entregará a Sofonisba Anguissola a principios del siglo XVII.

Rodrigo Curbelo se agarra a su silla como si debajo hubiera una bomba y estuviera a punto de saltar por los aires. Aunque ha sido testigo de hechos extraordinarios e incluso pudo ver al búho cuando fueron a buscar a Tomasso, todavía no le entra en la mollera eso de que puedan comunicarse con sus antepasados.

»A renglón seguido, la pintora copiará el manuscrito y dibujará en un lienzo el icono de Bitcoin y, cuando pase a mejor vida, su viudo, Orazio Lomellino, se encargará de esconder ambas cosas en su tumba —continúa explicándole Sofonisba al alucinado capitán de la guardia civil. Cuando aceptó la invitación de ir a comer con ellos no se imaginaba que seguiría oyendo disparates. Después de entregar al mafioso, esperaba que todo volviera a la normalidad.

—¿Dentro de su tumba? —pregunta Rodrigo con temor. Sabe que la respuesta será otra marcianada.

—Exacto. Y entonces mi padre aquí presente, el famoso historiador Orazio Malvezzi, desaparecido durante tres años en uno de los secuestros más largos de la mafia, saldrá a la palestra afirmando que sabe dónde se encuentran los restos de su antepasada Sofonisba Anguissola, ante lo cual, las autoridades de Palermo, le concederán el permiso para exhumar el cuerpo de la iglesia de San Giorgio. Y delante de las cámaras el mundo será testigo del hallazgo. Y cuando abran el féretro, los forenses encontrarán la novela y el lienzo con el icono de Bitcoin. Y será tan grande el revuelo que se arme a raíz de estos hechos que decenas de editoriales querrán publicar la novela escrita en castellano moderno por una pintora que vivió en el Renacimiento. Y por si todo esto fuera poco, Satoshi Nakamoto, avisado por el propio Baumwächter, saldrá de su escondite y hará un anuncio público diciendo que todo el que lea *Las tres vidas de Sofonisba* y después obtenga una *semilla*, recibirá en su dirección diez mil *satoshis*[97], hasta que se le agoten el millón de monedas que en su día minó. Y a continuación publicará las instrucciones de cómo proceder, firmándolas con su clave privada, que es imposible de falsificar.

»Y luego, si todo marcha bien, se creará un gran tsunami de adeptos a Bitcoin que hará que todos los gobiernos del mundo tengan que aceptarlo como medio de pago. Y de esta manera, el ser humano podrá liberarse de todas las cadenas que lo oprimen y se dedicará sólo a trabajar en paz, en vez de enriquecer a unas oligarquías que lo único que quieren es sacarnos la sangre y hacer que nos matemos en unas guerras que ellos mismos provocan. —Y una vez que Sofonisba Malvezzi termina de explicarle a Rodrigo el plan que había ideado

Sofonisba de Cartago involucrando también a Sofonisba Anguissola, los cuatro se sientan a la mesa para comerse la sama roquera que Bencomo había preparado mientras Orazio aprovechaba para tomar el sol.

Capítulo 55

En 201 a.C., después de la derrota sufrida en la batalla de Zama, el Senado de Cartago se vio obligado a firmar el tratado de capitulación con Roma, renunciando así a la mayor parte de sus territorios y teniendo que pagar una fuerte indemnización de guerra a los itálicos. En 196 a.C., Aníbal fue elegido sufete por el partido democrático. Su objetivo era tratar de erradicar la corrupción que imperaba en las instituciones, pero la oligarquía dominante se lo impidió, razón por la cual abandonó su patria para dirigirse a Asia Menor, donde Antioco III de Siria le contrató como su consejero militar. Más tarde trabajó para Artaxias y Prusias I de Bitinia. Al saber que éste último quería asesinarlo, en 183 a.C., no teniendo escapatoria por hallarse bajo su protección, Aníbal se suicidó ingiriendo un veneno. Curiosamente, a finales de aquel mismo año, Publio Cornelio Escipión, *el Africano*, el único general que pudo derrotarlo, murió también en el exilio, acusado por sus enemigos políticos de haber robado quinientos talentos durante sus campañas.

Después de la rendición de Cartago, Masinisa fue nombrado rey de Numidia. Vivió noventa años y tuvo cuarenta y cuatro hijos de las numerosas mujeres a las que sometió; aun así, nunca pudo perdonarle a Sofonisba Giscón que no le diera el heredero que había deseado. Cuando Escipión le ordenó que entregara a la que había sido su esposa para llevársela a Roma y convertirla en su sierva, el númida no quiso obedecerle. Se sentía dolido porque veía en el general romano una arrogancia superior a la suya. Por eso, en vez de entregársela viva, acudió a su campamento con una escolta de doscientos jinetes y arrojó su cuerpo exánime a los pies de un sorprendido Publio. Masinisa, que por conveniencia se había aliado a los romanos pero que no olvidaba que en realidad eran sus opresores, le había dado a Sofonisba, hija como él mismo de esas tierras desiertas, la opción de suicidarse bebiendo de una copa de vino con veneno, ofrecimiento que la cartaginesa no dudó en aceptar, pues prefería morir mil veces a vivir una vida de esclava.

En cuanto a su hijo Azmelqart, cumpliendo los deseos de su madre, fue adoptado por Adérbale, llegando a convertirse después en un acaudalado mercader. Bomílcar siempre permaneció a su lado, hasta que murió protegiéndolo en un atentado orquestado por el ya anciano Hanón, que seguía albergando un odio profundo hacia todos los que estuvieran relacionados con la pérfida Sofonisba Giscón. Con esa amenaza permanente y sabiendo que Roma deseaba la total aniquilación de Cartago, Azmelqart decidió marcharse de la ciudad con su mujer e instalarse en Sicilia. Allí tuvo un hijo al que llamó

Bomílcar en honor a su padre, a quien educó para que ni él ni sus descendientes olvidaran nunca la leyenda de la que, siglos más tarde, sería conocida como Sofonisba de Cartago, mujer fuerte y bella allí donde las hubiera, valedora a ultranza de su patria, astrónoma brillante, calculadora y fría, conquistadora del corazón de reyes, pero sobre todo, conductora sin igual de su propio destino. Quizás, si la existencia de esta mujer excepcional no se hubiera visto truncada por las guerras absurdas de los hombres, el mundo no habría tenido que esperar durante diecisiete siglos para encontrar la paz.

Ω

Sofonisba Anguissola falleció en Palermo el 16 de noviembre de 1625, a los noventa y dos años de edad. Su fama como pintora no ha parado de crecer desde entonces, y no hay duda de que gracias a su increíble trayectoria muchas mujeres de su época pudieron abrirse camino en el mundo del arte. Sus retratos se exponen en los mejores museos del planeta y, cada año, millones de personas admiran la indescriptible belleza de sus obras.

Ω

En el mes de febrero de 2023, Orazio Malvezzi fue a casa de Francesco Mancuso para devolverle el valioso lienzo que le había prestado. El transportista y su mujer le dieron las gracias y lo invitaron a un generoso plato de *arancini*. Un mes más tarde, el pequeño cuadro salió a subasta y se vendió por una cantidad enorme de dinero, con el que la familia Mancuso pudo abandonar el barrio de Brancaccio, ampliar su negocio de mudanzas y mandar a sus hijos a la universidad.

A la semana siguiente, Orazio se fue a Australia de viaje, donde se reencontró con su amada Beatriz. Hasta que la mujer no habló con su hija Sofonisba para corroborarlo, no se creyó toda esa nueva sarta de sandeces que le había contado y con las que pretendía recuperar su amor. Sin embargo, no fue ése el motivo por el que volvió a abrirle las puertas de su corazón, sino porque vio las inmensas ganas que tenía de ser feliz y de pasar con ella el resto su vida.

Ω

Matteo Messina Denaro, quien fuera *il capo di tutti capi* durante diecisiete años, murió en prisión el 25 de septiembre de 2023, como consecuencia de un cáncer de colon terminal. Nunca reconoció sus crímenes, pero sus compañeros de pabellón contaban que se despertaba gritando cada noche en medio de unas espeluznantes pesadillas, y que le tenía un miedo cerval al más allá, donde, según él, lo esperaban los fantasmas de sus víctimas para clamar venganza.

Ω

El 24 de septiembre de 2024 se publicó el éxito editorial titulado *Las tres vidas de Sofonisba*, encontrado en una tumba después de unas excavaciones en una iglesia del centro de Palermo. Por no se sabe qué motivos, la transcriptora de la novela, Sofonisba Anguissola, la firmó con el nombre de Jose Docavo Alberti. Muy pocas personas están al corriente del asunto, pero fue así como Sofonisba Malvezzi quiso preservar su identidad. De no haber utilizado ese extraño seudónimo, se habría visto arrastrada a la fama y habría tenido que dar un sinfín de explicaciones sobre cómo logró enviar la novela al siglo XVII, y ése era un precio que ella no quería pagar.

Al poco tiempo, Sofonisba y Bencomo se casaron en una boda de acuerdo al rito de los guanches. Nadie sabe con certeza si concebirán hijos en un futuro próximo, ya que no tienen la intención de consultar al búho, pero en dicho supuesto quizás no les será fácil llegar a un acuerdo a la hora de ponerles el nombre…

Lo que sí saben, sin embargo, es que después de haberse pasado una buena temporada en Australia, durante la cual Sofonisba habló largamente con su madre, ni el Dr. Jekyll, ni Hulk, ni Ms. Hyde han querido visitarlos de nuevo. Quizás se hayan dado cuenta de que con esa chica ya no tienen futuro.

Ω

A partir de 2030, Bitcoin fue adoptado por la gran mayoría de personas y los gobiernos no tuvieron más remedio que aceptarlo como medio de pago, ya que de otra forma no podrían recaudar sus impuestos. El dinero fiat dejó de tener sentido y perdió su valor, y el sistema político que se sustentaba en el poder de imprimir billetes de la nada acabó derrumbándose. El mundo no es perfecto, pero los poderosos ya no pueden expoliar a la gente de a pie para vivir como reyes mientras el pueblo llano se mata en las guerras que ellos mismos provocan.

Ω

En cuanto a los doce hermanos Baumwächter, dicen las malas lenguas que andan por los cinco continentes engullendo ratones para desayunar, y también que se han desentendido por completo de los seres humanos.

Nota del autor y agradecimientos

Aunque esta no pretenda ser una novela histórica, he intentado ceñirme lo más fielmente posible, en base a las fuentes consultadas, a los hechos pasados y a su cronología, así como a las vivencias de los personajes reales que aparecen. El carácter de los mismos, al igual que todo lo no documentado, es una pura invención del escritor, y se relata con el único fin de entretener a quienes lean el libro. Si lo he logrado o no, es algo que a mí no me corresponde juzgar.

En cuanto a lo que se explica sobre Bitcoin, he tratado de ser sobre todo didáctico, lo que implica que, inevitablemente, me he dejado mucha información relevante en el tintero. Para quienes deseen profundizar en el tema, recomiendo la lectura de las tres obras que aparecen en la bibliografía. Estoy convencido que el futuro del mundo estará ligado a esta nueva forma de entender el dinero.

Quiero expresar mi agradecimiento a todas las personas que han leído el libro antes de su publicación. Cada una de ellas ha aportado su granito de arena, sin el cual no podría haber hecho un trabajo decente. Una mención especial para Daniel Verdú y Sara González. Al primero porque supo orientarme cuando a mitad de la novela me había ido peligrosamente por las ramas. Y a la segunda por la revisión final del manuscrito, sus certeras correcciones e impagables sugerencias. Dejo aquí su contacto por si a alguien le interesa contratar sus servicios. *sagoga36@gmail.com*

También deseo agradecerte a ti en particular que hayas comprado la novela. Aunque ese dinero no esté respaldado por oro ni nada parecido, me ayudará a seguir escribiendo. Si quieres hacerme llegar algún comentario, a continuación encontrarás mi dirección de email. Hasta la próxima. *josedocavo@gmail.com*

Jose Docavo Alberti. Febrero 2022 - septiembre 2024

Otras obras del autor

Los relatos del ingeniero andante. 2011 (relatos)
El tercer nacimiento I: El gran ojo. 2013 (novela)
El tercer nacimiento II: La mujer caníbal. 2015 (novela)
El nombre de tus sueños. 2017 (novela)

Bibliografía y fuentes

1. Cuaderno de Sofonisba, por Concha Díaz. Blog dedicado a la vida de Sofonisba Anguissola. https://cuadernodesofonisba.blogspot.com
2. Arrecaballo. Blog dedicado a la historia militar desde el punto de vista de la caballería. Incluye descripción detallada de todas las batallas de la segunda guerra púnica. https://arrecaballo.es/
3. La señora de la pintura, Daniella Pizzagalli. Vida de Sofonisba Anguissola. Una pintora en la corte de Felipe II. Editorial Bercimuel. 2018.
4. Las guerras púnicas, Pedro Barceló. Editorial Síntesis.
5. Carthage. Le cité punique, M'hamed Hassine Fantar. CNRS Editions. 1995.
6. Ciudades del Mundo Antiguo, Jean Claude Golvin. Desperta Ferro Ediciones. 2015.
7. Trilogía Africanus, Santiago Posteguillo. Ediciones B. 2019.
8. Revista Desperta Ferro nº 31. Cartago debe ser destruida. 2015.
9. Cosa Nostra: Historia de la mafia siciliana, Dickie Jonh. Editorial Debolsillo. 2011.
10. El Patrón Bitcoin, Saifedean, Ammous. Editorial Deusto. 2018
11. Inventemos Bitcoin. Yan Pritzker.
12. La filosofía de Bitcoin, Alvaro D. María. Editorial Deusto. 2024.
13. Wikipedia. Administrada por la Fundación Wikimedia.

Fotografías

Foto 1. Retrato de Elena Anguissola, por Sofonisba Anguissola. 1551. Dominio público.

Foto 2. Sofonisba Anguissola. Autorretrato. 1551. Dominio público.

Foto 3. Virgen de Itria, por Sofonisba Anguissola. 1579. Dominio público.

Foto 4. Autorretrato de Sofonisba Anguissola con Orazio Vecellio o Bernardino Campi, según interpretación. 1559. Dominio público.

Foto 5. Sofonisba Anguissola, Autorretrato. 1559. Dominio público.

Foto 6: Isabel de Valois, por Sofonisba Anguissola. 1560. Dominio público.

Fotos 7 y 8. Alejandro de Farnesio y Juana de Austria, por S. Anguissola. 1561. Dominio público.

Foto 9. Retrato de Felipe II, por S. Anguissola. 1565. Retocado en 1573. Dominio público.

Foto 10. Retrato de una joven de perfil, por S. Anguissola. 1561. Dominio público.

Foto 11. Retrato del príncipe Don Carlos, por Sofonisba Anguissola. 1566. Dominio público.

Foto 12. Typus Orbis Terrarum. Abraham Ortelius.1570. Dominio público.

Foto 13. Regni Hispaniae Post. Dominio público.

Foto 14. Retrato de Ana de Austria, por Sofonisba Anguissola. 1573. Dominio público.

Foto 15. Insularum Aqvot Maris Mediterrani. Dominio público.

Foto 16. Retrato de Francesco I de Médici, por S. Anguissola. 1579. Dominio público.

Fotos 17 y 18. Retratos de Catalina Micaela e Isabel Clara Eugenia, por S. Anguissola. 1585 y 1598.

Índice

Dramatis Personae
- Siglo II a.C. Cartago
- Siglo II a.C. Imperio Romano
- Siglo XVI y XVII a.C. Italia, España
- Actualidad. Sicilia, islas Canarias, Madrid

Mapa segunda guerra púnica

Capítulo 1
- Tenerife, noviembre de 2022

Capítulo 2
- Cartago, 237 a.C.

Capítulo 3
- Cremona, 1544

Capítulo 4
- Tenerife, noviembre 2022

Capítulo 5
- Cremona, 1544

Capítulo 6
- Hispania, 229 a.C.

Capítulo 7
- Tenerife, noviembre 2022 • Palermo, marzo 2019

Capítulo 8
- Cremona, 1544

Capítulo 9
- Hispania, 229-221 a.C.

Capítulo 10
- Tenerife, noviembre 2022

Capítulo 11
- Palermo, marzo 2019 • Tenerife, noviembre 2022

Capítulo 12
- Cremona, 1544-1559

Capítulo 13
- Hispania, 221 a.C.

Capítulo 14
- Tenerife, noviembre 2022 • Madrid • Palermo, marzo 2019

Capítulo 15
- Cremona, 1559

Capítulo 16
Hispania • Cartago, 221 a.C.
Capítulo 17
Tenerife, noviembre 2022
Capítulo 18
Palermo, marzo 2019
Capítulo 19
Cremona, 1559
Capítulo 20
Cartago, 221 a.C.
Capítulo 21
Tenerife, noviembre 2022
Capítulo 22
Sicilia, invierno 2019
Capítulo 23
Milán, 1559
Capítulo 24
Cartago, 221 a.C.
Capítulo 25
Tenerife, noviembre 2022
Capítulo 26
Sicilia, marzo 2019
Capítulo 27
España, 1559-1561
Capítulo 28
Cartago • Hispania, 221-218 a.C.
Capítulo 29
Tenerife, noviembre 2022
Capítulo 30
Sicilia, marzo 2019
Capítulo 31
España, 1561-1565
Capítulo 32
Cartago • Hispania • Italia, 219 a.C.
Capítulo 33
Tenerife • Sicilia, noviembre 2022
Capítulo 34
Sicilia, abril 2019
Capítulo 35

España, 1565-1568
Capítulo 36
Italia • Cartago, 218-217 a.C.
Capítulo 37
Sicilia, noviembre 2022
Capítulo 38
Sicilia • San Petersburgo, octubre 2019
Capítulo 39
España, 1568-1573 • Sicilia, 1573-1575
Capítulo 40
Italia • Cartago • Sicilia, 217-215 a.C.
Capítulo 41
Sicilia, noviembre 2022
Capítulo 42
Sicilia, octubre 2019
Capítulo 43
Sicilia, 1575-1578
Capítulo 44
Italia, 216-209 a.C.
Capítulo 45
Tenerife, noviembre 1495 • Sicilia, noviembre 2022
Capítulo 46
Sicilia • Tenerife, noviembre 2022
Capítulo 47
Sicilia • Pisa • Génova • Cremona, 1579-1615
Capítulo 48
Hispania • Italia, 208-206 a.C. • Tenerife, noviembre 2022-enero 2023
Capítulo 49
Gadir • Cartago, 205-203 a.C. • Tenerife, 10 de enero 2023
Capítulo 50
Cartago, 204-202 a.C.
Capítulo 51
Cremona • Génova • Palermo, 1615
Capítulo 52
Tenerife • Sicilia, 10-16 de enero 2023
Capítulo 53
Cartago, 203-202 a.C.
Capítulo 54
Palermo 1615-1625 • Tenerife, enero 2023

Capítulo 55
Epílogo
Nota del autor y agradecimientos
Bibliografía y fuentes
Fotografías

Notas

[←1]

Cada uno de los reyes guanches que reinaban en las nueve regiones o menceyatos en que estaba dividida la isla de Tenerife.

[←2]

Punto idóneo para coger olas.

[←3]

Dulce canario elaborado con gofio (harina de maíz, trigo o cebada molida y luego tostada).

[←4]

Semicírculo de piedras donde tenían lugar las asambleas de los guanches.

[←5]

Adiós en guanche. Despedida.

[←6]

Cuando bitcoin se escribe con minúsculas, se refiere a cada una de las unidades monetarias de la red de Bitcoin. Cuando Bitcoin se escribe con la primera letra en mayúsculas, la palabra se refiere a la red completa de Bitcoin. Escrito aquí en cursiva porque el plural bitcoins no está aceptado por la RAE.

[←7]

Validar transacciones en la cadena de bloques de una criptomoneda para obtener una recompensa.

[←8]

Isla de Sicilia. Para facilitar la lectura, en algunos casos, como el de Sicilia, se usarán los topónimos modernos cuando se vuelva a hacer mención de un lugar a lo largo de la novela.

[←9]

Equivalente al Senado de Roma. En este caso formado por ciento cuatro dignatarios.

[←10]

Mar Mediterráneo. Cádiz.

[←11]

Ritual en el que se sacrificaban niños primogénitos de la aristocracia cartaginesa en épocas de penurias o grandes catástrofes. Al parecer se trajo desde Tiro, la ciudad de origen de los primeros pobladores de Cartago.

[←12]

Principal divinidad cartaginesa, representado como un dios barbado tocado con una tiara y sentado en un trono.

[←13]

Consorte de Baal Hammon, diosa de la guerra y la fertilidad.

[←14]

Dentro del Consejo de los 104, grupo de los diez consejeros más influyentes.

[←15]

Falange la caballería cartaginesa formada por los hijos de la nobleza. Eran unos dos mil jinetes muy bien armados que estaban a las órdenes directas del general y que se ocupaban también de su protección.

[←16]

Dios al que le eran sacrificados los niños en el ritual del molk.

[←17]

Ciudad cartaginesa situada a 40 km al noroeste de Cartago.

[←18]

Picas muy largas utilizadas por los persas.

[←19]

Nombre en singular de la jabalina que utilizaba la infantería ligera romana. El plural es pila.

[←20]

Dios de la guerra y la peste.

[←21]

Salsa de soja fermentada.

[←22]

Titulo dado a los senadores romanos.

[←23]

Reino que ocupaba los territorios de la actual Argelia.

[←24]

Pasta rellena de carne o pescado con verduras.

Adra

[←26]

Córdoba, Osuna, Ronda y Jaén.

[←27]

Esparta o Lacedemonia, capital de Laconia y una de las polis griegas más importantes.

[←28]

Probablemente situada cerca de Alicante.

[←29]

Situada en los alrededores de Elche.

[←30]

Escuadrón de caballería formado por 30 jinetes.

[←31]

Plato típico siciliano consistente en una bola o cono de arroz empanado y frito de diversos sabores.

[←32]

Equivalente a unos 112 metros. Hay que decir que en los años en los que suceden estos hechos, el último piso del Torrazzo aún no había sido construido. Este detalle no es más que otra licencia histórica de las muchas que hay en esta novela de ficción.

[←33]

En adelante Nueva Cartago, Cartago Nova o Cartagena, para una mejor comprensión del texto.

[←34]

Armadura construida con varias capas de lino pegadas con cola animal.

[←35]

Rey de los masilios que ocupaban parte del reino de Numidia. La otra parte la ocupaban los masesilos, liderados por Sifax.

[←36]

El mencey principal que gobierna sobre los otros ocho.

[←37]

Adjetivo peyorativo que se refiere a los españoles no nacidos en Canarias.

[←38]

Dios del Sol.

[←39]

De persona a persona, p2p.

[←40]

Canarismo. Interjección de sorpresa o asombro.

[←41]

Canarismo. Engatusar.

[←42]

Miembro juramentado de la mafia que ha de atenerse a su código de honor.

[←43]

Dinero cobrado por la mafia a las empresas de forma regular. Extorsión.

[←44]

Monte Etna, volcán de Sicilia.

[←45]

Por favor, no te muevas para que no se espanten los ratones.

[←46]

El reino de Numidia estaba divido entre los masilios, gobernados por Gaia y después por su heredero Masinisa, y los masesilos, liderados por Sifax.

[←47]

Santuario al aire libre en el que yacían las urnas con las cenizas de los niños cartagineses que habían muerto antes de llegar a la pubertad.

[←48]

Dios maligno de los guanches.

[←49]

Nombre guanche del Teide.

[←50]

Deidad suprema de los guanches.

[←51]

Mencey del *menceyato* de Tegueste.

[←52]

Canarismo. Similar a *ños*.

[←53]

Mafioso que dirige un grupo de diez soldados.

[←54]

Rango más bajo en la mafia. Por debajo están los *asociados*, pero estos no pertenecen formalmente a la mafia ni han sido iniciados.

[←55]

Mafioso que manda sobre varios *capodecinas* con derecho a enrolar *hombres de honor*.

[←56]

Aristócrata milanés y militar que sirvió a Ludovico Sforza para después contribuir a su derrota con un ejército reunido por Luis XII de Francia.

[←57]

Pequeña trompeta de plata.

[←58]

Ley del silencio de la mafia que obliga a no delatar nunca a otro hombre de honor.

[←59]

Canon que cobra la mafia a un empresario o negocio por proporcionarle protección.

[←60]

Mafioso arrepentido dispuesto a colaborar con la justicia.

[←61]

Capo de todos los capos, jefe supremo de la mafia.

[←62]

Pizzino en singular.

[←63]

Ciudad íbera situada en las cercanías de la actual Linares.

[←64]

Toro y Salamanca.

[←65]

Río Tajo.

[←66]

Actual Sagunto, ciudad situada al norte de Valencia.

[←67]

Toga blanca con el borde púrpura utilizada por los altos magistrados romanos en las grandes ocasiones.

[←68]

Canarismo. Mala suerte por algo.

[←69]

Traducción recogida del libro El Patrón Bitcoin, de Ammous Saifedean.

[←70]

Isabel de Valois estaba comprometida con el príncipe Carlos, pero debido a sus problemas psicológicos, al enviudar su padre, Felipe II, fue éste finalmente quien la desposó.

[←71]

Unidad básica de la infantería cartaginesa similar al manípulo romano, formada por un centenar de hombres.

[←72]

Actual Marsella.

[←73]

Soldados de infantería.

[←74]

Viñátigo, árbol de gran porte presente en los bosques de laurisilva de Canarias.

[←75]

Cerca de la actual Florencia.

[←76]

Baumwächter significa *el guardián de árboles* en alemán.

[←77]

Canarismo. Dicho de una persona, que molesta o enfada.

[←78]

Mafia rusa.

[←79]

Moneda de oro romana que en un principio contenía 8 gramos de oro.

[←80]

Combinación de doce o veinticuatro palabras que se utiliza para crear un monedero en la red de Bitcoin. Conociéndolas, se tiene acceso a los fondos de ese monedero desde cualquier ordenador del mundo con acceso a internet. Las posibles combinaciones son casi infinitas, por lo que nadie más que el creador del monedero tiene acceso a los fondos a menos que la comparta o la guarde de forma inadecuada.

[←81]

Actual Tarragona.

[←82]

Vestido de piel de oveja usado por los guanches.

[←83]

Clase social de los villanos, que se distinguían por llevar el pelo muy corto.

[←84]

Escuderos de los achimenceyes.

[←85]

Clase equivalente a los hidalgos castellanos.

[←86]

Palo de madera de gran longitud utilizado para la práctica del *salto del pastor* en las islas Canarias.

[←87]

27 diciembre 1579. Pisa: Carta de Sofonisba Anguissola a Francisco I. ASFi. Archivio Mediceo del Principato.

[←88]

Enclave ubicado en las cercanías de Bailén. La batalla tuvo lugar en 208 a.C.

[←89]

Actual Alcalá del Río. La batalla tuvo lugar en 206 a.C.

[←90]

Plasencia o Piacenza.

[←91]

Situada en la actual Calabria.

[←92]

Las legiones V y VI, conocidas como las Legiones Malditas, por haber sobrevivido a la batalla de Cannae.

[←93]

Nombre dado a la casa de un patricio romano.

[←94]

A la muerte de Felipe II, su heredero Felipe III continuó pagándole sus rentas.

[←95]

Pueblo del sur de Italia en la actual Calabria.

[←96]

Legionarios veteranos de infantería que entraban en combate en último lugar, después de los velites y los hastati.

[←97]

Cien millonésima parte de un bitcoin.